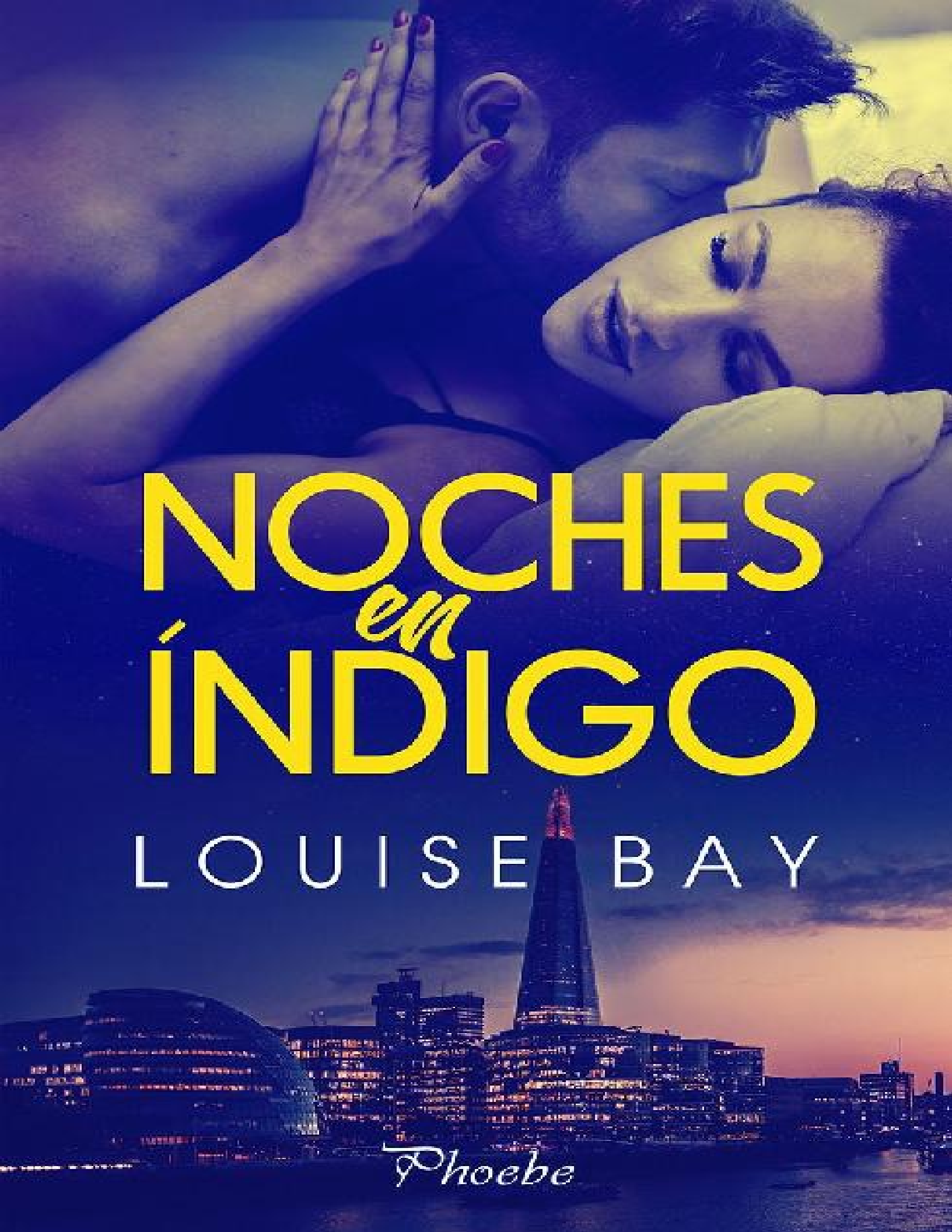


A romantic couple is shown in a close embrace. The woman, in the foreground, has her eyes closed and a gentle smile, with her hand resting on the man's face. The man is behind her, his face partially visible. They are positioned against a backdrop of a city skyline at night, with the Shard skyscraper being the most prominent feature. The sky is a mix of deep blue and purple, suggesting twilight. The overall mood is intimate and romantic.

NOCHES *en* ÍNDIGO

LOUISE BAY

Phoebe

LOUISE BAY

NOCHES *en* ÍNDIGO

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Indigo Nights*

Primera edición: noviembre de 2023

Copyright © 2016 by Louise Bay

© de la traducción: María José Losada, 2023

© de esta edición: 2023, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-99-4

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: Foremniakowski /depositphotos.com y wirestock/freepik

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

1

BETH

—¿Una copa de champán, señorita? —preguntó la auxiliar de vuelo rubia.

Champán.

Antes era mi droga preferida. Me gustaba todo lo que tenía que ver con él. Desde la pesada botella fría, pasando por el envoltorio dorado de la parte superior, que la hacía parecer un regalo, hasta el hermoso sonido del aire que se escapaba al descorcharla con cuidado. El suspiro de la doncella, lo llamaban, y lo prefería al estallido brusco y ruidoso, que no le hacía justicia al champán; no era lo bastante seductor ni sutil. No, yo anhelaba el suave silbido que prometía un placer inevitable.

Pero ya no era así.

—No, gracias —respondí. Dos años antes, me habría resultado difícil decir que no. Tres, casi imposible. Pero ya estaba acostumbrada a rechazar el alcohol, y cada vez que lo conseguía un escalofrío de orgullo me hormigueaba en la piel. Sin embargo, eso no me impedía recordar lo mucho que disfrutaba cuando lo sacaba de la nevera y terminaba la primera copa. Y si hubiera podido parar ahí, todo habría ido bien. El problema era que, en cuanto probaba el primer sorbo, me poseían el ansia por beberme el resto de la botella y la desesperación por abrir otra, y perdía el control. El champán era como un mal novio (y había pasado por muchos como para poder dar fe de ello). Me atraía, me prometía el mundo y, luego, me abandonaba, dejándome vulnerable, sola, llena de arrepentimiento y dolor, y con una resaca monumental.

Parafraseando a Taylor Swift, el champán y yo nunca, jamás, volveremos a estar juntos.

—¿Al final ha facturado? —preguntó la auxiliar rubia a otra más bajita de pelo castaño que llenaba con patatas fritas los pequeños cuencos alineados en la barra.

—Sí, está en el 8A. —Las dos miraron en mi dirección. Yo estaba sentada en el 9A. Parecía como si estuvieran esperando a alguien famoso.

Los asientos de primera clase de esa compañía estaban dispuestos de forma diferente a los de la mayoría de las aerolíneas. En lugar de por parejas, había cuatro largas filas de asientos contiguos, pero en diagonal, de extremo a extremo de la cabina. Cada asiento tenía laterales altos para ofrecer cierta intimidad. Por eso prefería viajar con ellos; sobre todo, cuando lo hacía sola. Gracias a esa disposición, no tenía que entablar la típica conversación de cortesía con el completo desconocido que tuviera al lado. Me gustaba perderme en mi propio mundo de recetas y repostería mientras volaba, así que saqué el cuaderno y me abroché el cinturón.

Un tripulante de cabina, que me resultaba conocido por los numerosos vuelos que realizaba entre Chicago y Londres, se unió a la pareja y se puso a echar hielo en un vaso.

—¿Ya ha llegado?

—No —replicó la morena—. Suele ser de los últimos en embarcar. ¿Podéis repartir las patatas uno de vosotros? Si llega mientras estoy haciéndolo, es probable que se me caigan.

—Es el tipo de hombre que te propinaría unos azotes para darte una lección —comentó el tripulante de cabina.

No oí el resto de las respuestas susurradas entre risitas conspiradoras. ¿Qué aspecto tenía un hombre así?

Fuera quien fuese el señor 8A, debía de ser importante si había conseguido poner a la tripulación tan nerviosa. Estaban acostumbrados a volar con gente rica y famosa: las salas vip de los aeropuertos y los aviones eran el ambiente habitual de los famosos. Yo misma había visto a Eva Longoria la última vez que había viajado a Nueva York. Era bajita, sí, pero muy guapa.

La rubia cogió la bandeja de aperitivos y comenzó el primero de los muchos viajes que iba a hacer entre las filas de primera clase.

Leí las últimas descripciones que había escrito en el cuaderno, intentando evadirme de los ruidos que hacía la auxiliar de vuelo. Había estado trabajando en un pastel de jengibre y arándanos; me gustaba la mezcla de sabores picantes y ácidos con otros más dulces, pero le faltaba algo.

La repostería se había convertido en mi tabla de salvación durante la batalla que había librado para mantenerme sobria. Me había dado algo que hacer, me había ayudado a organizar mis días y a seguir un camino que había terminado por transformarse en una pasión.

Había empezado con los *brownies* porque a mi hermano le encantaban y porque hacérselos era una forma de decirle lo mucho que valoraba su apoyo incondicional. Solía añadirlos al almuerzo que llevaba al trabajo. Luego pasé a las *lemon bars* y, al final, a cualquier tarta inventada o por inventar. Al poco tiempo, hacía algo en el horno todos los días.

A medida que fui cogiendo confianza, empecé a variar las recetas que conocía e, incluso, a inventar las mías. Me encantaba que, a partir de los ingredientes más básicos, fuera posible crear algo que provocara verdadero placer a la gente. Con la repostería conseguía hacer feliz a la gente, aunque fuera por unos instantes, y eso me alimentaba el alma.

Así que, aunque el champán y yo hubiéramos terminado, tenía una relación seria con la cocina.

Poco tiempo después, empecé a grabarme mientras cocinaba y creé mi propio canal de YouTube. Me sorprendía lo popular que se había vuelto en poco tiempo, tanto que había llamado la atención de algunos ejecutivos de la televisión de Chicago, y ese era el motivo de que viajara con tanta frecuencia a mi ciudad natal. Que la repostería sirviera para algo más que para ayudarme a mantenerme sobria me resultaba muy gratificante. Significaba que los cuatro últimos años no habían transcurrido solo para dejar el alcohol, sino también para establecer los cimientos de una carrera. Después de pasarme esos cuatro últimos años en una burbuja, centrada en no recaer en la bebida, estaba lista para la vida real.

—Buenos días, señor James —oí decir a la morena. Sus compañeros giraron la cabeza. Debía de ser el Señor 8A.

No pude resistirme a echar un vistazo para ver el porqué de tanto alboroto. La morena tenía los ojos muy abiertos, y al seguir la dirección de su mirada llegué a una espalda cubierta por una americana. Quienquiera que fuera el señor 8A, era alto y grande y vestía un carísimo traje a medida. Levanté la vista, esperando ver un perfil famoso. Tenía el pelo casi negro, con solo algunos matices castaños en las puntas, y lo llevaba más largo que la mayoría de los ejecutivos. Tal vez fuera una estrella de cine a la que le gustaba ir de traje... Pronto aparecieron ante mi vista su perfil y su fuerte mandíbula; estaba bien afeitado y su mirada era seria, además de que fruncía el ceño con severidad. No lo reconocí; no me habría olvidado de esa cara si la hubiera visto antes.

Me estremecí cuando noté el roce del sujetador en los pezones. Hacía mucho tiempo que no pensaba en el sexo; había bloqueado esa faceta de mi vida mientras me centraba en alcanzar la sobriedad. Y de eso hacía ya más de tres años.

Mi madrina en Alcohólicos Anónimos me había aconsejado que no saliera con nadie durante un año, y habían pasado tres. Sin embargo, después de haber sido muy desgraciada y de descontrolarme por completo durante muchísimo tiempo, por fin me sentía feliz y sobria. No valía la pena

arriesgarse a perder todo lo que había conseguido por salir con alguien. Mi última relación había terminado muy mal. De hecho, había empezado mal, había continuado de forma desastrosa y, finalmente, me había dejado débil y desesperanzada. A pesar de todo, prescindir de tener relaciones con el sexo opuesto no me había supuesto un sacrificio; me bastaba recordar en quién había llegado a convertirme para que no me costara seguir sin pareja y, de todos modos, tampoco era que tuviera que quitarme a los hombres de encima como moscas.

Pero debía reconocer que el señor 8A exudaba un *sex appeal* tan intenso que casi llegaba al punto de perturbarme, porque despertaba algo desconocido en mí.

Contemplé su rostro mientras él sacaba un montón de documentos del equipaje de mano.

—¿Quiere que le ayude a poner eso en el compartimento superior, señor? —El auxiliar de vuelo correteó hacia él: debía de esperar unos azotes. El señor 8A asintió, enérgico, una única vez. Parecía un hombre que lo hacía todo con absoluto control, sin cometer errores.

Se quitó la chaqueta y el caro tejido se arrugó bajo sus dedos, y se la dio a la rubia, que, casualmente, también pasaba por allí. Él mismo abrió el compartimento, y pude ver cómo se le tensaban los músculos bajo la ajustada camisa cuando guardó la maleta. Me resultaba difícil determinar su edad. Su aspecto sugería treinta y pocos, pero la expresión severa de su rostro daba a entender que podía ser mayor.

Mientras deliberaba conmigo misma sobre su edad, su cuerpo, su boca..., el Señor 8A se volvió en mi dirección y me pilló mirándolo. Sonreí, intentando disimular que estaba imaginándolo desnudo y entre mis muslos, por no decir que también me preguntaba si todo él era tan duro como parecía.

No sonrió, no se presentó. Se limitó a mirarme o a mirar dentro de mí; no estaba segura.

Puse la palma de la mano sobre el esternón para calmar el acelerado palpitir de mi corazón, pero, por algún motivo, no pude apartar la mirada. Entonces, como si me comprendiera, como si me hubiera tomado la medida, me dedicó un breve gesto con la cabeza y se dio la vuelta.

Desvié la vista cuando se sentó. Solté el aire, aliviada, pero deseando que los laterales de mi asiento hubieran sido un poco más bajos para poder mirarlo un rato más.

Hacía tiempo que no me fijaba en un hombre. Al menos, que no me fijaba en uno al que quisiera tocar y que él me tocara. El Señor 8A había despertado una parte de mí que llevaba mucho tiempo dormida. Llevaba meses pensando en volver a salir con alguien, pero no porque echara de menos tener pareja ni porque quisiera compartir mi vida con alguien, sino solo porque creía que debía hacerlo. Más que nada, porque era el siguiente paso en mi recuperación. Estaba empezando a pensar que iban a pasar más de diez años sin que tuviera un amante si no ponía remedio. Incluso mi hermano me sugería a menudo que saliera y conociera gente. Su mujer, Haven, era todavía más insistente, y había intentado concertarme citas en varias ocasiones. Decía que no tenía por qué enamorarme, pero que era divertido salir a cenar y echar un polvo sin compromiso.

Aunque no estaba segura de si lo mío era el sexo sin compromiso.

¿Era posible separar lo físico de los sentimientos?

¿Tenía que acostarme con un desconocido para romper mi racha de soltería?

No estaba convencida de ello. Tener una relación suponía un riesgo y, si iba a arriesgarme, ¿no debía ser con alguien que pudiera ser mi media naranja? Me había cansado de salir con hombres que me consideraban la chica con la que estaban antes de ir en serio, porque yo, estuviera borracha o no, siempre iba en serio; no podía evitarlo. Casi cuatro años era mucho tiempo, pero si supiera que iba a conocer, por fin, al hombre destinado para mí, podía esperar otros tres tan contenta. O, al menos, eso me decía a mí misma.

Una voccita interior me susurró que solo tenía miedo; miedo a disfrutar de la intimidad con

alguien sin que me protegiera el manto del alcohol.

El alcohol me daba confianza.

El alcohol me hacía ser sexy.

Y, si era sincera, me resultaba más fácil resistirme al sexo estando sobria.

Mientras tanto, el Señor 8A era un regalo para la vista, y yo estaba encantada de mirar y no tocar.

Comprobé la hora en el teléfono. Faltaban cinco minutos para el despegue y todavía no habían cerrado las puertas de la cabina. Íbamos a salir con retraso. Por encima del hombro, vi a través de la ventanilla que caía una copiosa nevada; esperaba que no nos impidiera volar.

Los tres tripulantes de cabina asignados a primera clase estaban charlando en el *office*, esperando la señal para ofrecer bebidas, mientras lanzaban miraditas de reojo al Señor 8A.

Comprendía su entusiasmo.

No había muchos hombres que lucieran un traje como él.

Tampoco eran muchos los hombres tan guapos como para robarte el aliento al verlos.

Ni los que te hacían pensar que, si tocaban a una mujer, sería suya para siempre.

Inquieta, me removí en el asiento; tenía que intentar distraerme. Hojeé las páginas y traté de seguir en el punto donde lo había dejado.

—Señor, señorita... —dijo la rubia, dirigiéndose al Señor 8A y a mí unos minutos después—. Me temo que vamos a sufrir un retraso debido al tiempo. Les estamos pidiendo a los pasajeros que regresen a la sala de embarque. Esperamos poder regresar a la pista dentro de un par de horas. Siento mucho las molestias.

Acostumbrada a viajar, no tardé más de un minuto en bajar del avión para dirigirme rápidamente a la sala vip. Quería encontrar una mesa libre en un rincón tranquilo para trabajar en mis recetas, así que debía llegar lo antes posible. Por eso siempre llevaba zapatos planos cuando viajaba.

Tras registrarme en la sala vip, fui hasta mi sitio favorito, en el extremo derecho del salón, más allá de las duchas y del centro de negocios. Solo había tres mesas para dos en esa sección, y la gente que no volaba con regularidad ni sabía siquiera que existían. Eran el sitio perfecto para encontrar paz y tranquilidad.

Saqué el cuaderno, crucé las piernas y me puse a tomar notas. Unos segundos después, noté que se acercaba alguien. Maldición, quería ese rincón para mí sola. Miré la silla vacía con la cabeza baja mientras la movían; alguien dejó un maletín encima de ella. Quería saber quién prefería sentarse conmigo cuando había otras dos mesas libres, así que levanté la cabeza y me encontré cara a cara con el Señor 8A.

El corazón me retumbó en el pecho como cuando me tropezaba con el alcohol al principio de mi etapa sobria; era como si me estuviera advirtiendo de la tentación.

—Disculpe. ¿Está ocupado este asiento? —Su voz era profunda, grave. No lo había oído hablar en el avión.

Miré hacia las mesas libres.

—No, por favor. Adelante. —No podía negarme, pero ¿por qué demonios quería que compartiéramos mesa?

Sacó el portátil y colocó al lado el teléfono, así como una pequeña Moleskine negra.

Fingí estar absorta en mis apuntes, pero solo podía pensar en él, y tenía que concentrarme para no mirarlo. Percibí su olor: terroso y oscuro, caro y sexual. Todo en él resultaba atractivo. Agarré el cuaderno más fuerte, con las manos temblorosas.

En ese momento, se acercó una camarera y clavó los ojos en mi compañero de mesa.

—¿Puedo traerles algo?

¿Creía que estábamos juntos? ¿Que estábamos casados? Una sonrisa me curvó las comisuras de los labios.

—Tomaré un mojito sin alcohol y, si fuera posible, un trozo de tarta.

La tarta era para evitar que me temblaran las manos. Los dulces eran, en esta nueva etapa de mi vida, la cura de todos los males.

—Puede que sí, pero tendré que comprobarlo —respondió la camarera.

—Gracias. Me vale la que haya. —Sonreí.

—¿Y usted, señor?

El Señor 8A seguía concentrado en su portátil. Levantó la vista, aunque enseguida volvió a mirar la pantalla.

—Un agua con gas con un toque de lima recién cortada, por favor. —No esperó ninguna reacción antes de volver a pulsar las teclas.

—Sí, señor. ¿Desea algo de comer?

—No. —Su voz era firme—. Gracias. —Lo dijo al final, casi como una ocurrencia tardía.

La camarera se apresuró a ir a buscar lo que habíamos pedido. El Señor 8A seguía dividiendo la atención entre el portátil, al que dedicaba la mayor parte del tiempo, el móvil y el cuaderno. Como sabía que estaba haciendo cualquier cosa salvo fijarse en mí, aproveché la oportunidad para volver a estudiarlo. Calculé que medía entre uno ochenta y cinco y uno noventa, bastante más que yo. Tenía las manos grandes, y las movía con rapidez y precisión sobre el teclado. Su expresión era la misma que en el avión: absolutamente severa.

Inspiró hondo y de nuevo me pilló contemplándolo. Me sostuvo la mirada y, una vez más, no pude apartar la vista.

Su móvil vibró encima de la mesa.

—Sí —respondió sin dejar de mirarme.

Tenía los ojos azules, aunque de un tono inusual.

Azul índigo. Casi lo dije en voz alta.

¿Por qué no podía apartar la mirada?

Alzó un dedo a modo de disculpa, como si me pidiera que esperara, luego se levantó y dio varios pasos en dirección a las duchas para continuar hablando. ¿Había querido dar a entender que iba a preguntarme algo cuando volviera? El gesto había sido como si nos hubieran interrumpido en medio de algo. No me había dirigido la palabra desde que me había preguntado si el asiento estaba ocupado, pero, quizá, había estado a punto de hacerlo. Me di cuenta de que quería que me hablara, de que quería oír su voz profunda y grave; de que quería hablarle de mí, contarle un secreto.

Ansiaba intimar con él. No era mi comportamiento habitual. No caía en ese tipo de tentaciones. Tenía que controlarme y concentrarme en el trozo de tarta.

DYLAN

Era exquisita. Insólita. Parecía una estrella de cine de los años 50: Vivien Leigh o Elizabeth Taylor de joven. Me había excitado cuando me había mirado en el avión, y era consciente de que me había estado contemplando mientras trabajaba; era algo a lo que estaba acostumbrado, y había disfrutado de que se tomara su tiempo y se recreara en todos los detalles de mi cuerpo.

Me encantaba que no hubiera apartado la mirada cuando la había pillado de pleno. Algo que también había hecho en el avión. Me resultaba intrigante: un desafío que estaba dispuesto a aceptar.

Necesitaba echar un polvo, y ella era ideal.

Sus tetas eran de verdad, lo que era una ventaja. Era un experto en distinguir las verdaderas de las falsas a cien metros. Prefería siempre las naturales, pero no descartaba a una mujer por haber buscado ayuda para subsanar lo que la naturaleza no le había dado. Y, además, había pedido tarta, lo que me había llamado la atención. La mayoría de las mujeres con las que me cruzaba no comían; que una lo hiciera resultaba refrescante.

—Me parece bien, Raf. Voy a estar en Londres una semana, así que, siempre que lo mandes antes de irme, llegará a tiempo.

Puse fin a la llamada con mi socio y regresé. Por suerte, se había aplazado la reunión que tenía al día siguiente, así que, si no salíamos esa noche, no era el fin del mundo. De hecho, dada la compañía que me esperaba en la mesa, habría dicho que era perfecto.

Comprendía la dinámica entre hombres y mujeres; me acostaba con mujeres atractivas y, a cambio, ellas follaban con un tipo rico con la esperanza de convertirse en beneficiarias de mi dinero. Podía ser guapo, pero sabía por amarga experiencia que, si llegaba un hombre más rico, pasaban a formar parte del conjunto de mujeres con las que me había acostado. La cuestión era que, en ese momento, no había muchos hombres más ricos, lo que me producía cierta satisfacción. Así que había hecho las paces con la naturaleza transaccional de las relaciones entre hombres y mujeres y ya no tenía expectativas. En algún momento de mi pasado, había pensado que el amor existía. Pero ya no creía en cuentos de hadas. Era un intercambio: dar para recibir.

Miré la mano de mi compañera de mesa; no llevaba anillo. No recordaba haber viajado en primera clase con una mujer atractiva, a no ser que yo le hubiera comprado el billete.

Habían servido las bebidas y seguíamos solos en esa parte de la sala vip. Desde el principio había tenido intención de sentarme a su lado; me había intrigado en el avión, pero la había perdido de vista, así que había dirigido mis pasos al fondo de la estancia, un lugar más discreto que poca gente conocía. Al parecer, ella pertenecía a ese grupo. ¿Usaba mucho ese salón? ¿Tal vez era una rica heredera? Estaba acostumbrado a estar con mujeres que querían mi dinero, no con mujeres que disponían del suyo.

Terminé de escribir unos correos, apagué el ordenador y volví a guardarlo en el equipaje de mano, dejando la Moleskine y el teléfono delante de mí, sobre la mesa.

Me recosté en la silla y la miré mientras partía la tarta con el tenedor.

—Así que te gustan las tartas, los mojitos sin alcohol y los pintalabios rojos. Supongo que también te gustan las películas de los cincuenta, los gatitos e ir la playa. —Quise añadir *«Y apuesto algo a que eres muy buena en la cama»*, pero no lo hice.

Era cierto. Había estado con suficientes mujeres como para distinguir entre las que eran guapas pero pésimas amantes y las que estaban hechas para el sexo.

La mujer que tenía delante estaba hecha para follar. Pechos llenos y maduros, una boca roja y voluptuosa. Me moví en el asiento al pensar en rodearle la cintura diminuta antes de bajar la mano para recorrer las caderas que se ensanchaban hasta aquel increíble culo que había podido ver al salir del avión. Y estaba seguro de que también era de las ruidosas, así que íbamos a tener que ir a un lugar discreto para que pudiera soltarse y gritar tan fuerte como iba a querer hacer cuando la tocara.

No respondió a mi valoración. La mayoría de las mujeres encontraban estimulante que adivinara cosas sobre ellas, y la mayoría de las veces acertaba.

—Dime algo.

Entrecerró los ojos con desconfianza.

—No me gustan los gatitos.

—Pero tengo razón en el resto.

Se encogió de hombros.

—¿A quién no le gustan las películas de los cincuenta e ir a la playa?

Tenía razón.

—Bueno, pues cuéntame algo interesante sobre ti.

Sonrió, aunque no era la sonrisa coqueta a la que yo estaba acostumbrado. Más bien, era una sonrisa educada, las que las camareras reservaban a los tontos como yo cuando les metían un corte.

—Vale: estoy ocupada.

Oh. Sentí una punzada de decepción en el estómago. Quería divertirme un poco; tenía el trabajo bajo control y estaba listo para relajarme. Por lo general, no tenía que esforzarme tanto para conseguir que una mujer me siguiera el juego. A pesar de ello, no iba a rendirme, al menos con facilidad; me gustaban los retos.

—¿Qué estás leyendo?

Bajó el cuaderno.

—¿Sabes? Estoy segura de que cualquiera de los auxiliares de vuelo, ya sean hombres o mujeres, estarían encantados de complacerte en... —movió la mano en mi dirección— lo que sea que quieras hacer.

Tomé un sorbo de agua sin dejar de mirarla.

—No me interesa ningún miembro de la tripulación de cabina. Estoy flirteando contigo y espero que respondas.

Dejó el libro sobre la mesa y me miró con intensidad. Tenía unos ojos preciosos, grandes y de un castaño intenso. Además, lucía un precioso lunar en lo alto del pómulo derecho.

—¿Y para qué? Pareces muy capaz de divertirme con tus aparatos. No puedes estar aburiéndote.

—Y no me aburro, quiero conocerte. —Sonreí. No me importaba lo más mínimo usar todas las armas de mi arsenal; ella lo merecía.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo? ¿Como si quisiera que te corrieras con tanta fuerza que te hiciera ver las estrellas? —Contuve la respiración un segundo, preguntándome cómo iba a reaccionar. Quizá había ido demasiado lejos.

Negó con la cabeza, pero enarcó una ceja. No me iba a rechazar de plano.

—Ah, ¿sí? ¿De verdad crees que eso va a pasar?

—Estoy seguro. Sientes curiosidad. Me has estado mirando.

Se sonrojó, pero no era mi intención hacerla sentir mal.

—No tienes por qué avergonzarte, me ha gustado. Me encanta atraer la atención de las mujeres, sobre todo, de las que son tan guapas como tú. —La atención que me había dedicado la tripulación de cabina me había resultado irritante, pero que una mujer como aquella me comiera con los ojos era estimulante.

Puso los ojos en blanco. Pensaba que era una frase trillada, y para ser sincero, lo parecía, pero lo había dicho en serio. Me había fijado en ella, así que me habría decepcionado que no se hubiera fijado en mí.

—Que haya visto algo nuevecito y reluciente en un escaparate no significa que vaya a sacar la tarjeta de crédito para llevármelo a casa.

Me reí entre dientes.

—Cariño, no cobro. —Era capaz de devorarme con la mirada y de menospreciarme al mismo tiempo.

Tenía que cambiar de táctica.

—¿Y si rebobinamos un poco? Me llamo Dylan James. —Le tendí la mano.

Inspiró hondo como si tratara de armarse de paciencia, pero, al final, me estrechó la mano.

—Beth Harrison.

Disfruté al sentir la cálida suavidad de su piel contra la mía. Era muy suave, y me habría encantado lamerla de arriba abajo.

—Háblame de ti. ¿Vas a Londres por negocios o por placer? —le pregunté.

Suspiró.

—Vamos a estar juntos en un aeropuerto durante una hora y luego no volveremos a vernos. No hace falta que nos conozcamos.

—Si nunca hablas con extraños, nunca conocerás a gente nueva. ¿No te interesan las relaciones humanas?

Entrecerró los ojos como si estuviera considerando mi pregunta.

—No estoy interesada en el tipo de relación que sugieres.

La camarera apareció entonces junto a la mesa.

—Otro mojito sin alcohol, por favor, y yo tomaré otra agua con gas. —No aparté la mirada de Beth—. ¿Quieres más tarta?

Negó con la cabeza.

—En realidad, señor, venía a decirles que el vuelo ha sido cancelado. El tiempo va a empeorar todavía más; esperamos que esté despejado por la mañana, y hemos reprogramado la salida para las siete. Hemos reservado un número bastante limitado de habitaciones de hotel, así que estamos dándoles prioridad a nuestros clientes habituales. Puedo registrarlos yo misma si quieren, antes de que se llene todo.

Miré a la camarera. Tenía un iPad en la mano y estaba lista para teclear la información, lo que representaba una oportunidad. Disponía del resto de la noche para persuadir a Beth de que se desnudara, y en vez de ser en un lugar cercano a donde nos encontrábamos —probablemente las duchas—, iba a ser en una cómoda habitación de hotel.

—Claro. Regístrenos.

Beth empezó a decir algo, pero cambió de idea. ¿Vivía en Chicago? ¿Estaba planteándose volver a casa?

Beth se concentró en la joven que tecleaba en la pantalla de la *tablet* y frunció los labios formando un mohín. *Es adorable*, pensé mientras paseaba la mirada por su cuerpo.

—Señor y señora James, tienen reservada la habitación 302 en el Hilton. Tendrán la llave en la recepción.

Me reí entre dientes.

Beth lanzó una mirada a la camarera antes de volver la vista hacia mí, sin duda esperando a que yo la corrigiera.

Puedes esperar sentada porque eso no va a pasar.

—Lo siento, pero no soy la señora James. —Sacudí la mano—. No estamos casados. Ni siquiera somos pareja. Creo que es mejor que nos registre por separado. —Beth había abierto mucho los ojos, como si sintiera pánico.

Cogí el móvil y llamé a mi asistente.

La camarera tragó saliva.

—Lo siento mucho. He supuesto que... ¿Me puede decir su nombre?

—Marie, ¿podría reservarme una *suite* en el Hilton para esta noche, por favor? Han cancelado el

vuelo. —Marie era supereficiente; iba a encontrar una habitación aunque tuviera que presentarse en la recepción para ello. Y no iba a ser como las habitaciones estándar de mierda que había reservado la aerolínea—. Llámeme cuando la consiga.

—Beth Harrison. —Beth parecía preocupada. Debía de haber pensado que iba a insistir en que durmiéramos juntos y, en realidad, no era tan mala idea; de hecho, reservar dos habitaciones era un gasto innecesario.

—Se me ha bloqueado la *tablet*. Será solo un minuto. —La camarera se alejó para solucionar los problemas informáticos.

Beth sacó su propia *tablet* y se puso a teclear en ella.

—Oye —dije, tocándole la mano—. No te preocupes. Mi asistente me encontrará una habitación. Quédate con la 302.

Retiró la mano de debajo de la mía.

—Pero no van a cancelar solo nuestro vuelo. Habrá miles de pasajeros buscando una habitación de hotel. Solo Dios sabe cuánto tardará la camarera en desbloquear la *tablet*. Si espero, nos quedaremos con una sola habitación.

La miré.

—Confía en mí. Quédate la habitación.

Su pecho subió al inspirar y descendió al soltar el aire.

—De acuerdo. —Hizo una pausa—. Oye, ¿no será esto una treta para que me relaje y que luego me vengas con la triste historia de que no tienes habitación cuando te llame tu falsa asistente?

—Beth. —Mi tono era serio—. Yo no miento, y jamás he obligado a una mujer a compartir mi cama. Créeme. —Hacía tiempo que no me trabajaba tanto un polvo. Normalmente, me bastaba con hacer ostentación de mi dinero. Para ser sincero, hacía mucho que pensaba que no valía la pena esforzarme.

Mi teléfono vibró en la mesa, delante de mí.

—Marie...

Mi asistente me dio el número de una habitación en el Hilton, una *suite* en la planta ejecutiva, le di las gracias y colgué.

—¿Qué te había dicho? —Le guiñé un ojo a Beth.

—¿Ya tienes habitación? —me preguntó. Mi ego sufrió un poco al ver que ella había pensado que no iba a poder conseguir una habitación en el Hilton. Podía comprar el puto hotel si hubiera querido...

—Dime, ¿qué tiene de malo la idea de compartir la cama conmigo? —pregunté. Me interesaba saber qué era exactamente lo que la refrenaba. Acabábamos de conocernos, ella podría tener una relación, aunque estaba casi seguro de que no era así. Podía detectar a la legua a una mujer enamorada, llevara o no un anillo de compromiso.

Se rio.

—¿Quieres decir aparte del hecho de que nos acabamos de conocer?

Fruncí el ceño.

—Sí. Dame tres buenas razones aparte de esa.

—Deberíamos irnos, o tendremos que hacer mucha cola para registrarnos en el hotel. —Empezó a guardar sus cosas en el bolso.

—Justo lo que pensaba: no se te ocurre ninguna.

—Se me ocurren muchas. Primera, podrías ser un asesino en serie...

—He dicho dejando a un lado el hecho de que acabamos de conocernos.

Se levantó y cargó el peso sobre un pie: esa postura resaltaba sus deliciosas caderas y enfatizaba sus curvas.

—Tú lo has querido. —Me miró directamente a los ojos—. Una, soy alcohólica. Dos, nunca me he acostado con nadie estando sobria. Y tres, me da miedo que cuando por fin practique sexo de nuevo, no lo disfrute de la manera en que solía hacerlo.

Vaya, no era lo que esperaba. No, no lo esperaba en absoluto. Las mujeres no intentaban desalentar mis coqueteos con sinceridad; no me contaban sus secretos más oscuros. ¿Quién era esa chica?

Cogió el bolso y dio media vuelta para huir hacia la salida a toda velocidad.

Volví a meter mis pertenencias en el equipaje de mano e intenté alcanzarla. Era una chica a la que merecía la pena seguir.

Increíble.

2

BETH

Estaba acostumbrada a decirle a la gente que era alcohólica, pero no a extraños con cuerpos de infarto que me ponían la piel de gallina a un palmo de distancia; aun así, me sentía algo eufórica por habérselo soltado al Señor 8A. No me había quedado para ver su reacción, pero, sin duda, lo había dejado con la boca abierta. Me reí para mis adentros y me tumbé en la cama de la habitación.

La rudeza de Dylan James con la tripulación de cabina contrastaba con la forma en que me había dicho que quería hacer que me corriera. Me estremecí. Me había deseado y me había hecho sentir bien aunque nuestra conversación hubiera durado poco tiempo. Quizá, cuando volviera a Londres, debía salir con alguien. Al parecer, esa parte de mí no estaba tan muerta y enterrada como sospechaba.

Me sobresalté cuando sonó el teléfono del hotel. Cogí el auricular desde la cama.

—¿Diga?

—¿Qué llevas puesto?

Me dio un vuelco el corazón al oír la voz del Señor 8A. Era un hombre persistente, insistía incluso después de lo que le había dicho.

—¿Pretendes practicar sexo telefónico? —Fingí arrogancia.

—Si pensara que me vas a seguir el juego, lo haría. —Soltó una risita profunda y sexy que hizo que me entraran ganas de pasarle las manos por el pecho—. Ahora, en serio, ¿por qué has huido de mí? ¿No quieres cenar conmigo?

Me había escapado porque había supuesto que lo que le había soltado ponía fin a cualquier flirteo y no quería quedarme a ver cómo cambiaba de opinión, pero, al parecer, no lo había espantado.

—¿Cenar?

—Sí. Anda, dame el gusto. Al menos, nos ayudará a distraernos unas horas —dijo.

¿Que le diera el gusto? Quería besarlo. Que me besara. Inspiré hondo.

—No ceno con desconocidos —contesté. ¿Podía permitirme conocerlo? Después de todo, cenar con alguien mientras esperaba a que terminara una tormenta de nieve no podía considerarse una cita, sino, más bien, algo fortuito. Y me ayudaría a pasar el tiempo. Además, era el hombre más guapo que había visto en mi vida y me había llamado después de que le hubiera confesado ciertas cosas sobre mí que deberían haberle hecho salir pitando.

—Venga, haz una excepción.

Lo dijo como si fuera sencillo. Como si cenar con un hombre cuando no estaba borracha no fuera para tanto.

—No salgo con nadie —dije.

—Haz una excepción —insistió.

—No pienso acostarme contigo.

Se rio entre dientes.

—Puede que sí, puede que no, pero te prometo que no te presionaré. Y, al fin y al cabo, los dos tenemos que cenar. Podemos irnos a la cama más tarde si eso es lo que quieres.

Lo que quería era tirarle el teléfono a la cabeza. Me parecía demasiado arrogante, pero esa absoluta

confianza en sí mismo me atraía en lugar de espantarme, como si esa actitud suya pudiera protegerme del dolor en vez de exponerme a él. Si él estaba tan seguro de todo, quizá yo no tenía por qué no estarlo. Como él decía, solo era una cena. Una cena con alguien a quien no volvería a ver. Podía resultar un desastre, y no pasaría nada. Intenté refrenar la sonrisa que se me formaba en la comisura de los labios.

—¿Solo una cena?

—Por ahora.

Inspiré hondo.

—Vale. —¿Qué tenía que perder..., salvo mi mente, mis sentidos y mi confianza?

—De acuerdo. Ven a mi *suite*. Habitación 2035.

Colgó.

Podía haber aceptado cenar con él, pero no había pensado que fuera en su habitación.

Qué presuntuoso por su parte. Obviamente, me parecía atractivo, pero eso no significaba que fuera a hacer nada al respecto. No, de ninguna manera iba a subir a su *suite*. Pedir un sándwich vegetal y ver *American Idol* en mi habitación era un plan perfecto.

Volví a colocar el receptor en el soporte, me desplomé en la cama y cogí el mando a distancia.

Le había creído cuando me había dicho que no iba a presionarme para que mantuviera relaciones sexuales con él: su ego no iba a permitírselo. Era la clase de hombre que no perdía el control ni cometía errores, como ya había pensado. A lo mejor lo de ir a su *suite* era pura conveniencia. Era un lugar más íntimo, y no tenía que ver cómo las camareras coqueteaban con él.

Sin embargo, yo no iba a subir.

Al mismo tiempo, y por primera vez en años, quería estar con un hombre. Podía subir a tomar una copa y quedarme diez minutos. Probar el agua con la punta del pie, figuradamente, y luego marcharme, ¿verdad?

Saqué el estuche de maquillaje del equipaje de mano, me volví a aplicar el pintalabios rojo en el que él se había fijado y subí a la planta veinte.

El corazón me latía con fuerza al llamar a su puerta. ¿De verdad estaba a punto de hacerlo?

Solo me quedaría diez minutos.

Eso sería todo.

Se abrió la puerta y Dylan se plantó delante de mí con el pelo algo más despeinado que en el avión. Ya no llevaba la corbata ni la chaqueta y se había desabrochado los botones de arriba de la camisa. El impávido Señor 8A se había relajado. No me dijo nada y yo repasé los posibles saludos con los que llenar el silencio antes de que extendiera la mano y me pasara el pulgar por el pómulos. Me ardió la piel en el punto en el que me había acariciado. Se acercó un paso más, hasta que nuestros cuerpos casi se tocaron y la puerta se cerró tras él, dejándonos a los dos en el pasillo.

—¿Hola? —susurró como si no se hubiera dado cuenta de que nos habíamos quedado fuera.

Dí un paso atrás. Tenerlo tan cerca me había dejado sin palabras. Había esperado que intentara algo, pero solo después de un primer contacto: de tomar una copa, de cenar, de flirtear o, incluso, de mantener una conversación. Sin embargo, me puso la mano en la parte baja de la espalda y me estrechó contra él. Jadeé y tuve que agarrarme a sus antebrazos para no perder el equilibrio. Extendí los dedos y sentí los firmes músculos bajo su camisa. Su cuerpo era duro y estaba en tensión cuando me amoldé a él.

—Mírame. Puedo adivinar cómo eres a través de tus preciosos ojos y quiero ver todo lo que te haga esta noche reflejado en ellos.

Un latido cobró fuerza entre mis muslos.

—¿No has oído lo que te he dicho antes...? —¿Había olvidado que le había confesado que no había mantenido relaciones sexuales estando sobria? ¿Que no lo había hecho nunca? Ni siquiera recordaba haber besado a alguien desde el instituto sin haber bebido antes.

—He oído todo lo que has dicho. —Me levantó la barbilla, obligándome a mirarlo. Se echó hacia delante y me besó—. Ese pintalabios me está volviendo loco —gruñó, y volvió a besarme, esa vez con más fuerza. Me separó los labios con los suyos y se me cortó la respiración al sentir que me rozaba el superior con la lengua. Dios, cada movimiento creaba en mi interior unas ondas de choque que me recorrían el cuerpo y me encendían, como si fuera el monstruo de Frankenstein y me estuvieran reanimando por primera vez.

Deslizó las manos por mi espalda y me temblaron las rodillas, inestables ante su contacto. Me agarró antes de que me cayera, rodeándome la cintura con el brazo.

—Oh, nena, si te gusta lo que acabo de hacer con la lengua, estoy deseando enseñarte de qué más soy capaz.

El latido entre mis muslos se hizo más fuerte.

Al aceptar cenar con él, ¿había aceptado desnudarme y acostarme con él? Y si era así, ¿había algo malo en ello? Lo de probar el agua podía ser un baño rápido. Mi cuñada lo llamaba «hacer una cata» antes de conocer al hombre perfecto. No iba a volver a ver al Señor 8A después de esa noche. Tal vez fuera lo que necesitaba para descubrir lo que me gustaba estando sobria, y deshacerme de aquella especie virginidad inducida por la falta de alcohol, que tanto me avergonzaba, antes de empezar a tener citas propiamente dichas.

Me besó en la frente.

—Pasa. He encargado la cena, y no te preocupes, no follaremos hasta que necesites hacerlo.

¿Necesitarlo? Negué con la cabeza. Estaba muy seguro de sí mismo, pero tampoco podía poner la mano en el fuego por que se equivocara.

La puerta debía de estar entreabierta, porque la empujó y me guio al interior.

La *suite* era enorme, con una zona de estar a un lado, donde había dos grandes sofás blancos enfrentados, y un comedor al otro. Me envolvieron la iluminación, tenue e íntima, y la música, que sonaba suavemente de fondo.

—Vamos a cenar. —Me cogió de la mano y me llevó a la mesa. Había varias fuentes con cubreplatos de plata repartidos por una mesa para seis comensales. Movié una silla, se sentó y tiró de mí para ponerme en su regazo.

—He pedido por los dos.

Levantó la tapa de la fuente más cercana y dejó al descubierto una enorme porción de tarta de chocolate cubierta de nata montada.

—¿Tarta? —Lo miré mientras me ofrecía un trozo.

—Te gusta, ¿verdad?

¿Si me gustaba? Podía desayunar, comer y cenar dulce.

—Claro.

—He pensado que podemos empezar por esto y luego decidir cómo queremos continuar. Después de todo, esta noche lo más importante es el placer. —Me acercó el tenedor a la boca otra vez—. Ábrela bien... —Volví a notar el latido entre mis muslos cuando separé los labios.

La tarta estaba deliciosa y, obviamente, era casera.

—¿Qué te parece?

Abrí los ojos. Tenía tendencia a bloquear todos los demás sentidos cuando probaba algo espectacular. Por un segundo, había olvidado que estaba sentada en el regazo de Dylan.

—Está buena, muy buena.

Me cogió del cuello, me acercó a él y me lamió los labios.

—Mmm, tú sí que sabes bien. Tenías un poco de nata en la comisura de los labios. Así te ayudo a limpiarte.

Sonreí, le quité el tenedor de la mano y cogí la tarta.

—Deberías probarla tú también. Está francamente buena.

Le acerqué el tenedor a los labios. Sus hermosos ojos color índigo se clavaron en mí y aceptó con voracidad el bocado que le ofrecía. Gimió, y ese sonido provocó un eco en mi interior que hizo desaparecer mi autocontrol.

Lo deseaba.

Mi deseo era superior a cualquier vergüenza que pudiera sentir por estar tan cerca de un hombre totalmente sobria.

Dejé caer el tenedor y le pasé las manos por el pelo, viendo cómo me miraba. Bajé la cabeza y deslicé la lengua por sus labios, como él había hecho conmigo. Volvió a gruñir y su lengua se unió a la mía: el sabor del chocolate, el de la nata y el de él se mezclaban a la perfección.

DYLAN

Estaba acostumbrado a estar con mujeres guapas, pero la que estaba sentada en mi regazo con los labios hinchados como si llevara horas besándome era más hermosa que la mayoría. Todo mi cuerpo se mostraba de acuerdo y estaba incómodamente duro. Sus pechos llenos no lo ponían más fácil, ni tampoco los pequeños movimientos que hacía contra mi muslo. Joder, si no me controlaba, iba a correrme como un adolescente en cuanto la viera desnuda. Gruñí y le metí la mano en el escote, deslizando los dedos entre sus pechos para acariciar su piel suave. Quería que fuera mi erección la que ocupara el lugar de mi mano, pero era demasiado pronto. No estaba preparada. Moví la mano dentro del sujetador y le rocé un pezón, que ya estaba duro. Echó la cabeza hacia atrás y me apretó la rodilla.

—Dylan..., yo...

Estaba nerviosa, y me resultaba adorable. Estaba hecho a mujeres que le echaban más pelotas a la vida que la mayoría de los hombres, no a las que mostraban un atisbo de inocencia.

—No tienes que preocuparte por no disfrutar del sexo estando sobria. —De hecho, ese era el tipo de sexo que yo prefería. Rara vez bebía, y nunca si en mis planes entraba follar. La bebida me embotaba los sentidos, y no quería perderme nada cuando mantenía relaciones sexuales—. Te vas a correr con tanta fuerza que te olvidarás de lo que es estar borracha.

Le bajé el sujetador de un tirón y dejé sus pechos al descubierto. Me sujetó la cabeza, y eso me hizo vacilar. Si mostraba la más mínima reticencia, no llegaríamos más lejos. Iba a tener que excusarme para ir al baño a aliviar mi dolorida erección, pero dejaría de tocarla.

Pero no intentaba detenerme. Me arañó el cuero cabelludo cuando me llevé su pezón a la boca, lo chupé y noté su sabor dulce; ella se apretó contra mi muslo, y alterné las caricias con mordiscos y lametones.

Me soltó la cabeza y, por un momento, me pregunté si había ido demasiado lejos. Entonces me di cuenta de que el sujetador estaba más flojo porque se lo había desabrochado. Ella quería más; perfecto. Volví a sumergirme en sus pechos. A pesar de estar suelto, el sujetador seguía sobre su cuerpo, así que deslicé las manos por su piel y le subí la blusa. Levantó las manos y la dejé desnuda de cintura para arriba. No podía apartar los ojos de la gloriosa visión de sus pechos. Eran redondos y

firmes, y parecían hechos para mí. Agarré cada uno con cada mano, disfrutando de su peso, de que casi fueran demasiado grandes. Solté un gemido incontrolable. La aparté de mi regazo y me puse de pie. Quería verla mejor.

—Eres la hostia de sexy. —La besé en la frente mientras me miraba. Se llevó los brazos a los pechos para ocultarlos—. No. No te los tapes. Son míos.

Soltó una risita.

—Creo que, biológicamente hablando...

—Son míos por esta noche. —Le aparté los brazos y le acaricié los pezones con los pulgares—. Dejemos la tarta para más tarde. Quiero saborearte a ti antes. —Le pasé los dedos por la espalda y la llevé al dormitorio.

Se detuvo en la puerta.

—Es que... —Negó con la cabeza.

Me quité los zapatos y los calcetines y me senté en la cama.

—Por favor, dime lo que estás pensando.

—Bueno, todo lo que te he dicho antes era verdad.

—Bien. No me parecería bien que me hubieras mentido. —Lo que había dicho había sido algo íntimo y, de alguna manera, la hacía más auténtica. No me habría gustado que se lo hubiera inventado. Estaba harto de jugar al gato y al ratón con las mujeres.

Cruzó las manos sobre el pecho y se miró los pies. El recuerdo de una sensación revoloteó en mis entrañas.

—Oye, podemos parar y comernos la tarta si lo prefieres. —Quizás follar con ella no era la mejor idea que hubiera tenido. Parecía demasiado vulnerable, como si la hubieran roto y el pegamento aún estuviera secándose.

—Es solo que estoy nerviosa. Sé que no vamos a vernos de nuevo, pero...

—Querida, te he prometido que voy a hacerte ver las estrellas. La presión es mía. Tú solo tienes que decirme lo que te gusta y lo que no. Te prometo que lo último que vas a sentir son nervios. Pero si prefieres hablar, me parece bien. Puedes decirme qué era lo que estabas garabateando en el cuaderno.

Me dedicó una media sonrisa, ladeó la cadera, dejó los pechos al descubierto y se quitó la falda. Dios, sí que parecía una estrella de cine de los 50. El trasero redondo, la cintura diminuta y, por supuesto, esa preciosa boca roja.

—Eres una diosa, joder. Ven aquí. —Se acercó a mí contoneando las caderas. No pude evitar fijarme en el encaje que había entre sus piernas. Necesitaba sentir esa parte de su cuerpo.

La hice colocarse entre mis rodillas y hundí la lengua en su escote, que lamí de arriba abajo. Se ahuecó los pechos, los apretó y casi me corrí.

Recorrí el borde de su ropa interior con los dedos. Era de una tela endeble, y yo estaba impaciente. Di un fuerte tirón y, como era de esperar, se rompió como si lo estuviera deseando. Arrancarle las bragas a una chica es algo que nunca pasa de moda. Las tiré al suelo y me detuve un segundo antes de tocarla. Estaba un poco nervioso, y no era una sensación que tuviera muy a menudo, y nunca cuando se trataba de follar, pero era tan condenadamente sexy y vulnerable, y se había mostrado tan sincera conmigo, que no quería cagarla. Ansiaba que su primera experiencia sexual estando sobria fuera especial, memorable.

Contoneó las caderas, se esfumó mi indecisión y los nervios desaparecieron. Pasé la mano por el interior de su muslo, y se me empaparon los dedos en cuanto llegué a su coño, una prueba de su deseo por mí. Perfecto.

Húmeda y dulce y, estaba seguro, ceñida como un guante. Retiré la mano y pinté cada uno de sus pezones con su propia humedad. Jadeó y volvió a cogerse los pechos, que me acercó, instándome a que se los chupara.

—Dime lo que quieres —susurré. Quería que confesara la necesidad que sentía por mí.

—Quiero que me los chupes —dijo con la voz entrecortada.

—Oh, sí, creo que vamos a congeniar muy bien. —Me gustaban las mujeres que se concentraban tanto en lo que estábamos haciendo que no dejaban lugar para las inhibiciones, que no permitían que pudiera colarse nada que interrumpiera el placer. No sabía por qué estaba nerviosa, era perfecta.

Me cerní sobre ella y le capturé un pezón con la boca.

—Ay, Dios, me encanta esa boca tuya —confesó, echando la cabeza hacia atrás.

Me llevé la mano a la polla en cuanto lo dijo. No estaba seguro de cuánto iba a durar si seguía diciéndome esas cosas.

Rocé con los dientes la carne fruncida, y se estremeció contra mí. ¡Qué sensible era, joder!

La llevé hasta la cama y me puse de rodillas. Había algo muy morboso en estar completamente vestido mientras excitaba a una mujer desnuda. Tal vez fuera una cuestión de poder... Sí, definitivamente, era una cuestión de poder.

Puse las palmas de las manos en el interior de sus muslos para separarle las piernas. Se retorció, pero no creí que fuera por vergüenza, sino por deseo.

Soplé contra su sexo.

—Dime lo que quieres.

Extendió la mano por encima de la cabeza y arqueó la espalda sobre el colchón.

—Quiero sentir esa boca tan hábil en mi coño.

Sí, estaba lista. Gemí y fui directo a su clítoris. Movié las caderas, por lo que tuve que inmovilizarla. Su sabor era delicioso. No solía practicar sexo oral a las mujeres, pero quería que Beth se relajara, que comprendiera que iba a disfrutar mucho a lo largo de la noche, que no tenía por qué mostrarse tímida ni estar nerviosa. Solo tenía que entregarme su cuerpo.

Hundí la lengua en su entrada. No quería sumergir los dedos en ella, la quería desesperada, suplicando para que la llenara y recompensara sus súplicas con mi polla, sin contemplaciones. No quería anticiparme con los dedos.

Le lamí y le rodeé el clítoris; ella seguía arqueándose y contoneando las caderas. Después iba a sentarla sobre mi cara; quería estar totalmente envuelto por su olor, por su sabor.

—¿Te gusta, cariño?

Sus gemidos se hicieron más fuertes y su respiración más entrecortada. No estaba preparado para que llegara al clímax, no tan rápido. Cuando se corriera por primera vez iba a ser abrumador, y yo iba a tener mi polla en su interior.

—Dios, me encanta tu boca. —Parecía sorprendida.

Yo no.

Presioné su clítoris, acariciando el duro nudo de nervios, y luego la solté para ponerme de pie con rapidez.

—¡Eh! Estaba a punto, ¿qué pasa? —Se llevó la mano a la nuca y me miró con los ojos somnolientos.

Vi cómo deslizaba la otra mano entre sus pechos y se pellizcaba un pezón; luego siguió bajando por su vientre, hasta que encontró el clítoris con los dedos. Joder, era espectacular. Piel blanca y aterciopelada, pelo negro como el carbón.

Me quité la camisa. Tenía que estar dentro de ella. Me resultaba difícil entender por qué había

creído que iba a estar nerviosa. Parecía cualquier cosa menos nerviosa.

—Quita la mano. —Mi voz fue como un ladrido lleno de celos. Quería darle yo todo el placer. Mi trabajo era hacer que se corriera, y me sentía extrañamente posesivo con sus orgasmos. Era como si me hubiera invadido una necesidad imperiosa de provocárselos. Que me hubiera contado lo de su alcoholismo me había hecho desear hacerlo bien y que fuera increíble para ella.

—Oblígame. —Arqueó de nuevo la espalda como si le excitara la idea de lo que yo podía hacer.

A tientas, sin poder mover los dedos con la suficiente rapidez, saqué un preservativo de la cartera y me quité los pantalones.

—Oh, Beth, tus dedos no volverán a ser suficientes para ti una vez que hayamos follado.

Su mirada se clavó en mi polla, dura contra mi estómago. Se incorporó, con los ojos muy abiertos.

—Por Dios. No me hagas daño con esa cosa, ¿quieres?

—Solo vas a sentir placer, cariño. —Le sonreí y deslicé el condón sobre mi erección dolorosamente dura.

Se dio la vuelta y se puso a cuatro patas, mirándome la polla por encima del hombro. Dios, iba a ser el polvo de mi vida.

—Eso es, Beth. Sabes cómo te deseo.

Iba a correrme una y otra vez con ella.

Sus tetas eran una imagen increíble desde este ángulo, ya que se balanceaban ligeramente con su impaciencia. Tenía el culo levantado, esperándome, y el pelo le cubría la espalda. Quería que esa imagen quedara grabada en mi memoria. Probablemente no iba a volver a verla nunca más, pero contemplarla así, preparada y esperando, era algo que no quería olvidar jamás.

Recorrí su entrada con el glande, le rodeé el clítoris y volví a subir, empapándome con sus jugos. Por un segundo deseé sentirla sin la barrera que ofrecía el preservativo. Me lo quité de la cabeza. Nunca follaba sin protección.

Ella se acercó a mí, ofreciéndose.

—Tranquila, nena. No seas ansiosa. —Sonreí, y la agarré del pelo.

La provoqué un poco más, pasando la polla por su entrada.

—Por favor, Dios. Quiero sentir...

No le dejé terminar la frase. Me abalancé sobre ella y la penetré hasta la empuñadura.

3

BETH

Dios mío. Joder. Dios mío. Después de jugar conmigo durante lo que me habían parecido días, ese hombre, al que había conocido hacía solo unas horas, estaba enterrado tan profundamente dentro de mí que estaba a punto de partirme por la mitad.

Que Dylan me besara había neutralizado de algún modo lo nerviosa que me había puesto la idea de estar desnuda y sobria con un desconocido. Lo deseaba. Quería estar con él. Quería un momento de locura. Durante los tres últimos años había tenido miedo de disfrutar demasiado de la vida por si perseguía el placer a costa de mi sobriedad. Me había aferrado a todo con tanta fuerza, de forma tan controlada durante tanto tiempo, que me sentía bien al soltarme, al entregarme a algo que me hacía disfrutar.

Dylan me había llevado al borde del orgasmo dos o tres veces, pero se había negado a que me corriera. Siempre había pensado que, sin alcohol, no iba a ser capaz de abandonarme lo suficiente como para llegar al clímax, pero Dylan sabía exactamente cómo conseguirlo. Era como si hubiera convertido a mi cuerpo en el trabajo de su vida y no fuera a permitir que nada se interpusiera en mi camino al orgasmo. De hecho, solo mirar su monstruosa erección me había llevado al límite.

Y, por fin, lo sentía dentro de mí, inmóvil, rozando lo doloroso. Si hubiera tenido tiempo para pensar después de verlo desnudo, me habría echado atrás. Estaba casi segura de que no iba a caber en mi interior.

Aparentemente, sí cabía. Por poco.

—Estás tan ceñida... —Notaba su aliento jadeante contra mi cuello.

Intenté hablar, pero solo pude gemir.

—¿Estás bien, Beth? —Sonaba preocupado. En los recuerdos borrosos que tenía sobre el sexo, mis amantes rara vez se habían preocupado por cómo me sentía, por si me corría o no. Dylan se centraba en mí y en nosotros, no solo en él.

Asentí.

—Eres demasiado... grande.

Gruñó y empujó en mi interior. No podía llegar más profundamente.

—Nunca he estado tan duro.

Me acarició la espalda y se enderezó detrás de mí. Me estremecí cuando me agarró del pelo.

—¿Estás lista?

Antes de que pudiera responderle, retrocedió despacio y se abalanzó sobre mí. Me llevé la mano al clítoris. Quería correrme.

—No —ladró—. Eso es mío. Tu clítoris, tu coño, tus tetas. Todo es mío. —Me apartó la mano, pero sustituyó mis dedos por los de él. Contoneé las caderas contra su mano. Me penetró una vez, y otra, y sentí como un eco lejano que el orgasmo empezaba a cobrar fuerza... otra vez.

Dejé caer la cabeza hacia delante y me concentré en el placer que inundaba mi cuerpo.

¡Santo Dios! No podía aguantar más, pero tampoco quería que se acabara.

—Estoy a punto...

—¿Tan pronto? —Aumentó el ritmo, penetrándome con más fuerza, más profundamente, y yo caí

en espiral para disfrutar de mi primer orgasmo sobria, envuelta en la sensación más intensa que había tenido nunca. Estaba flotando y temblando a la vez, como si mi cuerpo ya no fuera mío. Era suyo, como había dicho.

Justo antes de desplomarme, pegó mi cuerpo inerte al suyo, de modo que él quedó de pie y yo arrodillada en la cama mientras me penetraba con fuerza, como si no se hubiera dado cuenta de que acababa de tener un orgasmo que había dejado a todos los demás a la altura del betún. Me rodeaba la cintura con un brazo y me sujetaba el hombro con el otro.

Jadeé. El cambio de ángulo fue como volver a sentirlo por primera vez. Acerqué de nuevo su cabeza a mi cuello para hundir los dedos en su pelo aterciopelado.

—¿Pensabas que no podría hacer que te corrieras? —Su voz era ronca—. Pues voy a hacer que cuentes tus orgasmos porque, si no, no vas a saber cuántos son.

No iba a tener que esperar mucho más por el segundo. Me pellizcó un pezón, retorciéndomelo, y sus dedos hicieron sentir chispas por las piernas hasta los dedos de los pies.

—Te vas a correr otra vez, ¿me oyes? Y voy a dejarme ir cuando me estrujes en tu interior.

Nadie me había dicho nada parecido a lo que me estaba soltando Dylan. Eran esas cosas que crees que solo ocurren en el porno, pero me pareció lo más natural viniendo de él, y me hizo jadear.

Doblé un poco más las rodillas para recibir sus envites.

—Oh, sí. Sabes lo que quieres, ¿verdad? Quieres mi polla tan profundamente como pueda llegar.

Y ahí estaba de nuevo el orgasmo, bajando por mi columna vertebral. Me tambaleé, envuelta entre los brazos de Dylan, mientras el clímax me inundaba.

—Oh, sí, te siento. Me aprietas, Beth. Me aprietas... tanto... —Se sacudió bruscamente, y su orgasmo siguió al mío, como había prometido. No mentía, todo era como había dicho.

No me soltó cuando nos desplomamos, agotados, sobre la cama.

Sentía su pecho agitado detrás de mí mientras me seguía estremeciendo con los coletazos del clímax.

Nos quedamos en silencio, esperando a que nuestras respiraciones volvieran a la normalidad.

—Eres asombrosa —me dijo; le acaricié los antebrazos; estaba segura de que no era la única mujer que había recibido ese cumplido.

Me besó el hombro. Fue un gesto tierno para después del sexo, como si fuéramos una pareja de toda la vida. Suspiré. Me había olvidado de cómo era eso..., ¿cómo lo había llamado? Relación humana, eso era. O quizá nunca lo había experimentado.

Sentaba bien que te abrazaran. Follar era liberador.

—¿Estás bien? —preguntó, estrechándome entre sus brazos.

—Sí. Estoy bien.

Volvió a besarme el hombro y se alejó para ir al baño.

Debería volver a mi habitación.

Quizá me llevara un plato con tarta. Me incorporé e hice una ligera mueca de dolor al notar cómo me tiraban los músculos de los muslos. Al día siguiente iban a dolerme. Pasé las piernas por el borde de la cama, tratando de sacar fuerzas de algún sitio.

—Eh. —Dylan salió del baño—. ¿Es que te sientes inestable?

Sonreí.

—Es lo que provoca el sexo capaz de hacer que tiemble la tierra.

—Que tiemble la tierra, ¿eh?

Me ardieron las mejillas. Debía de saber que follaba como un campeón.

—Quería llegar a un sexo capaz de cambiarte la vida, pero parece que me queda camino por

recorrer. —Se acercó de nuevo a la cama.

Sonreí, sin poder apartar los ojos de su cuerpo perfecto.

—Oh, creo que lo has hecho muy bien.

—¿Bien? —Frunció el ceño, pero asintió—. Mmm. La palabra «bien» no me gusta demasiado. Tendrás que darme un minuto o dos, y veré si puedo subir en tu *ranking*.

Me reí.

—Eres un encanto, pero debería irme.

—¿Follo «bien» y soy un «encanto»? ¿Intentas herir mis sentimientos? —Me sonrió. Su ego seguía intacto.

Me acerqué a él y lo besé en los labios.

—Follas como un campeón. Me lo he pasado bomba, pero tengo que irme. —Me giré y terminé de salir de la cama de un salto.

—Tienes un cuerpo hecho para follar —aseguró, y me cogió de la mano cuando iba a recoger mi ropa. Me volví hacia él.

Le apreté la mano y lo miré con intensidad.

—Lo mismo digo, Señor 8A.

—Entonces quédate un poco más.

—Dylan, mañana voy a estar hecha polvo.

Despreocupadamente, me cogió uno de los pechos. Inmediatamente se me erizaron los pezones.

—Pero te prometo que te gustará mucho.

—¿Quieres agua? —preguntó Dylan desde la cocina.

Cogí el reloj de la mesilla.

—Sería estupendo. Gracias.

Eran las cuatro y media de la mañana, y teníamos que salir a las siete. Iba a tener que dormir en el avión; no había ni la más mínima posibilidad de pegar ojo teniendo a Dylan tan cerca. Era insaciable, y yo estaba más que feliz de seguirle el ritmo.

—¿Cómo vamos? —Volvió al dormitorio y me dio un vaso de agua.

—Son las cuatro y media. Tengo que asearme.

—Me refería a cuántos orgasmos van. Te dije que llevaras la cuenta. —Se echó en la cama y retiró las sábanas de mi cuerpo.

Me aparté de él.

—Cuatro, pero lo digo en serio: tenemos que irnos. Hay que volver a facturar. —Salí de la cama y me acerqué al salón. Estaba casi segura de que me había empezado a deshacer de la ropa antes de que llegáramos al dormitorio. Los cubreplatos seguían encima de la mesa del comedor. ¡Qué desperdicio! Ni siquiera había visto lo que escondían. Cogí uno y encontré una porción de tarta de fresa que tenía un aspecto increíble. Hundí el dedo en la crema y la probé. *Mmm...* Cerré los ojos. *Deliciosa*.

—Tienes el mejor culo que he visto nunca. —Dylan me puso las manos en las caderas y las bajó hasta mi trasero. Cada vez que me tocaba, se me erizaba toda la piel, como si mi cuerpo se estuviera preparando para otro clímax. Sin embargo, debía ducharme.

—Dylan. Tenemos que facturar.

Me ignoró.

—Échate hacia delante. —Me agarró de la cintura con una mano y con la otra me empujó con suavidad para que me agarrara al borde de la mesa—. Y tu coño... es dulce de cojones.

Se abalanzó sobre mí sin previo aviso, empotrándome aún más contra la mesa. Oí caer un plato al suelo, pero no podía concentrarme en nada más que en follar con Dylan como si fuera la primera vez que lo hacía.

Me agarró de las caderas y me pegó a él.

—¿De verdad quieres que nos vayamos? ¿Has tenido suficiente de mi polla?

—No.

Estaba temblorosa y débil por culpa de una noche monumental, pero nunca iba a saciarme de su polla.

Me aparté de él cuando me rodeó con un brazo buscando mi clítoris. Sabía la presión exacta que debía ejercer, y yo no estaba segura de poder sobrevivir a otro orgasmo. Puse la mano sobre la suya.

—Por favor —fue todo lo que pude decir.

—Este clítoris es mío. Ya te lo he dicho. Haré lo que quiera con él.

Le solté la mano y me apoyé en la mesa. Tenía razón: cuando me tocaba, mi cuerpo pasaba a ser suyo. Había algo inquietante en el poder que ejercía sobre mí.

A pesar de que Dylan me llenaba como ningún otro hombre, tenía ganas de tenerlo más dentro. Separé más las piernas, con la esperanza de conseguir que se hundiera más profundamente.

—Oh, sí, quieres más, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Por favor... —Me penetró con rapidez, acercándome más y más a él. Gimió detrás de mí, y contoneé las caderas con la esperanza de poder darle una fracción del placer que él me estaba proporcionando.

Me ardía la piel de los brazos por la fricción contra la mesa, y descubrí que también eso me producía placer. Quería que me quedara algún recuerdo permanente del polvo de mi vida porque no iba a volver a ver a ese hombre después de esa noche, y no quería olvidarlo.

—Mírame, Beth. Sé que estás a punto y quiero ver la expresión de tu preciosa cara cuando te corras.

Me volví hacia él, apoyándome en una mano. Una fina capa de sudor le cubría el cuerpo musculoso y las venas de su cuello resaltaban por el esfuerzo. Esa visión fue la gota que colmó el vaso, y le regalé un orgasmo una última vez.

DYLAN

Regulé la temperatura de la ducha para que saliera fría. Solo pretendía buscarme un lígüe, pero había echado el polvo del siglo. Habíamos follado toda la noche y habríamos podido seguir todo el día de no haber sido por el vuelo a Londres. Nunca me había cuestionado a mí mismo en la cama, sobre todo cuando la mujer había llegado claramente al clímax, pero esperaba que a Beth le hubiera gustado tanto como a mí. Quería que hubiera sido memorable también para ella. Tenía algo que despertaba mi lado protector.

Debía tranquilizarme; iba a estar en el asiento contiguo al mío, y no quería pasarme ocho horas empalmado a diez mil metros de altura. Y era pensar en esos pechos perfectos rebotando delante de mí... Aggg..., estaba acabado. Sacudí la cabeza con fuerza, tratando de arrancar esas imágenes de ella de mi cerebro.

Después de correrse cinco veces, Beth había vuelto a su habitación para prepararse. Se había marchado a toda prisa y yo me había quedado medio aturdido, recuperándome de otra explosión contra su piel aterciopelada. Parecía saciada, y eso me satisfizo.

Me duché con rapidez, esperando verla antes de embarcar. Quería conseguir su número, seguir en contacto. Me apetecía volver a verla, volver a hacerla sentir bien. Si no en breve, sí mientras estaba en Londres.

Beth Harrison era todo lo que una mujer debía ser en la cama: receptiva y dispuesta, y, cuando se desnudaba, resultaba fascinante. También estaba segura de su cuerpo y era lo bastante atrevida como para haberme llamado «encanto». Puede que se mostrara un poco tímida al principio, pero cualquier reticencia había desaparecido en cuanto mi lengua había tocado su piel. Sonreí y me sequé con la toalla. Me vestí rápidamente, ansioso por volver a verla.

Llegué a la zona vip en un tiempo récord y, tras escudriñar el área y no ver a Beth, pasé por delante de las duchas, para ir a la mesa en la que la había encontrado el día anterior. No pude evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara al doblar la esquina, pero la mesa estaba vacía. ¡Mierda! Aún no había llegado. Miré el reloj. Iba a tener que darse prisa; los de primera clase íbamos a embarcar en cualquier momento. Tal vez se había entretenido con una llamada, pero ¿quién podía llamarla tan temprano? ¿Quizá alguien de Londres? ¿Un novio? No me parecía la típica mujer infiel, y me había dicho que nunca había mantenido relaciones sexuales estando sobria. No parecía una mentirosa.

Me desplomé en una silla y esperé.

Se acercó a mí la misma camarera que nos había reservado la habitación.

—¿Puedo traerle algo, señor?

Quería preguntarle si había visto a Beth, pero sabía lo desesperado que habría sonado.

—No, gracias.

Intenté entretenerme ojeando el correo en el móvil, pero antes de que me diera cuenta nos estaban llamando para embarcar. Al menos, iba a verla en el avión. Intercambiarnos los números de teléfono con la tripulación de cabina mirándonos boquiabierto no era nada discreto, pero tendría que servir.

Fui a la puerta, estudiando a los demás viajeros por el camino, escudriñando sus caras. Quizá Beth quería tomarse su tiempo para prepararse, aunque no lo necesitaba. Estaba casi perfecta la última vez que la había visto: con el pelo sedoso revuelto y los labios hinchados por los besos, pero podía entender que no quisiera viajar con un «Acabo de follar» tatuado en la frente. Volví a sonreír.

Me acerqué al mostrador y bajé por la rampa hasta el avión. Miré el billete. Como había pensado, 8A. No habían cambiado los asientos, y eso me satisfacía. No la quería lejos de mí.

Dios, Dylan, ¿en qué estás pensando? Ha sido un buen polvo, nada más.

Pero estaba cualquier cosa menos tranquilo. Quería verla. Quería saber más sobre ella. ¿Con quién estaba hablando? ¿Por qué iba a Londres? ¿Se había criado en Chicago? De repente me surgían demasiadas preguntas. Pensé que quizás en el avión podríamos hablar. Quería conocerla, lo cual no era habitual.

Giré a la izquierda al entrar en el avión.

—Buenos días, señor James.

No miré a quien hablaba. Era un hombre, lo que significaba que no era Beth, y, por tanto, no me interesaba.

Había varios pasajeros delante de mí, y estiré el cuello para ver si Beth ya estaba en su asiento. Los laterales de los asientos eran demasiado altos para poder ver bien. Cuando me acerqué a mi sitio, miré el suyo: estaba vacío. Me volví para ver si estaba detrás de mí.

—¿Champán, señor? —La auxiliar de vuelo rubia me tendió una copa.

Negué con la cabeza.

—No. ¿Han asignado a todo el mundo los mismos asientos que ayer?

La auxiliar de vuelo me miró con los ojos entrecerrados.

—Sí señor, todavía viaja en el 8A.

—¿Y los demás pasajeros? ¿Ocupan los mismos asientos?

—Mmm. Sí, creo que sí. Puede que haya habido algunos cambios en turista, ¿por qué...?

—Vale, gracias. —Me quité la chaqueta, y ella la guardó.

Estudí a la gente que venía detrás. La cabina ya estaba bastante llena, pero el asiento contiguo al mío seguía vacío. Saqué el portátil y el cuaderno del equipaje de mano, y dejé la maleta en el compartimento superior.

Joder. Todavía no había llegado. Miré el reloj. Debí haberle pedido el número antes de que saliera de mi habitación. Podía hacer que retuvieran el avión si se retrasaba un poco.

Tomé asiento. ¿Qué iba a decirle cuando la viera? Algo informal.

El cierre de la puerta llamó mi atención, y la tripulación empezó a dar vueltas por la cabina, recogiendo vasos vacíos. ¿Dónde estaba Beth?

Resonó el aviso por los altavoces pidiendo que se apagaran todos los teléfonos móviles. Debían de haberle reasignado el asiento.

Detuve a la rubia cuando pasaba.

—Disculpe.

Ella sonrió.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Me ha dicho que la asignación de asientos no ha cambiado. —Algo me carcomía las entrañas—. Pero ayer había una mujer sentada a mi lado...

La tripulante de cabina frunció el ceño.

—Ah, sí. Creo que sí.

—Dígame, ¿dónde está?

Estaba impacientándose, y se notaba.

—Déjeme comprobarlo, señor. —La rubia se alejó corriendo.

Habría sido un inconveniente que le hubieran asignado otro asiento. No recordaba si había una sección de primera clase en la parte superior en ese vuelo. Me irritaba mucho que ella pudiera estar ahí cuando podía estar a mi lado. Puse el teléfono y el portátil en modo avión. Cuando levanté la vista, la rubia se acercaba de nuevo a mí.

Se agachó antes de hablar.

—Señor, esa mujer no ha facturado. Hoy no viaja con nosotros.

¿Qué coño estaba diciendo?

Asentí secamente y clavé la mirada en el portátil, tratando de controlarme.

¿Dónde estaba? ¿Se había dormido? ¿Se sentía avergonzada por cómo la había hecho gritar y había decidido que no podía enfrentarse a mí?

Dios, estaba furioso. Primero conmigo mismo por no haberme asegurado de que tenía la forma de contactar con Beth, y luego con ella, por no haber facturado. ¿Qué había pasado? Beth Harrison se me había metido en la cabeza; eso era lo que había pasado. Y las mujeres no se me metían en la cabeza. Desde... Bueno, no lo hacían desde hacía mucho tiempo, y se suponía que no iba a volver a ocurrir.

4

BETH

No podía dejar de sonreír cuando cerré la puerta de mi habitación en el hotel, con la cabeza dándome vueltas y el cuerpo deliciosamente dolorido. Tenía que espabilar y ponerme en marcha para llegar a tiempo de facturar. La ducha tenía que ser muy corta.

Cogí el bolso de camino al baño y rebusqué en su interior hasta encontrar el móvil, que intenté desbloquear tras abrir el grifo.

¿Siete llamadas perdidas? Maldición, ¿qué había pasado?

Salí del cuarto de baño y puse los mensajes del buzón en el altavoz mientras me desvestía. Iba a tener que hacer varias cosas a la vez para no perder el vuelo.

La voz de la segunda esposa de mi padre, Marissa, resonó por el altavoz. Parecía apagada. La palabra «infarto» me llamó la atención como cuando se araña un cristal con una cuchilla, y me quedé paralizada.

¿Un infarto? ¿Otro? Terminé de vestirme con rapidez, cogí el teléfono y fui de nuevo al dormitorio para echar un vistazo a mi alrededor y ver qué tenía que recoger. El mensaje terminó; el siguiente era de mi hermano, Jake, preguntándome dónde estaba. ¡Joder! Por suerte no había deshecho la maleta. Cogí el equipaje y bajé corriendo al vestíbulo.

Mi padre había sufrido un infarto el año pasado del que se había recuperado bien; había tenido suerte. El tercer mensaje de voz era de nuevo de la mujer de mi padre. El mensaje sonaba más claro; estaban en el hospital. Se me revolvió el estómago e imaginé el peor de los escenarios posibles. ¿Seguía vivo o iba a llegar demasiado tarde?

La culpa y el miedo corrían por mis venas.

Al pasar por el vestíbulo del hotel, miré a mi alrededor por si veía a Dylan. Quería contarle lo que le estaba ocurriendo a mi padre y decirle que no iba a embarcar. Era una idea estúpida; lo nuestro solo había sido un polvo de una noche. Bueno, un rollo épico de una noche, pero no por ello íbamos a empezar a compartir la parte más patética de nuestras existencias.

Como era temprano, no había cola para pedir un taxi. Miré al cielo agradecida por esos pequeños favores divinos.

Ya en el vehículo, llamé a mi hermano. Como saltó el buzón de voz, volví a llamar a Marissa. Otra vez esa voz enlatada. Debían de estar hablando entre ellos, algo que en otro momento me habría alegrado. Su relación no era muy fluida. Que estuvieran hablando esa mañana debía de significar que la situación no se presentaba favorable.

El taxi no iba lo bastante rápido.

—¿Cuánto tardaremos? —Me abroché el cinturón de seguridad, esperando que lo tomara como una señal para que acelerara.

—Unos treinta segundos menos que la última vez que preguntó. —El taxista detuvo el vehículo en un semáforo.

Estaba segura de que desprendía olor a sexo, pero no había tenido tiempo de ducharme. Saqué un cepillo del bolso y deshice los enredos que tenía en el pelo por culpa de Dylan. El remordimiento me revolvió el estómago. Si me hubiera llevado el teléfono o si no hubiera sido tan estúpida como para

subir a la habitación de Dylan, habría sabido antes que mi padre estaba en el hospital. Esa era la razón por la que no tenía rollos de una noche, y estaba recibiendo mi castigo.

Tenía que hablar con mi madrina en Alcohólicos Anónimos. Los pensamientos me daban vueltas incesantes en la cabeza, y sabía que el alcohol podía calmarme, amortiguar el ruido de esas voces y detener la culpa que sentía por no haber llevado encima el móvil la noche anterior, la culpa de estar pasándolo bien mientras mi padre estaba enfermo y la vergüenza de que, en ese momento, quisiera estar en el avión, sentada junto a Dylan, y no en un taxi de camino al hospital.

Sentí náuseas cuando marqué el número. Mi madrina estaba en Londres, así que debía de estar despierta. Saltó el buzón de voz.

Había estado en contacto con Alcohólicos Anónimos desde que me había mudado a Londres. Mi hermano me había acompañado las primeras veces y se había quedado merodeando fuera para estar allí y apoyarme si me derrumbara. Pero no me había desmoronado. En Alcohólicos Anónimos me habían ayudado a creer que todo iba a ir mejor y, en cada reunión, me había hecho más fuerte. No había vuelto a beber desde la primera vez que había ido. Me había grabado a fuego que prevenir era la clave para mantenerme sobria. Ya no tenía ganas de emborracharme porque nunca dejaba que mi ansiedad llegara tan lejos. Controlaba mi entorno, por lo que no estaba expuesta a ningún tipo de presión que me tentara a beber. La noche anterior había renunciado a ese control, y lo estaba pagando. En cierto modo, era una suerte que estuviera en un taxi de camino al hospital, así no tenía la tentación a mi alcance. No estaba segura de poder resistirme de no haber sido así.

Cuando nos detuvimos frente al hospital, pagué al taxista y salí corriendo hacia las puertas automáticas. Debí haber escuchado el resto de los mensajes y así habría sabido adónde tenía que ir. Tras dar varios giros en falso, corrí por el pasillo correcto en busca de mi madrastra.

—¡Oh, Dios, Beth! Pensaba que estabas en Londres.

Recorrí el pasillo. Había varias puertas dobles a izquierda y derecha.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? ¿Puedo verlo? —Notaba el pulso a flor de piel.

—Sí, está bien. —Me cogió del brazo y salimos por una de las puertas dobles. Mi madrastra y yo no habíamos tenido ningún tipo de relación hasta que mi padre sufrió el primer infarto. Su enfermedad nos había unido, nos había dado algo en común.

—Han cancelado el vuelo. ¿De verdad está bien?

—No ha sido un ataque al corazón; creen que ha sido ansiedad.

No me extrañaba que estuviera tan tranquila.

—¿Ansiedad? —Fue como si alguien hubiera abierto la válvula de una olla a presión: la tensión abandonó todos mis músculos, las voces de mi cabeza bajaron de intensidad y la niebla se despejó. Y había sucedido sin que tomara una gota de alcohol, sin que hubiera bebido nada.

Se encogió de hombros.

—Se está haciendo mayor. Dicen que es común confundir un ataque de ansiedad con un infarto. Tengo que firmar unos papeles y le darán el alta. No hacía falta que vinieras. ¿No has oído mi mensaje?

Se me revolvió el estómago. Tenía que haber reaccionado con más lógica cuando vi las llamadas perdidas. Quizá no habría corrido al hospital ni me habría perdido el vuelo. ¿Dylan se estaba preguntando dónde estaba? ¿Le importaba? Probablemente se sentiría aliviado de no tener que pasar un incómodo momento de despedida. Se lo había ahorrado.

¿Por qué me estaba centrando en Dylan cuando debía estar pensando en mi familia?

—Papá, ¿qué has hecho? —Forcé una sonrisa al entrar en su habitación.

—Le dije a Marissa que no tenía que venir al hospital, pero no me creyó. —Al menos, tenía el

mismo humor de siempre—. ¿Cuándo me van a dar el alta?

Marissa me miró como diciendo «¿Ves lo que tengo que aguantar?», pero yo sabía que quería a mi padre, y estaba agradecida por ello. Se lo merecía. Mi padre era policía y mi madre había sido asesinada en un acto de venganza. En ese momento yo tenía dieciséis años y mi hermano, dieciocho. Si fuera posible morir de culpa, nos habríamos quedado sin padre hacía mucho tiempo. Marissa había sido su tabla de salvación.

Bebí por primera vez el día del funeral de mi madre y, rápidamente, aprendí que el alcohol difuminaba los bordes de la realidad. No había llorado la muerte de mi madre antes de emborracharme, me limité a enterrar todos los sentimientos en el fondo de una botella. El dolor no era tan agudo cuando mi cabeza daba vueltas por el champán, el vino, el vodka, la ginebra, el ron o... Gracias a la bebida podía deslizarme en un mundo diferente en el que no tenía que pensar en la muerte de mi madre. Cuando por fin fui capaz de mantenerme sobria, el dolor seguía ahí, como si el alcohol lo hubiera conservado. No sabía si iba a poder superarlo alguna vez, pero estaba aprendiendo a vivir con ello sobria.

Besé a mi padre en la frente y le cogí la mano.

—Creía que habías vuelto a Londres, Beth. —De vez en cuando me sorprendía cuando miraba a mi padre y veía a un anciano en lugar de al policía invencible junto al que había crecido. Era una de esas veces, mientras yacía en la cama del hospital, con los electrodos pegados al pecho. No me gustaba verlo tan vulnerable. Era como si nuestros papeles se hubieran invertido, y yo no tenía su fortaleza.

—Me cancelaron el vuelo. Lamento no haber estado aquí. —Le apreté la mano. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero no quería que me viera llorar. Él estaba bien, y mis lágrimas eran de alivio. Agradecía que no aquello fuera nada y que yo siguiera estando sobria.

Había sido toda una lección. Tenía que mantener el control. La vida ya era lo bastante difícil como para complicarla más. No iba a tener más rollos de una noche.

—Marissa no debería haberte llamado. Estoy bien. —Mi ritmo cardíaco comenzó a normalizarse cuando me di cuenta de que iba a ponerse bien.

—No seas gruñón. Marissa ha hecho lo correcto al traerte aquí, y lo sabes. Así que sé amable con ella. —Me volví hacia Marissa—. ¿Ya le habéis dado a Jack las buenas noticias?

Asintió.

—Sí, he hablado con él.

—¿A qué hora sale tu vuelo? Hoy hace mejor tiempo. No quiero que estés aquí preocupándote por mí. Tienes que regresar a tu propia vida. —Mi padre se mostraba inflexible.

Sí, todo estaba perfecto. Sonreí y lo besé en la mejilla.

—¿Y luego qué? —preguntó mi cuñada, mirando a su mejor amiga y luego a mí. Haven y Ash estaban sentadas en los taburetes de la barra de desayuno, en mi casa. Mientras yo preparaba algo en el horno, ellas daban de comer a sus bebés y los arrullaban. Se habían convertido en mis mejores amigas desde que mi hermano había empezado a salir con Haven, y mi mundo, que durante mucho tiempo se había limitado solo a mi hermano, se había ampliado un poco.

En ese momento les estaba contando todo lo de Dylan.

—Y luego..., ya sabéis... —Me sentía como una adolescente confesando a sus amigas hasta dónde había llegado con un chico la noche anterior. Al parecer, ese tipo de intercambio era habitual entre Haven y Ash.

—¡No! —protestaron.

—Queremos detalles —me explicó Ash, poniéndose a su hija Maggie al hombro para que expulsara los gases—. Ahora solo podemos vivir estas cosas de forma indirecta. No tenemos rollos de una noche. Así que debes ser muy específica.

Me reí.

—Estuvo bien. Quiero decir, que es el mejor amante con el que he estado. —Desde que había vuelto a Londres, mi mente había vagado una y otra vez hacia Dylan y nuestra noche juntos mucho más a menudo de lo que debía. Había sido un rollo de una noche, pero no había podido dejar de pensar en él. El día anterior, mientras compraba moldes para hacer tartas, me había parecido verlo pasar por delante de la tienda, lo que hizo que el corazón me retumbara en el pecho y que me temblaran las rodillas.

Seguía esperando a que dejaran de asaltarme esos pensamientos sobre él. Me sentía como una colegiala enamorada. Y tenía claro que, sin duda, hacía tiempo que él se había olvidado de mí.

—¿Crees que fue porque estabas sobria?

—No tengo la menor idea, pero os juro por Dios que si el sexo estando sobrio es tan bueno para todo el mundo, nadie bebería. —Dylan me había advertido que iba a cambiar mi mundo, y tenía razón. No estaba segura de si iba a volver a ser la misma. Era como si hubiera liberado algo en mi interior.

—Sea lo que sea, creo que se nota en tu forma de cocinar. Esta tarta es capaz de provocar orgasmos. —Haven soltó unos cuantos «Oh» y «Ah».

Sonreí. En cierto modo, tenía razón. Dylan me había inspirado, como si hubiera sido una especie de muso para mí. Al parecer, el buen sexo hacía que cocinara mejor.

—¿Cómo fue la reunión con los directivos de la cadena de televisión? —preguntó Ash.

Desplacé el peso de un pie a otro.

—Bien, creo. Quieren que haga una prueba para tener un espacio en el programa de los sábados por la mañana, *A Chicago Saturday*. Tengo que volver la semana que viene y me filmarán en el estudio...

—¿Lo dices en serio? —preguntó Haven, con la boca aún llena.

Me encogí de hombros.

—Puede que no consiga nada, pero será divertido y quizá atraiga a más suscriptores a mi canal de YouTube. —En el fondo, estaba emocionada. Pero no quería que esos sentimientos afloraran a la superficie por si las cosas se torcían. No acababa de asimilar las consecuencias de lo que significaba salir en la televisión de Chicago, ni de lejos.

—Es asombroso. Joder, te vas a convertir en la Oprah de la cocina. —Ash tenía los ojos muy abiertos y brillantes. Se alegraba de verdad por mí, y eso me hacía sentir bien. Éramos una familia, y no estaba dispuesta a mudarme a Chicago y a renunciar a ella, así que, por muy emocionante que sonara aparecer en televisión, había un serio inconveniente.

Había empezado a hacer repostería como terapia, y suponía que lo seguía siendo. Me encantaba hacer dulces. No me refería a tartas para ocasiones especiales, sino a *cupcakes*, a tartas de zanahoria, de chocolate, pasteles... Y, por supuesto, me encantaban los hojaldres de vainilla y las tartaletas de frutas, por no hablar de que acababa de aprender a dominar los profiteroles. En resumen: me gustaba hacer cualquier dulce, todo lo que pudiera considerarse un postre.

—¿Así que volverás a Chicago, donde te tirarás a un tío que está como un tren, grabarás un programa de televisión y luego regresarás a Londres para que tus sobrinas te vomiten encima? —Haven tenía una manera especial de llegar al meollo de una situación; sin duda, por la periodista que había en ella—. Antes de que nos demos cuenta, te habremos perdido para siempre en la Ciudad del

Viento.

—En realidad, es algo que tendré que discutir con los de la cadena WCIL. No pienso volver a vivir en Chicago. No quiero mudarme allí; no me importa volar con regularidad, pero plantearme ir cada semana es una locura. —Negué con la cabeza—. De todos modos, me estoy adelantando a los acontecimientos, porque todavía no me han ofrecido nada.

—Pero lo harán. Estarían locos si no lo hicieran. Aunque solo sea por tus pechos, merecerías salir en televisión —añadió Ash, como si acabara de decirme que le gustaba mi corte de pelo. Rechacé la idea moviendo la cabeza, pero ella se rio—. Deberían llamar a tu espacio *«La repostera sexy»*.

—Estás loca. —Le lancé un paño de cocina.

—Tiene razón. —Haven bajó a Sophia a la sillita, intentando ponerla cómoda—. Vas a hacer que los chavales se empalmen mientras se toman los cereales del desayuno. Eres la mujer ideal para cualquier hombre con dos dedos de frente: cerebro y belleza combinados.

—Tal vez el Señor Amante Internacional te vea en televisión, acuda pitando a buscarte y viváis felices para siempre —anunció Ash, agitando las manos con entusiasmo.

—¿El Señor Amante Internacional? —pregunté.

—Sí, o también podemos llamarlo «Señor Puedo-Resistir Toda La Noche». —Ash me miró como si no fuera capaz de seguirle el ritmo.

Solté una risita. Dylan... ¿Me vería en la tele? Y si lo hacía, ¿se acordaría de mí? Sentí un aleteo en el corazón al pensarlo. Era consciente de que habíamos pasado una noche sin ataduras. El problema radicaba en que parecía que yo sí había establecido algún tipo de vínculo.

Ash suspiró.

—No puedo creer que no le pidieras el número de teléfono.

Me encogí de hombros, intentando actuar como si no me importara, aunque habría estado bien que me hubiera acordado.

—De eso van los rollos de una noche. No hay intercambio de datos.

—Si hubieras conseguido pillar el vuelo, habrías podido unirme al club de la milla de altura —dijo Ash.

—Eehh... ¿En un cuarto de baño estrecho por el que han pasado ya quinientas personas? No, gracias. Ni siquiera por disfrutar de esa polla.

—Sí, no fue algo especialmente agradable cuando lo hice con Jake, y eso que íbamos en un avión privado. —Haven miró al vacío con expresión soñadora. Había cosas que no quería saber de mi hermano, y que tenía relaciones sexuales con su mujer a treinta mil pies de altura era una de ellas.

—Apuesto algo a que te ve en la televisión y se pone en contacto contigo —dijo Ash—. Tengo un presentimiento.

—Hace tiempo que me ha olvidado. Ni siquiera recordará mi nombre. —Dylan había sido el hombre perfecto para un rollo de una noche, y agradecía que no hubiera secuelas incómodas. Estaba casi segura de que, si lo hubiera visto en el avión, habría notado mi deseo de volver a acostarme con él, y habría tenido que soportar ver lástima en sus ojos. Así que tenía que distraerme y seguir adelante; tal vez podía pedirle a Haven que me concertara una cita. Superado ya el obstáculo de mi primera experiencia sexual sobria, quizá era el momento de tener citas de verdad, de encontrar a alguien adecuado y compatible, a un hombre para siempre.

Porque los hombres como Dylan no tenían citas.

Beth Harrison.

Beth Harrison.

Beth Harrison.

No podía sacármela de la cabeza.

Probablemente porque me encontraba de nuevo en la sala de espera vip de un aeropuerto, esa vez en Londres. Mi ansia por Beth se estaba volviendo ridícula. Le había pedido a mi ayudante que buscara a la persona que se sentaba a mi lado en el avión con la excusa de que, sin querer, me había quedado con el Montblanc que me había prestado. Dios..., había utilizado un bolígrafo como excusa. Rozaba lo patético.

Me decía a mí mismo que solo se trataba de sexo, de su dulce coño prieto y sus gloriosas tetas. Y sí, en parte era por eso, pero había algo en Beth, en la noche que habíamos pasado juntos, que me hacía querer volver a saber de ella. Tenía ganas de encontrarla, de protegerla y de poseerla. Tal vez fuera porque se había esfumado y me había negado la oportunidad de despedirme. Había perdido el control, ella me lo había quitado. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba o en qué ciudad vivía.

Tenía claro, eso sí, que le gustaba el dulce y que tenía un cuerpo que podía poner de rodillas a cualquier hombre. Y que siempre era sincera y extrovertida, cualidades que yo valoraba en mí mismo, pero que en ella se traducían en algo seductor y fascinante.

¿Por qué no había aprovechado cuando estábamos juntos para sonsacarle la información más básica?

Cerré el portátil de golpe. Tenía que estar con otra mujer. La semana en Londres había sido un no parar de reuniones y cenas de negocios, e, incluso, había asistido a una gala benéfica. Seguramente, la falta de sexo estaba haciendo que mi obsesión por Beth Harrison se magnificara, algo que no habría pasado si no hubiera tenido un calentón. Masturbarse en la ducha no era lo mismo que deslizar las manos por el cuerpo de una mujer, hacerla gemir antes de follar hasta que te suplicara que la llevaras al éxtasis. Quizá masturbarme me hubiera aliviado, pero no era suficiente para saciar la sed que Beth me había creado. Peor aún, no estaba seguro de que estar con otra mujer sirviera, pero, al menos, podía intentarlo.

Miré a mi alrededor. El salón estaba lleno de ejecutivos. Saqué el móvil. Me había citado con Mandy, una de mis amantes esporádicas desde hacía años, cuando aterrizara. Era una chica poco exigente: se presentaba en mi apartamento, echábamos un polvo y se iba. Podíamos intercambiar un par de bromas sobre los mercados bursátiles o el clima, pero los dos sabíamos de qué iba la cosa: lo importante para los dos era saciarse. De vez en cuando, sentía la tentación de preguntarle si tenía novio, novia o marido, pero luego me lo pensaba mejor, le arrancaba las bragas y seguía adelante.

Me acerqué al autoservicio, y me estaba sirviendo un refresco cuando una sombra en el rincón más alejado captó mi atención. No podía ser; era demasiada coincidencia, como encontrar un oasis en medio del desierto. Giré la cabeza hacia lo que había captado mi atención.

Entrecerré los ojos. Lo cierto era que se parecía a ella. Me acerqué y miré las mesas junto a los sofás, fingiendo buscar un periódico.

Era ella.

No me lo había imaginado; estaba tan guapa como la recordaba.

Vestida con una falda roja ajustada y una blusa negra transparente, con el aspecto de una estrella de cine de los años 50, ahí estaba la mujer desaparecida: Beth Harrison.

Me sentí en parte emocionado, en parte enfurecido y totalmente consumido por el deseo de tenerla desnuda debajo de mí.

La contemplé; estaba concentrada en su cuaderno, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Al

menos, no le había pasado nada. Me inundó la irritación y me pregunté si habría perdido el vuelo a propósito para evitarme. Por Dios, debería haberme dado las gracias por haberme acostado con ella y suplicado que volviera a hacerlo, no huir.

Incapaz de apartar los ojos de ella, me acerqué a su mesa. Había olvidado lo voluptuosa que era su boca roja. No la había visto alrededor de mi polla; al menos, todavía no. Me puse duro solo de pensarlo y no pude contenerme más.

—Así que estás viva.

Levantó la cabeza, con los labios ligeramente separados y los ojos muy abiertos. Seguro que había pensado que no iba a volver a verme, y estaba decidido a demostrarle lo que se había perdido.

Al menos tuvo la decencia de sonrojarse.

—Dylan...

—Levántate. —Lo dije con voz ronca, intentando controlarme. No quería llamar la atención.

Frunció el ceño y dejó caer el cuaderno en el bolso.

—Ven conmigo —ordené, con el corazón retumbando bajo la camisa.

La agarré del codo cuando se levantó. No conocía esta sala vip tan bien como la de Chicago, pero sabía dónde estaban las duchas. Tiré de ella en esa dirección: quería estar a solas con ella.

—¿Estás bien? —preguntó—. Pareces alterado.

No pude responder. Crucé las puertas que daban a la zona de vestuarios y baños. Había poca luz, y el suelo y las paredes estaban revestidos de pizarra negra. Probé la puerta del primer cubículo, pero estaba cerrada. La segunda se abrió, y ¡empujé a Beth hacia el interior. Cada box era como un cuarto de baño, con un tocador, un par de sillas y lociones y artículos de aseo.

Una vez dentro, cerré la puerta y la arrinconé contra la pared. Parecía confusa.

—¿Qué estás haciendo?

No estaba seguro, pero sabía que quería que se sintiera abrumada, que se derritiera por mí.

—¿Has olvidado lo que te hago sentir? —pregunté—. ¿Cuántas veces hice que te corrieras? —Aplasté mis caderas contra las suyas.

—No, es que... —Le tembló la voz, y sentí una pequeña satisfacción. ¿Por qué me gustaba tanto causarle esa reacción? ¿Por qué me importaba?

Le cogí la cara entre las manos y le pasé el pulgar por el lunar de la mejilla izquierda.

—¿Por qué huiste de mí? —La miré fijamente, intentando descubrir lo que estaba pensando.

—No hui. —Su voz era entrecortada, como si la hubiera alterado. No me lo había imaginado—. No me alejé de ti. Es que le pasó algo a mi padre. Tuve que ir al hospital.

Me agaché para besarla antes de darme cuenta de lo que me estaba diciendo.

—¡Joder! —Me aparté y apoyé las manos en la pared a ambos lados de su cabeza—. ¿Tu padre está en el hospital?

Me miró con la boca abierta. Era un puto gilipollas al haber pensado que su desaparición había tenido que ver conmigo. Esa mujer me hacía desvariar.

—¿Está bien?

Me pasó las manos por los costados.

—Sí. Fue una falsa alarma.

Sentí un gran alivio. No solo porque su padre estuviera bien, sino porque eso significaba que no tenía que contenerme.

Sonrió y no pude resistirme ni un momento más. Le aferré el pelo, le eché la cabeza hacia atrás y hundí la lengua en su boca. Sentí sus manos en la espalda; la sensación me hizo desear más y me retorcí para estimular su exploración. Su contacto me volvía loco.

—Tengo que verte —dije, tanteando con los dedos los botones de su blusa.

—Cuidado. No tengo ropa para cambiarme. —Tomó el relevo de mis manos mientras yo sacaba la cartera en busca de un preservativo. Cuando volví a mirarla, ya solo estaba cubierta por la falda y el sujetador, me miraba con los labios hinchados por mis besos y jugueteaba con el cierre delantero de la prenda interior.

—Permíteme. Los sujetadores son mi superpoder.

—Apuesto a que sí. —Sonrió, pero levantó las manos en señal de rendición. Solté el broche delantero con un solo dedo—. Y apuesto a que tienes más de uno, amigo mío.

Sus pechos quedaron desnudos e, inmediatamente, me llevé la mano a la polla. Me apartó las manos dispuesta a abrirme la bragueta y caí rendido ante el hechizo de esos increíbles pechos mientras me bajaba la cremallera. Eran exactamente como los había imaginado durante la última semana, y los había imaginado muchas veces.

No sabía por dónde empezar. Quería morderla, chuparla, besarla, lamerla y follar con ella, todo a la vez. Quería poseerla.

Mierda, necesitaba más tiempo con ella del que iba a suponer un polvo rápido en el baño. Tenía que conseguir su teléfono.

—Campeón, vas a tener que apresurarte. Embarcamos en nada, y me voy a enfadar mucho si no despego en una neblina posorgasmo —dijo, arrancándome del hechizo que habían conjurado sus pechos.

Le levanté la falda de golpe.

—¿Crees que no puedo hacer que te corras antes de que nos llamen? —El corazón se me salía del pecho.

—No, cuento contigo.

Gruñí y le arranqué las bragas. Iba a tener que viajar sin ropa interior. No estaba seguro de si eso era más excitante para mí o para ella.

—Date la vuelta. —Tenía los pantalones por los tobillos como un adolescente, y me moría por estar dentro de ella.

Se apartó y se dio la vuelta para apoyar las palmas de las manos en el espejo de cuerpo entero que había pegado a la pared, y me acercó el trasero. Mi polla palpitó al verla esperando, con las tetas al aire y la falda arrugada en la cintura. Perfecta.

La agarré por las caderas y la eché hacia atrás; jadeó al sentirme.

La penetré sin ceremonias, mirándola en el espejo mientras empujaba hasta el fondo. Emitió un sonido ahogado, cerró los puños y los ojos. Me quedé quieto, contemplándola.

—Vas a tener que intentar no hacer ruido. —Le cogí los pechos y se los apreté, y la hice gemir—. He dicho que no hagas ruido.

—Me da igual si nos está oyendo todo el puto aeropuerto. —Sus palabras salieron tensas y suplicantes; se recostó contra mí.

Tiré de ella y volví a penetrarla de golpe.

—Mírame cuando te corras.

Abrió los ojos y buscó los míos en el espejo. Era tan impresionante que no pude contenerme más: puse las manos sobre las suyas y embestí como si mi vida dependiera de ello.

Sus sonidos eran cada vez más fuertes. Instintivamente, le tapé la boca. En sus ojos, que no apartaba de los míos en el espejo, leía desesperación y necesidad intensas, un eco de todo lo que yo sentía. En cuestión de segundos, se contrajo a mi alrededor y sus gemidos vibraron contra la palma de mi mano, enviando unos picos de placer directamente a mi polla. En serio: estaba siendo el polvo

del siglo.

La rodeé con mis brazos y me mecí suavemente contra ella, sin querer soltarla. Casi no podía sostenerse contra el espejo en el que apoyaba las manos.

—Esto es demasiado bueno para dejarlo pasar —dije, aunque en realidad estaba hablando conmigo mismo. Sabía que debía marcharme, satisfecho después de un polvo fácil, rápido e increíble, pero una parte de mí se resistía a seguir ese plan. Algo en mi interior quería cancelar los vuelos de ambos y pasar el fin de semana encerrados en un hotel. Le besé el cuello y me aparté.

—Joder, vamos a llegar tarde. —Se estiró la falda y se abrochó el sujetador. No podía quitarle los ojos de encima mientras me deshacía del condón—. En serio, sal de aquí, tengo que arreglarme.

¿Se estaba deshaciendo de mí?

—Dame tu número y me apartaré de tu camino. —Lo dije rápido, casi avergonzado de pedirlo. No recordaba la última vez que había querido saber el número de una mujer. Probablemente, no pasaba desde..., bueno, desde hacía mucho tiempo.

—Te lo daré cuando hayamos embarcado. —Se concentró en la ropa, abrochándose los botones de la blusa.

Me subí la cremallera de los pantalones.

—Si no apareces, vendré a buscarte.

Levantó la vista y me sonrió con esos labios carnosos que me suplicaban que los mordiera.

—No me mires así —dije. Aún iba a tener que poseerla otra vez...

Ella arqueó las cejas.

—¿Así cómo? ¿Como si hubiera hecho que vieras las estrellas?

Sonreí y me eché hacia ella.

—Es verdad, ahora mismo veo todas las estrellas del universo. —Dejé caer un beso sobre su deliciosa boca y abrí la puerta.

5

BETH

Me despertó el anuncio de que estábamos a punto de aterrizar. Por suerte, había conseguido dormir casi todo el trayecto. Me removí en el asiento y abrí los ojos. Dylan estaba de pie delante de mí, y su expresión volvía a ser severa.

No lo había visto desde que habíamos salido de las duchas. Había subido al avión, me había desplomado en el asiento y me había quedado dormida, relajada por la sesión espontánea de sexo y otro orgasmo a cuenta de Dylan.

Cuando lo había visto en la sala vip, cualquier idea de que podía resistirme a él se había borrado de mi cabeza. Lo deseaba, y, aunque eso significaba renunciar al control sobre mi cuerpo, sobre mi lujuria, merecía la pena. Me hacía sentir viva de una manera desconocida para mí, incluso cuando estaba borracha. Ya sabía que con él podía renunciar al control y seguir sobria, y eso me hacía desearlo aún más.

Y parecía que Dylan también me deseaba, lo que me daba confianza, como si eso hiciera que volver a acostarme con él estuviera bien. Podía haberme evitado en la sala vip, pero no lo había hecho. Me había ido a buscar.

Sonreí y me llevé la mano a la cabeza. ¿En qué estaba pensando él?

Me tendió el teléfono.

—Dame tu número.

Vaya, estaba de mal humor. ¿Todo el mundo hacía exactamente lo que él ordenaba? Era muy probable.

¿Y yo quería ser como los demás? ¿Debía darle mi número? Ceder el control durante períodos cortos y puntuales era una cosa, pero sugerir que nos pusiéramos en contacto más allá de las limitaciones de un viaje era otra.

—Tu número —repitió.

Me concentré en él: parecía capaz de responder a mis preguntas antes de que se las hiciera. Me devolvió la mirada sin que me diera tiempo a soltar algo tipo: «¿Esto es una buena idea? Es decir...».

—Tengo que descubrir qué es esto —dijo. Su expresión no se alteró, y mantuvo los ojos clavados en los míos.

No sabía a qué se refería, pero cogí el teléfono. Me había pasado la última semana haciéndome preguntas sobre él, imaginando que aparecía detrás de cada esquina. Había vivido un rollo de una noche con él y el ingreso de mi padre en el hospital, y seguía aguantando; el mundo no se había derrumbado. Quizá estaba preparada para un poco de ambigüedad, un poco de descontrol y un poco más de diversión.

Cogí el teléfono y grabé mi número, pero, en vez de poner mi nombre, me etiqueté como «*Orgasmo en el Aeropuerto*».

Se lo devolví. Asintió, mirándome con intensidad con sus hermosos ojos color índigo, y se marchó.

Sonreí. No parecía la clase de hombre que pedía un número que no tuviera intención de utilizar. Todo lo que hacía tenía un objetivo. Pero si no me llamaba, sobreviviría. Qué sensación más

poderosa era comprender lo fuerte que me había vuelto. Además, estaba segura de que podía vivir de los recuerdos de Dylan James hasta que empezara a tener citas.

Recogí mis cosas, lista para salir rápidamente. Tenía mucho que hacer esa noche, como, por ejemplo, investigar un poco más al productor con el que iba a reunirme al día siguiente, y tenía que llamar a Haven para hablarle de mi inesperado encuentro con Dylan. Iba a encantarle y a aprobar que le hubiera dado mi número.

En ese viaje solo llevaba equipaje de mano, así que me apresuré a cruzar el aeropuerto. Pasé el trámite en aduanas en un tiempo récord y, milagrosamente, no encontré cola para coger un taxi.

—Al hotel Langham, por favor —le dije al taxista al subir en la parte de atrás con cuidado, ya que iba sin ropa interior.

En el Langham se podía disfrutar de algunos de los mejores postres de Chicago. Y esa era una de las razones por las que era mi primera elección cuando estaba en la ciudad.

Me recosté en el asiento. No esperaba volver a ver a Dylan, pero había sido el comienzo perfecto para mi viaje. Había llegado al aeropuerto un poco tensa y nerviosa por el rodaje de la prueba para *A Chicago Saturday*, que iba a tener lugar al día siguiente. Había subido al avión como si flotara, y sonriendo. Dylan sabía cómo hacer que una mujer se corriera, estaba claro.

Todavía podía sentir sus dedos hundidos en mis caderas.

Me gustaban tanto los viajes en primera clase como los hoteles buenos, y mi hermano había sido muy generoso conmigo cuando había vendido su primera empresa. Aunque había tardado un tiempo y había tenido que insistir mucho para que aceptara su dinero y empezara a gastarlo, comenzaba a disfrutar del fondo fiduciario que había creado para mí.

Mi padre vivía cerca del hotel, pero era más fácil para todos, sobre todo para su segunda mujer y para sus hijos, que no me alojara con ellos. Y, de todas formas, iba a pasar gran parte de ese viaje trabajando.

Mi teléfono vibró.

—Hola, Haven —contesté.

—Estaba pensando en hacer tarta de limón y merengue para la cena del domingo, pero luego se me ha ocurrido que, si estabas de regreso, quizá preferirías hacerla tú.

Las cenas de los domingos con mi hermano, Haven, Ash y el hermano de Haven —que era el marido de Ash— me permitían probar las recetas nuevas con un público dispuesto y entusiasta que era brutalmente sincero conmigo.

—Sí, el sábado ya estaré en casa y podré hacer la tarta. —Nunca rechazaba la oportunidad de cocinar.

—¿No te importa?

—No. En absoluto. De hecho, me alegro de que hayas llamado: tengo novedades sobre Dylan.

—Lo sabía..., es cosa del destino. ¿Qué ha pasado?

Me reí.

—Bueno, hemos vuelto a coincidir en el mismo vuelo. ¿No es raro? Quiero decir, ¿no te parece una casualidad increíble?

—Dios mío. Te lo dije. ¿Ya formas parte del club de la milla de altura?

—Te expliqué muy clarito lo que pensaba de eso... Puaj. Pero me he unido al club del aeropuerto, si es que existe tal cosa. ¿Me convierte eso en una cualquiera? —susurré, con la esperanza de que el conductor no me hubiera oído.

Haven lanzó un chillido.

—Disfrutar del sexo no te convierte en una zorra. Eres casi virgen. Ya era hora de que te divirtieras un poco.

Asentí, aunque Haven no podía verme.

En cuanto había visto a Dylan, había sentido tal deseo que me había olvidado de todo y me había dejado llevar por él. Me resultaba liberador no darles demasiadas vueltas a las cosas, no dejar que imperara la cautela, aunque solo fuera en esa burbuja que se creaba entre Dylan y yo cuando él estaba cerca.

—¿Y ha sido tan bueno como lo recordabas? —preguntó Haven.

Inspiré hondo al rememorarlo.

—Incluso mejor.

—Es el destino.

—Estás loca. Pero sí, ha sido un buen comienzo de viaje. —Había sido más que bueno. No recordaba que el sexo pudiera ser tan divertido, tan intenso, tan sencillo... De hecho, no podía borrar la sonrisa de mi cara.

—¿Intercambiasteis los números de teléfono? A ver, no tienes que casarte con ese tipo, pero si tenéis tanta química, disfruta un poco.

—¿No crees que me afectará mentalmente? Ahora mi vida es estupenda, y con lo de la repostería y el posible espacio en la televisión me siento realizada. No quiero ser codiciosa ni anhelar algo demasiado, ¿sabes?

—Aceptar algo que te ofrecen no es ser avariciosa. Deja que Dylan sea la guinda del pastel. Si se ofrece, puedes darle un mordisco. No tiene por qué ser nada serio.

Solté una risita ante esa metáfora.

—Tal vez.

—Lo digo en serio. Lo que puedes tener es justo lo que necesitas para antes de volver de lleno al juego de las citas. No hay emociones que te desestabilicen; si no te preocupas por él, no puede hacerte daño.

Tenía razón. Mi perdición era crearme expectativas, esperar que un hombre correspondiera a mis sentimientos o me tratara amablemente... Esperar que alguien no resultara ser un gilipollas. Con Dylan no tenía expectativas, así que no podía decepcionarme.

—Le di mi número, así que la decisión está en sus manos. —Aunque no lo creía de verdad. Dylan había sido brusco en el avión, pero me había dado la impresión de que era un hombre muy reservado. Era imposible que, con todos los ojos de la tripulación de cabina puestos en él, me pidiera mi número y luego no lo usara.

—Puede ser tu amante de Chicago. La manera perfecta de que vuelvas a estar con hombres sin ataduras, de aliviar un poco el estrés con sexo del bueno. Y ni siquiera vives en la misma ciudad, así que no hay presión.

Las palabras de Haven calaron en mi mente, y la idea de tener noticias de Dylan James se hacía más atractiva a cada momento.

DYLAN

Maldita sea. No podía creer que hubiera escapado de mí... otra vez. ¿Qué le pasaba a esa chica? Se había mostrado dispuesta y receptiva mientras echábamos el polvo en las duchas y me había dado su número sin rechistar, pero había vuelto a desaparecer en cuanto el avión había aterrizado.

Ya en la cola de aduanas, escribí «Beth» en mi teléfono. No obtuve resultados. Probé con

«Harrison». Nada. Por Dios. Esperaba que no me hubiera tomado el pelo. Estiré el cuello, tratando de aliviar mis músculos acalambrosos. Esa chica era perjudicial para mi salud. Busqué entre mis contactos. Nada bajo los nombres de Beth, Bethany o Elisabeth. Joder!

Me metí el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta y le tendí el pasaporte al agente de aduanas. Tenía que encontrar otra forma más rápida de pasar el control de seguridad. Si tenía que esperar en la cola, significaba que había demasiada gente importante.

Cuando iba a recoger el equipaje, me pregunté por qué no me había dado su teléfono. Dado el número de orgasmos de los que había disfrutado gracias a mí, estaba seguro de que le gustaba acostarse conmigo, así que ¿por qué había desaparecido? Quizá estaba casada y la había juzgado mal. Se me revolvieron las entrañas. No quería volver a juzgar mal a las mujeres.

Dios, tenía que llegar ya a casa y poner punto final a la semana.

Volví a sacar el móvil y empecé a repasar todos los contactos. Quizá me había saltado su nombre. Me desplacé de arriba abajo y lo vi: *Orgasmo en el Aeropuerto*. Sonreí y se me relajaron los hombros. Tan divertida como sexy. Por lo general, les tomaba muy rápido la medida a las mujeres. En mi vida sexual aplicaba la misma capacidad de análisis que en el trabajo. Mi exprometida, Alicia, me había enseñado que era muy fácil juzgar mal a una mujer, y, cuando me dejó, juré no volver a cometer el mismo error. Así que para mí era importante entenderlas lo más rápido posible. Si buscaban mi dinero, podía acostarme con ellas igual, pero quería saberlo de antemano.

No iba a dejarme engañar de nuevo.

Beth era la primera mujer desde Alicia a la que no lograba entender. Al principio había sido tímida, y se había mostrado nerviosa, pero esa parte suya que solo aparecía cuando estaba completamente vestida era sustituida por una intensa sexualidad, y parecía disfrutar conmigo tanto como yo con ella; no había fingido nada. Pero, por otro lado, estaba llena de contradicciones. ¿De dónde sacaba el dinero para volar en primera clase? No encajaba, porque no parecía una heredera consentida. Y su obsesión por los dulces era inusual. Quería conocerla mejor; quería entender todas sus aparentes incoherencias.

Me había acostumbrado a que me utilizaran por mi dinero, pero quizá Beth me estaba utilizando por mi polla. No estaba seguro de que me importara, solo quería saberlo.

Dylan: *¿Orgasmo en el Aeropuerto? ¿Pensabas que ese nombre no destacaría en mi agenda?*

Sonreí mientras esperaba su respuesta. Y esperé. Y esperé un poco más. Se me agarrotaron los músculos al pensar que tal vez no iba a contestar. Mierda. ¿Y si la llamaba? ¿Era mostrar demasiado interés?

Localicé la maleta en la cinta de equipajes, volví a meterme el teléfono en el bolsillo para recuperarla y me acerqué a la salida.

Mi chófer, Don, siempre aparcaba en el mismo sitio, y me dirigí hacia ahí. Don era un tipo taciturno, y, aunque llevaba casi dos años trabajando para mí, no sabía casi nada de él, por eso me gustaba. Me gustaban las relaciones sencillas y sin emociones. Si llegaba a conocerlo y por casualidad su madre o su hijo padecían una enfermedad terminal, iba a sentirme en la obligación de asumir la responsabilidad, y no era eso lo que quería.

Me introduje en el asiento trasero y saqué el móvil. Parecía un adolescente intentando que una chica guapa se fijara en él.

No sabía cómo cortejar a una mujer con éxito, nunca me había hecho falta. Dejando a un lado mi relación con Alicia, no había salido en serio con ninguna otra. Nadie había captado mi interés.

Mandy era buena para un rollo de una noche ocasional, y eso era lo que me iba: no suponía un esfuerzo. No me había esforzado por ninguna de las mujeres con las que me había acostado desde Alicia, y no era por casualidad.

Alicia. No era un nombre que permitiera que se colara en mi cerebro muy a menudo. Y tampoco era que Beth me la recordara. Físicamente eran muy distintas. Alicia era la típica pelirroja con carácter. Beth era agradable y sexy, y tenía la capacidad de derribar mis muros. Nadie lo había hecho salvo Alicia. Había sido solo un pinchazo, pero me recorrió todo el cuerpo. Su efecto era perturbador y contundente a partes iguales.

A la mierda, iba a llamarla.

Pulsé los números, preguntándome si debía esperar hasta llegar a casa. A Don le importaba una mierda con quién me acostara, pero yo prefería que la conversación fuera privada y, desde luego, no quería que me la chuparan delante de él.

Me saltó directamente el buzón de voz. Negué con la cabeza. Estaba comportándome como un idiota.

Debía recuperar la compostura.

El móvil vibró en mi mano.

—Hola, ¿has recibido la propuesta? —preguntó Raf.

—Acabo de entrar en el coche. Aún no he revisado los correos. ¿Alguna conclusión clara? —El negocio que Raf y yo habíamos fundado justo al salir de la universidad estaba formado por un montón de empresas. Habíamos empezado poco a poco, comprando una empresa de neumáticos en quiebra en Misuri el mismo año en que Alicia y yo nos habíamos prometido. La compramos por un dólar, y al hacerlo contrajimos un montón de deudas, pero al cabo de dos años la vendimos por tres millones y medio y con todos los pagos al día. El siguiente negocio lo compramos por dos millones de dólares y en veinte meses lo convertimos en una empresa que valía diez. El éxito era adictivo, y nos habíamos acostumbrado a él con rapidez.

A medida que crecía nuestro negocio, contratamos equipos que aplicaban diversos planes de reestructuración en una cartera de empresas. En ese momento, Raf y yo nos encontrábamos en medio de la revisión estratégica anual, el punto del año en el que decidíamos qué empresas íbamos a mantener y cuáles estaban listas para vender.

—Creo que las cosas están más o menos donde esperábamos. Excepto con Raine Media. WCIL TV ha perdido un montón de espectadores en Chicago. No creo que los medios de comunicación sean lo nuestro. No han vuelto a alcanzar las cifras que tenían, y creo que la dirección ha perdido el rumbo.

—Puede que tengamos que reducir nuestras pérdidas. Prefiero meterme en el negocio de los neumáticos que en el mundo de la tele. —Había sido idea de Raf comprar una empresa de medios de comunicación. Yo había estado de acuerdo, tenía buen ojo, pero nunca me había convencido por completo.

—Échale un vistazo, pero creo que está más allá de toda esperanza.

No necesitaba echarle un vistazo si Raf ya la había sentenciado.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—¿Crees que hay novedades en las quince horas que no hemos hablado? —Su tono sugería que había pasado algo.

—Sí. Sé cuánto te gusta meterte en líos mientras estoy fuera.

—Oh, es verdad. Me he tirado a mi ayudante y ella ha presentado la dimisión. Ahora tengo una temporal.

—Dios, Raf. ¿Otra vez? ¿No puedes mantenerla en los pantalones? Es como la tercera en un año. Estás a punto de que te demanden.

—De «Dios» nada. ¿Has visto a la chica? Estaba buenísima. Ni se me pasó por la cabeza decirle que no; en especial cuando me lo pidió con tanta amabilidad. —Sentí su sonrisa a través del teléfono.

—Si nos demanda, lo pagarás de tu bolsillo.

—Tranquilo, tío. No va a demandarnos. Dios, tienes que echar un polvo.

Sonreí. *Si él supiera...* Esa era la diferencia entre nosotros: Raf y yo éramos fieles defensores del sexo sin compromiso, pero yo era un poco más discreto que él.

Puse fin a la llamada y volví a ver el número de Beth. En contra de mi buen juicio, volví a marcarlo.

—Hola —respondió.

Sonreí.

—¿Dónde estás?

—En el hotel. ¿Por qué?

—Eres la mujer que más rápido desaparece del mundo.

—Me gusta bajarme deprisa de los aviones. El viaje ha concluido. No pasa nada por adelantarse y disfrutar de las vistas.

Me reí entre dientes; era verdad.

—¿Cómo es que estás en un hotel?

Suspiró.

—La casa de mi padre es un poco pequeña. ¿Dónde estás tú?

Miré por la ventanilla.

—Estoy llegando a mi casa. ¿Vives con tu padre?

—¿Estás de coña? Sabes que soy mayor de edad, ¿verdad? —Se rio.

—Entonces, ¿no vives en Chicago?

—¿Por qué preguntas tantas cosas?

La estaba interrogando como si fuera una entrevista de trabajo.

—Lo siento. Es que... —No podía explicárselo sin parecer idiota. Quería saber más sobre ella. Tal vez así no me resultaría tan intrigante, tan contradictoria—. Puedes hacerme una pregunta tú. Creo que así es como funcionan las conversaciones: tú dices algo, luego lo digo yo...

—Eres encantador y muy gracioso.

Me reí entre dientes mientras salía del coche y Don llevaba mi maleta escaleras arriba hasta la entrada de la casa de piedra rojiza. Le di las gracias con un asentimiento y me dejó en la entrada.

Suspiró, exasperada.

—Bien, si solo tengo una pregunta, ¿cuál debería ser? —Se me revolvió el estómago mientras deliberaba consigo misma—. Primero, debería agradecerte el orgasmo.

Mis pelotas se tensaron ante sus palabras. Eran todo un halago.

—El placer fue todo mío.

Se rio, una risa profunda y sexy, y me imaginé sus labios rojos abiertos de par en par, listos para albergar mi polla.

—Me has despistado —dijo—. Ahora no sé qué preguntar. ¿Qué sugieres?

No sabía si lo que pasaba era que ella no estaba interesada y estaba tratando de ser amable o si estaba siendo sincera.

—Pregúntame si estoy libre para cenar.

Abrí la puerta, llevé la maleta al pasillo y me quité la chaqueta, lo que hizo que me llegara el aroma de su perfume de almendras hasta mis fosas nasales. ¿Me lo estaba imaginando? Me daba igual: quería más.

—No puedo cenar contigo esta noche —respondió por fin.

—Dame tres buenas razones. —Me puse en modo de negocios. Podía convencerla.

—Bueno, tengo que prepararme para mañana. Eres un desconocido. El objetivo de un rollo de una noche es que no haga falta mantener una conversación incómoda durante la cena.

—Ya no soy un desconocido, así que ese punto desaparece. ¿Y de verdad crees que nuestra conversación va a ser incómoda? —pregunté, abordando sus puntos uno por uno—. ¿Por qué piensas eso? Tenemos mucho en común. —Me desplomé en el sofá y puse los pies sobre la mesa de centro.

Se rio, y no pude evitar sonreír como respuesta. Era un sonido relajante.

—¿Como qué?

—Los dos estamos en Chicago. Nos gusta acostarnos juntos. ¿Tengo que seguir?

—No estoy segura de que esa sea la base de una buena conversación en la cena.

—Mira, no te estoy proponiendo matrimonio, solo una cena. —Me aflojé la corbata.

—Eso es lo que ha dicho Haven.

¿Quién coño era Haven?

—¿Quién?

—Mi cuñada.

Tenía un hermano. Interesante. Aparte de su nombre, era la primera información personal que me daba.

—¿Te ha dicho que no te estaba proponiendo matrimonio?

—Me ha dicho que me divirtiera y que no tenía por qué casarme contigo.

—Me cae bien; da excelentes consejos. Normalmente, dejo lo del matrimonio para la segunda cita. Así que vamos a cenar. ¿Dónde te alojas?

—En el Langham. Pero no, la razón uno supera a todas las demás. Tengo que prepararme. —Sus palabras fueron cortantes y decididas.

—¿Prepararte para qué? —pregunté.

—Mañana tengo una especie de prueba. Una cosa en la televisión.

—¿Estás tratando de ser misteriosa a propósito? Porque déjame decirte que está funcionando. —No recordaba la última vez que me había divertido tanto con una simple conversación. Si no quería cenar conmigo, quizá podía conseguir que siguiera al teléfono intercambiando bromas.

6

BETH

Me quedé frente a la ventana mirando al río con el móvil contra la oreja. Quizá debía aceptar la cena con Dylan. Como él había dicho, no me estaba proponiendo matrimonio.

—No intento parecer misteriosa. No es nada, solo una tontería.

La verdad era que me daba un poco de vergüenza contarle lo de la tele. Estaba casi segura de que iba a quedar en nada, así que no quería darle importancia y luego parecer una idiota si volvía a casa con el rabo entre las piernas. No quería sentir decepción ni vergüenza porque sabía que la cura para ambas cosas era la bebida. Había evitado esos sentimientos durante mucho tiempo, así que no estaba segura de cómo afrontarlos estando sobria. El problema era que ya me había ilusionado, así que, si no funcionaba, iba a tener que superarlo. Hacer dulces era importante para mí, no solo porque lo asociara con mi sobriedad: significaba algo más que eso.

—Dímelo. —Dylan no se rendía con facilidad, y yo estaba disfrutando de su insistencia.

—Mañana voy a los estudios WCIL a grabar una prueba para el programa del sábado por la mañana. Estoy segura de que será un desastre, pero no quiero que sea todavía peor por no estar preparada. ¿Tiene sentido?

Dylan inspiró hondo.

—Sí, claro. ¿Vas a hacer una prueba?

—Oh, Dios, no, nada de eso. Como ya sabes, me gustan las tartas...

—Sí, ya me he dado cuenta.

—... y también me gusta mucho hacerlas. —No era un secreto, pero no le había mencionado lo de YouTube a nadie más que a mi familia londinense. Dylan parecía tan interesado que era una tontería no contárselo.

—He colgado algunos vídeos míos cocinando en YouTube, y me han llamado de WCIL para hacer algo parecido en el programa matinal de los sábados. —Me dejé caer de nuevo sobre la cama—. Solo quiero dar lo mejor de mí.

—Lo entiendo. Entonces, ¿te gusta hacer dulces?

—Me encanta tanto hacerlos como comérmelos, y me encanta que otras personas disfruten de mis creaciones. —Sonreí mirando al techo.

—Entonces, tal vez algún día harás algo especial para mí. Debería dejarte en paz. Mañana será un día importante.

Por mucho que quisiera prepararme para lo que iba a ocurrir al día siguiente, también quería seguir hablando con Dylan. Pero él no buscaba una amiga, sino un ligue.

—Vale. Debes de estar cansado del vuelo.

—Que tengas unos sueños muy muy dulces. Y buena suerte; espero que te vaya bien mañana.

Cuando terminamos la llamada, me quedé mirando al techo. Ya que no había aceptado quedar con él, no tenía sentido seguir charlando. El problema era que quería volver a verlo. Quería disfrutar de algún orgasmo más, y Dylan, sin duda, sabía cómo hacer que me corriera. Tal vez podía proponerle una cita al día siguiente por la noche, después de ir al estudio de *A Chicago Saturday*. Iba a pasarme por una reunión de Alcohólicos Anónimos justo al acabar; mantenerme sobria era mi prioridad,

tanto si el día había sido excitante como decepcionante. Lo de llegar al orgasmo se estaba volviendo un poco adictivo. Cuando me levanté de la cama, tenía las ideas claras.

Ya en el cuarto de baño examiné la gama de productos y elegí un aceite de lavanda que prometía un baño relajante. Estaba segura de que el Señor 8A era más eficaz, pero, como lo había rechazado, tenía que conformarme con permanecer un rato en agua caliente. Rocié la bañera con el contenido del frasco y la llené.

Me recogí el pelo con un pinza y me metí en el agua, sintiendo la suavidad del aceite contra mi piel. Una delicia...

Repasé la receta para el programa. Iba a hacer un *muffin* para dos que Haven y Ash juraban que les curaba las resacas. Pensé que sentirse satisfecha por no tener resaca cuando tus amigas sufrían de ese mal era una de las mejores cosas de estar sobria.

Llamaron a la puerta y me incorporé en la bañera. Joder. No había pedido nada al servicio de habitaciones. ¿Quién podía ser?

Salí y me envolví en una bata. Volvieron a llamar a la puerta.

—Ya voy —respondí.

Abrí la puerta y vi un hombre con un carrito lleno de platos. Estaba claro que se había equivocado de habitación.

—Servicio de habitaciones. —Me sonrió.

Le devolví la sonrisa.

—Es un error, no he pedido nada.

Me ignoró y empujó el carrito hasta el interior de la habitación, sin importarle haber estado a punto de tirarme al suelo en el proceso. Quizá no me había oído.

Trabajó con rapidez y dejó seis cubreplatos de plata sobre la pequeña mesa de comedor situada en un rincón de la habitación.

—No he pedido esto —insistí.

—Sí —respondió, categórico. Dios, iba a tener que llamar al servicio de habitaciones para pedir explicaciones. No parecía que fuera a entenderme con él. Me entregó un sobre de color crema, se inclinó y abandonó la estancia a toda prisa empujando el carrito.

El sobre iba dirigido a la «Señorita (espero) Beth Harrison (por si ha olvidado que su apellido no es “Aeropuerto”)».

Sonreí.

Dentro había una tarjeta.

«Mi dulce Beth:

Buena suerte mañana. Espero que esto te sirva de inspiración. Y tengo que verte antes de que te vayas.

Dylan James».

Me dio un vuelco el corazón. Estaba segura de que iba a irme de Estados Unidos sin disfrutar del séptimo orgasmo, cortesía de Dylan James.

Levanté uno de los cubreplatos y hallé justo lo que esperaba: una de las tartas más espectaculares de Illinois.

Cogí el móvil.

***Beth:** De forma inesperada, me encuentro con una gran cantidad de dulce para comer. ¿Me ayudas a terminarlo mañana por la noche?*

Apenas tuve tiempo de respirar cuando mi teléfono vibró en mi mano.

Dylan: Si estás libre, no hay nada que prefiera hacer.

Había muchas cosas que prefería hacer antes que comer tarta cuando Dylan estuviera en la habitación. Respondí al instante.

Beth: Tengo una idea... ¿Podríamos disfrutar de las tartas y de algunos orgasmos?

Dylan: En realidad, eso es lo que preferiría hacer.

Sentí mariposas en el estómago. Era guapo y muy sexy.

Beth: A mí también me gustaría.

No pude evitar que la sonrisa me curvara la comisura de los labios.

Dylan: Cuidado, o puede que no sea capaz de esperar hasta mañana.

Casi podía ver la expresión severa de su rostro.

Beth: Hasta mañana.

Dylan: Que duermas bien, cariño.

Volví a caer sobre la cama, sonriendo. La noche que había pasado con Dylan había sido increíble. Así que esperar a la próxima velada, que también iba a incluir sexo increíble con él, me hacía tan feliz que me hormigueaban los dedos de las manos y de los pies.

¿Quién iba a decir que el sexo sin compromiso podía ser tan divertido?

Tenía ganas de volver a verlo.

Dulces y orgasmos: la vida no podía ser mejor.

Me senté en el ajetreado vestíbulo del estudio de televisión y vi a la gente que corría de un lado para otro. Las pantallas de televisión servían de telón de fondo al mostrador de recepción y creaban una banda sonora para todas las charlas y conversaciones que se oían a mi alrededor. Había muchas mujeres paseando a izquierda y derecha, con iPads y hablando por teléfono, y solo mirarlas me agotaba. Estaba acostumbrada a entornos tranquilos y controlados en los que siempre me sentía segura, incluso entre los gritos de Maggie y Sophia. Quizá fuera la segunda vez que estaba allí, pero no por eso me resultaba más familiar.

Se me acercó una mujer.

—¿Beth Harrison?

Había llegado el momento. Inspiré hondo y me puse de pie.

—Sí. Hola.

—Hola. Soy Amber, la ayudante de Bryan. —Bryan era el productor ejecutivo de *A Chicago Saturday* y el hombre con el que había hablado con anterioridad—. La acompaño a su despacho; Bryan se unirá a nosotras dentro de unos minutos. Su reunión se está alargando un poco.

—Por supuesto.

Además de fantasear con el señor Dylan James, que se había convertido en toda una distracción, había ensayado una y otra vez qué podía decir. Era algo que no necesitaba hacer cuando grababa los vídeos de YouTube, pero ahí contaba con la oportunidad de rehacer las partes que no salían

demasiado bien. En la entrevista no iba a poder permitirme ese lujo.

Avanzábamos por un largo pasillo blanco cuando Amber se acercó a mí y me dio su tarjeta.

—Llámeme cuando quiera si necesita algo. Considéreme su asistente mientras esté aquí.

—Gracias, pero solo voy a hacer una prueba. No es...

—He visto su canal de YouTube. Créame, si dependiera de mí, volvería por aquí.

Sonreí. Era muy amable de su parte, lo dijera en serio o no.

Amber no llevaba ni una pizca de maquillaje, pero me pareció guapísima, con su brillante melena castaña y sus expresivos labios.

—Escúcheme bien, porque negaré haberlo dicho. —Se detuvo de golpe y me empujó al interior de una sala donde había un par de sillas y un espejo enorme encima de un tocador—. Bryan puede ser un poco gilipollas, pero no se lo tome como algo personal. Y no deje que la desanime. Los demás somos guays. —Me sonrió, fue a la esquina de la estancia y abrió una nevera—. Aquí hay agua y refrescos, además de fruta —dijo, señalando la cesta que había sobre la mesa de centro, delante de las sillas—. Puedo traerle café si lo prefiere.

—Gracias, estoy bien.

—Siéntase como en casa.

La puerta se abrió y apareció Bryan con los brazos abiertos y la cabeza ladeada.

—Aquí está nuestra repostera más seductora. Estás impresionante.

Miré a Amber, que enarcó las cejas.

—Muchas gracias por invitarme. Estoy deseando empezar.

—Genial. Bueno, después de que hayas pasado por peluquería y maquillaje, Amber te enseñará el plató y se asegurará de que tienes todo lo que necesitas. Luego podemos empezar a hablar de cámaras y del resto de esas cosas molonas. Creo que te dije por teléfono que quiero que resulte un espacio muy íntimo, para que se parezca a lo que haces en internet. Solo falta añadir un toque de *glamour*.

Asentí. No estaba segura de que un estudio de televisión pudiera resultar íntimo, pero eso no dependía de mí. Tenía que soltarme un poco y dejar que se ocupara la gente que me rodeaba. Aunque llevaba semanas en contacto con el canal de televisión, me parecía increíble que la gente hablara de mí, de lo que cocinaba en YouTube.

—Me parece estupendo. Dime qué tengo que hacer.

—Cariño, muéstrate sexy. —El móvil de Bryan empezó a sonar y se despidió—. Nos vemos dentro de un rato.

—De acuerdo. —Me volví hacia Amber—. Peluquería y maquillaje.

Negó con la cabeza.

—Solo necesita unos retoques, acabarán en un segundo. Pasaré a buscarla cuando terminen, dentro de una hora o así.

Al parecer, el retoque duraba una hora. ¡Guau, vaya manera de hacer que una chica se sintiera especial!

Mi teléfono vibró en mi mano, cada vez más sudorosa.

Dylan: Buena suerte hoy, cariño. Recuerda que pensabas que tener sexo sobria sería malo: nada es nunca tan difícil como crees que va a ser.

Sonreí y se me relajaron los hombros. ¿Cómo había sabido qué decir en el momento justo?

La luz natural de mi despacho empezaba a atenuarse; estaba sentado junto a Raf, repasando la información que había recabado en Londres respecto a una posible adquisición que estábamos estudiando. Me distraía pensando en Beth, y, en cualquier momento, mi socio iba a echarme en cara mi falta de concentración.

No entendía por qué era incapaz de bloquear la imagen de Beth, por qué ella despertaba algo en mí que me hacía desear protegerla y poseerla. Me había acostado con muchas mujeres guapas, así que sabía que no era por eso. Tal vez se debiera a su franqueza, a que se había abierto a mí de una forma en que la mayoría de las mujeres no lo hacían. Convertía el sexo en algo más porque cada caricia estaba llena de vulnerabilidad. Y no parecía querer nada de mí, salvo que la tratara con delicadeza. Mi riqueza o mi poder no despertaban su interés, lo cual me desconcertaba, pero eso también me permitía imaginarla como algo más que una simple amante.

—He estado mirando los informes de estrategia —dije. Raine Media se había vuelto más interesante para mí al saber que Beth podía acabar trabajando allí.

—Oh, cierto. Mañana los revisaremos en detalle. Nos queda algo de tiempo a primera hora.

—Sí, vale. No estoy seguro de que debamos descartar Raine Media. Quizá no le hemos dedicado suficiente atención. —Contuve la respiración esperando que Raf notara al instante que me veía envuelto en un conflicto de intereses. Me gustaba el vínculo que Raine Media creaba entre Beth y yo. Si lo vendíamos, quién sabía qué iba a pasar con el programa de Beth. Quería pasar unos días con ella, tener algo de tiempo para pensar qué coño estaba ocurriendo, para organizar mis pensamientos. Pero sabía que debía confesárselo a mi socio. Raf y yo seguíamos una estricta política en contra de mezclar negocios y placer. Cuando empezamos, casi nos hundimos porque yo le presioné para adquirir una empresa en la que estaba involucrado el hermano de mi exprometida, y Raf había aceptado a regañadientes. El tema había salido mal y habíamos estado a punto de arruinarnos. Casi había significado el fin de nuestra sociedad y de nuestra amistad. Habíamos sobrevivido porque mi exprometida me dejó y juramos no volver a mezclar la vida personal con la profesional.

Raf se encogió de hombros y se levantó.

—No estoy seguro de eso. Como ya has comentado, los medios no son nuestro punto fuerte.

—Pero tampoco lo eran los neumáticos, y resultaron muy productivos. —Debía ser sincero con él, pero ¿qué podía decirle? ¿Que me estaba acostando con una mujer que podía acabar trabajando en ese canal de televisión? No estaba seguro de que hubiera algo que contar, todavía—. Podemos hablarlo mañana, pero he pensado visitar las instalaciones la semana que viene. Hablar con algunas personas *in situ* para ver si se puede salvar. Creo que debemos darle otros tres meses. —No ser sincero con Raf me hacía sentir como si acabara de saltar de una cornisa al vacío. No me gustaba mentir. Me sudaban las palmas de las manos.

Raf me miró con el ceño fruncido. ¿Se olía algo? Yo solía ser el más despiadado de los dos. No me empeñaba en conservar una empresa que no había hecho avances en los seis meses que llevaba en nuestro poder. Normalmente, era yo el que se moría de ganas de deshacerse de esas rémoras. Raf era el optimista, el socio que me hacía ser paciente y dar más tiempo para explorar otras opciones.

—Si crees que es la mejor decisión, estaré encantado de apoyarte. ¿Has visto algo en las cuentas que se me haya escapado a mí?

En las cuentas no había visto nada que valiera la pena.

—Es solo un presentimiento —murmuré, tratando de mostrarme indiferente.

—¿Un presentimiento? ¿Has tenido un presentimiento? Vaya, le diré a Marie que redacte un comunicado de prensa. —Hizo como que pasaba la mano por el paisaje urbano detrás de mí como si

leyera un titular—. «El multimillonario Dylan James tiene un presentimiento». Se va a hacer viral.

¿En qué estaba pensando al darle armas a Raf de esa manera?

—Pensaba en la mala publicidad que recibiremos si la vendemos tan rápido. Recuerda cómo se puso la prensa cuando la compramos; nos dijeron que no sabíamos nada de medios de comunicación y que les robaríamos cualquier atisbo de creatividad. No creo que podamos deshacernos de ella así como así. Tenemos que meditarlo, que ser más listos.

—Y..., por supuesto, tienes un presentimiento —terminó Raf.

Negué con la cabeza intentando reprimir una sonrisa.

—Lárgate de mi despacho ya, porque tengo el presentimiento de que te daré una patada en las pelotas.

Raf se rio entre dientes.

—Eso está mejor, amigo.

—Lo digo en serio. Vete. Tengo que terminar algo antes de irme.

—Pero ¿vas a irte ya? —Raf miró su reloj—. Son las seis. ¿Desde cuándo trabajas media jornada? ¿Tengo que revisar tu sueldo?

—Esta tarde estás muy gracioso, pero tengo una reunión. —No quería mencionar a Beth. Todavía no quería contárselo a Raf. Continuamente le daba sermones sobre lo promiscuo que era, así que él no iba a dejar pasar la oportunidad de devolvérmela. Además, desde que había roto con Alicia no había mucho que compartir.

—Ah, claro. Nos vemos mañana.

Saqué el móvil para ver si había recibido algún mensaje. Beth no había mencionado ninguna hora para quedar. Lo más fácil era enviarle un mensaje o llamarla, pero algo me lo impedía. Supongo que quería que la pelota estuviera en su tejado, que fuera ella la que quisiera verme.

Cuando apagué la pantalla, me entró un nuevo correo en el ordenador. No reconocí la dirección del remitente.

«Cuánto tiempo sin verte, forastero. ¿Cómo van las cosas? ¿Quieres tomar un café?

Con cariño.

Alicia».

Entré en la aplicación de correo e hice clic en el campo del remitente para ver la dirección completa.

Mi exprometida me había enviado un correo como si fuéramos viejos amigos de la universidad. Como si no me hubiera dejado por un tipo más rico y no lleváramos una década sin vernos. ¿Por qué se ponía en contacto conmigo después de tantos años?

Puse el ratón encima del icono de la papelera y cliqué. Quería olvidarla y perderme en pensamientos sobre Beth.

El hotel de Beth estaba a unas manzanas del despacho, así que cogí el abrigo y salí al frío. No podía dejar de sonreír al imaginarme que iba a tener de nuevo a Beth para mí solo.

A los pocos minutos entré en el bar del vestíbulo. Me senté en uno de los taburetes y me volví hacia la puerta para verla cuando entrara. Pedí un refresco con un toque de lima recién cortada, saqué el móvil y empecé a revisar los correos que habían quedado sin respuesta a primera hora del día.

La sentí antes de verla.

Cuando levanté la vista allí estaba, sonriendo de oreja a oreja por nada en particular, entrando en el vestíbulo con unos tacones altos, un top ceñido a su figura y una falda amplia que hacía más notoria

su diminuta cintura. Tanto hombres como mujeres giraban la cabeza a su paso mientras ella caminaba por el suelo de mármol en dirección a mí.

Una sensación incómoda y desconocida anidó en mi pecho. Me henchía de orgullo al mirarla, y eso no tenía mucho sentido. No sabía de qué estaba orgulloso: quizá de que llamara la atención, o solo de que fuera tan condenadamente sexy. Y era incómodo porque ella no era nada mío para sentirme orgulloso. Pero durante las siguientes horas iba a hacer todo lo posible para hacerla mía.

Solo por una noche.

Se frenó en seco. ¿Había notado mi presencia? Me eché hacia delante, pero ella se dio la vuelta; no me había visto. Entonces se llevó el teléfono a la oreja. ¿A quién llamaba?

El móvil vibró en mi mano.

Sonreí al ver que «*Orgasmo en el Aeropuerto*» parpadeaba en la pantalla.

—Estás muy guapa —dije en voz baja al auricular.

Vi cómo se llevaba la palma de la mano al cuello.

—Hola —respondió—. Me preguntaba si te apetecía venir.

—¿Te lo preguntabas o lo esperabas?

Se sonrojó y ladeó la cadera.

—Quizá las dos cosas.

Sus palabras lanzaron corrientes eléctricas directamente a mi polla y me removí en el asiento.

—Es bueno saberlo. Sigue avanzando en la dirección que llevas.

Levantó la vista y me miró directamente a los ojos.

—Hola —repitió—. Estás aquí.

Asentí y puse fin a la llamada.

Miré al camarero, que la había visto acercarse, tan fascinado como yo, y quise darle un puñetazo. Yo era el único con derecho a mirarla de esa manera.

Aminoró la marcha al acercarse y yo alargué la mano hacia su cintura para acercarla a mí y colocarla entre mis piernas. La besé con firmeza en los labios.

—Estás preciosa.

—¿Hace mucho que estás aquí?

La mantuve entre mis brazos.

—Solo unos minutos. Se me ha ocurrido que deberíamos pedir algo de tarta. Creo que era parte de tu plan para esta velada. —Señalé con la cabeza la carta de meriendas que tenía delante—. Elige lo que quieras.

La contemplé mientras paseaba la mirada por la carta y no pude evitar sonreír.

Íbamos a pasar una noche muy placentera.

El camarero se agachó hacia ella para preguntarle qué quería y arqueó las cejas. Estaba coqueteando con ella, y pasé de querer darle un puñetazo a querer matarlo.

Besé a Beth en la mejilla y deslicé la mano por su espalda. Era un movimiento posesivo e íntimo, típico de una pareja, no de dos desconocidos a punto de acostarse. Ella me miró con los ojos muy abiertos, pero sonreí y le señalé la carta con la barbilla hacia el menú, indicándole que pidiera.

—¿Qué me recomienda? —le preguntó al camarero.

—Pide rápido. Me estoy impacientando —dije, lo bastante alto para que me oyera el camarero, y volví a besarle el pómulo.

—Creo que, tal vez, un poco de todo. Pero ración doble de la *mousse* de chocolate. —Su voz era jadeante y entrecortada. También sonaba impaciente.

Retiré la mano y me bajé del taburete. Saqué la cartera y dejé caer suficiente dinero sobre el

mostrador como para pagar lo que Beth fuera a pedir.

Beth deslizó la mano sobre la mía.

—Que lo pongan en mi cuenta. No hace falta que...

¿Una mujer intentando impedir que pagara algo? Nunca me había pasado tal cosa.

—Quiero pagar yo, Beth. —Por primera vez en mucho tiempo, había pagado no porque era lo que se esperaba de mí, sino porque quería.

—Cuanto más rápido llegue el pedido a la habitación, mayor será la propina, ¿entendido? —le dije al camarero.

Tiré de Beth hacia los ascensores. Por suerte, las puertas se abrieron con rapidez. Quería alejarla de miradas indiscretas.

En cuanto entramos, la sujeté contra la pared con las caderas y me agaché para chuparle el labio inferior. Sabía a algo dulce, como a cerezas.

Me puso las manos en los hombros.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha pasado en el bar?

—Estoy bien, es que no me ha gustado la forma en que te miraba. Soy el único hombre que puede tener pensamientos lascivos sobre ti. —Apreté mi erección contra su estómago.

—El camarero no tenía pensamientos lascivos sobre mí.

—Créeme, cariño, cualquier hombre que te vea tiene pensamientos lascivos sobre ti.

—Estás loco. —Deslizó las manos alrededor de mi cuello y hundió los dedos en mi pelo. Reprimí un gemido. El más mínimo roce suyo me hechizaba.

Se abrieron las puertas.

—Me voy a volver loco a menos que te desnude, joder. —Tenía que arrancarle la ropa y comprobar que seguía igual de sexy que la última vez que la había visto, y, luego, quería poseerla, capturarla, calmar el ansia en mi interior.

Ni siquiera habíamos cerrado del todo la puerta de su habitación cuando empecé a desabrocharle la falda. Evalué la estancia. Las ventanas, del suelo al techo, ocupaban dos paredes de la *suite* en esquina y ofrecían vistas del río que cruzaba la ciudad. ¿Cómo podía permitirse tanto lujo una chica tan joven y bella? Quise preguntárselo, pero me distraje con su glorioso trasero, que apareció ante mí cuando su falda tocó el suelo.

Me aflojé la corbata y me quité la chaqueta. Mi impaciencia fue en aumento cuando le rodeé la cintura y le subí la blusa. Cuando sus pechos se elevaron y sobresalieron, me sentí mareado.

Se pasó las manos por el vientre tenso y se apretó los dedos contra su pubis cubierto de encaje, como si intentara serenarse. Gemí.

—Solo yo puedo tocar ese dulce coño. Te lo advertí. —Le aparté la mano, metí los dedos en el encaje y le arranqué las bragas de un tirón.

—Dylan —suspiró. El sonido de mi nombre en sus labios fue como música para mis sentidos.

—Tengo que verte. —Me quedé mirando su sexo y ella cambió el peso de un pie a otro, luego se llevó la mano a la espalda y se desabrochó el sujetador.

Cerré los ojos e inspiré hondo. Era magnífica, y tan hermosa que no podía contemplarla demasiado tiempo seguido. Abrí los ojos y ella me devolvió la mirada.

—Eres perfecta —aseguré.

Una expresión dolida cruzó su rostro.

—Soy cualquier cosa menos eso.

Quería hacer desaparecer esa oscuridad que percibía en ella, exprimirla y tragármela para que no tuviera que soportarla. Le ahuequé la barbilla y acerqué mis labios a los suyos.

—Para mí sí. Para mí eres perfecta.

Algo en su cuerpo desnudo me tranquilizó y atenuó la urgencia que había estado a punto de llevarme al límite desde que la había visto en el vestíbulo. Ya estaba allí, delante de mí, encerrada en una burbuja donde el mundo exterior no podía interferir.

Sonó un golpecito en la puerta.

—Joder...

Beth jadeó.

—Es el servicio de habitaciones.

—No te muevas. Yo me ocuparé de todo para que no te vean.

Se cubrió los pechos con los brazos.

—Sabes que no me gusta que te tapes. —Le aparté las manos.

Intentó alejarse de mí.

—Beth. —Mi voz era uniforme—. Quiero que me esperes aquí, así, preparada para mí. Créeme. No voy a dejar que el tipo del servicio de habitaciones te vea.

Permanecimos en silencio cara a cara durante un par de largos segundos mientras ella se decidía. Quería que supiera que estaba hablando en serio y podía confiar en mí.

Dejó caer las manos, y me dio lo que necesitaba: a sí misma, desnuda y expuesta.

Di varios pasos hacia atrás, hacia la puerta, para no perderme ni un momento de su cuerpo desnudo.

—Ve a por los dulces, perverso. Luego quiero que me lleves al orgasmo.

Me reí entre dientes.

—¡Qué codiciosa...! —Me volví hacia el pasillo para abrir la puerta.

Le di una generosa propina al camarero y llevé el carrito de los postres al interior, asegurándole que no necesitaba ayuda. La deliciosa Beth Harrison, sin otra cosa encima que sus *stilettos*, era solo para mis ojos.

Pasé las manos por el carrito.

—Aquí tienes tus tartas.

Me miró arqueando una ceja.

—Quiero la *mousse* de primero.

Y todo lo que ella quería yo se lo daba.

7

BETH

Dylan me había exigido —que no pedido— que confiara en él. Aunque mi instinto había sido cerrarme en mí misma, fue capaz de percibir mi ansiedad, ponerle en voz alta y hacerla desaparecer.

¿Cómo lo había hecho? Ni siquiera yo misma estaba segura de lo que sentía, de cuáles eran mis reticencias, pero él sí. Y eso era liberador.

Nunca había me sentido así ni había confiado plenamente en el hombre con el que estaba; siempre me ponía nerviosa, me creaba ansiedad, por ello deseaba complacer, quería hacer algo para que todo fuera bien... Era un recordatorio constante de que yo no era lo bastante buena. Pero Dylan no me permitía dudar de él ni de mí misma.

Noté el bulto en sus pantalones y decidí divertirme un poco con él. Me pasó un vaso lleno de *mousse* de chocolate y me manoseó el culo. Cogí la *mousse*, me metí un poco en la boca, hundí el índice en el postre y se lo ofrecí. Me sujetó de la muñeca y se metió el dedo en la boca con avidez para chuparlo.

Me conocía, pero aun así me deseaba. Me parecía una combinación embriagadora a la que no era capaz de resistirme.

Podía confiar en él. Y no iba a romperme el corazón porque yo no iba a permitirlo. Solo era sexo; no tenía nada que ver con mi corazón.

E iba a ser divertido.

Me solté la muñeca, hundí el dedo en el vaso y me unté los labios con el esponjoso chocolate. Luego saqué la lengua y me los lamí.

El ardor de sus ojos fue imposible de ignorar; la promesa que encerraban me hizo temblar. Me atrajo hacia su duro cuerpo y me limpió a lametazos.

Me gustaba ese juego.

Lo aparté antes de que profundizara más en el beso y me hiciera perder el control.

—Quédate quieto —dije cuando fue a agarrarme el culo; me aparté y di un paso atrás para que mi culo quedara apoyado en la mesa del comedor; quería que tuviera una visión clara de lo que iba a hacer a continuación—. Ten paciencia. —Saqué un poco más de *mousse* del vaso y me lo unté debajo de cada oreja, luego me tracé una línea de chocolate a lo largo de la clavícula.

Dylan gimió y apretó la palma de la mano contra su erección.

—Vas a acabar conmigo.

Bajé la mano por mi cuerpo y me rodeé despacio los pezones. La espuma fría era deliciosa, pero no tanto como sabía que iban a serlo su lengua y sus dientes.

A Dylan se le agotó la paciencia. Me quitó el vaso de la mano y lo puso en la mesa.

—Lo vamos a necesitar más tarde. —Su voz retumbó profunda y ronca. Me estremecí: sabía lo que venía a continuación.

Me cogió los pechos y sopló sobre ellos. Gemí y me sentí resbaladiza entre los muslos.

Solo había sentido su aliento y ya estaba mojada.

Se agachó y me lamí los labios; luego hundió la cabeza en mi cuello y paseó la lengua bajo mi oreja. Eché la cabeza hacia atrás y hundí las manos en su pelo, incitándolo a seguir. Nunca me había

sentido tan deseada por un hombre.

Me lamí la clavícula, primero de un lado y luego del otro, antes de levantar la cabeza para mirarme a los ojos.

Puse las manos entre nuestros cuerpos y busqué su bragueta; su erección me hacía difícil bajarle la cremallera. Tanteé con los dedos; el deseo de sentirlo dentro desconectaba mi cerebro de mi cuerpo.

—Por favor. —Fue todo lo que pude decir.

—¿Por favor qué? —gruñó contra mi piel; bajó la cabeza y me aprisionó un pezón entre los dientes para llevarme al borde del dolor antes de lamerlo y chuparlo.

—Quiero sentir tu polla. Por favor. —No estaba segura de si me habían salido esas palabras, si era capaz de decirlas, pero cada sílaba era cierta. Nunca había sentido un deseo físico tan intenso como el que sentía por Dylan. El pulso me retumbaba en los oídos: estaba desesperada por él.

Me pasó el pulgar por el pezón, ya sin chocolate, y luego rozó el otro con los dientes. Se me doblaron las rodillas cuando se enderezó y me sonrió.

Me levantó la barbilla con el dedo.

—¿Quieres mi polla, nena?

El corazón me latía con fuerza en la caja torácica. Asentí. Habría dado cualquier cosa en ese momento por sentir su polla.

Se desabrochó los pantalones y se los bajó junto con los calzoncillos.

Inspiré hondo y volví a coger la *mousse*.

Dylan enarcó las cejas, y yo me encogí de hombros.

Me arrodillé, y él gimió antes incluso de que lo hubiera tocado. Saqué un poco de *mousse* de chocolate del vaso. Me lamí el dedo y me cerní sobre la polla de Dylan. Empecé por la base, que lamí dejando un rastro de *mousse*.

Volví a sentarme sobre las rodillas y recogí más de espuma del vaso, me la puse en la lengua y la pasé por la punta de su erección.

Quizá acababa de crear mi mejor receta hasta el momento.

Miré a Dylan, que entrecerró los ojos, con el rostro muy serio.

—Eres la mujer más increíble que he conocido.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

Frena, corazón. Los hombres siempre te halagan antes de correrse.

En eso consistía el sexo sin compromiso: en dar lo necesario para conseguir lo que deseabas. Habría dicho cualquier cosa para que lo siguiente que hiciera fuera meterme su polla en la boca.

Inspiré hondo y volví a lamerlo desde la base, alrededor del glande, y luego ceñí los labios alrededor de la punta para meterlo en mi boca muy despacio.

Sus jadeos y gemidos me hicieron querer llevarlo hasta lo más profundo y, poco a poco, fui hundiéndolo más y más. Sentí arcadas cuando lo tuve en el fondo de la garganta.

Puso las manos en mi pelo.

—Joder, Beth. Mírame.

Levanté la vista, con los ojos acuosos por el esfuerzo de haberlo tragado tan profundamente. Sus ojos color índigo se clavaron en mí, llenos de necesidad y lujuria. Dejó una mano temblorosa en mi pelo y me acarició la cara con la otra, rozándome el pómulos con el pulgar.

—Eres increíble —susurró.

Con las dos manos, una encima de la otra, lo sujeté por la base y lo moví dentro de mi boca. Subí los labios y pasé la lengua alrededor de la corona.

—Sabes muy bien —dije, sin dejar de girar las manos alrededor de la raíz, y luego volví a deslizarlo

en mi boca, esta vez sin profundizar tanto, pero más rápido, iniciando una cadencia. El corazón latía con fuerza en mi pecho y la excitación crecía entre mis piernas.

Las caderas de Dylan empezaron a balancearse, se movió dentro de mí y tensó la mano que tenía sobre mi pelo.

—Cariño, no... ¡Joder! Cómo me gusta... —La tensión del placer se reflejaba en su cara—. Tienes una boca preciosa.

Me aparté y lamí su polla y él empujó las caderas hacia mí, luchando por volver a mi boca. Le dediqué una sonrisita, le chupé la punta y moví una mano desde la base para pasarle las uñas por los testículos.

—Joder, no. Beth, me voy a correr. —Intentó apartarse, pero lo sostuve por las nalgas, pegándolo a mí. Deseaba que se corriera. Lo deseaba a él.

Lo hundi más en mí, y palpitó en mi boca, lanzándome unos chorros calientes al fondo de la garganta. Una caricia suya me llevaría al límite. ¿Cómo era posible que su polla en mi boca me excitara tanto que yo misma estuviera a punto de correrme?

Aflojé la mano que tenía alrededor de su base y se apartó. Me eché hacia delante para cubrir su eje de besos.

Me miró con intensidad y volvió a pasarme los pulgares por los pómulos.

—Eres increíble. La mejor.

—No digas eso. —No hacía falta.

—¿El qué? —dijo, confuso, y me ayudó a levantarme.

—No finjas que esto es más de lo que es. Solo confiaré en ti si no me mientes.

—Si lo digo es porque lo pienso. —Dejó caer un beso en mi frente—. No finjo. Y te he dicho que no miento. Ha sido la mejor mamada de mi vida. Vamos. Ven a la cama. —Me pasó la mano por la espalda y el culo haciendo que me estremeciera.

—¿Podemos llevarnos algo de dulce? —pregunté.

Se rio.

—Claro que podemos.

Cogí un plato con un trozo de bizcocho de limón.

—No voy a compartirlo, así que trae el tuyo. —Me di la vuelta y me dirigí hacia el dormitorio.

—Oh, creo que podría persuadirte para compartirlo si quisiera, pero está bien, no te obligaré. —Cogió un plato y me siguió.

Mi cama era enorme, y nos sentamos con las piernas cruzadas y desnudos uno frente al otro.

—Eres muy sexy. Mírate.

Cuando levanté la vista, sacó una foto con su teléfono.

—¿Eh? —Se me revolvió el estómago.

—Cariño, quiero un recordatorio de este preciso momento. De ese precioso sexo tuyo, empapado por haberme hecho una mamada, tus labios hinchados y tus fantásticas tetas. Y, encima, estás comiendo dulce. No puedes esperar que no quiera recordar esto. Eres una visión.

—No quiero. Bórrala. No voy a formar parte de tu colección. —No quería ser una de las cien mujeres desnudas en la galería de su teléfono. Una vez le había echado un vistazo al móvil de mi ex, Louis, mientras dormía y me había encontrado infinidad de fotos de mujeres hermosas y desnudas, como si fueran sus posesiones. Cuando se lo eché en cara, se volvió loco porque había espiado su teléfono. Me dijo que eran fotos antiguas, pero si era así, ¿por qué las había guardado? Nunca me dio una respuesta y nunca las borró. Cada vez que recordaba esa relación, me sentía idiota. Había muchas situaciones inaceptables que había ignorado.

—¿Te preocupa que tenga mujeres desnudas en mi teléfono? —Dylan me pasó su teléfono—. Bórrala. Pero no hay nadie más que tú. Puedes comprobarlo.

Miré el teléfono que tenía en la mano y luego volví a mirar a Dylan.

—¿Estás diciendo que puedo mirar tu teléfono?

Asintió.

—No tengo nada que ocultar.

Tenía que dejar de esperar que me decepcionara. No quería hurgar en sus fotos. No quería ser esa clase de chica.

Negué con la cabeza.

—Si se la enseñas a alguien, te mataré, y después mi hermano te perseguirá y te matará otra vez.

Se rio e hizo otra foto.

—No quiero compartirte.

Mi corazón dio un vuelco por segunda vez aquella noche.

—¿Qué tal el día? ¿Cómo te ha ido? —preguntó, como si tuviéramos una relación y no estuviéramos disfrutando de un encuentro ocasional.

Dejé el plato en la mesilla y me estiré de lado, apoyando la cabeza en el brazo.

—Ha estado bien, creo. Hemos filmado dos recetas. Pensaba que el rodaje se parecería más a como grabo mis vídeos de YouTube, pero han hecho una toma con una cámara en movimiento y luego otras con dos cámaras estáticas. Y, por supuesto, había mucha gente mirando. —Estaba deseando ver cómo quedaba la versión final.

—¿Has disfrutado haciéndolo?

—Cuando me he relajado y me he olvidado de la gente y de las luces y me he puesto a cocinar, me he sentido mejor. Creo que van a visionarlo con calma y luego decidir si quieren utilizarlo. ¿Quién sabe? No pierdo nada, decidan hacerlo o no y, de todas formas, no sé cómo funcionaría. Es decir, no puedo venir desde Londres todas las semanas.

—¿Vives en Londres?

Asentí.

—Crecí aquí y me mudé a Inglaterra después de la muerte de mi madre.

Dylan alargó la mano y me acarició la mejilla con los nudillos.

—¿Te gusta Londres?

—Por supuesto. Es una ciudad preciosa y la considero mi hogar. Es donde está mi familia: mi hermano, su mujer y su hija, y el hermano de mi cuñada, su mujer y su hija. Nos hemos convertido en un todo. —Aunque había crecido en Chicago, nunca me había sentido allí tan en casa como en Londres. Tal vez fuera porque era donde había conseguido estar sobria.

—¿Tu padre no vive en Chicago?

—Sí, pero... es complicado. —No quería hablar de eso con él. Mi padre se había vuelto a casar y había tenido más hijos. Había sucedido con mucha rapidez después de la muerte de mi madre. La forma que tuvo mi padre de pasar el duelo fue crear un nuevo futuro en el que no nos había involucrado ni a mí ni a mi hermano Jake. Actualmente, las cosas iban mejor, pero nuestra relación había cambiado para siempre.

Tomó un poco del dulce que estaba comiendo. Parecía tarta Tatin.

—Ya tendremos tiempo.

Me encogí de hombros y él sonrió como si hubiera comprendido que era algo de lo que yo no quería hablar.

Se deshizo del plato y se tumbó frente a mí, imitando mi posición.

—He buscado vídeos tuyos en YouTube. No he encontrado ninguno

—¿En serio? —Le sonreí—. Tienes que buscar «*La repostera de Chicago*».

—Lo haré. Así que ha sido un día largo... ¿Acababas de terminar cuando te he visto volver al hotel?

Tuve que pensarlo.

—He ido a una reunión después de terminar en el estudio, y luego te he visto.

Pasó los dedos por mi costado.

—¿Una reunión de Alcohólicos Anónimos?

Asentí.

—Encontré un grupo que me gusta para cuando estoy en Chicago.

—¿Vas todos los días?

Me puse boca abajo y me apoyé en los codos.

—Por lo general, no. Al principio, sí. Ahora voy un par de veces a la semana, pero, casi siempre, en Londres.

No solía hablar de mi alcoholismo con nadie que no perteneciera a mi círculo más cercano, a mi familia londinense. Cuando dejé de beber, decidí centrarme en la sobriedad y no en el alcoholismo. Cada alcohólico afronta la recuperación de una forma diferente, y yo tuve que encontrar mi propio camino para no sentir que ese vicio dominaba todo lo que hacía.

—Tal y como yo lo veo, soy alcohólica como algunas personas son diabéticas: es una enfermedad crónica con la que convivo, pero que no me impide vivir mi vida.

Dylan me sonrió.

—¿Y desde cuándo lo eres?

Lo miré.

—Un amigo de la universidad estaba en Alcohólicos Anónimos —explicó, adelantándose a mi pregunta.

—Desde hace tres años. Ya casi cuatro. —Me sentía bien al decirlo.

—Guau. Eso es mucho tiempo sin sexo. Pensaba que no hacía más de un año.

Me reí.

—Es mucho tiempo. Pero has roto los diques de contención y me has fastidiado; hasta había olvidado lo bueno que podía ser.

—Cariño, nunca es tan bueno, créeme.

—Y tú deberías saberlo. —Le sonreí y arqueó una ceja en forma inquisitiva—. Es un decir. —Me encogí de hombros—. Pareces la clase de tío que tiene mucho con qué compararlo.

—¿Me estás diciendo que soy algo así como un *gigoló*?

Miré por encima de su hombro, considerando la respuesta.

—No eres un *gigoló*. Solo te has acostado con muchas mujeres.

DYLAN

Me acababa de llamar *gigoló*. Por lo general me importaba una mierda lo que pensarán de mí, pero, por alguna razón, quería que Beth solo viera en mí cosas buenas.

—Supongo que he visto a unas cuantas mujeres desnudas.

Desde que lo había dejado con Alicia, el sexo había sido solo un medio para sentir placer. Funcionaba y lo disfrutaba. Pero no había sido nunca tan placentero como con Beth. Había olvidado que las sensaciones físicas podían mezclarse con los sentimientos y eso las hacía aún más poderosas.

Incluso desde el primer beso, lo nuestro había sido algo más que una relación física. No podía imaginarme mirando a Beth sin que me provocara algún tipo de respuesta afectiva.

—¿Te molesta?

—Si me molestara, no habría aceptado convertirme en una de ellas. Sabía muy bien en qué me metía en el momento que fui a tu habitación cuando cancelaron el vuelo. —Sonrió, pero se me revolviéron las entrañas. Quería que supiera que ella era diferente, que quería hablar con ella, no solo follar. Cuanto más la conocía, más ansiaba saber.

—¿Te haría sentir mejor si te dijera que rara vez me interesa volver a ver a una mujer después de haberme acostado con ella?

Se rio y se incorporó, pasando las piernas por el borde de la cama. ¿Se iba? El incómodo nudo de mis entrañas se hizo más intenso. Quería que supiera que no era una más de las mujeres con las que me acostaba.

—Ahora eres tú quien se está llamando *gigoló*. Voy a por más tarta. ¿Quieres un trozo?

Seguí a Beth hasta el salón y me llevé un preservativo por si quería volver a ponerse manos a la obra.

—¿Crees que pueden vernos? —Algo fuera de la ventana había llamado su atención.

No pude evitar seguir la dirección de su mirada; aparté los ojos de sus suaves curvas y me fijé en los rascacielos que teníamos enfrente.

—Tal vez.

Puso las manos sobre el cristal.

—Todavía hay luces encendidas. La gente trabaja hasta tarde.

Me coloqué detrás de ella y deslicé las manos por sus costados, bajé por su vientre y le rodeé la cintura. Ella se recostó contra mí, captando al instante la atención de mi polla.

—Trabajan demasiado. —Bajé la mano y busqué su clítoris. Suspiró y movió las nalgas contra mi creciente erección. Le abrí más las piernas con la rodilla y ella se echó un poco hacia delante.

Quería follar contra la ventana, con público.

Dios, menuda mujer.

—¿Te gusta pensar que la gente te está mirando? —le susurré al oído.

—Sí. —Su voz se quebró cuando aumenté la presión sobre su clítoris—. No sé qué me estás haciendo, pero has sacado mi parte más perversa.

La idea de influir en ella, más allá de hacerla correrse, hizo que la sangre se me agolpara en la erección.

Me restregué contra su sexo y ella se empujó contra mí. Apreté los dientes, intentando mantener el control.

—Pero solo yo puedo mirarte. Eres mía. —El afán de poseerla se extendió por mí como una ola.

Me puse el condón y me alineé con su entrada.

Jadeó. Habría dado cualquier cosa por oír ese sonido de anticipación una y otra vez.

—Dylan, la gente podría vernos.

—Vamos a follar así, y te va a encantar. Si alguien ve algo, no podrá saber lo bueno que está siendo. No pueden intuir lo que sentimos, apenas imaginarlo, solo nosotros lo experimentaremos.

—No pueden poseerme. Solo pueden mirar mientras tú lo haces.

Lo entendía. Comprendía que yo necesitaba ser especial para ella. Que quería ser diferente, ansiaba que ella sintiera esa energía entre nosotros: la familiaridad, la pasión, la confianza.

No pude contenerme ni un segundo más y me metí en su interior, tratando de ir despacio, de ser paciente; y cerré los ojos porque sabía que, si atisbaba su boca hinchada o el reflejo de sus tetas en el

cristal, me pondría a embestirla sin miramientos.

Gimió cuando la penetré.

—Te siento muy dentro —susurró, echó la cabeza hacia atrás y yo enterré la cara en su cuello, aspirando el aroma almizclado que despedía.

—¿Crees que alguien sabe lo profundo que estoy?

—¡Oh, Dios, Dylan! —Le rodeé la cintura con el brazo para sostenerla.

—Contéstame.

—No pueden saberlo. No pueden entender cuánto nos gusta.

Me retiré, y vi el brillo de mi polla al salir de ella. Siempre estaba empapada cuando me acercaba a ella. ¿Era así con todos sus amantes? ¿Iba a ser así así con los que iban venir después de mí?

Sus gemidos rompieron mi concentración.

—¿Quieres más?

—Por favor. —Sonaba desesperada, y yo sabía que lo estaba. Me impulsé dentro de ella, empujándola hacia adelante para que sus pechos se pegaran al cristal y tuviera que sostenerse con los antebrazos. Dios, por mucho que disfrutara de la vista desde este lado, cualquier cabrón afortunado que la viera a través de la ventana debía de estar grabándose esas imágenes en la memoria para siempre.

La penetré de nuevo.

—No puedo llenarte lo suficiente. —Me atraganté con las palabras que subían por mi garganta.

Su respiración se entrecortó y se estremeció a mi alrededor; apoyó la frente en el cristal.

Tener el privilegio de hacer que se corriera me convertía en el hombre más afortunado de la Tierra.

Pero no me detuve. No podía. Quería más. Más para ella y más para mí. Puse las manos sobre sus hombros y Beth sacó fuerzas para mantener la cabeza erguida.

—Quédate conmigo, Beth.

Su piel se erizaba bajo mis dedos mientras la penetraba una y otra vez. Quería que durara eternamente, pero estaba al borde del abismo.

Retiró una mano del cristal y la llevó entre sus piernas.

—No —ladré—. Pídemelo que use mis dedos, no muevas los tuyos.

Su mano volvió al cristal.

—Por favor, Dylan. Lo necesito. Quiero correrme otra vez.

Nunca me iba a cansarme de oírla suplicar por mis caricias.

—Si me lo pides tan bien, ¿cómo puedo decirte que no?

Metí la mano entre sus muslos y acaricié con suavidad entre sus pliegues. Se retorció.

—Dylan, por favor, Dios. —Su voz, ronca y desesperada, me puso más duro de lo que jamás había pensado que podría estar.

Busqué su clítoris con los dedos, los bajé más para cubrirlos con su humedad... ¿Cómo se había mojado tanto? Gemió, moviendo las caderas en círculos mientras le pellizcaba el clítoris.

Se echó hacia atrás y, con un brazo, acercó mi cara a su cuello.

—Dime, ¿te gusta? —susurró.

¿Cómo podía dudarlo?

—No hay nada mejor en el mundo que notar tu apretado coño rodeando mi polla.

—Tu... —inspiró hondo— enorme polla.

—Sí, ya lo sabes.

Se empezó a estremecer y gritó mi nombre cuando cambié de ángulo. El sonido desató un clímax que me desgarró de abajo arriba y llegó hasta la última célula de mi cuerpo. Exploté dentro de ella

justo cuando sentí que se estremecía contra mis dedos.

¡Dios mío!

Nunca me había corrido así.

No quería moverme, pero, después del orgasmo, la idea de que alguien la viera ya no me atraía tanto. Quería envolverla con mis brazos y tratarla como si fuera de porcelana.

Me retiré, me deshice del condón y le di la vuelta para acercar su frente a mi pecho y posar los labios en su cabeza.

—Eres increíble, en serio.

—Tú tampoco estás nada mal. Con un poco de trabajo podemos conseguir que llegues por encima de la media. —Soltó una risita cuando le apreté el culo.

—Alejémonos de la ventana, ¿de acuerdo? —La acompañé hacia el dormitorio.

—No puedo creer que hayamos hecho eso. ¿Crees que alguien nos ha visto?

La empujé sobre la cama.

—Si lo han hecho, habrán visto el polvo del siglo. —Me di la vuelta y me dirigí de nuevo a la sala de la *suite*. —Quédate ahí, voy a buscar sustento. —Cogí unas botellas de agua, las puse en el carrito y lo llevé hasta el dormitorio.

—Es una fantasía hecha realidad —me dijo sonriéndome—. ¿Un tío bueno desnudo empujando un carrito lleno de tartas? Si estoy soñando, no quiero despertar nunca.

Me reí entre dientes.

—Solo pretendo que no te quedes sin fuerzas. No he terminado contigo.

—¿Vas a quedarte? Es decir...

—¿Quieres que me vaya? Puedo irme. —Me dio un vuelco el corazón. ¿Me estaba pidiendo que me fuera? No quería; necesitaba quedarme con ella.

—No, no. Es que me preguntaba si no tenías que ir a casa con tu..., no sé.

Me eché en la cama junto a ella.

—No hay nadie en casa. No soy así. No miento ni engaño. —Me senté con la espalda apoyada contra el cabecero y la estreché entre mis brazos.

—Sé todo lo que no haces, pero nada de lo que haces. Cuéntame algo.

Inspiré hondo.

—Compro empresas en malas condiciones y hago que se recuperen. —Era la explicación más sencilla de lo que hacía.

—¿Te dedicas al capital riesgo?

Por lo visto, no necesitaba simplificarle nada a esta chica.

—En un sentido amplio, sí. Tengo un socio y usamos nuestro propio dinero, aunque otra parte es del banco. —Le acaricié la columna con los dedos.

—¿Alguna exmujer?

Me reí entre dientes.

—Ninguna ha tenido esa desgracia. —Murmuró algo que no capté—. ¿Qué?

—Pero ¿has estado a punto? —Eso no era lo que había dicho en voz baja.

Me tomé un tiempo para pensar qué debía decirle.

—Sí. Hace un tiempo. Cuando estaba empezando, me comprometí con una chica. —Ni siquiera me gustaba pensar en Alicia, y mucho menos hablar de ella. Ella había sido mi peor error de juicio.

—¿No funcionó?

—Me dejó por un hombre mayor y más rico. —Nunca había dicho esas palabras en voz alta.

Beth se deslizó por mi pecho y se volvió para mirarme. Me encogí de hombros.

—¿Crees que te dejó por el dinero?

Asentí.

—Lo admitió. Dijo que quería disfrutar de su vida y no tener que luchar. —Me eché a reír. Era la primera vez que pensaba en Alicia y no me dolía. Siempre me había imaginado junto a ella como compañeros, iniciando un viaje juntos en la vida, con los mismos objetivos y aspiraciones, con valores similares. Había acertado en que los dos anhelábamos el éxito. Solo que yo pensaba trabajar para conseguirlo y Alicia quería casarse con él.

—Vaya. Amor verdadero, ¿eh?

—¿Eso existe? —Alicia me había curado de espanto.

Beth me miró con tristeza.

—¿No crees en el amor?

Me encogí de hombros.

—Creo en sexo que hace temblar la tierra con guapas reposteras londinenses.

Sonrió y se le borró la mirada triste, lo que agradecí.

—¿Volvió arrastrándose cuando ganaste tu primer millón?

Estiré las piernas. Había fantaseado con que Alicia intentara recuperarme desde que me había convertido en un hombre rico. En mi fantasía, habría actuado con ella como si apenas la recordara, y una *top model* me habría estado haciendo una felación debajo del escritorio mientras Alicia me suplicaba que volviera con ella.

Pero no había ocurrido. No la había visto de nuevo, no había sabido nada más de ella desde ese mismo día.

—Se casó con el viejo.

La boda había tenido lugar cuatro meses después de separarnos. Aquel día me había emborrachado, y Raf había tenido que retenerme físicamente para evitar que me colara en la ceremonia. Pero no porque la amara, sino porque en ese momento ya quería advertir al novio.

Cuando me dejó, me di cuenta de que nunca había sido la mujer que yo creía. Me sentí manipulado y engañado, y juré que no iba a volver a ocurrirme nada parecido.

Beth me dio un beso en el estómago.

—Es idiota.

Le cogí la cara y le acaricié con el pulgar el bello lunar del pómulos. Cuando lo decía así, casi me lo creía.

—¿Cuándo vuelves a Londres? ¿Podemos pasar antes un tiempo juntos?

—Mañana.

Se me retorcieron las entrañas.

—¿Mañana?

Esperaba que tuviéramos más tiempo. Era como un soplo de aire fresco que aireaba mis aburridas rutinas. Era fácil de contentar, divertida, guapa y el sexo con ella era, bueno, el mejor que de mi vida. Pero era más que eso: era auténtica.

—¿Cuándo vuelves? —Sabía que esa noche no era suficiente. Quería más de ella.

—¿Quieres hacer de esto un rollo de tres noches?

Escudriñé su rostro, intentando leerle la mente. ¿Quería repetir?

—Sí, quiero que sea una aventura de tres noches. ¿Tengo que convencerte? —La puse boca arriba y la abracé. Le pasé los dientes por el hombro.

Se sonrojó.

—Podría considerarlo.

—¿Considerarlo? —Me acerqué a su sexo y le pasé los nudillos por el clítoris.
Se arqueó contra mi mano.

—Bueno, si vas a jugar sucio, supongo que ya estoy convencida.

—Cariño, jugaré tan sucio como me dejes.

Fue la negociación más fácil y satisfactoria que había tenido nunca.

8

BETH

Cuando llamé al timbre de casa de Jake y Haven, sabía que el postre de limón y merengue que llevaba no era el mejor que hubiera hecho nunca, ni mucho menos. Pero les había prometido que iba a hacerlo, así que, a pesar del desfase horario y de que no podía sacarme de la cabeza miles de recuerdos de sesiones de sexo alucinante, había mezclado los ingredientes y había conseguido algo que podía pasar vagamente por el dulce que les había dicho.

—Esto parece un zoo —dijo Haven al abrir la puerta—. Entrás bajo tu propia responsabilidad. — Se agachó y me besó en la mejilla.

En cuanto atravesé el umbral, me envolvió el sonido de niños gritando.

—Jake debe de estar dándole otro cachete a Sophia.

Sabía que no se podía bromear sobre el maltrato infantil, pero como yo era la única que no tenía hijos, no tenía por qué ceñirme a esa norma.

Aquella enorme villa de estilo victoriano era hermosa a partir del primer piso. La planta baja había sufrido el huracán provocado por los bebés. A pesar de que lo que veía era un caos, estaba segura de que el lugar era encantador por debajo de los cochecitos y las mantas, de los juguetes y los biberones.

—Aquí os quedáis, chicos —les dijo a mi hermano y a Luke—. Tú, delante. Vamos a salir al jardín. —Haven tiró de mí para que atravesara la cocina, aunque me las arreglé para saludar a los hombres mientras pasaba.

—¿Al jardín? —pregunté. Estábamos en febrero, ¿no podíamos quedarnos dentro?

—Nos hemos equipado con estufas y mantas. Es el único lugar de la casa donde no se oyen los gritos —explicó Haven.

Ash la siguió con una bandeja llena de bebidas.

—No queremos que nos interrumpen. Tienes que explicárnoslo todo con pelos y señales.

Se me encogió el estómago. Hacía años que no tenía nada que contarles.

—Pues no tengo nada que contar; estoy esperando noticias del estudio. —Cualquier pensamiento sobre la prueba de pantalla se había desvanecido de mi cabeza; había sido sustituido por un agradable dolor entre las piernas gentileza de Dylan y que solo él podía curar. No habíamos dormido mucho el jueves, y se había ido a trabajar temprano el viernes por la mañana.

—Ya, ya... Ya llegaremos a ese tema, pero antes nos vas a hablar de la parte sexual. —Haven me sirvió un vaso alto de algo que tenía pepino y fresas; mientras, Ash abría una botella de vino y llenaba dos copas.

Me cubrí los hombros con una manta.

—Ha sido una agradable coincidencia volver a encontrarme con él. —Se me encendieron las mejillas. No me avergonzaba del sexo, pero no quería compartirlo. Aunque fuera solo un rollo, empezaba a sentir que se había convertido en algo más que eso.

—¿Estuvo tan bien como recordabas?

Asentí, y el corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho.

Decir que había estado bien se quedaba corto.

Había caído rendida en el avión y había dormido casi todo el trayecto. Cuando me desperté, me habían asaltado recuerdos del aliento de Dylan recorriéndome piel y las yemas de sus dedos en mis caderas.

—¿Vas a volver a verlo? —preguntó Ash.

Suspiré.

—Me sugirió que lo llamara la próxima vez que vaya a Chicago. Pero, sinceramente, no estoy segura de que sea buena idea. —Tampoco estaba convencida de no hacerlo. ¿Cómo iba a renunciar a otra noche con Dylan? Aun así, eso no significaba que fuera correcto.

—¿Por qué no? —Haven levantó la copa y hicimos chocar el cristal.

Tomé un sorbo.

—Porque es guapísimo, rico y poderoso, y creo que su pene tiene poderes mágicos. —Me sentía como si hubiera escapado, como si me hubiera despertado en el momento justo del sueño. Pasar más tiempo con él me parecía invitar al peligro y a las complicaciones.

—Repito: ¿por qué demonios no? —comentó Haven.

—No estoy segura de ser lo bastante fuerte —respondí sin pensar en la respuesta.

—¿Lo bastante fuerte para qué?

—Para mantenerlo a distancia. Si no lo vuelvo a ver, me quedarán los buenos recuerdos. ¿Para qué arriesgarme más? De momento no me torturo preguntándome con quién se acuesta ni busco un doble sentido a todo lo que dice. La situación entre nosotros está igualada. Los dos conseguimos lo que queremos del otro. Deberíamos dejarlo así.

Haven me miró con intensidad.

—Sabes que él no es Romano, ¿verdad? —soltó por fin.

Era oír ese nombre y se me congelaban las entrañas. Mi relación con Louis Romano había comenzado justo después de la muerte de mi madre y había sido el último novio que había tenido. El tema de la bebida estaba totalmente descontrolado y me quedé embarazada; él me había dado algo de dinero, me había dicho que me deshiciera del bebé y había puesto fin a nuestra relación.

Había sufrido un aborto espontáneo dos días después.

La pérdida del bebé había estado a punto de hundirme. La había contenido con alcohol, y había funcionado: el alcohol atenuaba el dolor y me permitía dormir, olvidarme de mi madre, de mi bebé y del novio que nunca me había amado. Había sido tan eficaz que empecé a beber cada vez más temprano, hasta que cada hora que no estaba embriagada por el alcohol me parecía innecesaria.

—No quiero hablar de Romano. —Representaba todas mis malas decisiones. Había pensado que era mi salvación, y había terminado siendo mi destrucción. No era algo de lo que quisiera acordarme. Era la razón por la que había sido fácil estar sola durante tanto tiempo, la razón por la que salir con alguien me aterrorizaba, y volver a ver a Dylan me parecía peligroso.

Haven y Ash intercambiaron una mirada. Constatar que las había visto habría significado hablar de Romano, así que me quedé callada.

—Vale, quizá llame a Dylan la próxima vez que vaya a Chicago —dije para desviar aquella conversación sobre los novios y retomar el tema del sexo alucinante.

—Quizá te ayude a recuperarte. —Ash parecía preocupada.

Asentí.

—Puede que sí.

—A mí me ayudó tu hermano —dijo Haven, en tono serio—. A veces hay que abrirse a ellos, aunque solo sea un poquito.

—No me ha sugerido que salgamos juntos, solo que nos enrollemos cuando esté allí.

—Pues diviértete. Si no vivís en la misma ciudad, no podrá hacerte daño. Asume que está saliendo con otras personas y pide solo que te haga disfrutar cuando os veáis.

Me reí. Con él no se trataba de limitarse a disfrutar. Había tenido once orgasmos. Me había hecho contar cada uno de ellos.

—Si lo pones así... —No estaba convencida de poder mostrarme tan fría. Ya me sentía atraída por él, y no era el tipo de mujer que se dejaba llevar fácilmente por las sensaciones físicas.

—No debería arriesgarse a perder la sobriedad, Haven —intervino Ash.

—No digo que deba hacerlo, pero divertirse un poco tampoco significa que vaya a empezar a beber de nuevo —replicó Haven.

Lo que me preocupaba no era solo conservar la sobriedad. Era más bien que no confiaba en mí misma, ni en mis instintos ni en mi criterio. Dylan parecía un buen tipo, pero ¿cómo estar segura?

—Creo que debe hacer lo que quiera. Si es el momento de hacer un esfuerzo, lo sabrá. —Ash me sonrió.

—A veces hay que actuar a pesar de tener miedo —afirmó Haven—. Las cosas que más nos asustan conllevan las mayores recompensas.

Se volvieron hacia mí y sonreí. Era como ver los dos lados de mi cerebro luchando frente a mí.

—La prueba de rodaje ha ido bien —solté en un cambio de tema no demasiado sutil.

Ash rellenó la copa de Haven.

—¿Y cuándo sabrás algo?

Moví la silla un poco más hacia la izquierda; la calefacción proporcionaba demasiado calor.

—Dentro de unos días, creo.

—¿Y habéis hablado de si tendrás que desplazarte a Chicago cada semana? —preguntó Ash.

—Tocamos el tema por encima. Comenté que no estaba dispuesta hacerlo con esa frecuencia, pero que me encantaría acudir a rodar una vez al mes o así.

Haven arqueó las cejas.

—Dylan James va a acabar enamorándose de ti.

Puse los ojos en blanco.

—Te aseguro que eso no va a pasar. Está acostumbrado a *top models* y actrices.

—También lo estaba tu hermano —alegó Haven.

El teléfono vibró sobre la mesita, y miré la pantalla para no tener que responder a ese comentario.

Dylan: *¿No sabes nada todavía?*

Beth: *Eres muy amable por interesarte, pero, por raro que te parezca, no se han puesto en contacto conmigo en domingo.*

Dylan: *Ha sido cosa de mi libido. En este momento me gustaría follar contigo contra la pared de la ducha.*

Me estremecí.

Beth: *Estoy cenando, rodeada de niños. No puedes soltarme esas cosas.*

Dylan: *Quiero hundirme dentro de ti, llenarte hasta que apenas puedas respirar.*

Dios... Intenté que no se me acelerara la respiración. Miré a Haven y a Ash, pero pasaban de mí. Aparté la manta; ya sentía demasiado calor.

Beth: Para.

Dylan: Ya me suplicarás que no lo haga cuando te pellizque el clitoris.

Beth: Tengo que dejarte.

Apagué el teléfono, porque sabía que no iba a poder ignorar sus mensajes si aparecían ahí, esperando a que los leyera. Y mientras compartía mi tiempo con mi familia, no quería ponerme a recordar lo que Dylan podía hacerme sentir.

—¿Estás bien? —preguntó Ash.

—Sí. He pensado que podría ser un mensaje de la cadena, pero no era así.

—¿Un domingo? —preguntó Haven.

—Ya, lo sé. No sé en qué estaba pensando. —Me envolví con la manta intentando ocultar mi sonrojo y mis pezones erizados.

Dylan James era implacable. Pero me gustaba, me atraía.

Conseguía que todo pareciera sencillo. Básico. Quería volver a verme porque me quería desnuda entre sus brazos. Pero cuando estábamos juntos, parecía algo más. Y eso era lo que más miedo me daba.

Haven me cogió la mano.

—Si no me hubiera arriesgado con Jake, mi vida no sería esta. Eras una niña cuando conociste a Romano. Necesitabas estar con alguien. Ahora eres una mujer; una mujer fuerte e independiente. No eres la misma persona. La historia no se va a repetir. Arriésgate.

Todavía con el teléfono en la mano, me relajé en la silla. Tenía razón. No era la misma persona. Y Dylan no era Romano.

Estar un poco más con él no podía hacerme ningún daño, ¿verdad?

DYLAN

Miré el *skyline* de Chicago y luego al presidente de Raine Media.

—Deme alguna razón por la que no deberíamos vender o cerrar la cadena. No veo que haya puesto en funcionamiento ningún plan para recuperar las cifras de audiencia anteriores. —Había llamado a Ted a mi despacho para revisar los números. Al examinar con atención lo que estaba pasando allí, me había dado cuenta de que apenas habían hecho vagos intentos para llevar a cabo alguno de los cambios que les habíamos pedido. Cambios esenciales para que Raine Media pudiera sobrevivir.

—Tengo que actuar en función de lo que es mejor para la cadena. Los cambios que han pedido no son buenos para mi negocio.

El ego de ese tipo era increíble.

—Entiende que esta empresa no es suya, ¿verdad? Este negocio es mío y de mi socio, y si le pido que haga una reducción del veinte por ciento en los costes totales, lo hace. No se dedica a asentir mientras ignora mis palabras y sigue como siempre.

—Mantengo mi decisión. —Se reclinó en la silla. Debía de haber leído algún libro de gestión de empresas donde decía que enfrentarse a su jefe era una buena idea. Si era así, debía pedir el reembolso a Amazon.

—Entiendo —dije. Me levanté y rodeé el escritorio para acercarme a la puerta.

Ted me siguió con una sonrisa de suficiencia. Le cogí la mano y se la estreché.

—Gracias por venir. Está despedido. —Abrí la puerta del despacho donde estaba mi asistente—. Marie, ¿puede ocuparse de arreglar los papeles de Ted, por favor? —Había avisado a Marie para que lo tuviera todo preparado; ella iba a encargarse de la liquidación y de comunicar la noticia a todos los trabajadores de Raine Media.

Ni siquiera miré a Ted a la cara; no me interesaba. Habíamos sido unos idiotas por no haber detectado el problema antes. Por culpa de ese error, había defraudado a los demás empleados de Raine Media; debí haber entendido que su jefe era un incompetente. Según había descubierto, la mayor parte de las veces solo había que contratar a la gente adecuada y dejarlos trabajar. Pero, por alguna razón, lo habíamos olvidado. Teníamos que volver a lo básico.

Cerré la puerta y volví a mi mesa. Casi habíamos descartado aquel negocio, pero me encantaba haber descubierto cuál era el fallo. Me sentía bien por haber encontrado el origen del problema o, al menos, uno de ellos. Me invadió la emoción familiar de haber tomado una decisión acertada. Tal vez hubiera sido Beth quien me había hecho dudar de deshacernos de Raine Media, pero, al final, darle otra oportunidad había resultado ser la decisión correcta. Sin saberlo, Beth había salvado muchos puestos de trabajo, y quizá, incluso, a la empresa.

El móvil vibró encima del escritorio. Beth y yo nos habíamos estado intercambiado mensajes durante los últimos días. Me divertía con ella y estaba deseando tener noticias suyas. Ella me enviaba fotos de los postres que había preparado, y yo le enumeraba todas las formas en que quería conseguir que se corriera. Quería recordarle lo que podía hacerle, convencerla de que volviera a verme.

Me había enviado una foto de una *mousse* de chocolate en una copa de martini, con una pregunta: «¿Dónde lo quieres?». Me puse duro al instante. Últimamente se había convertido en mi postre favorito. Joder. Debí haber grabado esa felación para distribuirla entre las mujeres y que la usaran para aprender. La experiencia había sido excepcional.

Escribí una respuesta.

Dylan: Donde quieras ponerlo.

Beth: ¿Estás por ahí el jueves? Llego más o menos a la hora de comer.

Una parte de mí había llegado a pensar que, aunque disfrutara de las bromas por teléfono, no iba a volver a verla. Algo en la forma en que se había despedido me había llevado pensar que ya había conseguido lo que quería de mí y que eso había sido todo. Quizá me había equivocado.

Dylan: ¿Te ha salido lo de la tele?

Beth: Están interesados. Iré el viernes para ultimar los detalles.

Sonreí, mirando la pantalla del teléfono. Tenía ganas de verla. Me gustaban su conversación inteligente y su piel perfecta. Me encantaba cómo me hablaba, cómo respondía a cualquier cosa que le preguntara, como si no me ocultara nada. Debía de ser por eso por lo que había acabado hablando con ella de Alicia. Su franqueza inspiraba confianza.

Inspiré hondo y me tiré a la piscina.

Dylan: ¿Quieres quedarte en mi casa?

Hacía tiempo que no compartía mi espacio con una mujer. Las llevaba a casa para enrollarme con ellas, pero no se quedaban a dormir, ni se llevaban el cepillo de dientes ni deshacían las maletas.

Nunca. Pero no le veía mucho sentido a que Beth estuviera en una habitación de hotel cuando planeaba tenerla en la cama cada momento que no estuviera en la cadena WCIL. Quería que se sintiera cómoda conmigo. Quería demostrarle que no le ocultaba nada. Por eso quería que viniera a casa.

No respondió de inmediato. Intenté distraerme, me quité la chaqueta y me remangué, dispuesto a leer los correos de la bandeja de entrada. Marie siempre marcaba los correos que debía leer, así que, si no estaban marcados en rojo, los ignoraba.

Seguí mirando el móvil de vez en cuando, pero no llegó ninguna respuesta.

—¡Marie! —grité.

Ella asomó la cabeza en mi despacho.

—¿Se ha ido? —le pregunté.

—Sí. Estaba un poco alterado, pero ha firmado la liquidación, le he quitado el teléfono y me he encargado de que Don lo llevara a casa.

Marie era genial ocupándose de la limpieza.

—Gracias. Bien hecho. ¿Puede organizarme una visita a WCIL? Mañana, si es posible. Creo que sería bueno dar la cara por allí y confirmarles que tenemos un compromiso con ellos. A corto plazo, por lo menos.

—Por supuesto. ¿Le acompañará el señor Raf?

—Puede preguntarle, pero lo dudo. —El móvil vibró sobre el escritorio—. Tengo que responder.

Esperé a que Marie cerrara la puerta antes de desbloquear el aparato. Quería saborear la respuesta de Beth.

Beth: Gracias, pero me alojaré en The Langham.

Se me revolvió el estómago. No era la respuesta que esperaba.

Dejé el móvil sobre la mesa y volví a concentrarme en el correo.

Marie me había citado con los responsables de WCIL TV a las ocho de la mañana del día siguiente. Debía encontrar rápidamente un sustituto para Ted y no conocía al equipo tan bien como debería, así que no sabía si había candidatos en la cadena para el puesto. Raf estaba de acuerdo en que tenía que hacer algunas averiguaciones. A menudo, la gente más implicada tenía más claro lo que necesitaba una empresa para solucionar los problemas. Así que allí iba a estar para tratar de encontrar respuestas, de llegar a la raíz del problema.

Me quité los zapatos y me acerqué a la nevera. El ama de llaves siempre me dejaba la cena si sabía que iba a pasar la velada en casa.

Saqué una cerveza del estante superior. ¿A Beth le molestaba que se bebiera alcohol a su alrededor? Volví a guardar la botella y saqué un *tupper* con un *post-it* en el que ponía «Cena».

Al quitar la tapa, encontré algo que parecía pollo; aunque en realidad no tenía hambre: estaba demasiado inquieto.

Me quité la chaqueta, la dejé sobre el respaldo de una silla del comedor y pasé bajo el arco al salón. Dejé las llaves, la cartera y el móvil sobre la mesa de centro, levanté los pies y encendí el portátil.

Abrí YouTube y escribí en el buscador «*La repostera de Chicago*». Hice clic hasta que logré saltarme los anuncios. Los créditos iniciales mostraban la boca voluptuosa de Beth en primer plano dando un enorme mordisco a una tarta. ¡*Por Dios!* Sabía muy bien qué más podía hacer esa boca.

Tras los créditos, Beth apareció de pie en la cocina, sonriendo a la cámara. Le devolví la sonrisa. Era una chica preciosa; más que eso: era impresionante. En la pantalla, su belleza se incrementaba;

parecía iluminada, resplandeciente. La cámara la adoraba. Y mi erección también.

Gemí... Debía alejarme del portátil.

No, no lo iba a hacer. No iba a perder la oportunidad de mirarla, aunque solo fuera eso, sin vergüenza, sin que ni ella ni nadie lo supieran.

Empezó a coger diferentes ingredientes, mostrando a la cámara lo que iba a utilizar. Me di cuenta entonces de que no había sonido, así que pulsé algunos botones sin apartar los ojos de la pantalla. Su voz, más ronca de lo que estaba acostumbrado, inundó la habitación.

Sentí cómo la sangre se me agolpaba en el pene. Puse la palma de la mano sobre la cremallera en un intento poco entusiasta de controlar la erección, pero no conseguí calmarla. Gemí y apreté, aunque me ponía más duro con cada movimiento.

Joder, todavía faltaban dos días para que volviera a verla, para que volviera a tenerla, para que volviera a follar con ella, y empezaban a parecerme toda una vida.

Puso mantequilla y azúcar en un cuenco y los mezcló. El esfuerzo hizo que su escote se moviera. Necesitaba sentir mi polla entre esas tetas. Inspiré hondo.

El rugido de la sangre en mis oídos no me ayudaba a concentrarme en lo que decía, pero no podía apartar los ojos de la pantalla ni un segundo. Me acaricié con más fuerza, subiendo y bajando por la parte delantera de los pantalones.

Me sentía culpable. De algún modo, me parecía mal obtener placer de ella sin darle algo a cambio. No quería ser egoísta; quería dar más que recibir.

Retiré la mano y puse el vídeo en pausa. Cogí el teléfono y busqué la foto que le había hecho, desnuda, con las piernas cruzadas mientras comía tarta. La cremallera empezó a resultarme muy molesta.

Sin pensar en las consecuencias, me desplazé por los contactos.

—Hola. —Su voz sonaba jadeante y somnolienta, pero no me sentía culpable por haberla despertado.

—¿Estabas dormida? —*Quiero besarte.*

—Estoy en la cama, pero no dormía. ¿Dónde estás tú?

—Estoy en casa. Acabo de llegar. —*Quiero tocarte.*

—Estaba pensando en ti. —Bostezó en mitad de la frase. Era un bastardo egoísta al llamarla tan tarde, pero no me atrevía a poner fin a la conferencia.

—¿Y qué estabas pensando?

—Me preguntaba qué va a ocurrir el jueves.

Volví a poner la mano sobre mi polla aún dura.

—Dime...

—Estoy deseando verte, y...

Sonreí ante su confesión.

—¿Y?

—No, lo siento. No quería ... Bueno, podemos pasar un buen rato si te va bien... No pasa nada si tienes que cancelarlo.

¿Pensaba que iba a renunciar a la oportunidad de acostarme con ella, de verla, de tocarla?

—Te garantizo que sí puedo quedar contigo. ¿Quieres que vaya al hotel otra vez?

—Sí. —Se le quebró la voz.

Se me tensaron las pelotas al recordarla apoyada contra el cristal. Me pasé las yemas de los dedos por la polla.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

¿Debo decírselo?

—Estoy viendo un vídeo tuyo en YouTube. —No tenía filtros con ella y no quería contenerme.

—Ah, ¿sí? ¿Te gusta? —Noté la sonrisa en su voz.

—Llevo apenas tres minutos y estoy duro como el acero.

Inspiró.

—¿Estás vestido o estás...?

Quería preguntarme si me estaba masturbando y yo quería decírselo, pero entendía su vacilación; era una pregunta íntima y suponía cruzar una línea. Diablos, llamarla sin más motivo que el de querer oír su voz ya era pasarse de la raya.

—Estoy vestido, pero me gustaría que estuvieras aquí y que estuviéramos desnudos.

—Dime qué me harías si estuviera ahí.

Gemí y me desabroché los pantalones. Mi polla no iba a tolerar que la ignorara ni un momento más.

—Te desnudaría...

—Y te quedarías con la ropa puesta —terminó el pensamiento por mí—. Eso me gustaría.

Nos apasionaban las mismas cosas.

Me rodeé la polla con los dedos y bajé hasta la base; mi erección sobresalía frente a mí. Apreté y espiré al soltar.

—Sí.

—A mí me gustan tus dientes. —Lo decía como si estuviera medio dormida, aunque oí el crujido de las sábanas—. Cuando los clavas en mi piel.

Llevé el puño a lo largo de mi polla, esforzándome por seguir hablando.

—Me gusta tu piel. Es suave y tersa. Me gusta verla cuando hundo mis dedos en ella.

Su respiración se hizo más trabajosa. ¿Estaba...? No pude evitar gemir.

—Adoro que estés siempre tan mojada. Dime qué se sientes tú en ese adorable coño tuyo. —Moví la mano arriba y abajo.

Gimió.

—Que está listo para ti.

El rocío se acumulaba en la punta de mi polla. Deseé que estuviera allí, a horcajadas sobre mí, elevándose sobre mí, preparada para que la penetrara. Cerré los ojos y dejé que la idea se apoderara de mi mente.

—Me gusta cuando me llenas tan profundamente que bloqueas todos mis pensamientos. Tengo que... dejarme llevar. —Sus palabras sonaban ahogadas, casi desesperadas.

Aceleré el movimiento del puño.

—Me gustan tus tetas. Redondas... —No podía terminar ese pensamiento sin correrme y no quería acabar antes.

—¿Estás a punto? —Su voz se elevó al final de la pregunta—. Yo sí que lo estoy. Es pensar en ti y...

—Si no puedo sentirte, déjame oírte. —Me quedaban apenas unos segundos para caer por el precipicio.

Su respiración se convirtió en gemidos, que a su vez se transformaron en gritos, y aulló mi nombre una y otra vez. Si hubiera creído que podía coger un vuelo a Londres esa misma noche, habría corrido al aeropuerto en ese instante. Ver cómo se corría era algo precioso, y no quería ser tan tonto como para dejar pasar la oportunidad de deleitarme con ello.

Jadeó y se calló. Yo ya no podía contenerme más.

—Beth, mi dulce Beth —gemí; mi cuerpo se tensó y me poseyó el orgasmo.

Mi mano y mi camisa quedaron cubiertas de semen, pero no podía moverme. Era como si me hubiera dejado sin energía.

—Dios, Beth.

Soltó una risita al otro lado del teléfono.

—¿De verdad acabamos de hacer esto? Apenas nos conocemos...

Aunque la había visto pocas veces, nos conocíamos mejor de lo que sugería el tiempo que habíamos pasado juntos. Teníamos algo, una conexión.

No recordaba la última vez que había practicado sexo telefónico. Probablemente había sido con Alicia cuando viajaba a Missouri.

—Yo creo que nos estamos conociendo bastante bien.

—Tal vez —respondió ella—. Estoy muy cansada...

—Duerme, hermosa repostera. Nos veremos muy pronto.

Quizá no hubiéramos hablado demasiado, pero algo nos había unido y conectado a un nivel más profundo

Solo esperaba que ella también lo sintiera.

9

DYLAN

Se me aceleró el corazón al entrar en la sala vip de Heathrow. Desesperado por ver a Beth, había facturado un poco antes.

Después de aquella sesión de sexo telefónico el martes, había organizado un viaje de última hora a Londres; había salido el miércoles para volver a Chicago el jueves por la mañana, en el mismo vuelo que Beth. El acuerdo con Redux se estaba alargando demasiado, y como Raf tenía que volver a Londres a la semana siguiente, me había ofrecido a ir antes. Me había dicho a mí mismo que tenía sentido desde el punto de vista empresarial.

Quería sorprenderla en la sala vip. Iba a ser como la primera vez que nos vimos. Y, quizá, iba a poder poseerla otra vez en las duchas, como la segunda vez que coincidimos.

Recorrí el lugar en busca de sus inconfundibles labios rojos; cuando no la vi, busqué un asiento en el extremo de la sala, escondido detrás de un revistero que me permitía ver todo el espacio para no perderme su llegada.

Me acerqué al bar, pedí un refresco y volví a mi mesa, donde coloqué el teléfono y el portátil. No había hablado con ella desde el martes por la noche, pero habíamos intercambiado unos cuantos mensajes en los que me contaba lo que estaba haciendo y yo le respondía que quería tenerla desnuda entre mis brazos. Si hubiera cambiado de planes, me lo habría dicho, estaba seguro de ello.

Había empezado a revisar los correos cuando me pareció oír su risa. Levanté la vista y esbocé una sonrisa. Estaba en la entrada hablando con alguien, y yo tenía una imagen de su nuca. Me pareció que estaba preciosa, despreocupada y relajada como en los vídeos de YouTube que había visto. Deslicé los ojos hasta su estrecha cintura y luego alcé la vista, como instándola a que se diera la vuelta hacia mí. Se quedó quieta un segundo, levantó las manos y se echó a reír. Seguí su mirada y vi que estaba hablando con otro pasajero. Seguieron charlando animadamente mientras se acercaban al bar. ¿Era un familiar? ¿Un amigo? Apreté la mandíbula. No me gustaba que pasara tiempo con otros hombres.

Se me paró el corazón cuando él le pasó el brazo por el hombro y ella lo abrazó.

El aire a mi alrededor se congeló. ¿Me había mentido?

Moví la silla hacia el revistero. Dios, me sentía como un gilipollas por haberla seguido a Londres solo para pasar unas horas más con ella.

Tenía que haberlo pensado mejor; eso no era propio de mí. ¿Cómo se me había ocurrido hacer un vuelo tan largo para pasar unas horas más con una mujer? El sexo con Beth era bueno, pero yo no era hombre de mantener relaciones. Después de Alicia, solo había querido sexo. Desde luego, nunca había sentido el impulso de cruzar el mar por una mujer. ¿Qué coño me estaba pasando?

Que era idiota.

No me avergonzaba fácilmente, pero en ese momento me sentía mortificado. Estaba claro que ella pensaba que lo nuestro no era nada. Iba a tener que intentar esquivarla y, si me veía, fingir que había olvidado que iba en ese vuelo.

Sí, claro, eso sería de lo más convincente.

No podía dejar de mirarlos. La intimidad que había entre ellos me daba envidia; quería ser el tipo

con el que se abrazaba.

¡Joder!

Repasé mentalmente todas las posibles explicaciones. ¿Acababa de conocerlo, se había enamorado perdidamente y planeaba darme puerta antes de que nos viéramos? ¿Quizá solo eran examantes? No, no tenía sentido. ¿Por qué iba a quedar conmigo esa noche si se estaba tirando a otro? En teoría, habría tenido que darme igual. Nunca exigía monogamia a ninguna de las mujeres con las que me acostaba, pero, con ella, me dolía.

Joder, ¿qué me pasaba? Siempre se me daba bien hacer lo que me proponía y, hasta ese momento, me había acostado con muchas mujeres sin permitir que fuera más que algo físico. ¿Cómo, en tan corto espacio de tiempo, había permitido que Beth pudiera provocar esa retorcida sensación en mis entrañas?

Desconecté el portátil y recogí el equipaje de mano. Tenía que salir de esa puta sala. Miré la hora. Faltaban unos veinte minutos para el embarque.

Miré el bar de reajo. Beth y su «amigo» no estaban allí. Escudriñé el resto del salón y los encontré en una mesa, riendo, mientras Beth daba cuenta de un trozo de tarta. Se me revolvieron las entrañas. Una parte de mí quería quedarse a ver cómo saboreaba cada bocado, pero no iba a hacer el ridículo más de lo que ya lo había hecho.

Me levanté del asiento y me acerqué a la salida.

Fui hasta puerta sin percatarme de lo que ocurría a mi alrededor. Solo quería regresar a Chicago y fingir que no había hecho ese viaje.

Llegué a la puerta de embarque y, tras después de dedicarles una sonrisa, me permitieron embarcar antes de tiempo. Mi asiento era el 2A, en la parte delantera del avión. Había muy pocas posibilidades de que Beth me viera al pasar a mi lado. De hecho, podíamos aterrizar sin que supiera que había estado allí, siguiéndola como una especie de acosador patético.

Saqué lo que necesitaba de mi equipaje de mano, guardé la maleta y le di la americana a la azafata.

Cuando iba a poner el teléfono en modo avión, vi un mensaje sin abrir.

Beth: A punto de embarcar. Nos vemos pronto.

Mi cuerpo me traicionó y mi corazón se aceleró al ver esas palabras. Tuve que recordarme que me estaba mandando un mensaje mientras estaba con otro hombre. Tal vez, él había ido al baño y ella había aprovechado el momento para hacer malabares con el resto de los idiotas que tenía rendidos a sus pies. Quizá yo era uno de los muchos hombres que acababan de recibir un mensaje similar. Sacudí la cabeza y apagué el móvil. No quería tener ningún puto recordatorio de lo idiota que había sido.

Abrí el portátil e hice lo que mejor se me daba: trabajar. Como debía leer el resto de los informes estratégicos, tenía con qué entretenerme. No iba a dejar que Beth Harrison ocupara más espacio en mi cabeza.

A las dos horas de vuelo, había conseguido evitar cualquier encontronazo con Beth, pero iba a tener que asumir un riesgo para ir al baño. Sabía que en los otros vuelos en los que habíamos coincidido, Beth se había dormido. Esperando que fuera lo habitual en ella, y no que se debiera a haber pasado la noche en una sesión de sexo de las que te cambian la vida, me desabroché el cinturón de seguridad y fui al baño lo más rápido que pude.

Por suerte, no tuve que esperar y cerré rápidamente la puerta, con el corazón acelerado en el pecho. Tenía que conseguir no tropezarme con ella en todo el vuelo, y así podía seguir con mi vida

como si nunca la hubiera conocido.

Cuando abrí la puerta, inspiré hondo y fui a mi asiento. Cometí el error de mirar de reojo a la derecha y allí estaba ella. Tenía el respaldo echado hacia atrás y los ojos cerrados; el pelo negro como el carbón enmarcaba su hermoso rostro. Incluso dormida, sus exuberantes labios rojos mostraban un mohín.

Me obligué a apartar la mirada y clavé los ojos en el hombre. Rara vez me entraban ganas de ponerme violento, pero en ese momento habría podido estamparle el puño en la cara. Me miró fijamente como si quisiera devolverme el favor. Gracias a Dios, esa agonía iba a terminar muy pronto.

Volví a mi asiento y me sumergí en el trabajo.

Cuando aterrizamos, había decidido que la mejor opción para evitar a Beth era quedarme atrás hasta que el resto de los pasajeros hubieran abandonado el avión. No quería arriesgarme a que su acompañante le dijera que la había estado mirando.

La cabina estaba vacía cuando desembarqué. No me atrevía a mirar a ningún sitio que no fuera hacia delante mientras me acercaba a los puestos de aduanas.

La primera vez que le oí pronunciar mi nombre, intenté ignorarla. Intenté convencerme de que me lo estaba imaginando. Pero, por supuesto, no era así, y en cuestión de segundos noté un tirón en mi brazo.

—Dylan. Eres tú. ¿Qué estás haciendo aquí?

No dejé de andar ni la miré.

—Me han surgido algunos negocios inesperados en Londres.

Tuvo que trotar para seguirme el ritmo.

—¿Sabías que viajábamos en el mismo avión?

Me permití una mirada, pero me hizo ansiar pasarle el pulgar por aquel precioso lunar que tenía en la mejilla. Se me revolvió el estómago. Ojalá no fuera tan condenadamente guapa.

—Detente un momento. —Me apartó de la multitud que se abría paso por el largo pasillo, e inhalé su dulce aroma, incapaz de resistirme—. Hola. Me alegro de verte. —Entrecerró los ojos como si quisiera hacerme alguna pregunta. Sabía cómo se sentía.

Miré a mi alrededor para ver si estaba por allí el hombre con el que había viajado y lo encontré saliendo del baño. Volví a mirarla.

—Tengo que irme. —Retorcí el brazo para zafarme de ella, me di la vuelta y continué por el pasillo.

El corazón me retumbó en el pecho y, aunque estaba en un aeropuerto rodeado de ruido y actividad, no podía ver más allá de sus labios y sus ojos interrogantes. ¿Cómo había dejado que se me metiera bajo la piel? Me había dicho a mí mismo que no iba a volver a permitirlo. Por suerte, Beth no era Alicia, y no había dejado que mis sentimientos por ella llegaran demasiado lejos. Era un buen recordatorio de por qué me había obligado a ponerme esos límites.

Nada de sentimientos.

Nada de vulnerabilidad.

Y nada de Beth Harrison nunca más.

BETH

Agradecí que Jake hubiera dispuesto que nos recogiera un coche en el aeropuerto; no estaba segura de haber podido esperar la cola de los taxis sin que me fallaran las piernas. Observé, desconcertada,

cómo Dylan desaparecía entre la multitud. Parecía enfadado, y se había mostrado muy frío. ¿Le habría pasado algo en el trabajo? ¿El negocio en Londres habría ido mal?

El nudo que apareció en mi estómago después del encuentro con Dylan me recordó por qué no había salido con nadie hasta entonces. Sentí culpa y vergüenza mezcladas con una buena dosis de decepción. Estaba acostumbrada a que Dylan sonriera, a que fuera incapaz de mantener las manos quietas, por eso había sido todo un *shock* que se comportara como si no nos conociéramos.

—Sube tú y yo me encargo del equipaje —dijo Jake. Mi hermano era la última persona con la que podía hablar del extraño comportamiento de Dylan. Estaba segura de que, aunque quería que saliera con alguien, si el tío metía la pata, en el mejor de los casos, Jake me habría dicho que siguiera. En el peor de los casos, lo habría matado. ¿Cómo iba a explicarle que ni siquiera estábamos saliendo, que solo nos habíamos enrollado? A mi hermano no le habría hecho ninguna gracia.

No había esperado tener noticias de Dylan antes del viaje de vuelta a Chicago, pero habíamos intercambiado muchos mensajes casi todos los días. Incluso me había llamado, aunque estaba casi segura de que era porque quería volver a enrollarse conmigo. Supuse que había sido una especie de cumplido, porque dudaba que tuviera problemas para encontrar voluntarias para ese cometido en particular.

Estaba deseando saber algo de él, compartir cómo me había ido el día. Lo nuestro estaba destinado a ser un rollo de una noche sin complicaciones, pero todo se había descontrolado. Sin embargo, cuando lo había visto, hacía unos minutos, había sido como si fuéramos dos desconocidos, como si él no sintiera nada. Debía de saber que íbamos en el mismo vuelo, pero ¿por qué no había hecho ningún esfuerzo por encontrarse conmigo? ¿Y por qué, cuando me había topado con él, había actuado como si quisiera estar en cualquier sitio menos hablando conmigo? No lo entendía.

—¿Estás bien? —Jake se sentó junto a mí en el asiento trasero del coche.

—Sí. Pero los hombres sois criaturas extrañas.

Jake se rio entre dientes.

—¿Ese pensamiento lo ha provocado algo en concreto?

Me encogí de hombros.

—Estoy cansada, supongo. —Sostuve el teléfono entre las manos, deseando que Dylan me enviara un mensaje y todo volviera a ser como antes.

¿Y por qué tenía que esperar? No debía hacerme preguntas ni rumiar sobre qué había pasado; no debía asumir que yo era el problema. No quería sentirme agraviada ni como una víctima. Si estaba enfadado, iba a tener que explicármelo. No debía dar nada por supuesto. Así que escribí un mensaje.

Beth: Me alegro de haberte visto. Estoy deseando que llegue la noche.

Era cierto, antes me moría por verlo, pero las mariposas que sentía en el estómago habían sido sustituidas por otra cosa. No estaba preparada para que mi rollo con Dylan terminara.

El aire fresco de Chicago me impactó en la cara y me revolvió el pelo como si la gravedad nos hubiera abandonado. Ya era oficial: tenía un espacio en televisión. O algo parecido. Aunque quizá no debía haber firmado el contrato con WCIL TV sin hablar antes con un agente. O con un abogado, o con los dos, pero había actuado por impulso porque me había parecido bien correr el riesgo.

Desde el estudio había ido directa a una reunión de Alcohólicos Anónimos a unas manzanas del hotel. Siempre salía más tranquila de las sesiones, y necesitaba una después de haber firmado el contrato para hacer seis espacios en el matinal de *A Chicago Saturday*. Habíamos convenido que podía

grabarlos todos por adelantado para no tener que ir todas las semanas a Chicago, así que no podía estar más contenta. La experiencia iba a resultar divertida y, además, me sentía como si estuviera cobrando por los casi cuatro años que me había dedicado a hacer repostería cuando buscaba mantenerme sobria. Casi como si el universo me diera una palmadita en la espalda y me recompensara por el trabajo bien hecho.

Miré de nuevo mi teléfono. Dylan seguía sin responder. Giré a la derecha en Wabash y una ráfaga de viento casi me derribó. Había olvidado lo implacable que podía ser el clima de Chicago.

Cuando entré en el luminoso vestíbulo con techos altos del hotel, entrecerré los ojos para ver si Dylan estaba en el bar, esperándome como aquel día, pero no había ni rastro de él.

Quizá debía captar la indirecta. En la reunión de Alcohólicos Anónimos habían hablado de que no podíamos controlar el comportamiento de los demás, solo nuestra reacción ante él. Tal vez era una señal para aceptar que Dylan había terminado conmigo y que nunca iba a saber por qué, que lo nuestro era algo destinado al olvido desde el principio. Quizá había asumido demasiadas cosas y no me había dado cuenta de que no le interesaba tanto como él a mí. Pero ¿por qué había mantenido contacto diario conmigo mientras yo estaba en Londres si no quería saber nada de mí? Podía llegar a creer que no se había dado cuenta de que estábamos en el mismo vuelo, pero su reacción al verme decía que por su cabeza estaba pasando algo más de lo que había dejado entrever.

La agitación que sentía en mi interior era la razón por la que la gente no debía tener citas el primer año que estaba sobria, pues el alcohol calmaba la incertidumbre y el desasosiego. El alcohol era algo con lo que se podía contar, y yo sabía exactamente lo que conseguía al beber: bloqueaba todo y me hacía ver mejores las cosas malas. Después de tres años de sobriedad, ya no tenía la necesidad constante de beber, pero, al mismo tiempo, debía agradecer los años que me había pasado preparándome para ese momento, pues tenía otras formas de enfrentarme a ello. Si hubiera ocurrido antes algo parecido, no habría estado tan segura.

Me registré en el hotel y me encaminé a los ascensores, pero pasé de largo y seguí hacia el bar. Solo quería asegurarme de que no estaba allí.

El camarero me sonrió.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Le devolví la sonrisa sin mucho entusiasmo.

—No. —¿Debía preguntarle si había visto a un hombre que pareciera estar esperando a alguien? No. No quería parecer una chalada—. En realidad, ¿podría encargarse de que me envíen un postre a mi habitación? —Quería *mousse* de chocolate, pero no me atrevía a pedirla—. Una porción de tarta de fresa, quizá. Habitación 1204.

—Por supuesto.

—¿Y podría añadir una selección de *macarons*?

Asintió y volví a los ascensores.

Mientras subía a la duodécima planta, volví a mirar el teléfono. Seguía sin aparecer ningún mensaje. Estaba casi segura de que estaba pasando de mí.

Al entrar en mi habitación, me vino a la cabeza una imagen: cuando me empujó contra el cristal la última vez que había estado allí. Dios, ese hombre sabía follar, o sabía follar conmigo. Nunca había experimentado nada igual.

El estómago me dio un vuelco al oír que llamaban a la puerta. ¿Era él? Corrí hacia ahí y abrí de un tirón, con una sonrisa enorme en la cara.

Eran los dulces. Nunca me había decepcionado tanto tener azúcar a mi disposición.

Dejé pasar al camarero, que puso la bandeja en la mesa, firmé la libreta y le di una buena propina.

Me estaba volviendo loca. ¿Por qué Dylan no aparecía?
Cogí el móvil.

Beth: *Ya estoy de regreso en el hotel. Tengo tarta. Te espero.*

Ni siquiera había dejado el móvil en la mesa cuando sonó.

Dylan: *Estoy seguro de que tienes a otro que puede ayudarte a dar cuenta de la tarta. Deberías haberme dicho que estabas con alguien. No me gusta que me mientan.*

¿Qué demonios significaba eso? La ansiedad me atenazó la garganta. ¿Quién se creía que era?

Beth: *¿A quién he mentado?*

Me desplomé en una silla para leer bien la respuesta.

Dylan: *Al pobre idiota con el que ibas en el avión. Pídele a él que se coma la tarta.*

Puse los ojos en blanco cuando todo encajó. Pensaba que estaba saliendo con mi hermano. Me había pedido que confiara en él en más de una ocasión, pero no me estaba concediendo la misma cortesía.

Beth: *Primero: ¿quééé? Segundo: si te hubieras quedado un poco más, te podría haber presentado a mi HERMANO, que no es idiota, por cierto. Tú, en cambio, sí lo eres.*

Silencio.

Quizá no me creía. Tal vez pensaba que me lo estaba inventando.

¿Había pensado de verdad que estaba saliendo con Jake? ¿Era esa la auténtica razón por la que estaba cabreado, o había sido una conveniente oportunidad para pasar de mí?

Menos mal que había pedido tarta. Bajé la mano y cogí un par de *macarons* de color rosa de la bandeja. Atiborrarse de azúcar era casi tan bueno como beber.

Suspiré y cerré los ojos. Tenía muchas ganas de ver a Dylan, pero todo se había complicado más de lo previsto. Quizá debía pasar de él en ese momento que solo me sentía un poco decepcionada.

El teléfono pitó en mi mano. Inspiré hondo y abrí el mensaje.

Dylan: *Tienes razón. Soy imbécil. Lo cierto es que me gustaría verte. ¿Puedo ir?*

Era mejor que dijera que no, sin duda todo habría sido más fácil. Si regresaba a casa sin verlo, la vida iba a ser más sencilla. La dura coraza que envolvía mi corazón había sobrevivido a una decepción, pero no sabía si iba a volver a hacerlo. El teléfono volvió a sonar.

Dylan: *Lo siento mucho.*

Me quedé mirando la pantalla. No podía ni quería decirle que no. Con él me sentía yo misma, la nueva Beth Harrison, la que había reinventado con Dylan, y él me permitía ser esa mujer sin que resultar falsa. Era como si Dylan fuera la pieza final de mi reconstrucción: se había alojado en mi alma e iba a tener un hueco allí para siempre.

Nunca iba a ser capaz de decirle que no, me pidiera lo que me pidiera.

10

DYLAN

El cielo estaba oscuro y había muy poca gente en la calle cuando detuve un taxi, envuelto en el frío. Estaba a punto de caer una nevada.

Tras recibir el mensaje de Beth explicándome que el hombre con el que había viajado era su hermano, me había dado cuenta de que todo había sido una tontería. En muchos sentidos, habría sido más fácil para mí que fuera la mujer infiel que yo creía. Verla con él me había hecho darme cuenta de que tenía el poder de hacerme daño, y no me gustaba nada que tuviera tanto influjo sobre mí.

Pero era demasiado tarde.

Sentía un dolor sordo en los músculos y las articulaciones desde que la había visto por primera vez en la sala vip del aeropuerto, y quería deshacerme de él. Sabía que, si tocaba, besaba y chupaba a Beth, si follaba con ella, iba a desaparecer.

También sabía que no me mentía. Tenía mucho sentido y encajaba con todo lo que me había contado sobre él, ella y su vida. Como ella había señalado, me había comportado como un idiota.

Atravesé el vestíbulo en dirección al bar. No la vi, me senté en un taburete y pedí un refresco y *mousse* de chocolate.

Tuve que esperar veinte minutos hasta que se abrieron las puertas del ascensor y apareció Beth.

El dolor de mi interior se hizo más intenso al contemplar su boca, sus caderas y sus hermosos ojos. No pude evitar sonreír, pero ella tenía los labios apretados.

Me levanté del taburete.

—Hola. —Me acerqué a ella y le besé la mejilla.

—Hola —repuso, mirando sobre mi hombro.

Tomó asiento a mi lado, pero su taburete apuntaba hacia la barra, mientras que el mío miraba hacia ella.

—¿Puede ponernos un mojito sin alcohol? —pregunté al camarero.

Cogí la mano de Beth y le pasé el pulgar por los nudillos.

—Lo lamento mucho. Me siento como un idiota.

Siguió mirando sobre mi hombro.

—Porque te has portado como un idiota.

—Debería haber confiado en ti. Lo de confiar en la gente es algo que no se me da bien. Y menos confiar en las mujeres.

Por fin, me miró.

—Yo también tengo mis luchas internas a veces. Pero no puedes pedirme que confíe en ti y luego no hacer lo mismo.

Estaba estableciendo la primera regla de nuestra relación. Era un reconocimiento de que ya no era un rollo de una noche. Habíamos pasado a un terreno nuevo. Habíamos avanzado hacia algo diferente con las llamadas telefónicas y los mensajes, pero mi reacción al verla con su hermano y el hecho que ella necesitara mi confianza nos llevaban a la siguiente etapa.

Beth me importaba.

—Lo sé. No volverá a ocurrir.

Durante mucho tiempo me había interesado más bien poco confiar o no en una mujer o que una mujer confiara en mí. Estaba oxidado en lo que a relaciones se refería, pero tenía que recuperar el tiempo con rapidez si no quería perder a Beth.

Entrelacé los dedos con los suyos y le apreté la mano. Suspiré aliviado cuando ella me devolvió el gesto.

—¿Por qué no me dijiste que estabas en Londres?

Era una buena pregunta, y quería contarle la verdad, aunque resultara embarazoso. Me había pedido que confiara en ella.

Se lo merecía.

—Fui el miércoles por la noche y estuve de reunión en reunión todo el jueves. Reuniones que podría haber hecho por videoconferencia desde Chicago. Quería verte, y pensé en darte una sorpresa en el aeropuerto. —Me estaba sentando bien sincerarme.

Giró su taburete para mirarme y ladeó la cabeza.

—¿Estás diciendo que fuiste a Londres solo para sorprenderme en el aeropuerto?

Asentí.

—Ya te he dicho que soy idiota. Siento mucho haber sacado conclusiones precipitadas.

Se bajó del taburete y se acercó a mí.

—Eres un encanto —susurró, y me besó en la mejilla.

Me reí entre dientes.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Vamos a necesitar dos raciones de *mousse* de chocolate para la habitación 1204, por favor —le indicó al camarero.

—Prométeme una cosa —me pidió cuando avanzábamos a los ascensores cogidos de la mano, como si fuéramos una pareja de toda la vida.

—Lo que quieras. —Lo decía en serio.

—Sea lo que sea y dure lo que dure, no habrá secretos ni mentiras. Quiero divertirme el tiempo que esté contigo. No me apetece estar haciéndome preguntas raras. —Frunció el ceño, como deseando que aceptara.

—Cariño, esa es una promesa muy fácil de hacer. No habrá secretos ni mentiras mientras dure. —La besé en la frente.

—Te creo, y te prometo lo mismo. Espero que tú también me creas.

—Te creo. De verdad que sí. —No debía compararla con Alicia ni atribuir a Beth la misma falta de compasión o moralidad. Era una mujer extrovertida y apasionada, tierna y auténtica. No se parecía en nada a Alicia.

El dolor que había sentido durante todo el día desapareció y, en su lugar, se instaló la agradable emoción que me envolvía cuando estaba con ella.

Quería dar más, y quería más a cambio.

—Pero tengo una petición. —Separó los labios y esperó a que hablara—: Sea lo que sea lo que tengamos, quiero que sea algo exclusivo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Me parece bien.

Me agaché y besé el lunar de su pómulos.

—Me alegro.

Entramos en su habitación y atravesamos la zona de estar hasta el dormitorio.

—Cuéntame lo de la tele.

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que no le había dicho que la cadena era en parte mía. ¿Tenía que considerarlo técnicamente un secreto? ¿Una mentira? ¿Debía saberlo? No podía contárselo antes que a Raf; me parecía desleal.

Se sentó en la cama.

—He firmado un contrato con ellos.

—¿En serio? —Me eché sobre ella y la tumbé boca arriba.

—Sí, para seis espacios.

Posé los labios en su clavícula; olía a canela. Luego le di pequeños besos por el cuello.

—¿Significa eso que vendrás a Chicago seis semanas? —Me aparté para mirarla.

Apretó los labios.

—No. Han aceptado filmarlos todos seguidos, así que solo tengo que venir una vez.

—¿No te gusta Chicago? —Me separé un poco de ella y bajé el pulgar entre sus pechos hasta llegar a su estómago.

Se quedó pensativa.

—Sí, me gusta. Crecí aquí, es donde recuerdo a mi madre y donde todavía vive mi padre. —Paseó las manos por mi espalda—. Esos recuerdos son algunas de las cosas que hacen que Chicago me guste tanto, y también que sea tan duro para mí venir aquí. —Asentí, sin querer interrumpirla. Quería oír más, saber más de ella—. Y aquí también sufrí otros desengaños. En Londres puedo ser la nueva Beth adulta. Y esa es la única persona que quiero ser ahora.

—Es una mujer muy especial. —Londres no estaba tan lejos, ¿verdad?

Me acarició la cara, y cerré los ojos para disfrutar de ese contacto.

Enfrentarme a la posibilidad de apartarla de mi vida había hecho que me diera cuenta de que podía perder no solo a Beth, sino algo más grande. Representaba un camino diferente. Una vida distinta, una vida que podía compartir con alguien.

El momento se vio interrumpido por unos golpes en la puerta.

—Quédate ahí. Yo atiendo al camarero.

Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas cuando volví con dos copas de martini llenas de *mousse* de chocolate y dos cucharas.

Me quité los zapatos y me senté en la cama, frente a ella, imitando su postura. La última vez que habíamos hecho eso éramos casi dos desconocidos. En ese momento, estar sentado con ella completamente vestido y comiendo *mousse* era mucho más íntimo que antes. ¿Cómo era posible?

Vi cómo se metía la cuchara en la boca y cerraba los ojos.

—Eres tan sexy... —Las palabras se escaparon de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Abrió los ojos.

—Con respecto a ti... Quería decírtelo antes, pero ese *look* informal que llevas te sienta bien.

Me miré los vaqueros y la camiseta cuando hizo un gesto con la mano. Supuse que nunca me había visto sin traje.

—Quiero decir que con un traje estás sexy con mayúsculas, pero ese culo tuyo no desmerece unos vaqueros.

Me reí entre dientes.

—Bueno, viniendo de la mujer con el mejor culo del universo, lo tomaré como un cumplido.

Se agachó y me besó en los labios.

—Deberías hacerlo. Soy exigente con los culos de los tíos con los que salgo. —Se sonrojó—. Tampoco es que estemos saliendo, pero quiero decir que...

El corazón me latió con fuerza cuando le levanté la barbilla con el dedo.

—Me gustaría que saliéramos en exclusiva, si quieres intentarlo.

Sonrió.

—Me gustaría.

Asentí.

—Vale.

En contra de mi buen juicio, quería una relación más seria con esa mujer. Más seria que las que había tenido desde Alicia.

—Sigo teniendo hambre. —Beth había terminado su *mousse* y me miraba con ojos tristes.

—Puedo pedir más.

—No me refiero a esa clase de hambre. —Se encogió de hombros y me miró con los ojos entrecerrados.

Eso era nuevo: ella había dado el primer paso. Me gustó que su confianza hubiera aumentado tanto. Significaba que se fiaba en mí.

Dejé el vaso en la mesilla de noche.

—¿Cuánta hambre tienes?

Me puse de rodillas y me eché sobre ella, haciéndola caer de espaldas.

La besé en la comisura de los labios.

—¿Mucha hambre?

—Mmm, tal vez.

Me subió las manos por el pecho y separó las piernas mientras me sostenía sobre ella.

Bajé la cabeza hasta su cuello y pasé la lengua por su piel antes de morderla.

—¿Esta clase de hambre?

—No, pero casi. —Su voz era jadeante y entrecortada, mostraba su deseo y sus ganas de más.

Le saqué el top de la falda y se lo quité, dejando a la vista sus tetas increíbles. Pero no podía pararme a admirarlas. Tenía que verla sin ropa. Le quité la falda y las bragas, y luego el sujetador. Y allí estaba: tumbada delante de mí, desnuda y preparada.

Le pasé las manos por todo el cuerpo, recordando cada curva.

—¿Tienes hambre de esto?

Me cogió de la camisa y tiró de mí hacia ella, buscando mi erección a través de los vaqueros.

—De esto.

Gemí. Quería mi polla. Si antes había tenido alguna duda de que era perfecta para mí, acababa de borrarla.

—En eso, cariño, puedo ayudarte.

Me quité la camiseta y clavé los ojos en los suyos. Sonrió y se llevó la mano al sexo. Joder, qué rápido me la ponía dura.

—No —ladré.

—¿No? —Empezó a trazar círculos con los dedos. Por mucho que quisiera que parara, que me dejara darle placer, tenerla ahí con una pierna doblada y la mano entre los muslos era una de las cosas más excitantes que había visto nunca.

Me deshice de los vaqueros y los calzoncillos y me acerqué a ella. Le aparté la mano de un golpe y la sustituí por la mía.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunté, pellizcando su clítoris; ella arqueó la espalda.

—Más —gimió—. Te quiero dentro de mí.

Saqué un condón de la cartera. Me miró mientras me lo ponía y se giró hasta quedar boca abajo.

—Eh. —La sujeté por las caderas y traté de darle la vuelta—. Date la vuelta. Quiero verte. Siempre había follado con ella desde detrás, pero esta noche quería algo más.

Se sonrojó y se colocó frente a mí, buscándome la cara. Me hundí entre sus muslos y deslicé mi erección dura como una roca por sus pliegues, paseándola hasta su clítoris. Como de costumbre, estaba húmeda y preparada, como si me necesitara a todas horas.

La estaba provocando, y ella se retorció debajo de mí.

—Más —jadeó—. Por favor.

Cerré los ojos e inspiré hondo, disfrutando de sus gritos.

Se sujetó a mis hombros cuando me coloqué en su entrada y me deslicé dentro, centímetro a centímetro.

Con cada movimiento, parecía que se relajaba más y se derretía en mis brazos.

Si ella hubiera sido lo único que me quedaba en el mundo, habría sido un hombre feliz.

BETH

Nunca había sentido tal intimidad con nadie. Dylan y yo apenas nos conocíamos, pero era como si me entendiera, como si pudiera ver en mi interior y me quisiera a pesar de todo.

La discusión que habíamos tenido antes me había hecho darme cuenta de que, aunque lo nuestro era pretendía ser algo sin complicaciones, perderlo habría sido cualquier cosa menos eso.

Le acaricié la cara mientras se movía sobre mí. Nunca habíamos practicado sexo cara a cara, y verlo intentando contenerse era lo más sexy que había visto nunca.

Le puse las manos en las nalgas para pegarlo más a mí. Gruñó y acercó los labios a mi hombro.

—Esto es —susurré—. Esto es de lo que tengo hambre. De ti.

Empujó dentro de mí, dándome lo que quería.

—Dios, Beth. Si dices cosas así, no puedo...

—¿No puedes qué?

Gimió y volvió a penetrarme.

—No puedo contenerme. Contigo es demasiado bueno, eres demasiado hermosa.

Levanté las caderas para salir al encuentro de las suyas, disfrutando de la sensación de tenerlo tan dentro de mí, de que la conexión física coincidiera con la afectiva que había nacido ese mismo día.

—No, Dylan. No te contengas.

Comenzó a moverse en serio, con la tensión escrita en la cara.

—¿Así? —dijo atragantándose. Abrí la boca, pero no salieron sonidos. Era como si así ahuyentara todo lo desagradable que había pasado entre nosotros, dejando solo ese momento.

El sudor le perlaba la frente y respiraba de forma entrecortada. Sus embestidas eran más fuertes y profundas.

Alcé los brazos, asegurándome de no chocar con el cabecero, aunque no estaba segura de si iba notar el golpe si sucediera.

—¿Así es como lo quieres? ¿Fuerte y profundo?

Me estremecí debajo de él cuando una tormenta empezó a acumularse en lo más profundo de mi ser. Dylan sabía exactamente lo que necesitaba y cómo darme.

Me perdí en la cadencia, con cada empujón mi cuerpo se volvía más sensible. La tormenta arreciaba. No iba a ser capaz de detener el clímax que se abalanzaba hacia mí.

Me agarré a sus hombros y le clavé las uñas en la piel.

—Oh, Dios..., estás tan apretada. Oh, Dios mío... —No oí el resto de lo que dijo: estallé en un

clímax que me dejó desesperada y sin aliento.

Enterró la cabeza en mi cuello, gritando mi nombre, antes de desplomarse encima de mí.

Me agarré a él con fuerza, queriendo congelar ese momento perfecto.

Nos quedamos en silencio; le recorrí la espalda con los dedos.

Saciados.

Agotados.

Relajados.

—Nunca había sido así —dije por fin. Se hizo a un lado, se deshizo del condón y se tumbó boca arriba para atraerme hacia él—. Quiero decir que nunca...

—No ha sido solo un polvo. Ha sido algo más.

El estómago me dio un vuelco. Él también lo había sentido.

Me besó en la coronilla.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Hasta el sábado. Mañana voy a desayunar con mi productor y su ayudante; creo que pensaban que tardarían más en negociar mi contrato.

—¿Has hecho que lo vea un abogado?

—No, no me he molestado en ello.

—Beth, deberías haberlo hecho. Yo podría haberte puesto en contacto con uno.

—El hermano de Haven es abogado; lo habría mirado, pero tal como yo lo veo no tengo nada que perder. He conseguido lo que quería. Mi principal preocupación era asegurarme de no tener que coger un avión hasta aquí cada semana.

—No hay nada que te anime a hacerlo, ¿eh?

Le di una palmada en el brazo.

—Ya sabes lo que quiero decir. No quiero tener que hacerlo por obligación. Si decido hacerlo, es otra cosa. —Me besó en la cabeza—. Vendré para rodar y una vez más cuando se emita el primer programa. Creo que han dicho que también quieren hacerme una entrevista en directo.

—¿Así que volverás cuando grabes los programas?

—Sí, en unas dos semanas.

Me gustaba que estuviera interesado; es más, me encantaba.

—¿Cuánto llevará?

—Un día, creo. No tienen mucho tiempo, y son solo franjas de cinco minutos.

Cogió el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Estarás aquí el día veinte?

—Rodaré el dieciocho. —Lo besé en su *six pack*.

—Bueno, ¿podrías quedarte unos días? Tengo un evento benéfico de la organización de la que soy mecenas. Podríamos ir juntos. ¿Qué te parece?

—¿Me pides que te acompañe a una gala benéfica como primera cita? —Era algo público y muy real. Sabía que quería salir con Dylan, pero ir a una gala juntos me hizo darme cuenta de que iba a salir con alguien por primera vez desde que había roto mi relación con Louis.

Pero Dylan no era Louis. No me había dado ninguna razón para desconfiar de él.

—Podemos ir a cenar antes, pero me encantaría tenerte como distracción en la gala. Haría la velada mucho más interesante. —Puso el teléfono de nuevo en la mesilla.

—¿Como estar en público con ropa y eso? No lo sé. No estoy segura de que sea lo mío. —Me reí y le clavé el dedo en los abdominales.

Se rio entre dientes.

—Te prometo que haremos muchas cosas desnudos antes y después.

—Si me lo prometes...

Me tumbó boca arriba y reclamó mi boca, empujando su lengua entre mis labios, y volví a desearlo. Luego se apartó y me retiró el pelo de la cara.

—Puedes quedarte en mi casa cuando vuelvas. No hace falta que busques hotel.

Hacía solo unas horas estaba tan enfadado que apenas podía mirarme, y ahí estábamos: saliendo, quedando para ir a eventos benéficos. Y me había invitado a quedarme en su casa.

—¿Puedo pensarlo?

Se apartó de mí.

—Claro.

—Quiero quedarme contigo, pero estoy demasiado acostumbrada a tener mi propio espacio. A veces puedo ser mezquina y gruñona, y no estoy segura de estar preparada para que veas ese lado de mí.

Se rio entre dientes.

—Apuesto algo a que no podrías ser mezquina aunque lo intentaras.

Le acaricié el pecho con una mano.

—Pero puedo ser paciente. Piénsatelo.

—Me gustas. Y quiero hacerlo. Pero necesito un poco de tiempo para adaptarme. Hace mucho tiempo que no tengo pareja.

Sonrió.

—Conozco esa sensación. Y con respecto a lo del alcohol, ¿hay algo que deba hacer? Es decir, ¿tengo que tomar alguna medida, no hacer algo...?

Apoyé la barbilla en su pecho y lo miré fijamente.

—La alcohólica soy yo. No puedes obligarme a beber ni impedírmelo. Eso es cosa mía. Pero lo que hay entre nosotros es nuevo, así que debo asegurarme de que estoy llevándolo bien.

—¿Tienes un padrino y esas cosas?

Le sonreí.

—Claro. Hoy he ido a una reunión después de salir del estudio. Mi madrina está en Londres, es una mujer y la veo de vez en cuando. Tampoco es que haya dejado el alcohol hace poco; pero necesito asegurarme de que no caeré en la autocomplacencia.

Me apartó el pelo de la cara.

—¿Te importa hablar de ello?

—Con algunas personas, tal vez, pero no contigo. —Como ya le había contado las cosas más íntimas de mí la primera vez que nos habíamos visto, había sentado unas bases que hacían que me resultara fácil hablar con él, ser sincera—. No es que vaya por ahí con una pancarta diciendo que soy alcohólica; mi vida no se basa en mi alcoholismo. Ya no. —Quería que supiera que no era débil ni frágil. Superar el alcoholismo me había dado fuerzas—. Que una cadena como WCIL se haya puesto en contacto conmigo para que haga este programa significa que durante los cuatro últimos años no solo he conseguido estar sobria. ¿Tiene sentido?

—Lo entiendo —dijo, apartándose el pelo de la cara—. ¿Cuándo te convertiste en alcohólica? ¿Cuál fue la causa?

Me gustó que hiciera preguntas, que no tuviera miedo de la intimidad que crearían las respuestas.

—No estoy segura de que solo haya habido una causa; creo que la posibilidad siempre ha estado ahí, pero empecé a beber cuando murió mi madre; luego tuve un novio gilipollas y entré en un ciclo en el que me sentía fatal y bebía para sentirme mejor, y después de beber tanto me sentía fatal,

entonces bebía más para que el malestar desapareciera. —Se me revolvió el estómago al recordar aquellos tiempos oscuros. Parecía que había pasado toda una vida.

—¿Qué te hizo buscar ayuda?

—Fue gracias a Jake. —Parpadeé para intentar contener las lágrimas—. Me llevó a Londres, me dijo que me quería y que necesitaba recuperar a su hermana. —Sonreí, tratando de no estallar en llanto. Estaba muy agradecida de que mi hermano se preocupara tanto por mí.

Dylan me pasó el pulgar por el pómulo.

—Me llevó a una reunión de Alcohólicos Anónimos al día siguiente y me esperó fuera. Creo que pensaba que me largaría de Inglaterra si me dejaba sola. —Sonreí—. Pero no lo hice. No quería escapar. Ansiaba ser feliz. Y es lo que me mantiene sobria. Quiero ser feliz.

Pasó los nudillos entre mis pechos hasta mi estómago.

—Creo que eres muy valiente.

—Creo que tengo mucha suerte de tener a Jake y de que mi vida no llegara a un punto sin retorno. No pasó nada que no se pudiera arreglar. Algunas personas que vienen a las reuniones lo han perdido todo: sus familias, sus trabajos, sus casas. Yo me salvé antes de llegar a ese punto.

—Y ese gilipollas con el que salías, ¿qué ha sido de él?

—Oh, estoy casi segura de que sigue siendo gilipollas. En realidad, la mujer de Jake salió con él. Tuvieron dos citas. Es una larga historia. Pero Jake acabó dándole un puñetazo delante de ella. —Me reí—. Llevaba tiempo esperando una oportunidad para hacerlo.

—Mató dos pájaros de un tiro. —Sonríó.

—Sí.

—¿Y te rompió el corazón? —insistió.

Lo pensé un momento.

—Viéndolo en perspectiva, es difícil de decir. Definitivamente, mi respuesta habría sido sí si me lo hubieras preguntado justo después de nuestro final. Pero no creo que me rompiera el corazón. Después de terminar con él, dejé de confiar en la gente y en mí misma, y no estaba segura de saber qué era lo mejor para mí. Me arrebató el control. Creo que aún lo estoy recuperando.

Acarició mis dedos extendidos sobre su pecho y frunció el ceño.

—Lo siento. Ojalá pudiera hacer algo.

Le pasé los dedos por los labios.

—Estás acostumbrado a resolver problemas.

—Supongo que sí.

—No quiero que me arregles, solo que estés conmigo. Que lo nuestro sea auténtico.

Asintió.

—¿Debería ponerme los guantes de boxeo cuando conozca a tu hermano?

Los nervios se apoderaron de mi estómago, pero de una forma deliciosa. No estaba segura de cómo iba a reaccionar Jake al conocer a Dylan, pero parecía que Dylan quería averiguarlo. Estaba pensando en nuestro futuro. Una parte de mí se llenaba de emoción, pero aún había otra que no estaba del todo preparada para dejar que Dylan entrara en mi vida de Londres.

11

DYLAN

Los días se hacían más largos desde que Beth se había marchado a Londres. Quería hacer lo que estuviera en mi mano para que pudiéramos pasar juntos todo el tiempo que ella estuviera fuera del estudio.

El móvil empezó a sonar sobre la mesa del despacho; se trataba de un número que no me resultaba familiar.

—James —respondí.

—Dylan, soy yo. —Me quedé paralizado—. Alicia.

No había vuelto a pensar en el correo que me había enviado y que había borrado, así que me sorprendió saber de ella. Hacía años que no oía su voz, desde que la había pillado engañándome con el hombre con el que se había casado.

—Hace mucho tiempo que no hablamos. ¿Cómo estás?

Inspiré hondo; ¿de verdad estaba intentando entablar una conversación trivial conmigo?

—¿Qué quieres, Alicia?

—Eh, ¿así se saluda a una vieja amiga?

¿Estaba hablando en serio?

Siempre me había parecido una mujer encantadora: por mucho que hubiera hecho cosas que me dolían y me escocían, siempre era capaz de salirse con la suya, de convencerme de que había malinterpretado sus intenciones.

—Me preguntaba si podría invitarte a comer... o a cenar.

Me estremecí. ¿Qué tramaba? Sujeté el móvil entre el hombro y la oreja y escribí en la barra de búsqueda de Google el nombre de su marido, un rico y anciano empresario de Chicago. Se habían casado poco después de que yo descubriera su aventura: un buen negocio, según ella. Quizá había muerto.

—¿Cómo has conseguido este número?

De vez en cuando me preguntaba si había seguido mi carrera. Mi riqueza ahora superaba con creces la de su marido.

—Oh, Dylan, tengo mis métodos. Deberías recordar que puedo ser muy persuasiva si me lo propongo.

Puse fin a la llamada. No quería oír nada más.

Volvió a llamar y silencié el teléfono. Además, lo puse boca abajo para no distraerme con el parpadeo de la pantalla.

¿Para qué demonios me llamaba Alicia? Estudié los resultados de la búsqueda y me desplazé hacia abajo. Al parecer, su marido estaba atravesando dificultades económicas; tal vez quería volver conmigo. La recesión había sido brutal. Raf y yo éramos inversores cautelosos y procurábamos no entrar en guerras de ofertas con otros competidores, pero la economía se había cobrado muchas víctimas.

Raf irrumpió en mi despacho.

—Acabamos de recibir la aprobación de la transacción de Redux. —Estaba jadeando.

—Genial. —Nunca habíamos hecho nada en el sector, pero nos habían dicho que la aprobación era absolutamente necesaria—. Sabía que lo conseguiríamos.

Raf se acercó a mi mesa y me tendió la mano.

—Tenías razón, amigo.

—Como siempre. —Le guiñé un ojo.

—Vale, pero no me seas gilipollas. —Raf se hundió en una de las sillas colocadas frente a mi escritorio.

Me reí entre dientes.

—Adivina quién acaba de llamarme —dije—. Alicia.

—¿Lo dices en serio, tío? ¿Habías hablado con ella desde que os separasteis?

Negué con la cabeza.

—No, ni siquiera la he visto. Me mandó un correo hace una semana o así, pero lo borré.

—¿Qué quería?

—Ni idea. Le he colgado.

—Guau. Menudo cambio, te dejó destrozado. No estoy seguro de que hayas vuelto a ser el mismo. ¿Volverías con ella?

Me vino a la mente la hermosa sonrisa de Beth. Todavía no le había hablado a Raf —ni a nadie— de ella. Me gustaba que estuviéramos envueltos en nuestra burbuja, los dos solos, pero quizá ya había llegado la hora.

—Ni aunque mi vida dependiera de ello. Y, de todos modos, estoy saliendo con alguien.

—Querrás decir que te estás tirando a alguien.

—Bueno, desde luego, hay sexo, pero también estamos saliendo. De hecho, va a acompañarme a la gala del viernes. —Curvé las comisuras de los labios. Me moría de ganas de llevarla del brazo.

—¿Y por qué me no me he enterado hasta ahora?

—Porque, a diferencia de ti, no me gusta hablar de mi vida privada. ¿A qué mujer desafortunada vas a llevar tú a la gala?

Puso los ojos en blanco.

—Dios, odio las escenas, y Christie me tiró un jarrón anoche. Ni siquiera sabía que tenía jarrones en casa.

—¿Christie es la licenciada en Historia del Arte?

Raf me miró como si fuera estúpido.

—No, esa era Tasha, y hace semanas que lo dejamos. En serio, tío, ¿escuchas algo de lo que te digo?

—Intento no hacerlo.

Raf me ignoró.

—Christie es la que se parece a la Gisele de hace diez años. —Me encogí de hombros—. De todas formas, está pirada. Creo que el viernes iré solo. Soy demasiado viejo para esta mierda.

Me reí entre dientes.

—Ya eras demasiado viejo para ir detrás de chicas hace cinco años. Lo que tienes que hacer es salir con una mujer. Alguien que tenga la cabeza en su sitio.

—¿De verdad me estás dando consejos sobre relaciones? Si hace una década que no salías con nadie en serio, hasta que apareció esta... chica misteriosa.

—Se llama Beth, y si vuelves a decir «chica» en ese tono, calcularé mal tus dividendos trimestrales a propósito. Y antes de conocerla, me divertía mucho, pero nunca iba detrás de las mujeres. Nunca he tenido que hacerlo.

Raf apoyó las manos en los brazos de la silla y se levantó.

—Eres gilipollas. Espero que te cases con ella, se divorcie de ti y se quede con todo tu dinero.

—Te quiero, amigo.

—Si tú lo dices...

Miré el teléfono. Tenía cuatro llamadas perdidas, todas del mismo número. Además, me habían llegado cinco mensajes. Como esperaba que fueran de Beth y no de Alicia, abrí el primero.

Alicia: En serio, Dylan, tengo una propuesta de negocios para ti. Creo que deberíamos hablar.

¿Negocios? Probablemente quería casarse conmigo. Así era como abordaba las relaciones.

Alicia: Solo quiero almorzar contigo. Si no te gusta lo que tengo que decir, no tienes que volver a verme.

Alicia: Echo de menos lo que teníamos. Era tan sencillo y tú eras tan bueno conmigo...

Jesús, ¿en serio pensaba que iba a tragarme eso? Lo que habíamos tenido era cualquier cosa menos sencillo. Al echar la vista atrás, todo lo que había hecho Alicia era pura estrategia.

Alicia: De verdad que necesito tu ayuda. Por favor. Eres el único al que puedo recurrir.

Había muchos hombres ricos en Chicago dispuestos a dejarse embaucar por ella.

Alicia: Te enviaré mi propuesta por correo.

Inspiré hondo, borré sus mensajes y llamé a Beth.

—Hola —repuso ella—. ¿Cómo es que me llamas a mediodía?

Por lo general, llamaba a Beth antes del trabajo y otra vez al salir si no era demasiado tarde. Hablábamos casi todos los días y había llegado a conocer su rutina. Estábamos a seis mil kilómetros de distancia, pero me sentía más cerca de ella que nunca.

—Quería oír tu voz. —Quería neutralizar el veneno de Alicia hablando con Beth—. ¿Interrumpo algo?

—No. Siempre es bueno saber de ti, y estoy en casa, haciendo pruebas en el horno.

—Cómo no...

Se rio.

—Sí, supongo que lo hago mucho. ¿Qué tal te va el día?

—Bien y mal. Raro.

—Suenan intrigante. —El roce de utensilios contra el metal repiqueteó en el teléfono—. Cuéntame.

—Bueno, hemos conseguido la aprobación para Redux.

—Enhorabuena. Es la compañía farmacéutica de Inglaterra, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí. Nuestros mundos habían empezado a entrelazarse, ya que me contaba lo que le ocurría cada día y yo le compartía lo que me sucedía a mí. Había olvidado lo reconfortante que podía ser—. Y luego me ha llamado mi ex, que es la parte mala y rara.

—¿Alicia? No sabía que manteníais el contacto.

—Y no es así. No había hablado con ella desde que nos separamos.

El traqueteo al otro lado del teléfono se interrumpió.

—¿Qué quería?

—Me ha sugerido que fuera a almorzar con ella y he colgado.

—¿Le has colgado?

—Sí, no quiero hablar con ella. No tengo nada que decir, y estoy seguro de que ella no tiene nada que yo quiera oír.

—¿Quizá quería disculparse, arreglar las cosas? Tal vez te estaba ofreciendo la oportunidad de dar carpetazo a lo que ocurrió.

—Estoy casi seguro de que, sea lo que sea lo que quiere proponerme, solo será para su beneficio. De todos modos, no quiero hablar de ella. Quiero hablar de ti. ¿Qué estás haciendo?

Me vinieron a la mente imágenes de Beth desnuda salvo por unos *stilettos* y un delantal.

—Mmm, no estoy convencida de que deba contártelo.

—Oye, creía que habíamos dicho que nada de secretos.

—Estoy haciendo *mousse* de chocolate. Es uno de mis postres favoritos —confesó.

—Ah, ¿sí? A mí también me gusta mucho ese postre. —Sonreí—. ¿Qué llevas puesto?

Se rio.

—Siempre cocino desnuda. Me pongo los tacones y un delantal corto con volantes, por supuesto. Gemí y me toqué la erección por encima de los pantalones.

—Me gustaría estar ahí.

—Mañana nos veremos y podremos recuperar el tiempo perdido. A menos que estés ocupado...

—Haré tiempo para ti. ¿Estás segura de que no puedo convencerte para que te quedes en mi casa?

—No he dicho que no vaya a hacerlo nunca, Dylan, pero no estoy preparada todavía. Vamos a vernos un montón; esta vez me quedará una semana.

—Espero verte todo.

Se rio, pero yo hablaba en serio. Si pensara que me iba a dejar, la habría mantenido desnuda durante todo el tiempo.

—Quizá debería cancelar la gala —dije. No quería compartirla.

—No puedes hacer eso. Eres uno de los patrocinadores. A menos que...

—¿A menos que qué?

—Bueno, acabamos de empezar a salir. Tal vez sea demasiado pronto para...

—No es demasiado pronto para nada. Y ya le he dicho a Raf que iré contigo.

—¿En serio? —No entendía por qué se sorprendía, pero sonaba contenta, lo que me hacía feliz.

—Claro, mantenemos una relación exclusiva, ¿por qué no se lo voy a decir a la gente? —Me pasé el dedo por el interior del cuello—. Vale, no dices nada. ¿En qué estás pensando?

—Mmm, estoy pensando que me alegro de que nuestra relación sea exclusiva.

Sonreí.

—Bueno, me alegro de que te alegres.

Se rio.

—Quizá debería decírselo a mi hermano.

—¿No se lo has dicho? —Era una conversación que deberíamos haber tenido hacía tiempo. Teníamos que ponernos de acuerdo en cosas como esa.

—Se lo he dicho a Haven y Ash.

Bueno, algo era algo. Se trataba de su cuñada y de una especie de cuñada que parecían ser sus amigas más cercanas, así que, al menos, se lo había contado a alguien.

—¿Qué te ha impedido decírselo a Jake? —Ella no salía con nadie más y yo tampoco, pero no se lo había dicho a su hermano, a pesar de que se llevaban muy bien. ¿Tenía dudas de lo nuestro?

—Nada. Lleva tiempo diciéndome que salga con alguien, así que en líneas generales no hay problema. Supongo que no quiero que se preocupe, y creo que querrá conocerte cuando se lo diga y

no sé...

—Vale, bien, se puede arreglar.

—¿Tú crees? Quiero decir, lo de la familia... ¿no podemos saltárnoslo? Estaría guay que os encontrarais por casualidad, ¿pero organizar una presentación? Parece un poco... exagerado.

—Quiero conocer a tu hermano, Beth. A todas las personas que son importantes para ti. No es para tanto. No voy a preguntarle si puedo proponerte matrimonio. —Aunque sí era para tanto. No había conocido a la familia de una novia desde que le había preguntado al padre de Alicia si podía casarme con ella.

—Vale. Se lo diré, pero te advierto que querrá conocerte. —Podía oír su sonrisa, incluso con el océano Atlántico de por medio. Deseé que estuviera más cerca.

—Bien. Tengo planes para el fin de semana, así que trae ropa de calle.

—¿Ropa de calle?

—Ya sabes, prendas con las que puedas salir a la calle.

—Ya, gracias, genio. Entiendo lo que dices, pero ¿para qué?

Me reí.

—Porque quiero enseñarte algo.

—Pero lo que quiero ver está de puertas para dentro, donde la ropa es opcional.

Negué con la cabeza. Ella era el equilibrio perfecto entre ternura y alegría, sexy y picante.

—Creo que podremos hacer las dos cosas.

Me moría de ganas de comprobarlo.

BETH

Me desperté soñando con cuajada de limón, galletas de mantequilla y semillas de amapola.

Busqué el interruptor del lateral del asiento, que levantaba el respaldo hasta ponerlo en posición vertical, y cogí mi cuaderno del bolsillo delantero. Tomé algunas notas y luego eché un vistazo por encima del hombro hacia la ventanilla.

Se me aceleró el corazón y sonreí.

No me habían gustado nunca las maniobras de aterrizaje, pero la expectación que sentía por llegar a Estados Unidos amenazaba con desbordarme y deseé que el avión tomara tierra lo más rápido posible. Nunca me había entusiasmado tanto volver al lugar donde había crecido.

Desde el último viaje a Chicago había vuelto a Londres, donde apenas había visto a nadie, y sin embargo, allí estaba, de regreso en Chicago para ver a mi novio.

Me había resistido a sus numerosos intentos para que me alojara con él. Ir deprisa era una cosa, pero yo quería una tabla de salvación a la que aferrarme mientras me dejaba llevar por la corriente.

Me había ido a vivir con Louis después de la tercera cita y me había vuelto completamente dependiente de él. En la actualidad, era una persona diferente, pero quería asegurarme de no caer en viejos hábitos. Dylan y yo podíamos pasar mucho tiempo juntos sin que me quedara en su casa.

Había ido con Haven a comprar un vestido adecuado para la gala del viernes, y habíamos elegido un modelo que pensaba que iba a gustarle a Dylan. Estaba casi segura de que le habría parecido bien cualquier cosa que eligiera, pero como me había dicho que para él tenía el mejor culo del mundo, quería asegurarme de llevar un vestido con el que pudiera lucirlo.

En cuanto aterrizamos, salí lo más rápido posible del avión y le envié un mensaje a Dylan mientras me acercaba a los puestos de aduana.

Beth: Acabo de aterrizar. Hasta ahora.

Dylan: Tengo el tablón de llegadas de O'Hare abierto en la pantalla del portátil. Siento no estar ahí para recibirte.

Beth: Luego me lo compensas.

Prefería que terminara su trabajo para que pudiéramos pasar toda la tarde juntos a que interrumpiera sus tareas para recogerme y luego tuviera que volver a la oficina. Una vez estuviera con él, no quería que nos separáramos.

Dylan: Será un placer.

Me vino a la mente una imagen suya lamiéndome los pechos.

Beth: Esperaba que el placer fuera mío.

Dylan: Me aseguraré de que así sea.

Esa era una promesa que podía cumplir.

Al registrarme en el hotel, me saludaron por mi nombre. Estaba claro que pasaba demasiado tiempo allí.

—La hemos alojado en la 1204 otra vez, señorita Harrison. Roger le subirá el equipaje.

—Gracias, puedo subirlo yo misma. —A pesar de que no quería que Roger se perdiera una propina, tampoco quería tener que esperar por la maleta.

Me detuve frente al ascensor y pulsé el botón de subida antes de echar un vistazo al bar donde Dylan y yo nos habíamos sentado la última vez que estuvimos allí.

Entrecerré los ojos y lo vi. ¿Era él? Sonrió, se bajó del taburete y se acercó a mí. Suspiré al ver su fuerte mandíbula; al contemplar sus anchos hombros cubiertos por una elegante chaqueta azul marino que resaltaba el tono índigo de sus iris.

Me rodeó la cintura con los brazos, me pegó a él y me besó en la frente.

—¿Me estabas comiendo con los ojos? —me preguntó.

Ladeé la cabeza como considerando mi respuesta.

—En realidad, creo que sí.

Se rio entre dientes, volvió a besarme en la frente y pulsó el botón del ascensor.

—¿Qué haces aquí?

—Siento no haber podido ir a buscarte al aeropuerto. He tenido que atender una llamada, pero he venido tan pronto como he podido.

—No te esperaba hasta mucho más tarde. Mi otro amante está a punto de llegar.

Negó con la cabeza y me hizo entrar en el ascensor.

—No bromees con esas cosas. Me pones nervioso.

—¿Supondría alguna diferencia que te dijera que mi otro amante es una mujer?

Gruñó y me empujó contra la pared de cristal del ascensor, buscó mi lengua con la suya y la hundió profunda y salvajemente en mi boca. Le deslicé las manos por el pelo e intenté no desmayarme. Me invadió la lujuria. Disfrutaba de nuestras llamadas telefónicas, me gustaba el tira y afloja, pero en directo era diferente. Verlo me cortaba el aliento y me hacía mojar las bragas. Quería tocarlo por entero con la esperanza de que eso aliviara lo mucho que lo necesitaba.

—Me alegro mucho de que estés aquí —confesé mientras me besaba el cuello—. Me decía que podía esperar hasta esta noche, pero creo que me habría presentado en tu despacho sin otra cosa encima que un abrigo.

Se apartó para mirarme.

—Quizá debería haber esperado.

Se abrieron las puertas del ascensor y salimos corriendo.

—Tengo que darme una ducha. Me siento sucia después de tantas horas en el avión.

Pasó la tarjeta de acceso por la cerradura y bajó la cabeza hasta mi cuello.

—Una ducha suena bien.

Cogí más almohadas del estante superior en el vestidor, retiré las sábanas y levanté un muro de cojines en medio de la cama.

Dylan volvió a entrar en la habitación, con una toalla alrededor de la cintura y comiendo una manzana.

—He traído la carta. Deberíamos comer. ¿Qué haces?

—Sí, deberíamos comer. Buena idea.

Empujé un cuadrante hasta los pies de la cama. El muro recién levantado ya tenía una altura decente.

—En serio, ¿qué te pasa con las almohadas? —Me agarró del cinturón de la bata y tiró de mí. Lo habíamos hecho en la ducha, luego en el sofá y, finalmente, otra vez en la ducha.

—Estoy construyendo un muro. Necesito dormir esta noche, y no lo haré si estamos acostados desnudos uno al lado del otro.

Suspiró.

—Puedo irme a casa. No pasa nada, y tienes razón, por mucho que me gustaría tenerte despierta toda la noche, mañana tienes que pronunciar frases enteras delante de una cámara. Es mejor que descanses más de treinta minutos seguidos.

Intenté quitarle las manos de mi cintura, pero no cedió.

—Pero antes de llegar a la cama, todo vale, ¿verdad?

Cogí la carta que había dejado olvidada.

—¿Qué vamos a comer?

—¿Qué tal si te como a ti? —dijo agachándose hacia mi oreja.

—Ya lo has hecho. —Le di una palmada en la mano—. Por cierto, buen trabajo. —Se rio entre dientes—. Creo que pediré pasta. ¿Quieres un filete?

Ladeó la cabeza y sonrió.

—Sí, eso sería genial.

Hice el pedido, y Dylan tiró de mí hasta el salón y me subió a su regazo; quedamos frente a las vistas sobre el río.

—Mañana tengo que levantarme a las seis. El coche viene a buscarme a las siete.

—El viernes se me ha complicado hasta convertirse en una pesadilla; tengo reuniones todo el día. Lo siento.

Me apoyé en su pecho, saboreando la sensación de su piel contra mi mejilla.

—Había pensado en ir a ver a mi padre, luego tengo que prepararme para la gala. No pasa nada.

—Nos quedan todo el sábado y todo el domingo.

Estaba concentrada en sentir las vibraciones de su pecho mientras hablaba, así que al principio no me di cuenta de lo que había dicho.

—Oh, no, el sábado no. ¿No te lo había dicho? Han decidido emitir el primer programa este sábado, así que tengo que ir al estudio para que me hagan una entrevista y luego reunirme con su equipo de publicidad. Creo que voy a estar allí casi todo el día.

Inspiró hondo y me senté hacia delante para poder verle la cara.

—¿Estás enfadado?

Sonrió.

—Claro que no. Pero quiero pasar tiempo contigo.

—Tenemos el domingo entero. Y he traído ropa de calle.

Sonó un golpecito en la puerta, y me levanté corriendo de su regazo, dejando el murmullo de la televisión a mi espalda.

—Beth... —me llamó cuando estaba abriendo la puerta.

—¿Qué? —grité cuando vi mi cara en la televisión—. ¿Qué es eso?

Levanté la vista hacia Dylan, pero él estaba mirando la pantalla.

—Eso eres tú.

Me hundí en el sofá antes de que me fallaran las rodillas.

—Madre del amor hermoso. ¿Por qué salgo en la televisión?

—Es *Cocinando con Beth*. —Se desplazó por la pantalla, y desaparecí.

—Por favor, ¿puede firmar? —preguntó el camarero.

Pero yo no podía moverme. Dylan debió de ocuparse de ello, ya que, cuando por fin reaccioné, el camarero se había ido.

—¿Has visto eso? —pregunté.

Dylan asintió con las cejas arqueadas.

—¿Ya te han hecho fotos publicitarias?

—Me hice algunas en Londres. No sabía..., no me di cuenta... Es solo que no esperaba esto. —No podía creer que estuvieran anunciando mi programa. O mi espacio en el programa de otra persona.

—¿En serio no esperabas salir en televisión, aunque tienes una sección de repostería en un programa?

—Bueno, dicho así, me siento estúpida.

Dylan se rio entre dientes.

—No eres estúpida. Pero quizá no estés del todo preparada para lo que se avecina.

—Puede que tengas razón. Me he concentrado en hacer bien las recetas y en asegurarme de haber ensayado lo suficiente. Supongo que no me he parado a pensar que entraré en las casas de la gente.

Cuanto más tiempo pasaba, más me parecía estar llevando una especie de doble vida. En una, vivía en Londres, inventaba recetas y mis sobrinas me vomitaban encima. En la otra, estaba en Chicago, en la televisión, tenía un novio que parecía un dios griego y me pedía dulces siempre que lo deseaba.

Estaba viviendo lo mejor de los dos mundos, pero necesitaba unirlos si quería conservar ambos.

12

DYLAN

Volví a mirar el reloj. La reunión se había alargado demasiado y teníamos que estar en la gala en hora y media.

—En última instancia, si no estás de acuerdo con esto, encontraré a alguien que sí lo esté —dije, interrumpiendo al tipo que me explicaba de nuevo por qué mi plan de integración no iba a funcionar—. Debemos tomar posesión de Redux en menos de dos semanas, así que, si no quieres participar, házmelo saber ahora.

—No es eso. Pero quiero...

—Volvamos a reunirnos la semana que viene. Envíame un correo este fin de semana con tu decisión. No quiero perder más tiempo debatiendo al respecto.

Me levanté y salí a grandes zancadas de la sala de reuniones, sin detenerme ni siquiera ante Marie. Ella quería ponerme al día con los mensajes telefónicos y los correos, pero todo eso podía esperar. No había visto a Beth en todo el día y quería aprovechar hasta el último minuto de tiempo con ella.

Bajé en el ascensor hasta donde me esperaba el coche y la llamé al entrar.

—Acabo de subir al coche; enseguida estoy contigo —dije en cuanto contestó.

—Ya te he dicho que no me importaba quedar contigo allí. Sé lo ocupado que estás.

—Bueno, tengo que ponerme el esmoquin...

—Un esmoquin que Marie podría haberle encargado a Don que te llevara...

El día anterior había llevado algunas de mis pertenencias al hotel para no tener que pasar por casa. Aún no sabía por qué Beth no se alojaba conmigo, sobre todo, si la otra opción era que yo me quedara con ella. Tampoco era que nos dando un tiempo para estar solos, ni nada por el estilo; nos habíamos hecho novios: trabajábamos durante el día y corríamos a casa para estar desnudos y juntos por la noche. Ni siquiera habíamos salido a cenar. Pero esa noche era diferente.

—Y de todos modos, quiero llevarte yo a esta gala. Es nuestra primera cita, y no voy a quedar contigo allí. Acabo de llegar al hotel, nos vemos ahora mismo.

Subí lo más rápido que pude a la duodécima planta y utilicé la tarjeta que me había dado Beth. Cuando abrí la puerta de golpe, me quedé sin aliento al encontrarme cara a cara con la mujer más hermosa que jamás hubiera visto. Estaba de pie, mirando por la ventana, con la espalda desnuda hasta su diminuta cintura, donde empezaba el terciopelo rojo. Nunca la había visto con el pelo recogido: me gustaba tanto sentirlo en contacto con mi piel que ni se me había pasado por la cabeza saber cómo le quedaba recogido, pero eso me permitía contemplar mejor su piel perfecta y su delicioso cuello.

—Eres una diosa.

Me sonrió por encima del hombro.

—Y llegas en el momento perfecto. ¿Puedes ayudarme con el collar?

Si empezaba a tocarla, no estaba seguro de poder parar.

Dejé que la puerta se cerrara y me acerqué a ella, con mi erección creciendo a cada paso. Deslicé las manos alrededor de su cintura, hundí la cabeza en su cuello e inspiré hondo.

—Hueles a canela.

Ella se rio

—Menuda imaginación...

Cogí el collar y abroché el cierre, luego bajé las manos por su cuello hasta su cintura y la pegué a mí.

—No tenemos que llegar puntualmente a las seis y media. De hecho, no tenemos por qué ir.

Bajó la cabeza para apoyarla en mi pecho.

—Tenemos que estar allí a las seis y media, pero no tenemos que quedarnos hasta muy tarde. ¿Qué te parece? —Empujó su culo perfecto contra mi miembro, duro como una roca, y gemí.

—¿Seguro que no puedo convencerte para que te olvides de todo?

—Seguro. Creo que un triunfador como tú puede controlar su pene durante un par de horas. Hoy te he buscado en Google. Al parecer, eres el soltero más codiciado de Chicago.

Me reí entre dientes.

—¿Me has buscado en Google? ¿No se te ocurrió hacerlo antes de que nos acostáramos juntos la primera vez?

Deslizó las manos sobre las mías.

—Al parecer, tu culo me gustó demasiado para que me importara lo que Google tenía que decir.

—A mi culo también le gustas. —Le besé el cuello—. Bien, si insistes en ir a esa gala, voy a darme una ducha.

Se giró en mis brazos.

—¿Me haces un favor?

—Lo que sea. —Paseé el pulgar por sus pechos turgentes, desesperado por saborearlos de nuevo. No iba a poder mantener las manos quietas esa noche.

—Déjate esta barba —dijo, pasándome las uñas por la mandíbula—. Me gusta sentirla contra mi piel.

Gemí.

—Me matas.

—Pero es una tortura deliciosa. —Sonrió.

Menos de una hora después, aparcábamos frente al hotel Drake. Ignoré los *flashes* de las cámaras cuando salí del coche y rodeé el maletero para abrirla la puerta a Beth.

Ella parecía confusa ante tanta atención, pero le tendí la mano.

—¿Por qué hay tantos fotógrafos?

—Es publicidad para la organización benéfica —le expliqué. Le rodeé la cintura con un brazo y la acerqué a mí.

—Señor James, ¿quién es su cita esta noche? —preguntó a gritos uno de los fotógrafos.

Beth me miró y yo le sonreí y me incliné hacia ella para darle un beso en la boca. Los *flashes* de las cámaras se pusieron a centellear sin parar.

—Es Beth Harrison. Diosa de la repostería y mi novia —respondí al fotógrafo.

—¿Podemos entrar? —susurró ella entre sonrisas.

Me reí entre dientes.

—¿La Beth de *Cocinando con Beth*, en *A Chicago Saturday*? —preguntó otro fotógrafo—. Han empezado a emitir algunos tráileres.

—Al parecer, debería ser yo quien te buscara en Google —La estreché contra mí y la guie al interior.

—El programa ni siquiera se ha emitido y, la verdad, dado lo desastroso que fue el día de ayer, probablemente no lo haga nunca.

—Cariño, no fue un desastre. La televisión es así. —Ese era el momento perfecto para confesarle que Raf y yo éramos propietarios de Raine Media y WCIL TV, pero no quería complicar nuestra relación. Que la cadena fuera nuestra no le afectaba ni iba a afectarle en modo alguno. No nos implicábamos en la puesta en marcha de la programación ni en los detalles. Nos limitábamos a aprobar las decisiones políticas y estratégicas. No tenía tiempo ni ganas de explicárselo todo mientras entrábamos en la gala, pero iba a hacerlo antes de que se marchara a Londres.

Al entrar en el hotel nos ofrecieron champán de inmediato. Por costumbre, estiré la mano para aceptar una copa antes de darme cuenta de lo que hacía; entonces, volví a dejarla en la bandeja.

—Puedes beber, Dylan. No me molesta.

—No, lo siento, nunca bebo en ocasiones como esta. Estaba cogiendo la copa para ti, pero luego...

—Si no bebes en eventos como este, es que te pasa algo raro: si lo hicieras, serían mucho más divertidos. —Recorrió el vestíbulo con la cabeza inclinada hacia el candelabro—. Me pregunto si yo podría hacer una tarta tan bonita.

—Creo que podrías hacer lo que te propusieras. —Agaché la cabeza y la besé en la mejilla.

Vi a Raf acercándose a nosotros. Cuando miró a mi izquierda, sus ojos se abrieron de par en par. Vi que vocalizaba la palabra «Joder». Sonreí. Sí, a mí también me provocaba esa reacción.

—¿Cómo has tenido tanta suerte? —Me estrechó la mano y me dio una palmada en la espalda antes de dar un paso atrás para llevarse la mano de Beth a los labios. Le besó los nudillos—. Es un absoluto placer conocerte —dijo.

—¿En serio? —interrumpí—. ¿Estás de coña? ¿Las mujeres se tragan eso de besarles la mano? —Miré a Beth, que se limitó a sonreír. No se la había camelado.

—Bueno, como todavía eres virgen, supongo que funciona mejor que lo que sea que tú hagas.

—Supongo que eres Raf —adivinó Beth antes de que yo pudiera darle un puñetazo.

—Y tú eres la mujer misteriosa de la que no había oído hablar hasta esta semana. ¿Cómo os habéis conocido?

—Estábamos sentados uno junto al otro en un vuelo a Londres hace unas semanas —respondió Beth—. Todo el personal de cabina estaba entusiasmado con él; y yo no entendía por qué tanto alboroto. Se mostraba tan serio y malhumorado... —Levantó la vista y me sonrió.

Negué con la cabeza. Estaba seguro de que le había interesado desde la primera vez que nos habíamos visto.

—Siempre está malhumorado, eso te lo aseguro, aunque las últimas semanas, menos. Deberíamos ponerte en nómina. Me cae mejor desde que te conoció. ¿Vives en Chicago?

—Crecí aquí y mi padre sigue viviendo aquí, pero me he mudado a Londres. Aunque puede que ahora pase algo más de tiempo en esta zona.

—¿Sabes en qué mesa estamos? —pregunté, interrumpiendo el curso natural de su conversación. Beth estaba a punto de decir que había venido a grabar para WCIL TV, y ni Raf ni Beth conocían la conexión. Tenía que ser yo quien los pusiera al corriente.

Raf apartó los ojos de Beth.

—Mesa uno, espero. Es lo que hemos pagado.

—Venga, vamos. —Señalé en dirección a la entrada de la sala Costa Dorada.

—¿Raf te saca de quicio? —preguntó.

—Por supuesto. —Abrí la puerta y le hice un gesto a Beth para que entrara—. Es irritante.

Fuimos los primeros en entrar en la sala, ya que aún no se había anunciado la cena.

—Me cae bien. Sabe cómo manejarlo.

Me reí y me detuve en seco para acercarla a mí.

—¿Tú crees? Tú sí sabes cómo manejarme.

—¿Y cómo lo hago? —Me miró, pasándome los dedos por la mandíbula.

Me encogí de hombros.

—No estoy seguro. Me siento más yo cuando estoy contigo. —El corazón me dio un vuelco en el pecho, bajo la camisa. Me sentía muy a gusto con ella. No había mucha gente en mi vida con la que pudiera relajarme. A la mayoría de las personas que conocía de un tiempo a esa parte les gustaban demasiado mi dinero o mis contactos. Según sus propias palabras, Beth se había sentido atraída por mi culo. El hecho de que hubiéramos empezado por lo físico significaba que nuestra relación se había iniciado de igual a igual. No había esperado nada de mí, y eso me había permitido relajarme y ser yo mismo.

—Es una de las cosas más bonitas que me han dicho nunca. Me gusta mucho quién eres cuando estás conmigo.

¿Podía sentir el latido de mi corazón mientras la abrazaba? Era como si mi amor por ella estuviera llamando a la puerta, intentando salir.

La amaba.

Quería que lo supiera. Nadie me había hecho sentir tan bien como ella.

—Beth... —Necesitaba que entendiera lo que me hacía, lo diferente que era de cualquier otra mujer que había conocido.

—Es un lugar precioso —dijo mirando al techo.

—Tú sí que eres preciosa.

Me devolvió la mirada y sonrió.

—Esto de salir en público está sobrevalorado.

—Por fin te has dado cuenta —Suspiré.

—¿Cuándo das el discurso?

—Después de los entrantes. Podemos irnos entonces, ¿verdad?

Antes de que pudiera asentir, alguien me tocó en el hombro. Me molestó la interrupción y la habría ignorado si Beth no hubiera hecho un gesto en dirección al intruso.

Sin soltarla, me giré para ver quién estaba chafando el momento que estaba viviendo con Beth, y me encontré cara a cara con la última mujer que había tenido cierto control sobre mí.

Alicia.

BETH

—¿Qué haces aquí? —le espetó Dylan a la mujer pelirroja que acababa de acercarse a nosotros. Estaba acostumbrada a que fuera hosco y brusco, pero no tan desagradable.

—Bueno, esa no es forma de saludar al amor de tu vida —replicó la pelirroja.

—Dios no lo quiera. —Dylan me arrimó más contra su cuerpo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido para ponerme al día con algunos viejos amigos —dijo, volviéndose hacia mí—. Y para hacer otros nuevos. Soy Alicia Munroe, y hace tiempo estuve prometida con el hombre al que estás agarrada. —Me sonrió como si me hubiera hecho un cumplido.

—Pobrecita, debes de sentirte muy tonta por haberle dejado marchar —respondí, con una sonrisa igual de grande que la suya. Me volví hacia Dylan—. No cometeré el mismo error. —Debía haber tomado el camino más fácil, pero algo en su intento de reclamarlo me había hecho verlo todo rojo. Dylan era un buen hombre y no se merecía que lo dejaran por otro más rico.

Él respondió con una sonrisa muy pícaro y me puso las manos en el trasero.

—Quería saber cómo iba lo de nuestra cita para comer —intervino Alicia, centrada ahora en Dylan.

Él no la miró. Intentó besarme, pero yo me aparté. ¿A qué coño se refería con una cita para comer? Se me revolvió el estómago.

—No tenemos ninguna cita. Te colgué, no sé si te acuerdas. ¿Puedes dejarnos, por favor? Tengo una erección y me la estás fastidiando.

Alicia puso los ojos en blanco mirando a Dylan y me pregunté cómo habían podido estar juntos. Parecían muy diferentes.

—Te llamaré. —Y se dio la vuelta para pasear entre un aluvión de invitados.

Deslicé los brazos alrededor de su cuello.

—Así que esa es Alicia, ¿eh?

Sonrió.

—Eres una fuerza de la naturaleza.

—No lo olvides. —Le di un golpecito en la nariz con el dedo—. Te ha invitado a comer. ¿Sucede a menudo?

Frunció el ceño.

—No ha sucedido nunca. Fue aquella vez de la que te hablé. No, espera, me había enviado un correo una semana antes. Lo había olvidado hasta que me llamó. Antes de eso, no había sabido nada de ella desde que canceló la boda.

Me zafé de sus brazos e intenté llegar a nuestros asientos; la sala se estaba llenando de gente y ruido, pero él me agarró por la cintura y me acercó a él y me estrechó contra su cuerpo mientras nos acercábamos a la mesa.

—¿Has pensado en lo que te dije? Quizá ella quiera disculparse. Quedar con ella podría poner punto final a lo que tuvisteis.

—No sé a qué te refieres con «punto final», pero estoy seguro de que no necesito nada de ella.

Louis siempre se había mantenido en contacto con varias de sus exnovias, a las que había utilizado como herramienta para darme celos. Cuando me había presentado en su hotel para decirle que estaba embarazada, se estaba marchando la chica con la que había salido antes de mí. Había intentado convencerme de que solo eran amigos, pero estaba claro que seguía enrollándose con ella. Si echaba la vista atrás, no entendía cómo no me había dado cuenta. Suponía que la idea de perderlo también a él, después la muerte de mi madre, había sido demasiado intensa para soportarla.

Pero ahora me había convertido en otra persona. Dylan no me había dado ninguna razón para dudar de él, y el hecho era que parecía que seguía guardándole mucho rencor a Alicia; tal vez debía hablar con ella para poder dejar el pasado atrás y seguir adelante... conmigo.

—Eh. —Me apretó la rodilla por debajo de la mesa—. No te estoy mintiendo. No mantengo contacto con ella y no me interesa nada de lo que tenga que decirme. Pasé página hace mucho tiempo.

—Creo que deberías considerar escucharla. Quizá no la has superado tanto como crees. —No quería que nuestra relación fuera, en modo alguno, una reacción a lo que Alicia le había hecho.

—Mírame —gruñó, y me giré hacia él—. Estoy contigo. Tuvo su oportunidad.

—Lo único que digo es que te lo plantees. Solo te pido que me prometas que, si se pone en contacto contigo o decides verla, me lo dirás.

Debía entender que la sinceridad era importante para mí. Me basaba en ella para mantener la sobriedad. Me exigía sinceridad a mí misma y la necesitaba de las personas que formaban parte de mi

vida.

—No voy a volver a verla, y no quiero hablar más de esto.

—De acuerdo, pero quiero dejar claras mis expectativas. Necesito que seas franco conmigo. No me ocultes nada. Si decides que quieres hablar con ella, me parece bien. Dímelo y punto.

Vi cómo le subía el pecho al inspirar.

—Vale, pero no quiero quedar con ella.

—Piénsalo. —Le sonreí como pude.

—Entonces, ¿todo va bien? —preguntó. Estaba claro que no era buena fingiendo sonrisas.

—Va genial. Estoy loca por ti, y no quiero que ninguno de los dos lo estropee.

Sonrió.

—Yo también estoy loco por ti y quiero hacerte feliz.

Parecía sincero, vulnerable y muy sexy. Le aparté el pelo de la cara.

Me estaba enamorando del Señor 8A.

Los puestos de la mesa se fueron ocupando, y Dylan me presentó a varias personas. La empresa de Raf y Dylan patrocinaba a la entidad benéfica que organizaba la gala. No me había dado cuenta de que iban a ser el centro de atención de la velada. Cuando empezaron los discursos, me quedó claro que se trataba de una fundación dedicada a la salud mental. No era la causa más obvia, y que Dylan hubiera decidido apoyarla me hizo comprenderlo mejor.

—Tengo que darles las gracias a algunas personas. —Dylan se agachó y me besó en la mejilla después de levantarse para ir al escenario.

Estaba muy guapo con la pajarita negra y el pelo retirado de la cara. No podía creer que fuera mío.

Estaba tan concentrada en lo bien que le sentaba el esmoquin y en el brillo de sus ojos que no me fijé en lo que decía hasta que oí las palabras «Mi experiencia con la depresión».

—No puedo recordar un momento de mi infancia que no haya estado empañado por una enfermedad tan incapacitante como es la depresión. La enfermedad de mi madre empezó cuando yo nací. Como resultado, en mi memoria es solo un personaje secundario que estaba ahí mientras yo crecía. —Al hablar, Dylan miraba al público como buscando algo. Quería subir corriendo al escenario para cogerle la mano, para hacerle saber que estaba a su lado—. Mi padre nos llevaba a mi hermano y a mí al colegio, nos preparaba la cena, nos enseñaba a montar en bicicleta y nos ayudaba con los deberes. No tengo recuerdos de mi madre haciendo cosas normales, de madre. No veo su sonrisa, no escucho su risa. Solo sé que estaba en la cama y que me decían que estaba enferma. Pasaba las noches preocupado por si moría, por si mi padre, mi hermano y yo nos contagiábamos de lo que ella tenía y enfermábamos también.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo increíble que era la persona que tenía delante? La idea de que ese hombre, tan dueño de sí mismo, tan considerado y seguro de todo, hubiera sido alguna vez un chico vulnerable que solo quería una vida normal era casi demasiado fuerte para soportarla. Era fácil suponer que la vida de Dylan siempre había sido tan fácil como en la actualidad, pero me estaba quedando claro que había sido todo lo contrario. Quería hacer desaparecer el dolor y hacerlo feliz. Tenía ganas de consolarlo y de tranquilizarlo. ¿Por qué no me había enterado de todo esto?

Su voz era tranquila y firme, pero por la forma en que apretaba los puños a los costados, me di cuenta de que no le resultaba fácil compartir lo que estaba contando.

—Cuando fui a la universidad conocí esta increíble organización benéfica, la que estamos apoyando esta noche. Primero me informaron a mí, y después a mi padre, sobre la enfermedad de mi madre; luego le pagaron la medicación y la terapia. Al final, mi madre fue la persona que debería

haber sido veinte años antes, y mi padre recuperó a la mujer con la que se había casado. Esta noche, con sus generosas donaciones, hemos hecho posible que innumerables personas recuperen a sus familias. Gracias.

La pena me hizo fruncir el ceño y, cuando volvió a la mesa, intentaba contener las lágrimas.

Dylan nunca me había mencionado a sus padres. Sentí náuseas al pensar que no había pasado suficiente tiempo con él. Quería saberlo todo. En cierto modo, era como si nos conociéramos de toda la vida, porque no creía haber experimentado una intimidad real antes de estar con Dylan, pero su discurso era la prueba de que había mucho más por conocer.

Cuando se sentó, le cogí la mano por debajo de la mesa y le pasé el pulgar por la muñeca.

—Creo que eres muy especial —le susurré al oído.

Esbozó una sonrisa de cortesía y mantuvo la mirada al frente.

—Lo que le dije a Alicia iba en serio. No voy a perderte; en realidad, estaba pensando en alargar mi viaje.

Se volvió hacia mí y enarcó las cejas.

—¿Por mi discurso?

—Por muchas razones. Probablemente estés ocupado, pero mientras estás trabajando, ¿podrías prestarme tu cocina?

—¿Me prometes que me recibirás en la puerta sin otra cosa que un delantal y unos *stilettos*?

Me reí, encantada de que aún pudiera alegrarme tanto como entristecerme.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esa fantasía?

La sonrisa se le extendió por toda la cara.

—Bastante.

—Bueno, tendrás que contármelas todas y ya veremos cuáles podemos hacer realidad. —Le guiñé un ojo.

—Eres todo lo que necesito —susurró. El corazón se me aceleró en el pecho y levanté la cara para besarle la mejilla, pero él tenía otras ideas, así que se puso a explorar mi boca con urgencia, como si estuviéramos en casa y no en un salón lleno de gente observándonos.

A la noche siguiente, me desperté en brazos de Dylan mientras me subía por las escaleras de su casa de piedra rojiza. Había aceptado pasar la noche del sábado en su casa y Don me había recogido en el estudio. Llevaba levantada desde las cuatro y no habíamos dormido mucho tras la gala. Después del encontronazo con Alicia y de enterarme de lo de la madre de Dylan, no había querido perderme ni un momento con él. Sin embargo, estaba pagando las consecuencias.

—Ya puedes dormir, mi amor.

—Quiero hablar contigo.

Me besó en la coronilla y me tumbó en un sofá muy cómodo.

—Qué blandito es...

Se rio entre dientes.

—¿Te traigo algo de beber?

—Un vaso de agua estaría bien.

Me pasé los dedos por el pelo y me incorporé para mirar lo que me rodeaba. La habitación era luminosa, casi como estar en la playa. Había una mesa de madera oscura delante del mullido sofá y otra mesa más alta junto a una de las largas ventanas, que tenía las contraventanas abiertas. Una colección de fotografías adornaba la superficie, y por mucho que quisiera ir a investigar, mis piernas no compartían mi entusiasmo. En las paredes colgaban fotografías en blanco y negro llenas de

escenas en un lugar que se parecía a Cuba.

—Me gusta tu casa —dije cuando Dylan entró con una bandeja.

—Te la enseñaré más tarde —comentó, dejando lo que llevaba en la mesa de centro—. ¿Seguro que no quieres ir a dormir? Has tenido un día muy largo.

Negué con la cabeza.

—Vaya. Eres el hombre perfecto, ¿verdad? —Con la bebida, había traído un trozo de tarta de chocolate.

Me besó en los labios, pero antes de que pudiera apartarse, lo agarré por el cuello y lo acerqué a mí. Gimió y me besó como es debido, acariciando mi lengua con la suya, como si buscara una conexión más profunda.

Se apartó, dejándome jadeante, y me alcanzó un vaso.

—Gracias. ¿Y tarta? Me estás mimando demasiado.

Dylan sonrió, se sentó y me atrajo hacia él.

—He visto tu espacio en la tele y también la entrevista. Has estado increíble.

Noté la cara caliente.

—No he estado increíble, pero ha sido divertido. Me lo he pasado bien.

—Has estado increíble. Imagino que casi toda la población masculina de Illinois ha tenido la mano metida en los pantalones mientras te miraba, así que no sé a cuántos de tus espectadores convertirás a la repostería.

Le di una palmada en el brazo.

—Mi espacio es muy corto.

—Sí, pero han estado emitiendo tráileres toda la mañana, y luego te han entrevistado en directo. Has sido el centro del programa. Lo he grabado; podemos verlo si quieres. —Cogió el mando a distancia, pero yo le agarré la mano.

—No. Por favor. O me moriré de vergüenza. —Me acurruqué contra él.

—Más tarde, entonces...

—Mejor, nunca —murmuré.

Me rodeó con los brazos y me acercó más.

—No puedes fingir que no ha pasado. Es excitante, como lo que haces en YouTube, pero tiene más alcance y te verá más gente.

—Supongo. Pero no quiero pensar en nada de eso ahora. Solo quiero estar aquí, contigo.

Sonó mi teléfono y Dylan fue a por mi bolso, aunque no se lo había pedido. Era un detalle sin importancia, pero me hizo sentir que éramos un equipo: él me cuidaba y yo quería cuidarlo a él. De eso se trataba, ¿no?

—Es Jake. ¿Te importa si contesto? —pregunté.

—Por supuesto que no. ¿Te dejo sola?

Empezó a levantarse, pero le detuve. Su pregunta me recordó que aún estábamos definiendo los límites de nuestra relación. ¿Me gustaba tener intimidad cuando hablaba con mi hermano? ¿Le gustaba ducharse solo por las mañanas?

—No te vayas.

Sonrió y volvió a sentarse.

—Hola —respondí al teléfono.

—¿Cómo te ha ido? He buscado en YouTube, pero no he encontrado ningún vídeo —explicó Jake.

—Ha estado bien. Puedo enviarte el archivo digital; me han dicho que me lo mandarían. ¿Estás en

el trabajo?

—Sí, ¿y tú ya estás en el hotel?

—Mmm, no. Me quedo en casa de Dylan esta noche. —Le acaricié el muslo con la mano. Le había contado a Jake que estaba saliendo con alguien justo antes de salir para Chicago.

—¿De verdad? Si vas tan en serio, voy a tener que conocer a este tipo. Espero que te esté tratando bien.

Miré a Dylan.

—Sí, voy en serio. Y él acaba de traerme un vaso de agua y un trozo de tarta.

Dylan deslizó la mano debajo de la mía y entrelazó nuestros dedos. Había un intenso calor entre nosotros, como siempre, pero eso parecía... más.

—Sabe cómo llegarte al corazón... Mira, voy a dejarte, pero hablo en serio: quiero conocerlo.

Me reí.

—Ya veremos. Tienes que confiar en mí. Ahora es diferente. Tomo decisiones mucho mejores que antes.

—Lo sé. Pero sigues siendo mi hermana. —Jake se había ganado el derecho a preocuparse por mí. Y Dylan había dicho que quería conocerlo.

—No lo hagas. Estoy bien. Diles a todos que los echo de menos y que los quiero.

Colgué y dejé el móvil sobre la mesa de centro.

—¿Está preocupado por ti? —se interesó Dylan.

—Como siempre. Sabe que hay muchos cambios en mi vida en este momento y que eso me vuelve vulnerable.

Me subió las manos por los brazos.

—¿Lo nuestro es demasiado para ti?

Me giré y le acaricié la mandíbula cubierta por la barba incipiente.

—No. ¿Y para ti? ¿Vamos demasiado rápido?

—En teoría, quizá.

Su confesión me revolvió el estómago; no era la respuesta que quería.

—Pero me siento bien —continuó—. En mi corazón, incluso en mi cabeza, todo tiene sentido. Pero entiendo que tu hermano esté preocupado. ¿Qué te ha dicho?

—Que sabías cómo camelarme. —¿Debía decirle que Jake quería conocerlo? No quería presiones innecesarias para ninguno de los dos.

—¿Y?

—Y, ya sabes, cosas normales de hermanos.

—No, no lo sé. Mi hermano está en la Marina. Está casado desde los veintidós años. Y no tengo hermanas. Así que no sé cómo son los hermanos con las hermanas.

—Caray, ¿tu hermano está en la Marina?

Se rio entre dientes.

—¿Te estás preguntando si te equivocaste de hermano James?

—Por supuesto que no —exploté—. Es que cuando dices cosas así, me doy cuenta de lo mucho que me falta por saber de ti. ¿Cómo voy a presentarte a mi hermano cuando ni siquiera sabía que tu hermano está en la Marina?

—¿Vas a presentarme a tu hermano?

Me cubrí la cara con las manos.

—No. No quería decir...

—¿En esa llamada te ha dicho que quería conocerme?

Permanecí callada, esperando que se olvidara del tema si no respondía.

—Beth, sabes que puedo leerte el pensamiento aunque te estés tapando la cara para que no te vea, ¿verdad?

Me eché a reír y dejé caer las manos sobre el regazo.

—Vale, tú ganas. Sí, ha dicho que quería conocerte.

—Bien. Lo veré cuando tomemos posesión de Redux dentro de dos semanas. Podemos prepararlo todo.

—¿Así de fácil? ¿No crees que es demasiado pronto? No quiero que vayamos muy rápido.

—Sí, ya te he dicho que adelante. ¿Por qué pones tantas trabas? Ni que le fuera a decir que estás embarazada.

Me estiré para besarle la mandíbula.

—De acuerdo entonces.

¿Cómo había pasado Dylan de ser el tío del culo de infarto con el que practicaba sexo increíble a ser el hombre que iba a volar a Londres para conocer a mi familia?

La inquietud se aposentó en mis entrañas: todo era demasiado perfecto.

13

DYLAN

Le había dicho a Beth que no hacía falta que viniera al aeropuerto, pero después de haber aterrizado, me alegré de que me hubiera dicho que pasaba de lo que yo quisiera y que iba a estar esperándome.

En cuanto pasé la aduana, giré el cuello para intentar localizarla entre la multitud. Lo primero que vi fue su hermosa sonrisa y sus carnosos labios rojos. Sonreía de oreja a oreja y tenía las manos en alto, como si fuera la chica que anunciaba el número de asalto en un combate de boxeo, salvo que en su cartel ponía «SEÑOR 8A».

Estaba al otro lado de la barrera metálica, que le llegaba hasta la cintura, pero eso no me impidió acercarme a ella y besarla. Me deslizó las manos alrededor del cuello y solté la maleta para poder pasarle las manos por la espalda. Olía a limón. Cómo la había echado de menos..., habían pasado ya dieciséis días desde la última vez que la había visto.

Le planté las manos en el culo y la subí por encima de la barrera. Me rodeó la cintura con las piernas al instante. Me habría gustado estar en un lugar más íntimo para deslizar la lengua sobre su piel suave y lisa. Acerqué los labios a los suyos y ella gimió; muy pronto iba a hacer mucho más que eso.

Casi a ciegas, cogí mi maleta y eché a andar sin soltarla.

—Hola. Me alegro de verte —dijo al interrumpir el beso.

Me reí entre dientes.

—El sentimiento es mutuo.

Estrechó más los brazos y las piernas a mi alrededor.

—¿Me bajas? —No quería hacerlo, pero sabía que íbamos a llegar antes a nuestro destino si lo hacía—. Detente un minuto, Dylan.

La dejé en el suelo y me incliné para besar el bello lunar de su pómulo.

—Tengo que decirte una cosa —confesó—. No sé si te va a gustar, a mí no me gusta.

Se me revolvieron las tripas. ¿Se había liado con otro? Intenté no mostrar preocupación. En lugar de eso, cogí su mano entre las mías y me llevé sus nudillos a los labios.

—Cuéntame. —Era una chica guapa; sin duda, tenía muchos admiradores rendidos a sus pies.

—La cena del domingo se ha trasladado al sábado, lo que significa que tenemos que ir directamente del aeropuerto a casa de mi hermano. —Arrugó la cara como si estuviera esperando que fuera a estallar.

—Bueno, vale... —respondí, aliviado de que no fuera algo más grave y de que no hubiera otro hombre en su vida. Era como si hubiera estado esperando que saliera mal algo porque todo iba demasiado bien.

—¿Te parece bien? ¿En serio? —Arqueó las cejas—. Porque yo no estoy muy conforme. Quiero estar contigo como hace un momento, pero desnuda.

Me reí entre dientes.

—Sí, yo también. Pero míralo de esta manera: a menos que tu hermano me mate, mañana podremos quedarnos en la cama todo el día.

—¿Con quién voy a enrollarme si te asesina? Por eso tenemos que desnudarnos antes de que

conozcas a Jake.

La miré.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—Sí. Y estás de acuerdo conmigo.

Le rodeé el cuello con el brazo, tiré de ella hacia mí y la besé en la coronilla cuando nos dirigíamos al coche.

—¿Cómo es que has pedido que nos recoja un coche? —preguntó; nos acercamos a un tipo con mi nombre en un cartel—. Iba a llevarte en el tren.

—¿En el tren?

—Sí. ¿O eres tan pijo que no puedes ir en el expreso de Heathrow?

—¿Pijo yo? ¿Y si solo quería tenerte a solas?

—Te vendrá bien ver cómo viaja el resto de Londres. Vamos. —Me cogió de la mano y tiró de mí para alejarme del coche.

—Lo siento —le dije al conductor—. No voy a necesitarle, pero cárguelo en mi cuenta igualmente. —Beth tiró de mí hacia la señal que ponía «TRENES». No había muchas mujeres capaces de persuadirme para subir al transporte público.

En el andén, sostuve la mano de Beth entre las mías; quería hacerle mil preguntas sobre su hermano. Sabía que estaba muy unida a él, así que me parecía importante causarle una buena impresión.

—¿Estás nerviosa porque voy a conocer a tu hermano?

Me miró y se acercó para que su cuerpo quedara pegado al mío.

—Un poco.

—¿Porque aún no confías en tu buen juicio?

Casi podía ver cómo su cerebro empezaba a filtrar lo que iba a decir; estaba claro que no quería hacerme daño, y sabía que era una de las pocas mujeres que podía hacerlo.

—Puedes ser sincera, Beth.

Sonrió, pero la llegada del tren nos interrumpió. Subimos a bordo, dejamos mi equipaje en el lugar correspondiente y buscamos dos asientos. Al sentarnos, me pasó las piernas por encima de las rodillas y puso mi mano en su regazo. Le acaricié las piernas cubiertas por las medias, deseando que pronto pudiéramos estar solos.

—No me había dado cuenta de que eso era lo que me ponía nerviosa, pero creo que tienes razón. Jake ha sido parte de mi mundo, de mi sobriedad, durante tanto tiempo, que a veces olvido que puedo separarme de él. He dependido muchísimo de él. Es como lo de hacer dulces; forma parte de mí, y si es un éxito, es porque depende de mí. Es bueno, pero da miedo. Tú también eres mi elección, y no estoy acostumbrada a tomar tantas decisiones que no involucren a mi hermano. Así que supongo que quiero que piense que lo he hecho bien, pero solo porque es algo mío.

Le levanté la mano y le besé los nudillos, pero no dije nada, solo había querido que me dijera cómo se sentía.

Se apoyó en la ventana y se miró el regazo.

—No esperaba que nuestra relación fuera así. Estamos muy bien juntos, como si fuera...

Para siempre. Para toda la eternidad. Quería que terminara la frase. Quería que sintiera lo mismo que yo.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Quiero que le gustes; es importante para mí. —Sonreí—. Pero sin presiones.

¿Cómo podía pedirme que no me sintiera presionado? Como no había pasado tiempo con Jake y Beth juntos, no estaba muy seguro de qué tipo de influencia ejercía sobre ella. ¿Qué podía suponer para nuestra relación que no le cayera bien a su hermano? Me había asegurado que estaba comprometida con lo nuestro, pero yo no estaba convencido de que fuera a durar si Jake y yo no congeniábamos.

Noté que me corría el sudor por la frente. Joder, me habría venido bien una noche a solas con Beth antes de que me lo presentara. Ella me calmaba, me hacía darme cuenta de lo que era importante. Ella era justo lo que necesitaba; mi trabajo era cada vez más estresante. El acuerdo Redux suponía un reto enorme, sobre todo porque Raf y yo vivíamos muy lejos de Londres y casi todos los proyectos en los que habíamos participado eran nacionales. Gestionar una empresa en otro continente iba a suponer todo un reto. Pero, por encima de todo, no quería joder mi relación con Beth. Los negocios se podían reconstruir, pero el tiempo y la experiencia me habían dicho que mujeres como Beth aparecían una sola vez en la vida. No quería que el estrés del trabajo afectara a la primera impresión que Jake tuviera de mí.

—Háblame de él. ¿Le gustan los deportes? —¿Tenía algo en común con ese tipo?

Me sonó el teléfono. Maldición, debí haberlo puesto en silencio cuando había vuelto a encenderlo. Busqué el móvil en el bolsillo y rechacé la llamada.

Alicia me había llamado de vez en cuando desde la gala, aunque no había contestado a ninguna de sus llamadas. Tenía que enterarme de cómo bloquearla, pero no me había puesto a ello todavía. No quería ocultarle nada a Beth, pero no era el momento de sacar el tema.

—Puedes cogerlo.

—No era nada importante. —Se me revolvió el estómago. Probablemente debía decirle que era Alicia. Sin embargo, no quería estropear ese momento juntos ni tener otra discusión sobre mi ex justo cuando estábamos yendo a conocer a su familia. Si esa situación molestaba a Beth, no quería que se reflejara en su cara cuando me presentara a Jake.

Se oyó un fuerte estruendo detrás de la puerta en cuanto Beth pulsó el timbre de la casa de su hermano.

—Probablemente se les ha caído el bebé al suelo. No pasa nada.

Me reí entre dientes.

Una rubia muy guapa abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Me miró, abrazó a Beth y pegó un chillido.

—Me alegro de que estés aquí. A Jake se le acaba de caer una botella de vino.

—Dylan, esta es Haven.

—Estás tan bueno como decía Beth —contestó Haven, y me abrazó también. No supe qué responder, así que le devolví el abrazo.

—Quítale las manos de encima. —Beth nos separó.

—Encantado de conocerte, Haven —repuse.

—Lo mismo digo, Dylan. Entra. No te desanimes cuando veas el cepo y el potro de tortura que tenemos detrás. No duele tanto como crees.

Miré a Beth, pero se estaba riendo casi tanto como Haven. Así que aquello iba a ser un interrogatorio... Algo que una buena noche de sueño y un rato desnudo con Beth habrían hecho más llevadero.

Giramos a la izquierda y entramos en un salón enorme y diáfano que ocupaba casi toda la casa. Y habría sido un sitio muy agradable si no hubiera parecido que acababan de sufrir un robo. Dios, si

había cosas de bebé por todas partes...

Había dos hombres en la cocina. Reconocí a Jake porque lo había visto en el aeropuerto, pero si no lo hubiera visto antes, habría sabido que era el hermano de Beth por su reacción.

Se acercó a mí y me tendió la mano.

—Dylan. Gracias por venir.

Mientras nos estrechábamos la mano, fue como si estuviéramos chocando la cornamenta. Me estaba dejando claro que tenía que demostrarle que era lo bastante bueno para su hermana.

Asentí.

—Gracias por invitarme. —Nos miramos a los ojos de un modo casi neandertal. Me estaba evaluando, tratando de medirme. Pero se mostraba tan inexpresivo como yo. Los negocios me habían convertido en un gran jugador de póquer, y sabía que no debía mostrar mis cartas.

—No estoy seguro de que vayas a seguir pensando eso dentro de un par de horas. —Por pura eliminación, adiviné que la advertencia procedía de Ash y agradecí la interrupción. Se acercó a mí, con un bebé a la cadera, y me besó en ambas mejillas—. Ignora a Jake, ladra más que muerde. Esta cosita es Maggie. —Levantó la mano del bebé e hizo que me saludara.

Me reí entre dientes y relajé los músculos del cuello después de esa presentación. Era una monada.

—Hola, Maggie. Encantado de conocerte; y a ti también, Ash.

—¿Una cerveza? —preguntó el que faltaba por presentarse, cogiendo a Maggie en brazos. Luego me tendió la mano—. Soy Luke.

—Encantado de conocerte.

Habría estado menos nervioso si hubiéramos salido todos a cenar a un lugar público, donde, al menos, supiera qué esperar de mi entorno. No veía a mi hermano a menudo, y éramos personas totalmente distintas. Nos encontrábamos de vez en cuando en casa de nuestros padres, pero no porque quisiéramos pasar tiempo juntos; sin embargo, esta gente estaba cómoda de verdad.

—¿Quieres esa cerveza? —insistió Luke.

Miré a Beth. ¿Bebían a su alrededor? No me miraba, así que me volví hacia Luke.

—No, gracias. Prefiero agua.

Beth me rodeó la cintura con el brazo, lo que me tranquilizó al instante.

—¿No quieres una cerveza?

No recordaba la última vez que había bebido una. Estaba casi seguro de que había sido antes de conocer a Beth.

—No. Tengo que poder concentrarme más tarde.

A pesar de que no llevábamos mucho tiempo saliendo, cuando estábamos juntos, sentía como si la conociera por entero. Me seguía sorprendiendo que compartiera todo conmigo con esa libertad. Pero estar con ella y con su familia, me hacía consciente de lo mucho que me faltaba por saber sobre su vida.

Me sonrió y me pasó la mano por el trasero, haciéndome recordar por qué estaba allí. Por qué valía la pena estar con ella. No se me ocurría nada que no fuera capaz de hacer por ella. Iba a ganarme a su hermano. Al final de la noche, Jake iba a saber que yo estaba tan involucrado en nuestra relación como Beth.

Iba a asegurarme de ello.

BETH

Era genial ver a Dylan con mi familia, pero aún me sudaban un poco las palmas de las manos. No

dejaba de pasar la mirada de Jake a Dylan. Era cierto que ansiaba que Dylan le cayera bien a Jake para que apoyara mi decisión de estar con él, pero también quería que a mi novio le gustara mi hermano. Si los dos se llevaban bien, el grupo de cinco podía ampliarse en lugar de fracturarse.

La testosterona fluía en la estancia, pero Haven y Ash ayudaban a aligerar el ambiente y Luke estaba haciendo un verdadero esfuerzo para que Dylan se sintiera cómodo.

Nunca le había ocultado nada a Dylan, pero presentarle a mi familia me hacía sentir más cerca de él, como si por fin lo supiera todo de mí, desde el principio. Y eso era lo que yo quería. Quería estar lo más cerca posible de él.

—¿Por qué no vais a jugar al billar? —sugirió Haven tirando de mí hacia el sofá que había junto a la ventana de la parte delantera de la casa.

—¿Eso significa que quieres hablar de hombres? —preguntó Luke. No se detuvo a esperar una respuesta: cogió la cerveza y se fue sin más.

Dylan me miró. ¿Le preocupaba lo que íbamos a decir? Se agachó hacia mí y me besó brevemente en los labios. Quise agarrarlo por el cuello y pegarme a él. Hacía demasiado tiempo que no recorría su duro cuerpo con las manos, que no lo sentía entre los muslos. Frunció el ceño y se apartó para seguir los pasos de Jake y Luke.

Me volví hacia mis amigos. Ash se cubría el cuello con la mano y Haven sonreía.

—Sí que está bueno —comentó Haven, desplomándose de nuevo en el sofá.

En eso tenía razón, pensé mientras me colocaba a su lado.

—Y tú también —añadió Ash, que se sentó en el suelo frente a nosotras con Maggie en brazos.

—Hacéis muy buena pareja y está muy bueno. —Haven me abrazó.

—No sabéis cómo me he alegrado de que viniera... —No me había dado cuenta de cuánto lo había echado de menos hasta que lo había visto en el aeropuerto.

—Es como si el aire estuviera cargado de energía a vuestro alrededor. Se percibe la química. —Ash me sonrió.

Me reí.

—Eso es porque no nos hemos acostado en dos semanas.

—Es más que eso —aseguró Ash.

Yo también pensaba que era algo más que eso. Todo había empezado con una intensa atracción física, y no podía imaginarme mirar en algún momento su hermoso rostro y que no impresionara, pero habían sido su dulzura, su sinceridad y su amabilidad las que me hacían echarlo de menos.

—Creo que sí.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó Haven.

La vocecita de mi interior llevaba tiempo diciéndome que estaba enamorada de Dylan, pero la había ignorado. Me parecía una estupidez admitirlo. Y también me daba miedo. Era el primer hombre al que había besado estando sobria. Era casi como si estuviera reconociendo mi amor por mi novio del instituto. No quería que la gente pensara que era una inocentona y no quería equivocarme. ¿Lo conocía ya lo suficiente como para amarlo? ¿Había visto a su verdadero yo o solo lo que yo quería ver?

—Tomaremos ese silencio como un sí —anunció Ash.

—Creo que sí —confesé.

—¿Solo lo crees? —Haven me miró con las cejas arqueadas.

—Es que me parece muy pronto para saberlo, y tal vez me equivoque. Quizá solo estoy agradecida de que sea tan amable conmigo y de que tenga ese culo. No tengo mucho con qué compararlo.

Las tres nos reímos, lo que hizo soltar a Maggie una carcajada, por lo que nos volvimos a reír.

Ash me cogió la mano.

—No creo que se trate de eso. Nadie como tú para juzgar el carácter de alguien.

—¿Crees que soy una buena jueza de carácter? —me sorprendí—. ¿Y qué me pasó con Louis?

—Todas hemos tenido exnovios asquerosos. Perdiste a tu madre y estabas lidiando con el alcoholismo. Ya no eres la misma persona. Siempre te he considerado una mujer reflexiva y sabia; creo de verdad que ves la auténtica cara de la gente. —Haven me cogió de la mano y apretó.

Todavía me estaba acostumbrando a la Beth que Haven conocía. Pero como seguía teniendo los mismos recuerdos de la antigua Beth, no acababa de creérmelo.

—Nunca había sentido esto por nadie —confesé mirando al bebé—. Creo que es la primera vez que estoy enamorada de verdad.

—Me parece genial —dijo Ash.

Haven me soltó la mano.

—Mereces estar enamorada y que alguien te corresponda.

—No seas ridícula. —Me reí—. Dylan no me corresponde. Para él, lo nuestro no es más que sexo del bueno, y me parece bien.

—Que el sexo sea bueno no significa que no pueda amarte. —Haven me clavó el dedo en el muslo—. Te puedo asegurar que un hombre no se presta a conocer a la familia de una mujer si no va en serio con ella.

Reprimí una sonrisa. Dylan no había mostrado ninguna reticencia por conocer a Jake. Quizá lo nuestro fuera algo más que sexo, pero no estaba segura de qué pensaba él.

—Juro por Dios que la primera palabra que diga esta niña va a ser «sexo» —dijo Ash sonriendo a Maggie.

—¿Puedo preguntar dónde está mi sobrina?

Haven se encogió de hombros.

—Por ahí anda. —La expresión de horror debió de reflejarse en mi cara porque se apresuró a añadir—: Es broma. Está durmiendo la siesta.

—Volviendo al sexo —intervino Ash—. Tiene la misma mirada que tenía Jake la primera vez que lo vi.

Haven frunció el ceño.

—Estabas borracha la primera vez que viste a Jake, y, además, él estaba con otra mujer.

—Vale, es verdad. Entonces, la segunda vez. Es la misma expresión. Solo digo eso.

Me dio un vuelco el corazón. La idea de que Dylan pudiera amarme me resultaba abrumadora. Tenía que ir en su busca; quería que me dijera si era verdad o no. Debía confesarle lo que yo sentía, lo feliz que me hacía, cómo temía, incluso en ese momento, que volviera a Chicago. Habíamos pasado pocas semanas juntos, pero se había convertido en una parte importante de mi vida.

—Tengo que tomármelo con calma —comenté, sobre todo para mí misma, en un esfuerzo para calmar los nervios que me hormigueaban la piel.

—Que no sea como la versión lenta de Ash —me aconsejó Haven. Ash le dio una palmada en la rodilla—. Oye, que me funcionó con tu hermano. Aunque es cierto que llevó su tiempo. —Se volvió hacia mí—. Creo que deberías dejarte llevar por lo que sientes, Beth. Si te sientes bien yendo rápido, ve rápido. Mientras sigas sobria y te diviertas, el resto da igual.

—No estoy acostumbrada a tener que recordarme a mí misma que debo anteponer mi sobriedad a todo lo demás. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Las chicas negaron con la cabeza.

—Es que, cuando estoy con Dylan, me resulta fácil olvidar que soy alcohólica. —Hice una pausa,

intentando pensar cómo explicarlo mejor—. No quiero decir que haya tenido ganas de beber, solo que no beber no es lo primero para mí cuando estoy con él.

Haven asintió.

—Bueno, parece que es un hombre que podría merecerte.

—¿Crees que es bueno? —pregunté.

Estaba casi segura de que la forma en que había cambiado mi objetivo había sido una de las razones por las que había ignorado que estaba enamorada de Dylan. Si me hacía olvidar que era alcohólica, ¿era más probable que volviera a beber?

—Es guay. No paras de decirme que quieres que la sobriedad sea el centro de tu vida y no el alcoholismo.

Asentí; era cierto. Estar con Dylan no me hacía sentir ganas de beber. Solo hacía que me olvidara de pensar en beber.

Ash ladeó la cabeza y sonrió.

—¿No te había dicho que serías la siguiente?

Quizás Ash tenía razón. Tal vez había llegado la hora de que yo encontrara a mi príncipe azul.

El chirrido desgarrador de una alarma de humos se coló en nuestra conversación y Haven se puso en pie de un salto.

—Mierda. Sophia se ha despertado. —Cogió una escoba y le dio a la alarma.

La puerta se abrió.

—¡Vale, dejad de hablar de hombres, vamos a entrar! —gritó Luke justo cuando la alarma se detuvo.

Los chicos entraron riendo y charlando como si fueran amigos desde hace años. Dylan me buscó de inmediato con la mirada de Dylan. Me alegraba mucho que estuviera allí y esperaba que él sintiera lo mismo.

Era lo que más deseaba.

Por fin, tomamos asiento alrededor de la mesa, e hicieron sitio para que Dylan y yo nos sentáramos uno al lado del otro. La responsabilidad de la cena de esa noche había recaído sobre Jake, lo que, por lo general, significaba que íbamos a tomar algún tipo de estofado, pero ese día había *tagine* de cordero.

—¿Así que cenáis todos juntos una vez a la semana? —preguntó Dylan, pasándole el plato a Jake, que estaba sirviendo la comida.

—La mayoría de las semanas. Nosotros vivimos a la vuelta de la esquina, y Beth tampoco está lejos —repuso Ash.

—Y vosotros tres os conocéis desde...

—Desde siempre —lo interrumpió Luke.

Dylan me besó en la sien. Me sorprendía lo cariñoso que se mostraba. Me acerqué a él y me cogió la mano para entrelazar sus dedos con los míos.

Cuando volví la vista a la mesa, clavé los ojos en Haven.

—Mientras jugabais al billar le hemos dicho a Beth lo bien que se os ve juntos —le comentó Haven a Dylan.

Él asintió.

—Supongo que es así; para mí, al menos.

Le apreté la mano y sonreí.

—Entonces, ¿vas en serio con ella? —intervino Jake.

—Jake. No —dije.

Dylan volvió a besarme la cabeza.

—No pasa nada, Beth. —Miró hacia Jake—. Sí, lo de tu hermana va en serio, aunque no empezó así. Si soy sincero, me ha pillado un poco por sorpresa, pero según mi experiencia, a veces, las mejores cosas de la vida surgen cuando menos te las esperas.

Noté mariposas en el estómago, pero Dylan no había terminado.

—Creo que eres extraordinaria. —Me pasó el pulgar por el pómulo. Sabía lo especial que era para él. Pero ¿eso significaba que me amaba?

Estar con Dylan me hacía darme cuenta de lo que debía haber deseado. Si hubiera sabido que él iba a llegar a mí vida, quizá habría tenido más paciencia y no habría perdido el tiempo con gente que no merecía mi amor.

—Yo también creo que eres maravilloso —lo anuncié bajito, quedamente. Me preocupaba que, si lo decía más fuerte, se me fuera la olla y le preguntara si me amaba.

La sonrisa inundó sus ojos de color índigo y giré la cabeza para que me besara en el cuello. Por mucho que deseara que estuviéramos solos, era agradable compartir ese momento con mi familia. Esperaba que, a partir de ese instante, Jake se calmara un poco.

Tomé aire; el beso de Dylan me hacía el efecto de un relajante muscular.

—Pero que yo sea especial no significa que ese sexo tan intenso tenga que hacerse más convencional, ¿verdad?

Se rio entre dientes.

—Dame un poco de cancha, cariño; acabo de conocer a tu familia. No puedes decirme esas cosas.

—Sí, por el amor de Dios, Beth. Demasiada información —dijo Jake, frunciendo el ceño.

Me encogí de hombros y Haven y Ash se rieron. El sexo era algo importante, y había que dejarlo claro.

Por el momento tenía que centrarme en cómo me trataba y cómo me hacía sentir más que en las palabras que utilizaba.

DYLAN

Metí la maleta en el taxi mientras Beth le daba su dirección al conductor. La cena con su familia había sido interesante. Una experiencia extraña, pero positiva.

Les había dicho que iba en serio con ella, y así era. Quería que supieran que mis sentimientos por Beth eran más intensos de lo que jamás había pensado que podían llegar a ser. Beth me había dicho algo parecido en el trayecto desde el aeropuerto. Se notaba que iba en serio, no solo por lo que sentía por ella, sino por lo que hacía por ella. Que estuviera en Londres, que hubiera querido conocer a su familia ya lo decía todo. Quería verla a todas horas y descubrir todas sus facetas, por dentro y por fuera. Quería que ella supiera lo que yo sentía.

Estaba claro que la familia de Beth la adoraba, y me parecía bien; y, aunque me alegraba de haberlos conocido, quería estar a solas con ella. De hecho, estaba seguro de que no iba a terminar el viaje en taxi completamente vestida. Las confesiones que nos habíamos hecho el uno al otro, a pesar de que todavía no hubiéramos llegado al corazón de la verdad, bastaban para que me sintiera más atraído por ella que de costumbre.

Me hice a un lado para permitirle entrar en la cabina y me quedé paralizado al ver sus piernas blancas y cremosas, que parecían invitarme a deslizar las manos cada vez más arriba. Lo único que me lo impedía era que teníamos público detrás de la puerta. Me volví para hacerles un gesto, y me

respondieron con un coro de despedidas. En cuanto arrancamos, la agarré y la deslicé sobre mi regazo para que se sentara a horcajadas sobre mí.

Eso estaba mejor.

—Hola —dijo encerrando mi cara entre sus manos para darme un beso en la frente. No sabía qué parte de ella tocar primero.

—Dime que ahora estaremos solos tú y yo durante unos días. —Le acaricié el escote con los dedos, saboreando su calor y su suavidad.

—Solos tú y yo. Tengo comida; he estado cocinando, así que no necesitamos hacer nada más que...

—... follar.

Apoyó las manos en mi pecho y movió las caderas de esa forma tan pícaro que tenía mientras acercaba los labios a mi oreja.

—Toda la noche y todo el día.

Sabía que, aun así, no iba a ser suficiente.

—¿Cuánto falta para tu apartamento?

—No mucho. —Me rozó la mandíbula con los dientes, provocando hormigueos de placer en mi polla, dura como una roca. Para mi sorpresa y decepción, se bajó de mi regazo y se sentó al lado con mi mano entre las suyas.

—Será mejor que esperemos a estar solos —dijo, mirándome la entrepierna. Era difícil no adivinar el contorno de mi miembro en los pantalones.

—Creía que te gustaba que pudieran verte. —Arqueeé las cejas. Lo cierto era que no me apetecía mucho sacar la polla delante del conductor, pero no estaba seguro de poder resistirme si ella quería.

Se rio.

—Es diferente. No quiero ver al público. —Me dio un codazo en las costillas—. Le has gustado a mi hermano. Y los demás siempre han estado de nuestra parte.

—Genial. —Hice una mueca y eché la cabeza hacia atrás, intentando concentrarme en otra cosa que no fuera el palpitir que sentía en mi sexo.

—Gracias por aceptar conocerlo.

—No hace falta que me des las gracias; quería hacerlo. Quiero conocer a todas las personas que son importantes para ti.

Suspiró.

—Esas cosas...

—¿Qué cosas? —No tenía sentido lo que decía, así que giré la cabeza hacia ella.

—Cuando dices cosas así —se encogió de hombros—, parece que lo dices en serio.

Sonreí y la pegué a mí.

—Claro que lo digo en serio. Te lo he dicho ya, yo no miento. —Me agaché, y le di el beso más tierno del mundo en los labios—. Cuando te dije que iba en serio, era verdad. Y creo que tú también. —Estábamos a punto de añadir algo más, a punto de dar el último paso hacia un terreno más firme, cuando el taxi se detuvo y Beth miró a su alrededor—. Ya hemos llegado. —Se apresuró a abrir la puerta y salir.

Nos peleamos por quién iba a pagar al conductor, cosa que me encantó. Gané yo, por supuesto, y le di dinero al conductor antes de coger la maleta. No estaba seguro de lo que me esperaba al llegar a casa de Beth. Me parecía extraño que nuestra relación hubiera avanzado tanto en algunos aspectos, pero no hubiera estado nunca en su casa, donde vivía. ¿Qué iba a descubrir? ¿Que le gustaba la taxidermia y tenía las paredes llenas de fotos de exnovios?

Subimos por una pequeña rampa hasta llegar a unas puertas de vidrio que se abrieron al acercarnos. El vestíbulo era de granito y cristal, y había poca luz. Por la pared a la izquierda caía una capa de agua que hacía resaltar las protuberancias y los picos del granito.

—Hola, Barney. —Beth saludó al guardia de seguridad que estaba detrás del mostrador—. Te presento a Dylan James. Se va a quedar conmigo, así que andará entrando y saliendo.

Saludé a Barney con la cabeza.

—De acuerdo, Beth. ¿Le has dado a Sophia un besito de mi parte? —preguntó Barney.

—Mi sobrina consigue que todo el mundo se enamore de ella en cuanto la conoce —me confesó Beth antes de volverse hacia Barney—. Vengo de verla. Te echa de menos, sin duda.

Nos acercamos a los ascensores y, al cerrarse las puertas, me volví hacia ella.

—¿Barney va a las cenas contigo?

—No, tonto. Jake y Haven tienen un apartamento aquí. En el ático, por supuesto. Durante años, Jake y yo vivimos juntos en su antiguo piso de estudiante, luego cada uno compró un apartamento en este edificio.

Eso tenía un poco más de sentido.

—¿Y todavía usan el piso?

—Cada vez menos. Es grande, pero no muy acogedor con niños. Mi apartamento es pequeñito en comparación. Solo tengo un dormitorio.

Y no necesitábamos más.

Cuando se abrieron las puertas, seguí a Beth.

—Ya hemos llegado. —Empujó la puerta y se quitó los zapatos en cuanto estuvo en el interior, lo que me puso la piel de gallina. Estar allí era el siguiente paso en nuestra relación. Beth me gustaba mucho, la adoraba, y no quería que nada de lo que descubriera allí me decepcionara, que hiciera que me gustara menos.

Los suelos eran oscuros, casi negros, y el ambiente era elegante y moderno.

Beth me miró por encima del hombro.

—¿Es lo que esperabas? Lo compré amueblado.

Asentí. Me había parecido que había un poco de desconexión, que no parecía suyo. Esperaba más vitalidad y mucho color.

—Es bonito. Y tiene buenas vistas. —No mentía, era un espacio agradable y, desde las cristaleras, había unas vistas preciosas, pero le faltaba algo. Dejé la maleta y me acerqué a los ventanales desde los que se veía el oeste y el sur de Londres.

—¿Sabes qué me encanta? Que no me lo esperaba; siempre había pensado que vivir sola sería más duro de lo que ha sido.

Se me revolvieron las tripas. No me gustaba la idea de que disfrutara del tiempo que pasaba lejos de mí. ¿Nos veía viviendo juntos? Y si era así, ¿dónde? ¿En Chicago? ¿En Londres?

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —Se acercó, con la cabeza ladeada hacia el lugar en que estaban las bebidas. ¿No es un poco contradictorio que tenga bebidas?

—Solo te necesito a ti.

Sonrió y casi pude sentir cómo se electrizaba el ambiente.

—Bueno, Señor 8A, a mí ya me tiene. ¿Qué va a hacer conmigo?

Gruñí y la estreché entre mis brazos, agachándome para saborear su cuello.

—Enséñame tu dormitorio.

Tiró de mi camisa, me la sacó de los pantalones y deslizó las manos por mi espalda. Noté sus dedos calientes y ansiosos.

—Pensaba que nunca me lo pedirías.

Me llevó de la camisa por el pasillo hasta su dormitorio.

Allí había más color —rosas y rojos—, se notaba que era su dormitorio. Se parecía más a la Beth que yo conocía.

—Hay ventanas —dije levantando la barbilla en dirección a las cristaleras que ocupaban todo un lado del dormitorio.

—¿Quieres cerrar las persianas?

Le levanté el top y se lo pasé por encima de la cabeza.

—No, creo que no.

Paseé las uñas de los pulgares por el encaje de su sujetador, saboreando la sensación que me provocaba ver cómo se le endurecían los pezones. ¿Cómo había podido estar tantas horas sin tocarla así?

Avancé hasta que quedó atrapada entre la cama y yo. Me desabroché los botones de la camisa, sonriente, y se sentó en la posición perfecta para meterse mi erección en la boca.

Se me puso dura al instante. Solo tenerla tan cerca de mi polla era demasiado. Me quité la camisa abierta y gruñí cuando me desabroché los pantalones.

Me cogió la erección con las dos manos y las movió en direcciones opuestas, controlando mi reacción. ¿Es que no veía mi desesperación?

—Parece que te alegras de verme... —Me pasó la lengua por el glande y deslizó los labios hasta que capturó la punta con la boca. Me rodeó en la base con la presión perfecta.

—Vas a hacer que me corra —dije.

Me hundió más, como si me desafiara. Luego me puso las manos en las nalgas, empujándome más y más profundamente. ¿Intentaba complacerme a mí o a sí misma? No estaba seguro de que me importara.

No pude contenerme y embestí, odiándome por perder el control. Por primera vez en mi vida, no quería que se tratara solo de mi placer. Antes de Beth, estimular a una chica era, en última instancia, una gratificación para mí. Me excitaba saber lo que podía hacerle a una mujer. Con Beth, quería que llegara al clímax porque ansiaba que fuera feliz; deseaba darle lo que anhelaba. Ese deseo iba más allá del sexo e impregnaba todo lo que hacía por ella.

—Lo siento, cariño, ver tu boca alrededor de mi polla es una imagen demasiado perfecta.

Me soltó la polla.

—No te disculpes por querer llegar más lejos. Lo estoy deseando

Como para demostrármelo, me condujo al fondo de su garganta mientras me miraba con los ojos llenos de lujuria.

—Dios, ¿intentas acabar conmigo? —Le cogí la cara entre las manos y le pasé los pulgares por los pómulos, demorándome en su precioso lunar—. Esta imagen me la voy a llevar a Chicago.

Me aparté, me deshice de los bóxers y de los pantalones, saqué un condón de la cartera y me cerní sobre ella, empujándola suavemente hacia la cama.

—¿Eh? Pensaba que yo estaba al mando.

Me balanceé sobre ella, entre sus piernas.

—No recuerdo haber hecho tal promesa. —Siempre mandaba en el dormitorio, como en todos los aspectos de mi vida.

—¿Puedo probar una cosa? —Me pasó el dedo índice por el pecho.

¿Cómo resistirme a esa boca hinchada tan hermosa?

—Lo que quieras.

Apoyó las palmas de las manos en mis hombros y dejé que me apartara de ella. ¿Qué tenía pensado?

Me tumbé de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, sin dejar de mirarla ni un segundo.

Casi vacilante se subió sobre mí para poder sentarse a horcajadas.

—¿Te parece bien?

Nunca había dejado que una mujer me montara, ni siquiera Alicia. Me gustaba tener el control, pero no le podía negar nada a Beth. Deseaba todo lo que ella me hiciera. Sonreí.

—Claro, haz lo que quieras.

Frunció el ceño y buscó mi erección, que pugnaba entre los dos.

Le tendí el condón y ella apretó los labios.

—Tal vez deberías hacerlo tú.

Se echó hacia atrás mientras yo abría el condón. La miré, hipnotizado por sus manos en mi polla.

—Es toda tuya.

—Me gusta —respondió, con la voz entrecortada.

—Me gusta que te guste mi polla.

Se puso de rodillas y apoyó la polla justo en su entrada. Echó la cabeza hacia atrás y se hundió poco a poco.

—Me gusta que sea toda mía y de nadie más. —Su voz era tensa, como si mi miembro le hubiera arrancado todo el aire de los pulmones.

Estaba apretada, caliente, y era condenadamente perfecta.

—Así es. Toda tuya. Y lista para follar toda la noche.

Sus ojos buscaron los míos cuando se acunó los pechos, tentándome al subirlos y juntarlos, moviendo las caderas en pequeños círculos sobre mí.

Debía de ser la mejor vista de mi vida. Me acerqué a ella y le pasé las manos por los muslos y el culo, alentando sus embestidas.

—Me gusta mucho. —Sus palabras sonaron como una oración.

—Contigo siempre es genial. —Cerró los ojos—. Siempre. —Sus movimientos se hicieron más compulsivos, menos controlados.

Tenía el corazón tan acelerado que jadeaba, y mi piel palpitaba dondequiera que la tocaba.

—Me encanta follar contigo —se atragantó.

Eso no era lo que estábamos haciendo.

—A mí me encanta hacer el amor contigo —contesté.

Follaba con otras mujeres; con Beth hacía el amor. Sentía cómo se derretía contra mi piel y se convertía en parte de mí desde el instante en que la había tocado. Y sabía que ningún otro hombre había oído los sonidos que salían de sus labios cuando la hacía correrse. Durante nuestro primer encuentro, me había maravillado lo receptiva que había sido, pero me había dado cuenta de que era yo quien la hacía ser así, y, a su vez, ella conseguía que me abriera, y yo me permitía sentir más de lo que nunca había sentido.

Abrió los ojos y jadeó. Se tensó y palpitó. No iba a tardar mucho en correrme.

—Dylan.

No podía contenerme más. Necesitaba que ella supiera lo que sentía.

—Te amo, Beth.

Observé, fascinado y lleno de amor, cómo la recorría el orgasmo. Le temblaron las piernas y los brazos y se desplomó sobre mí. Le puse las manos en el trasero y la empujé hacia arriba, desesperado por liberarme después de presenciar cómo se corría.

—Yo también te amo —me susurró al oído—. Yo también te amo, ¿oyes? Te quiero a ti. Te quiero.

No había nada que me apeteciera más oír. Un sonido gutural estalló en mi garganta y el orgasmo me atravesó la columna vertebral; me derrumbé sobre ella y la envolví entre mis brazos para sentirla lo más cerca posible.

Jadeé en su pelo, inhalando su aroma a almendras.

Tenía que aferrarme a ella. Beth era la única mujer que necesitaba.

No podía perderla nunca.

14

BETH

Don aguardaba a mi espalda con la maleta mientras yo abría la puerta de Dylan. Me resultaba extraño entrar en casa de otra persona.

Después del viaje de Dylan a Londres, me había parecido ridículo insistir en alojarme en un hotel. Así que, cuando volvió a pedirme que me quedara con él, le dije que sí. Si hubiera sabido antes que iba a sonreír como si le hubiera puesto el mundo en las manos, no habría podido resistirme tanto tiempo. Nos queríamos; no hacía falta fingir que no deseábamos estar el uno con el otro todo el tiempo.

Entré y sonreí al pensar que estaba muy cerca de Dylan. Su olor me envolvió al instante; casi podía sentirlo. Se había alojado conmigo en Londres, y yo en ese momento yo estaba en su casa. Empezábamos a compartir nuestras vidas, a estar más unidos, más juntos. Y todo fluía, como si mi ansiedad quedara cada vez más atrás, y mi confianza en mi relación con Dylan creciera cuando oía su voz. Quizá hubiera un ancho mar entre nosotros, pero nunca me había sentido tan unida a ningún hombre.

—¿Te importaría llevarme al centro después de que vaya al baño? —le pregunté a Don. Faltaban unas horas para que Dylan llegara a casa y quería comprar algunos ingredientes en una tienda especializada en utensilios de cocina que había encontrado en internet. También quería buscar un delantal con volantes para poder recibirlo como me había pedido.

Aunque el lunes iba a reunirme con los responsables de la cadena televisión para hablar de una posible ampliación de mi espacio y, tal vez, rodar algunos episodios independientes, quería que el fin de semana girara en torno a nosotros; por eso, esperaba que pasáramos la mayor parte del día juntos, en casa y, preferiblemente, en la cama.

No me sentía cómoda con la atención que estaba recibiendo del programa. Había empezado a hacer repostería para no pensar en la bebida, no para llamar la atención, así que era como si, de alguna manera, me estuvieran malinterpretando; me sentía casi un fraude. Yo era repostera, no una estrella de la televisión.

Cuando puse en marcha el canal de YouTube, e incluso cuando firmé el contrato con *A Chicago Saturday*, no se me había ocurrido pensar en el impacto que iba a tener en mi vida, más allá de dar un significado a los cuatro últimos años que no fuera mantenerme sobria. Me gustaba la idea de llevar mi amor por la repostería al mayor número de personas posible, y no había pensado de verdad en las implicaciones. No había sabido la interacción entre espectador y presentador no era unidireccional. Así que tenía que escuchar sus opiniones sobre mis postres, lo que, a veces, era un poco duro. Desde que se habían emitido los programas, Amber no dejaba de hablarme de entrevistas y sesiones de fotos. También me había sugerido que me buscara un agente y un experto en marketing.

Pero yo no estaba muy segura de querer llamar la atención.

Quería dar sin ser compartida.

Ya se habían emitido tres de los seis espacios que había rodado, el cuarto saldría al aire al día siguiente.

Al parecer, había sido todo un éxito.

Y había sucedido muy rápido.

—Podría tomarme el día libre —propuso Dylan.

Ni siquiera había salido de la cama, pero me parecía que llevaba horas despierta. Suponía que sí, que podíamos intentar aprovechar hasta el último segundo de nuestro tiempo juntos. Desde que había llegado a Chicago, al principio del fin de semana, habíamos dormido poco, hablado mucho y hecho el amor hasta cansarnos.

Era como si confesar que nos amábamos nos hubiera dejado desnudos. Ya no había nada que se interpusiera entre nosotros, ni barreras ni muros. Éramos una unidad. Disfrutábamos un lugar seguro e íntimo, y no quería dejar que el mundo entrara en él. Quería detener el tiempo y quedarme así con él para siempre. La vida me había enseñado que los malos momentos no duraban para siempre, pero tampoco los buenos. Y, aunque sabía que iba a amar a Dylan el resto de mi vida, también comprendía que esos ratos juntos eran especiales y había que saborearlos.

—Acabo de darme cuenta de que regreso esta noche a Londres y no hemos hecho planes para volver a vernos. —Fruqué el ceño.

Dylan se apoyó en el codo.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo previsto ningún viaje, y tú tampoco. —No me preocupaba, en realidad. Solo pensaba que debíamos decidir cuándo íbamos a vernos de nuevo.

Se cernió sobre mí y se quedó gravitando sobre mi boca.

—Yo pienso ir el jueves —dijo, y me besó.

Le sujeté por los hombros.

—¿Qué? ¿Vienes a Londres?

—Sí. Pero sabes que deberíamos mantener una conversación sobre dónde vamos a vivir finalmente.

Sonreí.

—¿En serio?

—Claro que sí. No puedo vivir en un continente distinto que mi mujer y mis hijos, ¿verdad?

—Qué ridículo eres... —Me reí; tiré de la sábana y salí de la cama.

—Conste, no me estoy declarando. —Me siguió al baño.

—Mejor. Porque nos conocemos desde hace nada.

Lo miré con intensidad en el espejo y se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero también sé que no he sentido esto por nadie.

Me dio un vuelco el corazón. Me encantaba escuchar que me quería, porque yo le correspondía con la misma intensidad. Era muy agradable oírsele decir, me sentía como si fuéramos... iguales. Nunca me había sentido así. La experiencia me había llevado a pensar que iba dos pasos por delante de los hombres con los que había salido antes de Dylan.

—No quiero decir ahora sea el momento de hablarlo, aunque tampoco me parecería mal. Solo que, tarde o temprano, tenemos que decidir dónde vamos a vivir.

Tenía razón, pero yo no quería irme de Londres y no me lo imaginaba trasladándose a otro continente cuando su negocio tenía su sede allí. Cada vez que pensaba en ello, acababa llegando a un callejón sin salida, así que intentaba quitármelo de la cabeza.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Asentí.

—Tienes razón. En algún momento tendremos que hablarlo, pero ahora tengo que ducharme. —
¿Y si llegábamos a un punto muerto? ¿Qué podía significar eso? ¿Íbamos a poner fin a lo nuestro si
no encontrábamos una solución?

El teléfono de Dylan empezó a sonar en el dormitorio y dejó de seguirme hasta la ducha. Aunque
nunca lo habría rechazado, los dos debíamos espabilar y prepararnos para afrontar el día. El sexo era
una distracción estupenda, pero la vida real se entrometía de vez en cuando.

DYLAN

—Deja de llamarme. —Colgué antes de que Alicia pudiera responder, tiré el teléfono encima del
escritorio y miré las vistas de Chicago. Sus llamadas eran cada vez más frecuentes. ¿Por qué estaba
tan empeñada en ponerse en contacto conmigo?

Si no hubiera conocido a Beth, quizá podría haberme sentido tentado de escucharla. Una parte de
mí no quería haberse equivocado tanto con ella, y prefería que lo que la hubiera llevado a marcharse
hubiera sido un enorme malentendido. Si solo resultaba ser una zorra aprovechada, habría
significado que me había engañado. Que mi radar tenía un punto ciego que me dejaba fuera de
control, que era alguien de quien podían aprovecharse de nuevo, y eso no me gustaba.

Estar con Beth me había cambiado, me había demostrado que lo que Alicia y yo habíamos tenido
había sido pequeño y frágil. No recordaba haber sentido por Alicia lo que Beth me despertaba.
Quería cuidar y proteger a Beth, mientras que con Alicia me había sentido obligado a mantenerla
porque eso era lo que hacía un hombre; no se había tratado de hacerla sentir segura y feliz, que era lo
que quería para Beth. La necesidad de proteger a Beth era la razón por la que me dolía tanto que
regresara a Londres ese mismo día. Habíamos pasado un fin de semana perfecto y no estaba
preparado para dejarla marchar.

Beth era considerada y amable, no solo conmigo, sino con todas las personas que formaban parte
de su vida. Sonreí. Además, por supuesto, tenía un cuerpo increíble. El teléfono vibró encima del
escritorio; giré la silla y vi el nombre de Alicia en la pantalla. Otra vez. Empezaba a ser muy irritante.

—Maldita bruja... —murmuraba justo cuando Raf entró.

—¿Qué has dicho?

—He dicho «maldita bruja». —Silencié el teléfono; Raf se dejó caer en una de las sillas que había
colocadas frente a el escritorio—. Este escritorio es de nogal y muy caro; si se va a estropear, no
quiero que sea porque Alicia hacer arder mi móvil.

—¿Alicia?

—Sí. No para de llamar. Oye, ¿sabes cómo bloquear un número?

—Claro. —Raf me tendió la mano y le pasé el aparato—. No sabía que estabais en contacto.
Pensaba que no la habías visto desde...

—No estamos en contacto. Empezó a llamarme hace un par de semanas.

—¿No has respondido ninguna vez?

Suspiré y me pellizqué el puente de la nariz.

—Hablé con ella un momento. No sabía que era ella; ha cambiado de número. Me dijo que tenía
una propuesta de negocios para mí. Luego colgué.

—¿Una propuesta de negocios? —preguntó Raf mientras toqueteaba mi teléfono.

Hablar con Raf me traía recuerdos dolorosos. Alicia nos había convencido para invertir en un
negocio, pero había salido tan mal que había hecho tambalearse mi sociedad con Raf, y nos había
costado mucho tiempo reconducir nuestra amistad.

—Bueno, espero que sepas que no debes aceptar su oferta. —Raf y yo habíamos llegado a un acuerdo después de Alicia, literal y figuradamente. Habíamos pactado que nunca íbamos a permitir que nuestras vidas personales se mezclaran con los negocios—, pero ¿no sientes poco de curiosidad por saber qué te va a proponer? Es lo que llaman cerrar una etapa.

—Me dejó por un tipo más rico. Creo que es todo el «cierre de etapa» que necesito. —Pasó de mí, y yo seguí adelante.

—Y no has tenido una relación desde entonces. Fue como si te hubiera cortado la polla y minado el orgullo. —Raf levantó la vista y me sonrió.

—Mi polla está bien. He estado con muchas mujeres y ahora estoy con Beth.

—Beth es la primera que tiene nombre.

Me encogí de hombros. No era del todo exacto, pero se aproximaba.

—No quería cometer el mismo error de nuevo. A veces hay que ser paciente hasta encontrar lo que quieres.

—¿Lo es Beth? ¿Es lo que has estado esperando?

Asentí, aunque no había estado esperando nada. Ni de lejos. Beth me había desconcertado, había sido algo totalmente inesperado. Pero era la mejor persona que conocía y la única mujer a la que había amado de verdad.

—Tengo que contarte algo sobre ella.

Raf abrió mucho los ojos.

—No tendrá tres tetas, ¿verdad? Porque quizá te la robe si es así.

—Estás enfermo.

Se acarició la mandíbula.

—Oye, ni niños ni animales, pero estoy dispuesto a probar una vez todo lo demás.

Negué con la cabeza e inspiré hondo.

—No quiero que te pongas histérico, pero Beth es Beth Harrison, la de *Cocinando con Beth*, de *A Chicago Saturday*.

Raf no dijo nada, se quedó mirando por la ventana.

—Debería habértelo dicho antes. Se pusieron en contacto con ella mucho antes de que la conociera y no he tenido nada que ver con su contrato. —Raf suspiró—. A Beth ni se le ha pasado por la imaginación que somos los dueños de la empresa. Quiero decírselo, pero quería que lo supieras tú antes.

—¿Es la razón por la que no hemos vendido todavía Raine Media?

Era una pregunta justa.

—No. Bueno, tal vez.

—Dios... —Raf se levantó con rapidez y empujó la silla hacia atrás—. Habíamos convenido no dejar que nuestras vidas personales interfirieran en los negocios.

—Mira, no habría vuelto a estudiar los números si ella no hubiera estado en negociaciones con la cadena. Habría estado de acuerdo con lo que tú dijeras, pero te juro que, si no le hubiera visto potencial, me habría dado igual la presencia de Beth.

Raf me miraba con los labios apretados.

—Nuestra sociedad funciona porque no nos mentimos y cumplimos lo que prometemos.

Se me revolvió el estómago. Debía habérselo dicho a Raf, sí, pero también a Beth. Había intentado simplificarlo todo, pero, en lugar de lograrlo, había empeorado la situación, había creado un problema donde no debía haberlo. Cuando pusiera un pie en Londres, iba a ser lo primero que hiciera. Bueno tal vez no lo primero.

—Tienes razón, lo siento. —Raf merecía saber la verdad, y debí habérsela dicho antes—. No volverá a pasar.

—Eres un capullo.

—Por una vez, tienes razón.

Marie subió la voz delante de mi puerta, algo que no había pasado antes.

—Está en una reunión —anunció, bloqueando la puerta de mi despacho.

—Nunca podría resistirse a mí vestida de rojo. —El acento sureño de Alicia me taladró los oídos.

Raf me lanzó una mirada y los dos corrimos a ayudar a Marie.

Alicia me sonrió como si siguiéramos saliendo.

—Dylan, cariño, estás muy guapo.

—¿Qué haces aquí, Alicia? —ladré mientras serenaba a Marie.

—He venido para que me lleves a comer, por supuesto. —Me tocó suavemente el brazo, un pequeño gesto que me resultó demasiado extraño. Beth era la única mujer con derecho a tocarme.

—Quiero que te vayas, Alicia. —Estábamos montando una escena y los más cotillas de la oficina se iban a enterar de lo que pasaba en un santiamén.

Sonrió, pero negó con la cabeza.

—No voy a ninguna parte sin ti. —Se dejó caer en el sofá. No iba a poder sacarla de allí.

Pasé por delante para ir a los ascensores. Si tenía que salir del edificio para echarla, eso iba a hacer.

En cuestión de segundos, el denso olor de su perfume inundó mis fosas nasales.

—He reservado en Giovanni's. Va a ser muy divertido, como en los viejos tiempos.

—No voy a comer contigo.

—Claro que lo harás. No te olvides de lo bien que te conozco, Dylan. Nunca has podido resistirte a mí.

—Estás muy equivocada, Alicia. Te quiero fuera de este edificio. Fuera de mi vida. Si aceptara almorzar contigo, ¿dejarás de acosarme?

—Por supuesto. —El acento sureño había desaparecido; como siempre que era sincera.

—Si me vuelves a llamar después de hoy, te pongo una orden de alejamiento.

—Tienes mi palabra.

—¿Como cuando me dijiste que te casarías conmigo? —No debí haberlo dicho. Hacía que pareciera como si todavía estaba amargado y no era así. Pensaba que era una zorra y agradecía no haber perdido más tiempo con ella, pero no me sentía amargado. Hasta ese día había pensado que la odiaba, pero al verla tan desesperada, sus viejos trucos parecían solo eso: viejos. No la odiaba. De hecho, no sentía nada. Aunque había hecho falta que apareciera en mi despacho de aquella manera para comprenderlo.

—Marie, estaré en Giovanni's, pero no tardaré más de cuarenta y cinco minutos.

Desde la ruptura, podía haber coincidido con Alicia y su marido varias veces en algunos actos: galas benéficas, reuniones empresariales, ese tipo de cosas. Como había estado pendiente de no encontrármela, si veía el nombre de Alicia en la lista de invitados, presentaba mis excusas. Sin embargo, en ese momento, me pregunté por qué lo había hecho. Debí haberme alegrado de que se hubiera casado con otro porque eso me había dejado vía libre para conocer a Beth.

—¿Ves? Sabía que podía hacerte sonreír. —Alicia se colgó de mi brazo cuando salimos del ascensor. Aunque quería deshacerme lo antes posible de ella, necesitaba poner punto final a sus avances para poder seguir con mi vida con Beth. Estaba casi seguro de que mi novia iba a salir de la reunión con WCIL en cualquier momento y quería saber si iba a tener motivos para viajar a Chicago a partir de entonces.

Saqué el móvil del bolsillo para ver si me había enviado algún mensaje y me di cuenta de que lo había dejado en mi escritorio.

—Más vale que nos demos prisa, Alicia. Tengo una tarde ocupada.

—Venga ya, nos lo pasaremos bien. Siempre nos divertimos juntos, Dylan, ¿verdad?

—La puerta del pasado está cerrada y bloqueada. No me interesa recordar los buenos tiempos.

—Al menos admites que fueron buenos tiempos.

No respondí, no hacía falta. Ella tenía que aceptar que había tomado malas decisiones. No tenía por qué decirle que era una zorra; no era mi problema ni mi responsabilidad. Además, me daba igual.

—Ya hemos llegado —dijo con aire despreocupado cuando alcanzamos la entrada del restaurante situado a una manzana de mi oficina. Era un sitio donde servían rápido, menos mal.

—Señor James, me alegro de verle. Disculpe, me parece que no tengo una reserva a su nombre, pero le buscaré una mesa. —Le hice una señal de agradecimiento con la cabeza.

La fachada de Alicia se resquebrajó.

—Debí suponer que nos darían una mesa mejor si te conocían —dijo, con los ojos brillantes de irritación.

Nos sentaron enseguida y Alicia insistió en pedir una botella de vino. Yo no iba a probar ni una gota, a pesar de lo que ella pensara.

—Bueno... —dijo con aire dramático cuando el camarero se alejó—, quiero poner las cartas sobre la mesa para que sepas exactamente por qué estoy aquí. Me casé con el hombre equivocado. Lo siento, no debí cancelar la boda. Fue un error.

Me reí entre dientes. Se había equivocado de hombre porque había llegado a ser más rico que su marido. No porque me quisiera ni porque se estuviera muriendo sin mí, sino porque pensaba que había elegido mal.

—Creo que tomaste la decisión correcta. Bob es un tipo decente.

Ignoró mi comentario sobre su marido.

—Has llegado muy alto tú solo —continuó.

—Así que lo que quieres decir es que has apostado al caballo perdedor.

Se encogió de hombros.

—Te echo de menos, Dylan. Sé que ningún hombre me amará como tú.

Si no la conociera bien, habría podido caer presa de su encanto.

—Y echo de menos nuestra amistad y tu inteligencia. Siempre me tomabas en serio cuando te hacía una observación sobre negocios. Bob se limita a reírse cuando intento hablarle de su trabajo. Y como eres tan buena persona y un hombre de negocios increíble, he llegado a la conclusión de que eres la única persona en el mundo con la que quiero asociarme.

¿De verdad pensaba que iba a hacer negocios con ella? Rebuscó en el bolso y sacó un *pendrive*.

—Sé que te va a encantar, Dylan. Y te gustarán aún más los ingresos proyectados. —Se le iluminaron los ojos. En serio pensaba que iba a decir que sí.

Tenía que estar de broma.

BETH

Cuando me subí a un taxi de camino a la cadena de televisión, me sonó el móvil dentro del bolsillo. Había hecho las maletas por si no me daba tiempo después de la reunión, ya que debía recogerme un coche a las seis para ir al aeropuerto, pero estaba segura de que la cadena iba a querer que firmara algo antes de irme. Y aún no estaba segura de estar preparada para comprometerme más.

El fin de semana con Dylan había sido maravilloso, fácil y perfecto. No necesitaba ninguna excusa para venir a Chicago, aunque Dylan significaba tanto para mí que iba a regresar con frecuencia, así que más me valía tener algo que me mantuviera ocupada durante ese tiempo, y *A Chicago Saturday* podía ser una buena opción.

Le indiqué al taxista adónde ir y consulté los mensajes.

Amber: No te creas nada. Es todo mentira. Bryan te encontró en YouTube, lo sabes. Estoy deseando verte a las 11.

Lo leí dos veces y tampoco le encontré sentido la segunda vez. De hecho, habría supuesto que era un mensaje para otra persona si no hubiera mencionado que habíamos quedado a las once. ¿Qué era lo que no debía creerme? ¿Me habría confundido con otra persona?

El trayecto hasta el estudio de televisión era muy corto, y Amber me esperaba delante de la puerta cuando el taxi se detuvo; su sonrisa casi perpetua había desaparecido, no me sostenía la mirada y apretaba los labios. Sentí náuseas mientras pagaba al conductor y abría la puerta del taxi. A lo mejor habían cambiado de opinión con respecto a ofrecerme una colaboración más larga con programa.

Inspiré hondo: no importaba. No tenía nada que ver con mi relación con Dylan y no significaba que no pudiera pasar todo el tiempo que quisiera en Chicago. No era para tanto. De todos modos, no me gustaba el enfoque que le habían dado a la publicidad. Tal vez, en el fondo era lo mejor.

—¿Cómo lo llevas? —Amber me abrazó—. He pensado que será mejor que usemos la entrada trasera, porque allí hay menos gente. Creo que lo preferirás. —Recorrimos el lateral del edificio.

Me pareció bien que se preocupara, pero no entendía por qué manteníamos la reunión si me iban a decir que no querían seguir trabajando conmigo. Habría bastado con que me hubieran llamado.

—No tenía ni idea de que estuvieras saliendo con él —me confió Amber y, de repente, el mundo empezó a dar vueltas. Me detuve para no caerme.

—¿Saliendo con quién? ¿Qué pasa, Amber?

—Con Dylan James. Está muy bueno, así que no me sorprende. Hacéis una pareja estupenda, aunque eso no tiene nada que ver con el motivo por el que te ofrecimos el trabajo.

—¿Cómo sabes con quién estoy saliendo? —pregunté, rebuscando en mi mente las respuestas. Debía de ser por la gala benéfica. Nos habían visto los de la prensa y Dylan era una figura pública muy conocida.

—Ya sabes, por internet.

Amber utilizó el pase para desbloquear la puerta y entramos; luego me guio a una sala de conferencias donde nos esperaba Bryan.

Él ladeó la cabeza.

—¿Cómo lo llevas? No dejes que esos chupasangres te depriman. Sabemos la verdad. Te encontré en YouTube. —Amber había dicho algo parecido, pero no lo entendía—. No tiene nada que ver con quién estás saliendo. La prensa solo busca algo a lo que hincarle el diente. Tú vas a ser la próxima Martha Stewart, así que considera esto como tu fiesta de presentación. Solo tienes que ser fuerte.

—Espera. —Levanté las manos—. Hagamos un inciso ¿De qué estáis hablando? ¿Por qué mencionáis a Dylan y a la prensa? —Mi mirada pasó de uno a otro—. Han descubierto que estamos saliendo, ¿y qué? ¿Por qué están tan interesados?

Amber y Bryan se miraron de reojo.

—¿No has visto la noticia? —preguntó Amber en voz baja.

Oí el estruendo de un maremoto a lo lejos, un aviso de que todo estaba a punto de cambiar.

—¿Qué noticia? —pregunté, y tomé asiento—. Estáis empezando a asustarme de verdad.

Bryan inspiró hondo y negó con la cabeza, tomando asiento en una silla enfrente de mí.

Amber se sentó a mi lado.

—¿No lo has leído? Hay un artículo en el *Sun Times* sobre mujeres que llegan a la cima pasando por la cama; te mencionan en él.

¿«Pasando por la cama»? Se me revolvió el estómago. La repostería era algo que me había trabajado yo sola. No había tenido ninguna ayuda de Jake, y a Dylan lo había conocido hacía poco, y, de todos modos, ¿cómo iba a ayudarme? Por eso tenía tantas dudas con respecto a prolongar mi participación en *A Chicago Saturday*.

—Pero si me pedisteis que me reuniera con vosotros antes de que conociera a Dylan...

—Exactamente —convino Bryan.

—Lo sabemos —intervino Amber tratando de tranquilizarme—. Ese artículo se olvidará. Y no son más que cotilleos de prensa amarilla. Ignóralos.

—No entiendo qué tiene que ver con que salga con Dylan. Quiero decir, sé que es rico y conocido, pero no puede darme él un espacio en un programa. ¿O sí puede?

—Y eso es lo que le dije a la prensa cuando me llamaron. Les dije que Dylan no tiene ningún control creativo en *A Chicago Saturday* ni en WCIL. Que no se involucra en la programación de la cadena.

—Espera, ¿qué? ¿Qué queréis decir con que «No se involucra»?

Amber se encogió de hombros, pulsando en la pantalla del teléfono.

—Te voy a enseñar lo que han escrito. Sé fuerte. Solo quieren hacer ruido; No tienen ni idea de lo que pueden intervenir los socios capitalistas en el contenido creativo. En realidad, no saben nada.

¿*Socios capitalistas*? ¿Por qué iba a tener Dylan control creativo sobre *A Chicago Saturday*? ¿Era uno de los inversores?

—Pero ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa, habría estado bien habernos anticipado. Podríamos haber contratado a una empresa de relaciones públicas, por si surgía algo así —dijo Bryan.

Amber me ofreció su móvil.

—«Todavía vale la pena acostarse con el jefe». —¿Qué coño era aquello? Leí el artículo.

«Casualmente, la nueva sensación de la repostería, Beth, de Cocinando con Beth, de A Chicago Saturday, se acuesta con uno de los propietarios de WCIL y Raine Media...».

No pude seguir leyendo. ¿Dylan era propietario de WCIL? No podía ser verdad. Dejé caer el teléfono sobre el escritorio. Me lo habría dicho. Me aseguró que nunca me mentiría. Me levanté, consciente de que Amber y Bryan estaban hablando, aunque yo no podía distinguir ninguna de sus palabras. Me volví hacia la puerta.

—Tengo que irme.

¿Había estado acostándome con mi jefe sin saberlo? Tenía que un error; debían de estar equivocados. Balbucí una excusa para marcharme. Rebusqué en el bolso, saqué el móvil y llamé a Dylan en cuanto salí a la luz del día.

Vi un taxi en el lugar en el que me habían dejado y fui directa hacia él. Dylan podía explicármelo todo. Él le iba a darle sentido a aquel despropósito, a aclararme su relación con Raine Media. Su teléfono sonó y sonó. Subí a la parte de atrás del vehículo y le di al taxista la dirección de la oficina de Dylan.

Saltó el buzón de voz. No recordaba que me hubiera ocurrido antes. Siempre me cogía. El estruendo del maremoto era cada vez más fuerte; como si me hubiera despertado en un universo alternativo donde nada era como debía ser.

Nos detuvimos delante del edificio donde tenía sus oficinas; por un momento, pensé que tal vez no trabajaba allí, que cabía la posibilidad de que todo lo que yo creía que habíamos vivido fuera una gran mentira. Intenté deshacerme de esa sensación. Imaginé a Dylan sonriéndome cuando lo sorprendiera en su despacho; entonces me abrazaría y me diría que el *Sun Times* lo había confundido con otra persona, o que había pensado que era el dueño de Raine Media cuando en realidad era el propietario de otra empresa de medios de comunicación. Sí, eso era lo que iba pasar.

Crucé el vestíbulo.

—Beth Harrison quiere ver a Dylan James —le dije al guardia de seguridad de la recepción—. Si pudiera avisarlo...

Me entregó un pase de seguridad.

—Suba en el ascensor cinco hasta la planta sesenta y dos. Su ayudante la espera allí.

Todo me resultaba desconocido mientras me acercaba al ascensor. Quería que Dylan me hiciera sentir mejor, que me confortara como nadie más podía hacerlo. Quizá me había vuelto más dependiente de él de lo que pensaba. ¿Cómo podía haberse metido tan profunda y tan rápidamente bajo mi piel? En realidad, no sabía nada de él. No había estado nunca en su despacho y me había presentado a su socio en la gala. No conocía a sus padres y, salvo que estaba en la Marina, no tenía ningún dato más del hermano de Dylan. ¿Cómo podía sacar a colación dónde íbamos a vivir cuando sabíamos tan poco el uno del otro?

Se abrieron las puertas del ascensor y una mujer delgada y canosa me sonrió con calidez.

—¿Beth? Me alegro mucho de conocerla por fin. Dylan me ha hablado de usted a menudo. Siempre me pide que le vacíe la agenda cuando está en la ciudad.

Sonreí, aliviada por sus palabras.

—¿Puedo verlo? Necesito hablar con él urgentemente.

Frunció el ceño.

—Me temo que tenía una cita para comer. Pero aseguró que no tardaría, puede esperarlo.

Comprobé el móvil, deseando que parpadeara en la pantalla el nombre de Dylan.

—En realidad, es muy importante. ¿Puede decirme a qué restaurante ha ido? —Pulsé el botón del ascensor para bajar al nivel de la calle—. Tengo que darle un mensaje rápido antes de irme al aeropuerto, y me temo que no puedo esperar. —Era mentira y casi me ahogué al decirlo, pero, en aquel momento, mi necesidad de ver a Dylan, de comprobar que todo iba bien, pudo más que mi necesidad de ser sincera.

Marie parecía incómoda por mi petición, pero mi cara debió de convencerla de mi urgencia por verlo.

—Está en Giovanni's, justo en la esquina de la manzana. Gire a la izquierda cuando salga del edificio y está a la derecha.

Sonreí a Marie y entré en el ascensor.

—Muchas gracias.

Apenas noté el viento cuando recorría la calle; entré en el restaurante.

Escudriñé a los comensales, tratando de encontrarlo.

—Hola, señorita. ¿Puedo ayudarla?

Seguí mirando las caras de los clientes mientras respondía.

—Busco al señor Dylan James. —Divisé su perfil. Estaba bebiendo un sorbo de agua; sus fuertes

manos parecían capaces de aplastar el vaso si lo apretaba con demasiada fuerza. Solté el aire, sintiendo que, por fin, estaba como debía. Esbozó una sonrisa, pero no iba dirigida a mí. Miraba a la persona que tenía enfrente. Seguí su línea de visión... Me acerqué. Aquel pelo rojo era inconfundible.

Estaba almorzando con Alicia.

El color y el ruido del restaurante parecieron mezclarse en una enorme y complicada telaraña y me giré, desesperada por salir.

Nada era como yo pensaba.

Cuando intentaba marcharme, noté un golpe en la pierna y el sonido de cristales rotos resonó en mi cabeza.

—Lo siento —susurré.

La gente me miraba, y corrí hacia la puerta buscando la luz del sol. Solo quería escapar.

Llegué a la acera justo cuando un taxi dejaba a otra persona. Me colé en el asiento de atrás antes de que el taxista encendiera la luz de libre.

A lo lejos, mientras cerraba la puerta, oí que decían mi nombre.

—Por favor, ¿podemos irnos?

El conductor me miró.

—¿A dónde vamos, señorita?

Inspiré hondo. Quería irme a casa.

—Al Chicago O'Hare, por favor.

15

DYLAN

No estaba disfrutando de la compañía de Alicia, pero tampoco podía decir que me irritara, aunque estaba perdiendo el tiempo. No albergaba ya ningún sentimiento por ella, y me alegré al darme cuenta. En realidad, estaba deseando volver y llamar a Beth. Tal vez podía convencerla de cambiar el vuelo y que se quedara a pasar la noche. Tenía muchas cosas que contarle.

Un estruendo de cristales rotos me llamó la atención, levanté la vista y vi a Beth cuando ya se daba la vuelta para ir hacia la puerta. ¿Qué hacía allí?

Me levanté y fui tras ella. Si me había visto, y estaba bastante seguro de que así era, ¿por qué no se había acercado? Joder, me había visto almorzando con Alicia y, probablemente, se había imaginado lo peor.

Salí y miré a izquierda y derecha, intentando ver hacia dónde había ido. Busqué el móvil en los bolsillos. Mierda, lo había dejado en el despacho.

¿Dónde se había metido? Volví a entrar en el restaurante.

—La mujer que estaba aquí hace un minuto...

—Sí, ha venido preguntando por usted, pero ha parecido cambiar de idea cuando le ha visto. Espero que todo...

No me quedé a escuchar el resto, y volví corriendo al despacho.

¿Dónde se había metido? Debía de haber sido todo un *shock* verme con Alicia, pero no era como si nos hubiera encontrado desnudos en la cama. Beth sabía lo que yo sentía por ella y que Alicia no representaba una amenaza, ¿verdad?

Marie me saludó en cuanto crucé las puertas de cristal de la planta sesenta y dos.

—Beth acaba de pasar por aquí. ¿La ha visto?

Me detuve antes de llegar a mi despacho.

—¿Ha estado aquí?

—Sí, parecía desesperada por hablar con usted. Espero que no le importe que le dijera dónde estaba almorzando. Siento que no se hayan visto. ¿La localizo por teléfono?

—No, no pasa nada. —Cogí el móvil del escritorio. Tenía dos llamadas perdidas de Beth, las dos eran anteriores a que hubiera entrado en el restaurante.

¡Joder!

Salí de mi despacho hacia los ascensores mientras la llamaba.

Me saltó el buzón de voz. Colgué y bajé con el chófer. Estaba casi seguro de que iba a ir a mi casa aunque solo fuera porque tenía que recoger el equipaje. Me tranquilicé. En cuanto la viera, iba a explicárselo todo.

—Llévame a casa, por favor —indicué a Don cuando me senté en el asiento trasero—, y tan rápido como puedas.

Abrí la puerta antes incluso de que el coche se detuviera por completo, subí de dos en dos las escaleras hasta la puerta y entré.

—¿Beth? —llamé e intenté oír su respuesta, alguna señal de que estaba allí. No hubo ninguna. ¿Estaba todavía de camino?

Su equipaje seguía junto a la puerta, así que volví a marcar su número.

Me salió el buzón de voz. Otra vez.

Quería que me contestara, que se quedara y me dejara explicarle que había ido a comer con Alicia para deshacerme de ella de una vez. ¡Joder!, debí haber ordenado a los de seguridad que echaran a Alicia. ¿Por qué había cedido?

Necesitaba a Beth, pero ¿dónde estaba? El corazón me latía acelerado en el pecho y notaba hormigueos la piel. Me quité la chaqueta y la lancé al sofá.

Escribí un mensaje.

Dylan: ¿Puedes atenderme? Alicia ha venido a la oficina y ha montado una escena; se ha negado a irse a menos que almorzara con ella. Está loca. Por favor, llámame. Te quiero.

Me quedé mirando el teléfono, deseando que sonara.

Impaciente, la llamé.

El buzón de voz. Otra vez.

Joder. ¿Habría ido a casa de su padre? Me avergonzaba pensar que no tenía ni idea de dónde vivía, pero ella tampoco lo mencionaba a menudo. Parecía que, para Beth, su familia se limitaba a ser la gente de la que se rodeaba en Londres.

Además, tenía que volver para recoger su equipaje antes de salir hacia el aeropuerto. Me tocaba esperar, así que decidí no reaccionar de forma exagerada y seguir llamándola hasta que apareciera o contestara.

Dylan: ¿Dónde estás? Te quiero. Contesta.

Quizá había ido a una reunión o a un bar. Se me revolvieron las entrañas al pensar que había sido yo quien le había causado sufrimiento cuando lo único que quería era hacerla feliz. ¿Por qué había sido tan idiota?

Estaba evitando la llamada más obvia: tenía que llamar a su hermano. Esto no era solo una riña de amantes. Beth podía echar a perder su recuperación, y tenía que hacer todo lo posible para asegurarme de que no sucediera.

Llamé a Marie y le pedí que me localizara el número de Jake Harrison. No tardó mucho en dar con él. Era tarde en Londres, pero estaba casi seguro de que a Jake no iba a importarle que llamara. Quizá iba a querer darme una paliza, pero también estar al tanto de lo que le ocurría a Beth.

Marqué su número.

—¿Hola? —respondió Jake—. ¿Beth?

Me dio un vuelco el corazón y tuve que inspirar hondo.

—Jake, soy Dylan James. ¿Qué sabes de Beth?

—Te advertí que no le hicieras daño.

—Lo sé y lo siento, pero no ha ocurrido lo que ella piensa.

—No vuelvas a llamarme y déjala en paz. Se merece algo mejor...

Sonaba como si me quisiera pegarme a pesar de la distancia. En ese momento, no me habría importado. Podía ayudarme a concentrarme en algo que no fuera el dolor de no tener a Beth a mi lado.

—¿Puedo explicarme? No es lo que ella piensa...

—A menos que puedas decirme que no eres el dueño de Raine Media y que no te olvidaste de decirle a mi hermana que trabajaba para ti, y que no has tenido una encantadora cita para almorzar

con tu exprometida, no hay nada que quiera oír. Deja en paz a mi hermana, pedazo de gilipollas de mierda.

Jake puso fin a la llamada. Tiré el teléfono y me mesé el pelo, esperando que así pudiera disminuir el latido de la sangre en los oídos.

Beth se había enterado de que yo era el dueño de Raine Media.

¿Por qué demonios no se lo había dicho a ella y a Raf? ¿Por qué no había permitido que Raf vendiera esa cadena? De haber sido así, no estaría en este lío. No tenía nada que ocultar; no era para tanto. Pero todo estaba yendo tan bien entre nosotros que no había arriesgarme a que algo lo estropeará. Quería que ella lo supiera, sí, aunque no había encontrado el momento adecuado para decírselo.

Tampoco era como si pudiera influir en el proceso de contratación. Habían contactado con ella antes de conocernos, así que ¿cuál era el problema?

Me pregunté cómo se había enterado y cuánto hacía que lo sabía. ¿Jake me habría investigado o algo así?

Me sobresalté cuando sonó el teléfono. Se me encogió el corazón cuando vi que era Marie.

—Estoy tratando de tener la línea libre, Marie. ¿Es urgente?

—Creo que debería echar un vistazo al *Sun Times*. Hay un artículo sobre Beth que no creo que le haga mucha gracia.

Dios, ¿había luna llena? El día no hacía más que empeorar. Cogí la *tablet* en la cocina y volví al salón. Quería estar allí esperando a Beth cuando regresara.

Busqué en la web de *Sun Times*.

Joder.

Joder.

Joder.

Bueno, al menos sabía cómo se había enterado de que era dueño de Raine Media.

Pero debí habérselo dicho yo. Había sido idiota.

Volví a marcar su número.

El buzón de voz. Otra vez.

Escribí un mensaje.

Dylan: Acabo de ver el artículo en el Sun Times. Debería habértelo contado yo. Por favor, ven a casa para que pueda explicártelo todo, hay una razón. No he tenido nada que ver con que consiguieras el trabajo. Te quiero. Te quiero. Lo siento.

No había nada que hacer salvo esperar.

Me aflojé la corbata; me invadía una sensación de terror. Miré la hora. Eran casi las seis. Tenía que estar a punto de llegar; ya habían pasado horas.

El sonido del timbre casi me provocó un infarto. Me levanté de un salto. Por fin estaba allí, aunque no me hizo ninguna gracia que no usara su llave.

Abrí la puerta de golpe, pero en lugar de Beth encontré a un hombre con uniforme de chófer.

—El transporte al aeropuerto para la señorita Harrison. —Mierda, era el coche que le había pedido Marie por mañana.

Cerré los ojos. ¿Llegaba tarde o se estaba emborrachando en algún bar porque yo había sido un capullo?

Ninguna de las dos opciones me gustaba.

—La señorita Harrison se retrasa un poco. ¿Podría esperar? —Si Beth volvía, quería que tuviera una forma de llegar al aeropuerto.

El conductor se encogió de hombros.

—Me van a pagar haga lo que haga.

Estaba seguro de que Beth iba a querer volver a Londres lo antes posible. No alcanzaba a imaginar que se arriesgara a perder el vuelo. Cerré la puerta y volví a concentrarme en la *tablet*, comprobando las salidas desde O'Hare.

El vuelo a Londres salía a la hora prevista y no había ningún avión que ella hubiera podido coger si hubiera intentado volar. Si no pensaba recoger su equipaje, quizá pudiera encontrarla en el aeropuerto y explicárselo.

Corrí escaleras arriba, agarré el pasaporte y salí por la puerta.

—Don. —Lo llamé mientras bajaba corriendo las escaleras—. Vamos al aeropuerto. Tan rápido como puedas. —Don ya había encendido el motor antes de que yo cogiera el tirador de la puerta.

Si no acudía a mí, yo sabía de sobra cuál era su mesa favorita en la zona vip. Tenía que estar allí.

Menos de treinta minutos después, estaba en el mostrador de billetes.

—Necesito coger el vuelo de las nueve y diez a Londres Heathrow.

—Lo entiendo, señor, pero desgraciadamente ese vuelo está completo.

—Pagaré lo que haga falta. Por favor, déjeme coger ese vuelo.

—Me temo que no es una cuestión de dinero. Es que no nos quedan asientos. Ni siquiera en clase turista.

No estaba dispuesto a rendirme.

—¿Puede decirme si Beth Harrison ha hecho el *check in*?

La mujer de facturación me miró con el ceño fruncido.

—Sabe que no puedo decirle eso, señor.

Sí, pero estaba acostumbrado a ser una excepción. Le sonreí.

—¿Está segura?

—Segura —respondió ella, impasible ante mi patético intento.

—Muy bien, entonces búsqume un asiento en el próximo avión a Londres. —Con suerte, no iba a tener que usarlo porque iba a encontrar a Beth en cuanto pasara el control de seguridad del aeropuerto, y podía explicarle todo y convencerla de que se quedara.

—Está de suerte —comentó la asistente de facturación—. Quedan cinco asientos en clase turista en el vuelo de las nueve y cincuenta.

Esperaba no tener que usar el billete; hacía tiempo que no volaba en clase turista. Al menos, podía pasar el control de seguridad con la tarjeta de embarque. Rebusqué en la cartera y saqué la tarjeta de crédito oro.

—Supongo que con esto podré acceder a la sala vip.

—Por supuesto, señor. Le conseguiré un pase.

No podía tener los pies quietos, yo, que me enorgullecía de mi capacidad para mantener la compostura en todo momento. Ese día no me estaba funcionando.

La mujer fingió no darse cuenta de que tamborileaba en el mostrador con los dedos.

—¿Cuántas maletas va a facturar?

—Ninguna.

—¿Equipaje de mano?

—No tengo —respondí. Tal vez debí haber llevado conmigo el equipaje de Beth. No, quería que volviera a casa conmigo, no que se subiera a ese avión.

Por fin, la empleada me dio la tarjeta de embarque y el pase a la sala vip, y salí corriendo hacia el control de seguridad, con la esperanza de que cuando viera a Beth, ella iba a entenderlo todo.

Quería que todo volviera a ser como antes.

En poco tiempo se había convertido en mi vida entera. Su franqueza y su vulnerabilidad me habían atraído, y me dolía haber abusado de ellas y no haber sido tan sincero con mis propias emociones.

No me molesté en comprobar otras partes de la zona vip. Sabía dónde se estaba escondiendo. Doblé la esquina y me encontré con tres mesas vacías.

Mierda.

Estaba casi seguro de que iba a encontrarla allí.

¿Cómo había podido equivocarme tanto? Tal vez no pensaba tomar el vuelo. Sentí náuseas y moví la cabeza. En ese estado no podía pensar.

Di media vuelta y salí en dirección a la puerta de embarque. Los pasajeros de su vuelo aún no habían embarcado, pero si ella iba a ir en ese avión, tenía que presentarse en la puerta de embarque en algún momento, así que iba a esperar a que subiera a la aeronave hasta el último pasajero. Al menos, así podía asegurarme de que ella estaba bien.

Volví a marcar su número.

Otra vez el buzón de voz.

Me metí el móvil en el bolsillo, buscando la puerta correcta.

Había tres personas sentadas cerca del mostrador y ninguna de ellas era Beth. Ocupé el asiento más próximo a la puerta de embarque con la intención de no apartar la vista de ella, y esperé.

Todos los asientos a mi alrededor estaban ocupados, pero Beth no estaba ahí. Al final, llamaron a la gente para que subiera al avión. Antes de nada, la primera clase, pero Beth no estaba entre ellos. Luego clase *business* y después turista. Aún no sabía nada de Beth. Miré el reloj. Faltaban veinte minutos para el despegue y no quedaba nadie a mi alrededor.

La idea de no volver a verla hizo que me subiera la bilis a la garganta y empecé ahogarme. No podía perderla. No era posible. Beth me había cambiado para siempre y sabía que mi amor por ella iba a durar el resto de mi vida, tanto si estábamos juntos como separados.

Joder, no iba a subirse al avión.

La sentí antes de verla. El corazón se me aceleró, y me puse de pie cuando estuvo cerca de mí.

—Beth —la llamé, con una mezcla de alivio, amor y tristeza en mi tono. Parecía destrozada. Me miró y luego apartó la vista mientras entregaba la tarjeta de embarque a la asistente de tierra.

No podía haberla perdido, ¿verdad?

Solo tenía que explicarle todo, conseguir que lo entendiera, recordarle lo mucho que la quería.

BETH

Casi esperaba que apareciera en el aeropuerto, pero estaba segura de que iba a estar a salvo cuando pasara el control de seguridad. Por supuesto, Dylan se las había arreglado para atravesarlo también. Probablemente, incluso, era el dueño del aeropuerto. Sin duda, se había enterado del artículo del *Sun Times* y tenía alguna excusa falsa para justificar por qué yo había sido la última en enterarme de que era el dueño de la empresa para la que trabajaba.

No entendía por qué no me lo había dicho antes, pero no iba a pedirle explicaciones. Necesitaba distanciarme. Dylan era demasiado seductor, y deseaba tanto abrazarlo que no confiaba en mí misma si me detenía a escuchar su defensa.

No tenía sentido; quisiera lo que quisiera mi corazón, mi razón no se dejaba convencer. Lo había

pillado en varias mentiras después de exponerle lo importante que era para mí la sinceridad. Noté una opresión en el corazón: marcharme era lo más difícil que había hecho nunca, pero lo necesitaba.

No podía volver a convertirme en la mujer que había sido con Louis, aferrándome a sus aclaraciones, aferrándome a lo imposible para seguir con él a cualquier precio. Nunca iba a volver a comportarme de esa manera con un hombre. Nunca iba a volver a ser tan tonta.

—Beth, por favor, espera un segundo —dijo, dándole la tarjeta de embarque y el pasaporte a la auxiliar de tierra—. Alicia apareció en mi despacho y se negó a marcharse a menos que fuera a comer con ella. Fue algo totalmente inesperado, y te lo habría dicho en cuanto te hubiera visto. No te he ocultado nada.

Incapaz de digerir lo que decía, levanté la vista hacia él. No debí hacerlo. Habría podido ahogarme en sus ojos color índigo. Parecían amables, aunque yo sabía que esa percepción era engañosa. Aparté la mirada, desesperada por poner algo de distancia entre nosotros para poder mantener la cabeza despejada. Me urgía irme a Londres. Había pensado ir a una reunión antes de salir de Chicago, pero en vez de eso, había llamado a mi madrina y había estado llorando durante treinta minutos antes de poder explicarle lo que me había pasado. Me había sentido muy bien al contárselo a alguien. Le había explicado que me sentía traicionada, que quería muchísimo a Dylan, pero había sido idiota. También le había dicho que deseaba que nunca hubiera ocurrido. Sin embargo, no había mencionada nada de eso cuando llamé a Jake justo después para decirle que estaba bien y emprendía camino a casa.

Iba a estar bien. No iba a volver a beber, y no quería que mi hermano se preocupara si Dylan hacía alguna estupidez y lo llamaba antes que yo.

Mi primer instinto no había sido enterrar mis sentimientos en alcohol, lo que supuso, a la vez, una sorpresa y un alivio. Lo único que quería era volver corriendo a casa, no emborracharme. Supuse que eso era lo que la gente llamaba progresar. Me aferré a ese sentimiento mientras Dylan seguía hablando.

—Beth, por favor, mírame. Quiero que sepas cuánto lo siento. Puedo explicártelo todo. ¿No puedes quedarte?

Quería apoyarme en su cuerpo duro y sentir sus brazos sobre mi espalda, pero sabía que no podía pensar en eso, no en ese momento.

La auxiliar me devolvió la tarjeta de embarque y el pasaporte. Sonreí y me volví hacia Dylan.

—Creo que solo lamentas que te hayan pillado. Al menos he descubierto quién eres antes de implicarme demasiado. —Me alejé. Me había tocado mentir a mí. No era cierto que hubiera ocurrido antes de que me implicara demasiado. Estaba enamorada de él.

—Beth, no digas eso —exclamó Dylan a mi espalda—. No finjas que no estás tan comprometida en esto como yo. Por favor, no te vayas.

Solo me detuve cuando supe que ya no me veía. No podía dar un paso más y me apoyé contra la pared y me deslicé hasta el suelo; los sollozos me sacudían todo el cuerpo.

Lloré porque me sentía tonta, avergonzada por haber dejado que me engañara tan fácilmente. Pero, sobre todo, lloré porque no iba a volver a verlo.

Lo amaba. Y sabía que iba a amarlo el resto de mi vida.

¿Cuánto iba a tardar en superarlo? Nunca me había enamorado de nadie como de Dylan. Él había hecho que todas mis relaciones anteriores parecieran insignificantes. Si él hubiera sido el hombre que yo creía que era...

Me levanté cuando oí pasos detrás de mí. Solo unos metros más e iba a estar de camino a casa, donde podía reinventarme una vez más.

—Acabo de pasar el control de seguridad y no me veo con fuerzas para ir en tren. Es como si llevara nueve horas seguidas llorando. —Tenía puestas las gafas de sol a pesar de que era un día gris de invierno.

—Podría haber ido a buscarte. Lo siento, no se me ocurrió —dijo Jake.

Me acerqué la parada de taxis.

—No importa. No estoy de humor para estar con nadie. Solo quiero llegar a casa, ducharme y acostarme.

—¿Vendrás a cenar esta noche? Sabes que, si no lo haces, Haven irá a por ti. Si te acercas aquí, al menos podrás irte cuando quieras.

Era lo último que quería hacer, pero Jake tenía razón; Haven iba a insistir en ir a verme y yo sabía que mi hermano iba a estar más preocupado si me quedaba en casa compadeciéndome de mí misma.

—Vale. Iré a cenar a tu casa, pero no llevaré nada. No pienso ponerme a cocinar.

—No, vale.

—¿Puedes asegurarte de que tienes tarta? ¿Y helado?

—Conoces a mi mujer y su inclinación por el dulce. Tenemos siempre de todo, aunque no te hemos contado nunca que compramos tartas.

Conseguí sonreír.

—Vale, nos vemos luego.

Casi no me enteré de nada en el trayecto a casa. No sabía si me había dormido o el taxista había ido a velocidad supersónica. Solo necesitaba una ducha y meterme bajo el edredón.

Cuando abrí el bolso, el aroma de Dylan me inundó las fosas nasales, el olor amaderado y masculino de su piel que siempre me resultaba reconfortante, y no pude evitar que las lágrimas volvieran a deslizarse por mis mejillas.

Me quité lo que llevaba puesto y puse la lavadora desnuda como el día en que nací. Me encantaba lo cómodo que se sentía Dylan cuando estaba sin ropa, y su actitud me había animado a aceptarme más a mí misma.

Tenía que darme una ducha, así que me metí en el cuarto de baño, cubriéndome el pecho con los brazos cruzados, algo que a Dylan no le gustaba nada. Una buena ducha podía curar casi cualquier cosa.

Dejé que el agua cayera en cascada sobre mí y me limpiara las lágrimas. Dios, no esperaba volver a casa en ese estado. Me había permitido imaginar que Dylan y yo podríamos tener algo especial, algo a largo plazo. ¿Cómo había podido equivocarme tanto?

Cerré el grifo y me envolví en una toalla. Oí que alguien llamaba a la puerta. ¿Quizá Haven?

Abrí y me quedé mirando con la boca abierta la cara de Dylan.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Estaba casi segura de que no se había subido a mi vuelo.

—Necesito hablar contigo. Explicarme. —Tenía la mandíbula tensa y parecía cansado.

Solo quería que me abrazara y me dijera que todo había sido un sueño horrible o algo así. Quería volver atrás en el tiempo y regresar al momento antes de salir de su casa, cuando me dolía el corazón solo por pensar que no iba a verlo durante tres días. No quería estar allí, delante de él, con el corazón hecho pedazos.

Negué con la cabeza.

—No hay nada que decir. Tienes que irte. —Empecé a cerrar la puerta, pero él extendió la mano y me detuvo—. ¿De verdad? ¿Vas a entrar a la fuerza en mi apartamento?

Bajó la mano al instante y cerré la puerta. Apoyé la frente en la madera y giré la llave.

—Beth, por favor. Lo siento mucho. Tienes que creerme. He visto a Alicia dos veces desde que

canceló la boda. La primera vez estabas presente y hoy se ha presentado en mi despacho unos treinta minutos antes de que llegaras al restaurante. No me lo estoy inventando.

Me eché a llorar de nuevo. Tenía tantas ganas de creerlo...

—¿Y qué me dices de Raine Media, Dylan? ¿Por qué no me contaste que eras el dueño?

Lo oí suspirar.

—No tengo una respuesta a eso. Al menos, no tengo una buena respuesta. En mi sociedad con Raf he tenido una mala experiencia al mezclar los negocios con las amantes, y no le había dicho que estabas en negociaciones con WCIL. Al principio no parecía importante, porque no íbamos en serio, y, luego, no encontraba nunca las palabras adecuadas. Entre nosotros, todo era perfecto y no quería estropearlo. Debería haberte dicho algo, pero estábamos pensando en vender Raine Media y no quería complicar la situación ni con él ni contigo. Al final, solo lo he empeorado todo.

Parecía sincero, y deseaba desesperadamente creerlo. Al hablar de negocios y amantes, ¿se refería a Alicia? Quería saber la verdad, pero no ceder ante él. No quería ser la mujer débil que había llegado a ser con Louis. La mujer que se creía cualquier mentira porque no confiaba en sí misma.

—Dylan, no puedo... No sé... Deberías irte.

—Te amo, Beth.

Mi corazón me instaba a decirle que yo también lo amaba, pero mi cabeza no me lo permitía.

—No te creo. Necesito que la gente en mi vida sea completamente sincera conmigo. Que sean amables conmigo. Que me demuestren que me quieren con hechos y no solo con palabras. —Tenía el corazón destrozado. Por fin me había abierto a alguien y había sido como si la historia se repitiera.

—Lo sé. He metido la pata. Esto no se me da bien, y es nuevo para mí. Y tú tampoco me lo cuentas todo. ¿O puedes afirmar que me lo has contado todo sobre tu ex?

Tenía razón. Nunca había mencionado que me había quedado embarazada ni que Louis me había dicho que me deshiciera del bebé.

—No me dices nada de las reuniones a las que acudes ni de si te cuesta seguir sobria.

No podía discutir con él. Jake era el único que conocía los pormenores de mi batalla para mantenerme sobria. En parte, porque ya no era una lucha, pero, también, porque me había visto en mis peores momentos y me amaba de todos modos. Sabía que no iba a juzgarme ni a rechazarme. Sin embargo, ¿era eso comparable a lo que él me había ocultado? La cabeza me daba vueltas. Quería que tuviera razón, que pudiéramos superarlo, pero no estaba preparada para hacer el ridículo.

—No lo sabemos todo el uno del otro. Todavía no, Beth. Pero quiero conocer todo lo tuyo y quiero contarte toda mi vida. Lo quiero todo de ti y quiero que tengas todo de mí.

—Por favor, Dylan, no puedo. Tienes que marcharte. Necesito tiempo. —No quería que se fuera. Ansiaba tenerlo cerca hasta que se me pasara el dolor.

—¿Podemos hablar mañana? —Su voz era baja y triste. A pesar de cómo me sentía, no me gustaba oírlo.

—No creo. Necesito tiempo. Tiempo para sanar. —No estaba pensando de forma racional. Habría sido muy fácil abrir la puerta, y que él dijera todas las cosas que yo quería oír, pero, si lo hacía, nunca iba a ser lo mismo: mi confianza había desaparecido. Una parte de lo que habíamos tenido se había destruido para siempre.

—Entonces, déjame ayudarte, estar ahí contigo. Por favor, Beth, no puedo perderte.

—Deberías haberlo pensado antes de mentirme u ocultarme algo que sabías que sería importante para mí.

—No dejaré Londres antes de arreglarlo todo contigo. —Parecía seguro de que era algo que podía resolver. Pero yo no era un asunto de negocios que podía solucionar por pura fuerza de voluntad. A

menos que fuera capaz de retroceder en el tiempo, no creía que todo pudiera arreglarse.

Me dio un vuelco el corazón. Una parte de mí deseaba desesperadamente abrir la puerta y caer en sus brazos, pero mi cabeza me decía que me mantuviera fuerte.

—Tienes que irte. Voy a vestirme. —Recorrí el pasillo, ignorándolo cuando dijo mi nombre. Me desplomé en la cama y, con el pelo mojado empapando la almohada, me eché a llorar.

16

DYLAN

Mientras sonaba la llamada a Marie, me quedé mirando por la ventanilla los edificios de estilos georgiano y eduardiano de Portland Place. Las vistas de las terrazas desde el Langham eran muy diferentes de las del río desde la habitación de Beth en el hotel de Chicago. Pero sabía que Beth no se alojaba allí por las vistas: era, sobre todo, por las tartas y los postres. Así que, aunque estaba en Londres, hospedarme en el Langham me hacía sentir más cerca de ella de alguna manera.

—Marie, ¿puede encargarse de que me envíen el portátil por mensajero? ¿Y puede hablar con Dawn y pedirle que empaquete todo lo que puedo necesitar para una estancia en Londres de dos semanas? Envíe también el equipaje que está en el pasillo. —Dawn era el ama de llaves, que iba a casa tres veces por semana.

—¿Va a estar en Londres dos semanas? —preguntó Marie.

—No lo sé. —Iba a quedarme el tiempo que hiciera falta—. Pero no me echaréis de menos. No hay necesidad de cancelar ninguna reunión. Participaré en ellas por videoconferencia o teléfono. ¿Puede ponerme con Raf?

—Ahora mismo.

—Dylan, ¿qué pasa? —preguntó Raf cuando se puso al teléfono.

—Estoy en Londres...

—¿Qué coño dices? Tenemos una entrevista con esa *start up* tecnológica dentro de una hora.

—Lo sé y voy a participar. Mira, creo que me quedará un tiempo, pero me encargaré de todo desde Londres. Marie me va a enviar el portátil y todo lo que puedo necesitar. Puedo trabajar a distancia. Ni siquiera notarás que me he ido.

—Por supuesto que lo voy a notar. Justo ahora tenemos un montón de trabajo y debemos revisar un montón de planes estratégicos. No te has ido de vacaciones desde hace años, ¿por qué te has largado de forma tan repentina? ¿Estás intentando joderme la vida? —Raf y yo rara vez discutíamos, y lo último que quería era estropear también mi relación con él.

Inspiré hondo.

—Es que he jodido lo mío con Beth y tengo que arreglarlo. —En algún momento, Raf y yo habíamos dejado de hablar de temas personales. Se burlaba de mí por ser célibe de vez en cuando, y yo me aseguraba de decirle que era activo sexualmente de forma regular, pero, aparte de eso, hacía mucho tiempo que solo hablábamos de negocios.

En ese momento necesitaba un amigo.

—No sé qué hacer. Temo haberla perdido.

Raf suspiró.

—¿Qué has hecho?

—Es más bien qué no hice. Ayer me pilló comiendo con Alicia.

—¿Qué quieres decir con que te pilló? Estaba contigo cuando llegó Alicia, te obligó a comer con ella. No fue culpa tuya.

No era del todo cierto.

—Ya, pero debería habérselo dicho a Beth antes de ir. De hecho, no debería haber ido.

—Beth te gusta de verdad, ¿no?

—Estoy enamorado de ella, tío.

—Vaya. Me alegro por ti. En ese caso, puede que comer con una ex no sea una gran idea, pero tampoco es un delito, creo yo. ¿No puedes explicárselo? —Raf era muy de blanco o negro. Una de las razones por la que sus relaciones nunca duraban. Ojalá la vida fuera así de sencilla.

—Y luego está lo de Raine Media. No llegué a decirle que éramos los dueños.

—Qué cabrón... —Raf también tenía el don de ir directo al meollo del problema. No había perdido su toque. Era un capullo.

Noté que se me crispaban las comisuras de los labios, como si no recordara cómo sonreír.

—Así que cuando se lo dijiste, se cabreó.

Me encogí de hombros.

—Ojalá. El *Sun Times* ha publicado un artículo en el que afirmaban que consiguió el espacio en *A Chicago Saturday* acostándose con el jefe.

—Por Dios, ¿fue así como se enteró?

Asentí, aunque él no podía verme.

—Exacto. No quiere saber nada de mí y me está matando. No puedo irme de Londres hasta que resuelva mi situación con ella. Necesito que me des un poco de cancha. Además, soy capaz de resolver un montón de temas aquí por las mañanas mientras tú duermes. No voy a dejarte para que lleves tú solo el barco, no soy tan estúpido.

—Sé que suena raro, pero estoy casi extasiado. No me refiero a que Beth no quiera tener nada que ver contigo; esa parte es asquerosa. Pero me tiene flipado el hecho de que te preocupes tanto por una mujer como para ir tras ella. Pensaba que no pasaría nunca y, por mucho que te duela ahora, me alegro por ti.

Raf podía ser gilipollas cuando se trataba de mujeres, pero era un buen amigo. Había echado de menos esta faceta suya.

—No es una mujer cualquiera, y no es que yo haya vuelto al ruedo por fin. Lo que tenía con Alicia no le llega ni a la suela de los zapatos a lo que siento por Beth. —Me senté en la cama—. Soy un idiota por haber albergado tanto odio por Alicia durante tanto tiempo, cuando lo cierto es que me liberó. No podría estarle más agradecido, pero si no lo arreglo con Beth, te aseguro que nunca me recuperaré. —Decírselo a Raf resultó tan gratificante como una confesión; me sentí bien al explicarle la gravedad de la situación.

—Entonces, tienes que hacer lo que sea necesario. Tienes muchas armas en tu arsenal, úsalas todas y no podrá resistirse a ti mucho tiempo.

—No estoy seguro de ello. La sinceridad es lo más importante para ella, y yo la he pasado por alto. No sé si podré recuperarla. —Una mano oscura me oprimió el pecho. Perder a Beth para siempre era tan doloroso que no podía pensar en ello. Me había insuflado vida, y no quería volver a una existencia sin ella.

—Mira, hemos levantado nuestras considerables fortunas transformando empresas en estado ruinoso en negocios que ofrecen oportunidades millonarias. Solo tienes que aplicar la misma técnica y precisión en tu vida personal. Sé que puedes darle la vuelta a la situación.

Quizá tenía razón. Mi primer instinto había sido acampar ante su puerta y pedirle perdón con toda la frecuencia que pudiera. Pero, tal vez, Raf estaba en lo cierto y debía ser un poco más estratégico, un poco más paciente y darle el tiempo que me había pedido.

—Gracias, tío. Te lo agradezco.

—Ya sabes que estoy aquí cuando necesites que te llame cabrón. Ahora, déjame en paz, tengo que

prepararme para una reunión.

Medio me reí.

—Te llamaré para la reunión.

Colgué y me acerqué al teléfono, que estaba en la mesa junto al sofá, y llamé al servicio de habitaciones. Quizá comer algo cargado de azúcar podía ayudarme a idear un plan para reconquistar a Beth y recuperar mi vida.

Llevaba poco más de dos semanas en Londres y ya había establecido mi propia rutina. Me levantaba y salía a correr. De vuelta al hotel, pedía cuatro raciones de tartas y postres para llevar. Luego me duchaba, cogía el portátil y bajaba a recoger la caja en la pastelería. Esa mañana, como las quince anteriores, el portero me había pedido un taxi.

Unos minutos más tarde, el vehículo me dejaba en la cafetería de enfrente al edificio de Beth, adonde acudía todos los días. No había hablado con ella; intentaba ser paciente, aunque me costaba un mundo porque la echaba de menos. Sin embargo, quería tener la seguridad de que algún día me perdonaría.

—¿Un Americano con un *biscotto* de chocolate? —preguntó la camarera.

—Sí, por favor.

Beth salía del edificio todos los días alrededor de las diez. Las dos primeras veces la había visto desde la cafetería, y su mirada triste y su boca voluptuosa habían hecho que me diera un vuelco el corazón. Le había robado la alegría y me sentía fatal.

Cuando estaba seguro de que no iba a volver, pagaba el café y los biscotes y me colaba en su edificio para dejarle el regalo. El guardia de seguridad se había apiadado de mí y me dejaba pasar siempre sin que nadie me viera. Entonces subía hasta la planta de Beth e inspiraba hondo con la esperanza de percibir el aroma de su pelo.

Ese día, cuando las puertas se abrieron, fui a la izquierda como siempre, hacia su apartamento. Dejé la caja sobre el felpudo, que tenía impresa una gigantesca magdalena rosa que siempre me hacía sonreír. Empezaba a preguntarme si debía dejarle una nota junto con los dulces. No quería presionarla, pero quería que supiera que seguía en Londres y que era yo quien le llevaba los postres.

Regresé al ascensor y pulsé el botón de bajada. En muchas ocasiones regresaba a la cafetería, pero cada vez me daba más la impresión de que estaba acechando a Beth. Así que ese día había decidido trabajar en el hotel. Había instalado allí una oficina virtual y tenía que hacer tantas llamadas que iba a estar ocupado hasta bien entrada la noche londinense.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me encontré cara a cara con Beth.

Me quedé sin aliento. Su piel, suave y pálida, y el destello de carmín rojo, contrastaban a la perfección con su pelo casi negro. Pero había algo desconocido en sus ojos que se me clavó como un puñal en el pecho.

Los dos nos quedamos paralizados, sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

—Ya me iba —comenté mientras las puertas empezaban a cerrarse. Me hice a un lado y las mantuve abiertas para que pudiera bajar.

Salió del ascensor con la mirada clavada en el suelo.

—No sabía que venías todos los días.

—¿No se te había ocurrido que los dulces eran cosa mía?

—Pensaba que estarías en Chicago. Supuse que los habías encargado —explicó con un hilo de voz, sin levantar la vista del suelo. Por mi parte, no podía apartar los ojos de ella. Me la comí con los ojos, desesperado por llevar las dos últimas semanas sin ella.

—Te advertí de que no me iría hasta que tuviéramos la oportunidad de hablar. No puedo rendirme. Significas demasiado para mí. Te has convertido en la razón por la que me levanto por las mañanas. —Tomé aire. ¿Cómo podía convencerla de que me diera una segunda oportunidad?—. Dime que no es demasiado tarde, que no puedes imaginarte sin estar conmigo, porque cuando cierro los ojos, lo único que veo en mi futuro es a ti.

No dijo nada, pero tampoco hizo ademán de marcharse. Quería tocarla; deseaba desesperadamente sentir su piel contra la mía.

—Es complicado, Dylan. Necesito mantener mi corazón a salvo. No puedo volver a ser como era antes, débil y vulnerable. Lo sabes.

¿Pensaba que su corazón no estaba a salvo conmigo? Me estremecí.

—Lo siento mucho, cariño. Dime qué puedo hacer.

Levantó un poco la vista, pero siguió sin mirarme.

—No tengo una respuesta para ti. Deberías estar en Chicago. Raf y...

—Tengo que estar donde tú estés. —Me acerqué a ella, pero se apartó y se giró para darme la espalda—. Intenta imaginar la vida sin que estemos juntos. Si puedes hacerlo, dímelo y me iré, destrozado, pero me alejaré para siempre.

—No, Dylan. No puedo. Todavía no.

Las náuseas me revolviéron el estómago cuando la perdí de vista. Entré a trompicones en el ascensor. Necesitaba respirar aire fresco. Lo que más me afectaba era que Beth no parecía enfadada; su voz estaba llena de tristeza. Podía haber soportado su ira, pero la expresión de decepción de su rostro me quitaba la vida.

De vuelta al hotel, iba repitiendo nuestro encuentro en mi cabeza. Me estremecí. ¿Cuáles habían sido sus palabras? «*No, Dylan. No puedo*». Pero había habido otra frase después. «*Todavía no*». El corazón me latía con fuerza bajo la lluvia que me mojaba el pelo. «*Todavía no*» implicaba que había un futuro. Pero ¿para qué?

¿Para hablar?

¿Para tocarnos?

Dios, tener que seguir esperando sin que cupiera ninguna certeza de un final feliz me estaba matando. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería cuando lo quería, pero Beth había puesto mi vida patas arriba en todos los sentidos.

BETH

Vi en el felpudo, delante de la puerta, la ya familiar caja de dulces con rayas rosas del Langham. Hacía algo más de una semana que me había encontrado con Dylan. ¿Cuánto iban a durar esas entregas diarias? Para bien o para mal, me gustaba recibirlas. Mi tristeza se aminoraba un poco al constatar que parecía sentirlo de verdad.

—¿Qué es eso? —preguntó Haven.

—Dulces.

—¿Es una entrega regular?

—Podría decirse que sí. —Me agaché para recoger la caja—. Es de Dylan.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? ¿Los recibes a menudo?

—Todos los días. —Metí la llave en la cerradura.

—¿Te los envía todos los días? ¿En serio? Qué tierno...

—Oye, se supone que estás de mi lado. Y no los envía, me los trae él. —Abrí la puerta, puse la caja sobre la mesa y me quité el abrigo. Haven estaba inusualmente callada. Había venido porque quería que le echara una mano para hacer una tarta de cumpleaños para Jake. Me había dado la impresión

de que era solo una excusa: no le gustaba la repostería.

Haven dejó las bolsas de la compra sobre la encimera y se puso a vaciarlas.

—¿Los meto en la nevera? —Me enseñó dos bloques de mantequilla.

—No. La primera regla de la repostería es que, cuando empiezas, todo tiene que estar a temperatura ambiente.

Puse la caja de Dylan junto a la compra y la abrí. Debía de estar haciendo pedidos especiales. Era imposible que el Langham tuviera tanta variedad de tartas.

—¿Qué te manda? —Haven se asomó por encima de mi hombro—. Vaya, qué buena pinta..., ¿los escoge él mismo?

Me encogí de hombros. La tarta Bakewell tenía un aspecto delicioso. Había un par de dulces más que no reconocí. Resistí la tentación de hincarle el diente, cerré la tapa y los metí en la nevera.

—Entonces, ¿está en Londres? —preguntó Haven—. Quiero decir, si te trae dulces todos los días...

Me pareció un poco raro que Haven se hubiera centrado en eso.

—Sí, creo que sí.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé. Dijo que... —Había dicho que esperaría el tiempo que hiciera falta, pero pronto iba a tener que volver a Chicago, ¿no? Habría tenido que alegrarme, pero por mucho que no me atreviera a mantener una conversación con él, lo que me alegraba era que estuviera cerca—. Dijo que estaría por aquí un tiempo. No sé cuándo se marchará.

—¿Está aquí por negocios?

Tenía la certeza de que no había renunciado a su empresa, pero estaba casi tan convencida de que habría sido más eficiente trabajar trabajando. Debía de ser poco práctico para él hacerlo desde Londres. Tal vez no quería mantener una última conversación con él porque, al final, no quería que se fuera, y no estaba segura de estar preparada para renunciar a él todavía.

—Supongo.

—Creía que no habíais hablado desde que volviste de Chicago.

—Coge una cuchara de madera —dije, pasándole a Haven un poco de azúcar glas y un bol para mezclas—. Me lo encontré hace una semana o así cuando estaba dejando la caja. Por eso sé que las trae él. —Saqué una báscula del armario y la puse sobre la encimera.

—¿Hablasteis?

—¿Cuando lo vi? —Haven asintió—. La verdad es que no. Tengo demasiado miedo de acabar haciendo el tonto otra vez. Me siento atrapada, como si no pudiera volver con él porque eso significaría ser la antigua Beth que pasó por alto las señales que me advertían sobre Louis. Pero tampoco puedo seguir adelante, porque la idea de que Dylan no forme parte de mi vida es demasiado dolorosa para imaginarla siquiera.

—Dylan y Louis no son la misma persona. Conozco a Louis y tienes razón, bien podría llevar tatuado «gilipollas» en la frente, pero tú eras joven y vulnerable, y tu madre acababa de morir. Viste en él lo que necesitabas.

¿Haven tenía razón? ¿Habría provocado Louis el mismo efecto en mí si no hubiera estado de duelo por mi madre?

Señalé el azúcar y Haven abrió el paquete.

—Eres una de las personas más sabias que conozco, aunque ni siquiera tú aciertas siempre. ¿Estás segura de que el problema de Dylan no es solo que es un ser humano que comete errores en vez de ser un gilipollas?

Cogí el azúcar de manos de Haven y vertí doscientos veinticinco gramos, pensando en lo que me había dicho. ¿Estaba haciendo que Dylan pagara porque antes había juzgado mal a otro hombre?

—No digo que sea perfecto, ni mucho menos. Más bien es lo contrario.

—Lo sé. Pero Dylan ha sido perfecto hasta lo del artículo de prensa; todo iba bien. Sin embargo, es imposible que eso dure. Como es lógico, ha metido la pata, y tú también lo harás. Así es la vida. No puedes esperar que él sea perfecto igual que no puedes esperar la perfección en ti misma.

¿Quería eliminar la posibilidad de cualquier error en mi vida, intentar que todo fuera estupendo?

Encendí el horno, rodeé la encimera y me senté en un taburete enfrente de Haven.

—Ahora añade doscientos veinticinco gramos de mantequilla. —Apoyé la barbilla en la mano. Desde que estaba sobria, vivía en una burbuja donde me mantenía segura y feliz, y en la que solo dejaba entrar a la gente con la que sabía que podía contar. Jake era mi constante. A veces me cabreaba, pero nunca dudaba de él ni de su deseo de verme feliz. Haven me había caído bien enseguida, pero no me abría a ella a menudo porque no quería exponerme a ser juzgada o rechazada. Sentimientos como esos no cabían dentro de mi burbuja. En mi mundo, estaba segura, sobria y feliz. Tranquila.

Era lo más cercano a la perfección que podía conseguir.

—¿Crees que estoy tratando de que todo sea demasiado...?

—Es como si la masa de una tarta de manzana tuviera que ser hojaldrada, dorada y crujiente para estar buena. Sin embargo, a veces no sale así y, a pesar de ello, sigue estando bien.

—Pero el problema de Louis no era la masa.

—No, en su caso, las manzanas estaban podridas. Esa es la cuestión. Dylan no tiene ningún ingrediente podrido, pero tampoco es perfecto. Aun así, sigue siendo delicioso. —Haven me sonrió y alzó las cejas.

Dylan había sido mi primer intento de ver cómo era la vida más allá de mi burbuja segura. Había pensado que era un buen momento para un poco de diversión. No esperaba enamorarme de él.

Haven inclinó el cuenco hacia mí. Asentí.

—Sí. Ahora añades la harina. La misma cantidad que de azúcar y de mantequilla.

—¿No se puede hacer con una batidora?

—No, es para principiantes. Necesitas sentir la textura de los ingredientes cuando remueves para saber que están bien.

—Eres muy dura.

Me encogí de hombros.

—¿Crees que he sido demasiado dura con Dylan?

—No importa lo que yo piense. Lo único que te recuerdo es que la gente la caga, pero eso no significa que tengas que apartarlos de tu vida. Gracias a Dios, tu hermano es mucho más indulgente que tú. A veces me vuelve loca.

Sonreí. Veía que Haven y a Jake metían la pata a todas horas, pero parecían perdonarse y quererse de todos modos. ¿Era así como debía ser?

—¿Así que crees que por culpa de Louis me he pasado con Dylan?

Haven sonrió.

—No lo sé. ¿Tú qué piensas?

Tal vez. Quería que encajara en mi burbuja de perfección. Quizá debería escucharlo, ver si había una manera de superar el bache entre nosotros. La idea me llenaba de terror porque significaba poner mi mundo patas arriba y reinventar las reglas que yo misma había creado. Pero él tenía razón: imaginar un futuro sin él era imposible.

—Pero ¿cómo saberlo? ¿Cómo distingo a los gilipollas de los humanos imperfectos? Haven sonrió.

—Lo sabes igual que yo. Siempre va a haber gilipollas, y no puedes protegerte de ellos. Pero creo que tienes que sacudirte el polvo. Eres fuerte, puedes con todo lo que te depare la vida y lo has demostrado. Si escuchas lo que Dylan tiene que decirte y sientes en tu corazón que está jugando contigo, entonces pasa de él. Pero no creo que se quedara en Londres ni que dejara una caja con dulces ante tu puerta todos los días si fuera gilipollas. Ese hombre es único, no le van a faltar mujeres que quieran ocupar tu lugar. No tiene ninguna necesidad de perseguirte por medio mundo.

Se me revolvió el estómago al pensar en Dylan con otra persona. O con Alicia. Me había comportado como una idiota con él.

Por mucho que no quisiera repetir mis errores, tampoco deseaba cometer otros.

—Recuerda —continuó Haven—, cuando aceptabas todas las tonterías de Louis, tu juicio estaba afectado por las circunstancias. Tus verdaderos sentimientos estaban empañados por la bebida.

Dejé que las palabras de Haven me calaran hondo. Tal vez estar sobria significaba que podía confiar en mi corazón. Cogí el teléfono. ¿Debía enviarle un mensaje? ¿Soltarme y ver lo que sentía mi corazón con él?

—La respuesta es sí, deberías mandarle un mensaje —me animó Haven.

—¿Te has vuelto pitonisa?

—No le des tantas vueltas. Un mensaje no va a matarte.

Sonrió mientras yo tecleaba con vacilación.

Beth: Gracias por las tartas. Me encanta la Bakewell.

No había apagado el teléfono y ya me había entrado la respuesta.

Dylan: Aspiro a darte lo que siempre has deseado. Quiero ser el hombre que te mereces.

Me dio un vuelco el corazón y noté mariposas en el estómago. No cabía duda de que Dylan seguía dominando mi cuerpo, mi corazón y mi alma.

—Supongo que no has recibido la respuesta de un gilipollas —comentó Haven con una sonrisa.

Me encogí de hombros. Posiblemente no.

BETH

Iba a una reunión diaria desde que había regresado de Chicago. Mi recuperación se había centrado en un único enfoque y, por ello, había dejado de lado todo lo demás para ocuparme solo de mantenerme sobria. La reunión de ese día parecía haber sido diseñada para mí. Si no supiera que era imposible, habría pensado que Haven había preparado el orden del día. Las últimas palabras del orador resonaban en mis oídos cuando abrí el paraguas y emprendí el corto camino hasta mi apartamento.

«Recuerda, Alcohólicos Anónimos está pensado para proporcionarte un puente hacia la vida normal. No para protegerte ante todas las dificultades que te depare la vida, sino para ayudarte a sortearlas sin alcohol».

Hablar sobre el tema con Haven me había ayudado a entender que esperaba que Dylan fuera perfecto. Me había ocultado cosas, sí, pero ni siquiera le había dejado explicarse. Y se lo debía. A él y a mí misma. No podía rechazar como si nada al hombre del que estaba enamorada. No podía alejarme del único hombre al que había amado de verdad porque tuviera miedo. Haven tenía razón; tenía que escuchar lo que quería explicarme y luego ver qué me decía mi corazón.

No me arrepentía de haberle enviado el mensaje.

Aunque no había contestado a su respuesta. No sabía muy bien cuál debía ser mi siguiente paso. Al día siguiente había recibido dos cajas de pastelería: una con cuatro pasteles, cada uno de una variedad diferente; la otra contenía cuatro tartas Bakewell. Empezaba a preocuparme que Dylan quisiera cebarme.

Mi corazón latía errático al abrir el portal. ¿Qué me iba a encontrar ese día? A lo mejor volvía a ver a Dylan. Miré la hora en el teléfono; probablemente, hacía mucho que se había ido.

Cuando llegué a mi planta, los latidos de mi corazón se habían desbocado solo de pensar que Dylan estaba en mi edificio. Me volví hacia mi apartamento al salir del ascensor, pero no vi la habitual caja de rayas rosas ante la puerta.

Por lo general, Dylan ya se habría ido. Mi corazón se detuvo un instante. ¿Por qué no me la había llevado precisamente ese día? ¿Se había cansado de esperarme? Me puse tensa e inspiré hondo, intentando no estremecerme.

Saqué las llaves, pero no me atreví a abrir la puerta. ¿Habría vuelto a Chicago sin decírmelo?

Apoyé la frente en la puerta, tensa, y solté el teléfono. No podía enviarle un mensaje preguntándole dónde estaba mi tarta. Eso parecía un poco... egoísta.

Se me revolvió el estómago. Me encontraba en una encrucijada, y cualquiera que fuera el camino que eligiera a partir de ese momento iba a ser una calle de sentido único. Podía fingir que no me había dado cuenta de la falta de entrega y dejar escapar a Dylan o podía pasar a la acción y mantener una conversación que hacía tiempo que debía haber tenido.

Volví al vestíbulo para hablar con el portero. Barney había estado dejando entrar a Dylan.

—Hola, ¿ha visto hoy a Dylan? —pregunté tratando de sonar indiferente aunque estaba segura de que había fracasado de forma estrepitosa.

Barney pareció un poco culpable. Dado que nunca llegábamos ni nos íbamos juntos, estaba claro que sabía que Dylan y yo habíamos discutido.

—Hoy no. ¿Debo impedirle el paso? La próxima vez que venga puedo decirle que no entre.
Sonreí.

—No, no pasa nada. Siempre viene cuando estoy fuera, y me preguntaba cómo lo sabe. ¿Te lo ha contado?

Barney se miró los pies.

—Suele esperar en la cafetería de enfrente hasta que usted se ha ido. Me dijo que necesitaba una oportunidad para hacer las paces, y conozco esa sensación. Supuse que si usted no quisiera recibir sus regalos, me lo habría dicho.

Asentí.

—Sí, lo habría hecho. No hay problema. ¿Te ha mencionado si iba a venir hoy? Quizá haya vuelto a Chicago... —Estaba interrogando al portero en busca de información. ¿Cómo había llegado a esa situación?

—Me temo que no. Si aparece, ¿le digo que ha preguntado por él?

Tenía la sensación de que no iba a volver. De que tal vez se había rendido, y no podía culparlo.

Salí del edificio y cogí el teléfono. Quizá pudiera alcanzarlo antes de que se marchara al aeropuerto. Se me revolvió el estómago al pensar que ya no iba a tenerlo cerca, pero ¿cómo podía esperar que se quedara en Londres indefinidamente hasta que yo tuviera valor para tener una conversación con él? ¿En qué había estado pensando?

Crucé la calle y me acerqué a la cafetería. Abrí la puerta y las cabezas se giraron en mi dirección, aunque no me importó llamar la atención. Había menos de una docena de mesas y solo dos ocupadas. Dylan no estaba en ninguna de ellas.

Volví a salir a la calle, miré a izquierda y derecha a ver si encontraba un taxi libre.

El trayecto hasta el Langham no era largo, pero me pareció que duraba lo mismo que un vuelo a Chicago. No me había dicho que se alojara allí, pero era lo único que tenía sentido.

Escudriñé las cabezas de la gente que llenaba el vestíbulo mientras me acercaba al mostrador de recepción.

—¿Puede decirme en qué habitación está alojado Dylan James, por favor?

La rubia que tenía delante me sonrió.

—Lo siento; no podemos dar los números de habitación de nuestros clientes.

Mierda, debí haber pensado en eso.

—Vale.

Saqué el móvil y llamé a Dylan. Tenía que comprobar que no se había ido.

No obtuve respuesta.

Me volví hacia la recepcionista.

—¿Podría ponerme con su habitación?

—Espere, por favor. —Tocó el teclado del ordenador y frunció el ceño—. Parece que el señor James se ha ido.

Se me paralizó el corazón. Lo sabía. Había sido idiota al no aceptar mantener una simple conversación con él. No me extrañaba que hubiera perdido la paciencia.

—¿Se ha ido hoy o se fue ayer?

La recepcionista hizo una mueca.

—No debería decírselo, pero si le sirve de ayuda, lo he visto esta misma mañana.

—Muchas gracias. —No sabía muy bien a dónde ir. Su teléfono había dado señal antes de que saltara el buzón de voz, así que no podía estar aún en el avión. ¿Debía ir al aeropuerto para alcanzarlo antes de que embarcara? Los vuelos a Chicago solían salir después de comer, así que tenía

que darme prisa.

Me di la vuelta y volé hacia la puerta.

—¿Beth? —La voz sedosa de Dylan inundó mis oídos y mis rodillas casi cedieron por el alivio. Me giré de nuevo y tuve que contenerme para no abrazarlo. Tenía el ceño fruncido—. ¿Estás bien? —preguntó tendiéndome la mano, pero se detuvo de repente y la dejó caer.

Me acerqué a él. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a explicarle lo que hacía allí?

Arqueé una ceja.

—¿Has venido a por dulce? Lo siento; hoy no he podido ir. Tenía otras cosas de las que ocuparme.

—No estoy aquí por las tartas. —Debí haberlo planeado mejor; tenía que haber pensado en lo que iba a decir. Había estado tan preocupada por dar con él que no me había planteado lo que iba hacer después—. Me preguntaba si... —Inspiré hondo—. Pensaba que tal vez te habías ido sin que tuviéramos la oportunidad de hablar.

—Cariño, te dije que no me iría hasta haber arreglado las cosas contigo. Te he defraudado en demasiadas cosas y no pienso faltar a esa promesa.

—Pero has dejado el hotel y... —Miré el equipaje de mano con el que siempre viajaba.

—Marie me ha encontrado un apartamento a la vuelta de la esquina. No me voy muy lejos.

Estaba muy cerca de mí y no podía soportar que no me tocara, así que lo hice yo.

—Creo que tal vez ha llegado la hora de tener esa charla. Es decir, si quieres. Y no tiene por qué ser ahora. Imagino que estarás ocupado y tendrás cosas que hacer. Pero cuando...

—No hay ni una sola razón que me impida hablar contigo en este momento.

DYLAN

Estar separado de Beth durante tantas semanas me había hecho estar hambriento de ella. No poder oír su voz, no poder acariciar su piel, no poder inhalar el olor a dulce que impregnaba su pelo suponía una tortura. Cada día sabía con más certeza que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para recuperarla. Y, por fin, estaba con ella, y había sido ella la que había dado el primer paso hacia mí. Lo que nos unía en ese momento era tan frágil que no quería presionarla y asustarla, y, a pesar de todo, deseaba abrazarla para sentir los latidos de su corazón junto al mío.

Me reprimí como pude.

—Déjame deshacerme del equipaje de mano. —Me di la vuelta y le pasé con rapidez la maleta al conserje antes de volver con Beth.

Entonces, eché un vistazo al vestíbulo.

—¿Quieres ir a comer tarta? O podríamos dar un paseo. La temperatura no es muy alta, pero hace sol.

—Lo de dar un paseo suena bien.

Sonreí, intentando leer en sus ojos lo que pensaba. ¿Había acudido a mí con una decisión en su mente? ¿Pretendía que me fuera a casa? Tuve que reprimir la impaciencia para no pedirle que fuera al grano. En lugar de eso, señalé la salida del hotel.

—¿Vamos?

Asintió y se metió las manos en los bolsillos. Bajamos la pequeña escalinata y fuimos hacia el norte por Portland Place. Caminamos despacio, en silencio, con los ojos fijos en el suelo. Necesitaba tocarla. Llevaba mucho tiempo esperando esa oportunidad y ahora que había llegado, no quería estropearlo todo. Inspiré hondo.

—¿Quieres que...? ¿Puedo explicarte...?

—No hace falta. Escuché lo que me dijiste y ya he pensado en eso...

¿La había perdido por completo?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo sin mirarme. El pelo le caía sobre la cara, y yo anhelaba ver sus ojos, y tal vez el perdón en ellos.

—Puedes preguntarme lo que quieras —respondí.

—¿Cómo te fue el almuerzo?

—¿Con Alicia? ¿Quieres que sea sincero?

Se volvió hacia mí, con una ceja arqueada.

—Lo siento, por supuesto que voy a ser sincero. Estuvo bien. Incluso fue bueno.

Beth se detuvo en seco y se cubrió la cara con las manos. Intenté apartárselas.

—Estuvo bien porque me di cuenta de que había estado enfadado con ella durante muchos años sin ninguna razón. Ya no me importa lo suficiente como para odiarla así. —Conseguí que mis dedos la persuadieran por fin para que apartara las manos de la cara, lo que dejó a la vista sus ojos vidriosos. Le acaricié los pómulos con los pulgares, rozando una de mis partes favorita de su cara, el lunar de su pómulo izquierdo—. Y, en cierto modo, incluso le estoy agradecido, porque si Alicia y yo hubiéramos seguido adelante con la boda, no te habría conocido.

Eché la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, cediendo a mis caricias. El alivio inundó todo mi cuerpo. Me permití soñar con que me hubiera creído.

Suspiró y se apartó de mí para reanudar nuestro paseo.

Hice todo lo que estuvo en mi mano para no detenerla y preguntarle si me perdonaba.

—¿Y Raine Media? ¿Tuvo algo que ver con mi contrato o con la segunda oferta?

Me pasé las manos por el pelo.

—No, de verdad que no. No tengo tiempo para meterme en ese tipo de detalles. Y de todos modos, he visto los vídeos que has rodado y probado lo que cocinas. No necesitas mi ayuda.

Beth se puso el pelo detrás de las orejas mientras seguíamos caminando en silencio.

—Estoy aprendiendo a enfrentarme a esto, a las relaciones. Alicia y yo éramos unos críos cuando empezamos a salir. Y sabes que no he tenido una relación seria con nadie desde entonces..., excepto contigo. Lo siento mucho, Beth. Por favor, no renuncies a lo nuestro.

Volvió a detenerse justo cuando una mujer que paseaba a su *highland terrier* venía en dirección contraria. Me hice a un lado para dejarla pasar. Sentí la mirada de Beth y vi cómo asentía, y algo me impidió girarme en su dirección. Me preocupaba lo que pudiera encontrar en sus ojos. No habría podido soportar la expresión de dolor que había vislumbrado en el restaurante cuando me había encontrado con Alicia. Y tampoco habría podido soportar ver frialdad en sus pupilas. Gran parte de su belleza provenía de la calidez. No quería ser el causante de eso.

—No puedes imaginarte cuánto lo siento —alegué, colocándome cerca de su hombro.

Me tiró de la solapa y no pude resistirme más.

—Yo también lo siento —susurró, mirándome con tristeza, pero llena de calidez.

Negué con la cabeza.

—No, no tengo nada que perdonarte.

Me puso el dedo índice en los labios para detenerme.

—Ya te has disculpado. Ahora déjame a mí.

Ella no había hecho nada malo, ¿por qué debía pedirme perdón? Se me revolvió el estómago. Esperaba que no estuviera a punto de decirme que había otro hombre.

—Lo siento. Huir no era la solución. Debería haberme quedado para que pudiéramos hablar. E, incluso, más que eso, siento haber sido tan dura contigo. Has tenido que sufrir por culpa de mis

temores. —Tiró de las solapas de mi abrigo—. Haven me hizo ver que me estaba bloqueando en exceso, y tenía razón. Estaba demasiado preocupada por no caer en los mismos errores que con Louis, decidida a no volver a actuar como la Beth débil de entonces, así que, en cuanto la situación no me pareció perfecta, tiré la toalla. —Me pasó las manos por los hombros. Hasta con el abrigo por medio, su contacto me hizo hormiguesear la piel. Me hipnotizó el hermoso mohín rojo de sus labios y la forma en que se juntaban y se separaban con cada palabra—. Y dada la forma en que me has tratado siempre, te merecías un juicio justo, y no te lo di. No confiaba en mi propio criterio; lo siento. Te conozco mejor de lo que me he permitido creer.

—Siempre te lo perdonaré todo —respondí—. Pero no tienes que disculparte por exigirme más. Quiero cumplir tus expectativas y superarlas. Quiero merecerte. Lo digo en serio.

Me sonrió de verdad y me hizo sentir calor por dentro.

Me dio esperanza.

—Estoy dispuesto a hacer todo lo que necesites.

—Te había perdonado antes de que me lo explicaras. —Deslizó un dedo por mis labios—. Solo necesito una cosa.

Mi corazón estalló ante sus palabras. Quería abrazarla, eliminar la brecha que nos separaba.

—Dila. —Esperaba que me pidiera que me mudara a Londres, que vendiera Raine Media o que me negara a volver a ver a Alicia, y estaba dispuesto a todo.

—Bésame.

Me quedé sin aliento. ¿Solo eso? El corazón me dio un vuelco en el pecho e inspiré hondo.

—Es algo que puedo hacer. —Le rodeé la cintura con los brazos y ella me rozó la mandíbula con los dedos. Hacía tanto tiempo que no la tocaba que quería que fuera perfecto. Cuando separó los labios, mis nervios desaparecieron y el deseo me invadió como una nube. Mi mirada pasó de sus ojos a sus labios y viceversa.

Me agaché, le mordí el labio inferior y gemí. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la había saboreado. Quería provocarla, volverla loca de deseo, y no podía contenerme. Le puse la mano en la nuca y la acerqué para deslizar la lengua en su cálida boca.

Podrían haber pasado minutos u horas cuando Beth se acurrucó en mi pecho. Solo entonces fui consciente de los gritos de unos críos que bajaban por el sendero.

—Creo que estamos dando el espectáculo —comentó Beth.

No podía apartar los ojos de su boca roja e hinchada. Estaba incómodo por la forma en que mi polla palpitaba dentro de los pantalones.

—¿Quieres enseñarme tu nuevo apartamento? —preguntó intentando ocultar la cara a los adolescentes que se reían como si nos hubieran pillado desnudos.

Supongo que no podíamos esconder lo que sentíamos.

—Claro.

La cogí de la mano y tiré de ella calle abajo. Iba a ser mejor coger un taxi, más rápido. Miré a mi alrededor, avanzando por la acera. Me volví hacia Beth, que alternaba entre trotar y andar a mi lado.

—¿Tienes prisa? —preguntó riendo.

—La verdad es que he esperado demasiado para tenerte entre mis brazos; no quiero desperdiciar ni un segundo del tiempo que estemos juntos. ¿Estoy andando demasiado deprisa?

Sonrió y levantó la mano.

—Solo para una mujer con tacones

Detuvo el taxi que pasaba junto a nosotros.

BETH

Dylan no me había soltado ni un segundo desde que me había besado. Y vaya beso. Todavía estaba mareada por el calor de sus labios. Casi me había olvidado de cómo era sentirlo contra mí: tan duro, *sexy* y decidido. Con razón me había enamorado tan rápidamente de él.

Salimos del taxi exactamente cuatro minutos después de subir, y Dylan no me había soltado los dedos ni un segundo.

Cuando el taxi se alejó, Dylan me estrechó contra su pecho.

—No puedo estar más feliz de tenerte de vuelta. —Me sujetó por los hombros y me apartó de él, buscando algo en mis ojos—. Porque hemos vuelto, ¿verdad?

Sonreí.

—Sí, hemos vuelto. Creo que nunca me perdiste de verdad.

Me condujo por la escalera hasta una vieja puerta de roble.

—Pues no es eso lo que yo sentía. No me ha gustado nada estar separado de ti.

Le apreté la mano. A mí también me disgustaba apartarme de él. No debí haberme alejado tanto tiempo. Pero no me arrepentía. Lo mejor era pensar que el camino que nos había llevado hasta allí era el correcto; que éramos más fuertes. El tiempo que habíamos pasado separados había sido la transición de una relación frágil basada en el sexo a algo que sabíamos que podía capear cualquier temporal; no podía ser malo.

—Tal vez no debería haber dejado la habitación en el hotel. Habríamos podido pedir dulces.

—No necesito dulces.

—Eso una blasfemia saliendo de tus labios.

Me reí.

—Creo que no importa siempre y cuando renuncie a eso a cambio de un orgasmo.

—Cariño, te lo prometo.

Giramos a la izquierda al salir del ascensor y recorrimos un pasillo oscuro.

—Me parece que es por aquí.

—Más vale que sea porque me estoy impacientando.

Me lanzó una mirada lasciva y enarcó una ceja. Ladeé la cabeza para señalar la puerta, como diciendo «*Adelante*», y él se agachó y me pasó la lengua por la comisura de los labios. Era todo un preludio del sexo, no como el beso en la calle. Aquel había sido una necesidad de estar cerca, de reencontrarse. Este beso se trataba de desear desnudarnos.

Sonrió y volvió a centrar su atención en la cerradura y yo empecé a desabrocharme los botones del abrigo. Me ardía la piel allí donde necesitaba que me tocara.

Me abrió la puerta y entré contoneándome. El pasillo era largo y oscuro. La puerta se cerró a nuestras espaldas y la habitación se sumió en la oscuridad al apagarse la luz del pasillo. El ambiente cambió y casi pude saborear la lujuria que nos envolvía. Me giré y sentí el calor que desprendía el cuerpo de Dylan. Deslicé las manos por debajo de su abrigo y de la americana y se las subí hasta los hombros. Se movió mientras yo bajaba las palmas dibujando el contorno de su pecho. Siseó cuando fui más abajo y lo encontré duro y lleno de deseo.

—He echado de menos esto —susurré.

Plantó las palmas de las manos sobre mis pechos.

—Yo he echado de menos tus tetas.

Me reí.

—Las he guardado para ti.

Dejé de reírme cuando me abrió la blusa de un tirón y los botones se desparrramaron el suelo. Entonces acunó mis pechos hacia arriba para juntarlos, se agachó y se metió en la boca un pezón cubierto de encaje, raspándome con los dientes la carne fruncida, aunque luego empezó a chuparlos con más suavidad.

—Cómo me gusta —gemí.

Tanteé con los dedos el botón en la parte trasera de la falda. Lo desabroché y se deslizó por mis piernas. La mano de Dylan cayó sobre mi sexo al instante, y apretó la palma contra mi clítoris.

Le di un tirón a su camisa. Quería que estuviéramos desnudos ya. Que fuéramos una ráfaga de manos y bocas, de dedos y lenguas, tirando y agarrando, chupando y mordiendo.

Cuando los dos estuvimos casi desnudos, salvo mis bragas, Dylan me puso las manos en las nalgas y me levantó, su polla dura me rozó el clítoris cuando le rodeé con las piernas.

—Vamos. Necesito verte para creer que eres real. —Empujó la puerta que había a nuestra derecha —. Mierda, es el baño.

Me reí mientras lo intentaba con la siguiente.

—Joder. Un armario. —Contoneé las caderas, desesperada por hundirme en él hacia mí—. ¿Dónde está el puto dormitorio?

Y era justo la habitación de al lado.

—Gracias a Dios. —Se echó hacia delante y me soltó sobre la cama, luego me agarró de los tobillos y tirando de mí hasta el borde del colchón antes de deshacerse de mis bragas—. Necesito estar dentro de ti ya. ¿Estás lista? Por favor, dime que sí.

Apreté la mano contra la suya, palma contra palma, y tiré de él.

—Estoy preparada. Muy preparada.

—Joder, un condón —clamó, apartándose de mí, pero yo no le solté las manos.

—¿Hace falta? —pregunté. ¿Se hacía pruebas con regularidad? Yo tomaba la píldora.

Abrió los ojos de par en par, mirándome con intensidad

—Me hice análisis hace un mes o así. ¿Estás...?

—Quiero sentirte sin nada entre nosotros —dije, como si hiciera falta convencerlo...

Gemí cuando me clavó en el colchón con su primera embestida. Había olvidado lo grande que era y lo ansiosa que estaba, era como si no fuera suficiente. Se quedó quieto dentro de mí, jadeando contra mi cuello.

—¿Te he hecho daño?

—Estoy tan mojada que puedo soportarlo.

Gimió y se retiró de mi interior. Lo eché de menos al instante. Le puse las manos en las nalgas, intentando que volviera conmigo. Quería que me llenara, que estuviéramos lo más cerca posible. Me miró y volvió a penetrarme lentamente, esa vez con más control. La concentración en lo que hacía se reflejaba en su rostro. Le pasé las yemas de los dedos por el ceño fruncido.

—Qué placer es sentirte.

Apreté mis músculos internos a su alrededor.

—Si haces eso voy a correrme en menos de un segundo. Quiero que tú también disfrutes —dijo.

—Siempre lo hago contigo —susurré.

Cerró los ojos como si acabara de hacerle el mejor regalo del mundo.

Tiré de él hacia mí y luego lo tumbé de espaldas sin que saliera de mi interior.

Moví las caderas y él se echó hacia atrás, acercando los brazos a mis pechos. Me pellizcó los dos pezones entre el pulgar y el índice y sentí punzadas de placer. Eché la cabeza hacia atrás y jadeé.

—Qué preciosidad...

—¿Estás hablando con mis tetas? —Sonreí; moví las caderas hasta quedar a su altura y le apoyé las manos en el pecho.

—Dios, qué profundidad... —Deslizó las manos hasta mi cintura y me acarició las caderas con los pulgares—. Puedo sentirte, nena. —Me meció hacia delante y hacia atrás. Me encantaba que pareciera no saber dónde mirar. Sus ojos recorrían mi cuerpo como si intentara elegir su parte favorita—. Eres muy hermosa, joder. No quiero volver a estar sin ti.

Sus palabras desataron mi orgasmo, y me estremecí.

—Lo sé. Quiero más.

Me clavó los dedos en la piel llevándome más rápido, incluso al borde. Mis miembros palpitaban de deseo. Y, por supuesto, él lo sabía. Conocía mi cuerpo mejor que nadie.

Me tumbó sobre la espalda y se puso al mando.

—¿Así, cariño? —Me arqueé, acercándome. El cambio de ángulo nos hizo jadear a los dos.

—Beth, estoy a punto...

Solo pude mirarlo como respuesta cuando el clímax me recorrió por entero.

—Oh, Dios mío —soltó al verme temblar y estremecerme mientras se vaciaba dentro de mí.

Los brazos no aguantaron su peso y cayó sobre mí. Me inmovilizó y me encantó. Le pasé las manos por la espalda e inhalé su inconfundible olor a almizcle.

—Te quiero —murmuró en mi cuello.

—Lo sé —respondí, rodeándolo con las piernas.

Se puso de lado sin soltarme, aún dentro de mí.

—Nunca te dejaré. —Me subió la pierna por encima de su cintura y balanceó las caderas con suavidad hacia delante y hacia atrás. Me llevé la mano al clítoris, que seguía palpitando.

—Ya te he advertido sobre esto. —Me apartó la mano y tomó el relevo, acariciando con un solo dedo el nódulo de nervios—. Quiero ser yo quien te lo dé todo, codiciosa... —susurró.

En cuestión de segundos, volví a sentir la necesidad de alcanzar el clímax. Sus dedos sobre mi clítoris provocaban algo demasiado intenso, y, a medida que se engrosaba dentro de mí, mi piel se erizó y se me aceleró la respiración. Sus movimientos seguían siendo pequeños y precisos mientras me miraba, pero era como si todas las sensaciones posibles se concentraran y fueran más profundas.

Le recorrí el pecho con los dedos disfrutando del calor que había entre nosotros. Quería compartir todo lo que pudiera con él. Me tensé y gimí.

—Eres perfecta...

—Dylan. —No era perfecta y no me gustaba que me viera así. Solo podía acabar decepcionado—. Sabes que eso no es verdad.

Siguió entrando y saliendo de mi interior.

—Lo que sé es que lo eres para mí.

El comienzo del orgasmo retumbó en la base de mi columna. Ya lo entendía. Ser perfectos el uno para el otro no significaba hacerlo todo bien, sino no rendirse, confiar el uno en el otro y estar juntos para siempre.

Dylan cambió la dirección de sus dedos y me retorcí contra él; quería correrme; quería quedarme así un rato más.

—No necesitas reprimirte —dijo, leyendo mis pensamientos—. Nuestro futuro será cada vez mejor en todos los sentidos. —Aceleró los movimientos de su cadera y se echó hacia mí, trazando una línea húmeda y caliente en mi clavícula con la lengua mientras yo le hundía las manos en el pelo—. Voy a pasarme el resto de nuestras vidas haciéndote sentir así.

Lo creía. Me quería. Solo tenía que permitir que lo hiciera, sentirme digna y corresponderle.

Me amoldé a él y dejé que el clímax me invadiera, que fluyera de mi piel a la suya cuando se
derramó dentro de mí pronunciando mi nombre una y otra vez.

Lo sentía mío.

Y parecía eterno.

EPÍLOGO

BETH

—Tiene más sentido que sea en Chicago —dije cuando Dylan me pasó las fresas. Estábamos hablando otra vez sobre dónde íbamos a vivir.

Vertí la nata en la batidora y puse en marcha la máquina. Estaba haciendo milhojas de fresa y chocolate blanco. La pasta de hojaldre estaba buenísima, pero la primera tanda, que había hecho esa mañana, había sido la mejor que había preparado nunca. Estaba probando recetas para un nuevo programa de cocina por cable que se estrenaría en el Reino Unido al cabo de cuatro meses, en el que me habían ofrecido una docena de espacios de quince minutos. La repostería ya no tenía nada que ver con mi pasado. Se trataba de mi futuro. De nuestro futuro.

Dylan cogió una fresa del cuenco que tenía al lado.

—Tienes que rodar el programa nuevo, así que tiene más sentido que yo me quede donde estás tú. —En las semanas que llevábamos juntos, Dylan no había vuelto a Chicago y yo no le había hecho ningún comentario al respecto: quería que todo siguiera como hasta ese momento. De hecho, apenas se había pasado por su apartamento. Desde luego, no había dormido allí; habíamos pasado todas las noches juntos y no podía imaginarme volver a dormir sola. Si eso significaba que tenía que mudarme a Chicago, así iba a ser.

—Sé práctico, es donde tienes la sede de tu negocio.

—Pero tú estás aquí. Eres feliz aquí y es lo más importante para mí. Y desde que hemos cerrado el acuerdo Redux, tenemos que estar al tanto de todo. Puedo trabajar desde Londres.

Revisó sus mensajes, dejando la discusión como si ya hubiéramos llegado a un acuerdo.

—Bueno, quizá durante seis meses o algo así. —Dejé la batidora y esperé a que Dylan me respondiera.

Me miró.

—No vivimos en los años cincuenta. Puedo manejar por videoconferencia; la gente ya está acostumbrada. No es para tanto. Quiero que seas feliz, y siempre puedo coger un avión cuando sea necesario. A Raf le parece bien.

—¿Has hablado con él?

Se encogió de hombros.

—Por supuesto.

—¿Antes de hablar conmigo?

—Beth, te he visto con tu familia. Para ti es importante estar aquí con ellos. Por mucho que me guste Chicago, para mí es solo una ciudad. Sin embargo, este es tu hogar. De todos modos, me gusta la idea de que nuestros hijos tengan acento británico. —Me acercó a su pecho—. ¿Te he dicho lo mucho que me gustas con este delantal?

Ignoré su perversa obsesión por los delantales.

—¿Niños?

—Sí, estaba pensando en cinco o seis, pero quizá seis sean demasiados.

—Ah, ya, ¿y cinco te parece perfecto? Claro, como no tienes que parirlos...

—Podemos empezar con uno y ver cómo nos va. —Dylan entrelazó los dedos con los míos y me

pasó el pulgar por la muñeca.

—De acuerdo, entonces. —Me apoyé contra su pecho—. Pero todavía no, soy muy joven y...

Había pensado en tener hijos en abstracto. Pasar tiempo con Sophia y Maggie me había convencido de que quería tener hijos, pero no era algo que contemplara en un futuro próximo. La vida cambiaba de forma radical cuando llegaban los niños.

Dylan y yo íbamos a estar juntos para siempre, pero aún no estaba preparada para compartirlo.

—Si te soy sincero, me gustaría que durante unos años estemos solos tú y yo —dijo Dylan, haciéndose eco de mis propios pensamientos—. Podemos pedir prestadas a Maggie o Sophia si queremos practicar. Pero vamos a pasar solos los primeros años de casados. Aún no he probado todo lo que puedes cocinar.

Me reí.

—¿Acabas de declararte?

Dylan negó con la cabeza.

—No. Cuando lo haga, lo sabrás. Aún no te he comprado el anillo.

—Vale. —Fruncí el ceño—. ¿Y si quiero proponerte matrimonio yo?

—Bueno, supongo que ya veremos quién lo hace antes. —Me besó en la frente.

—Ajá. —Lo miré y le acaricié la mandíbula—. ¿Dylan?

—¿Sí, cariño? —Me dio un beso ligero en los labios.

—¿Quieres casarte conmigo?

Sonrió y negó con la cabeza.

—¿No estás siendo un poco impaciente?

Me giré en sus brazos.

—Contigo, siempre.

—Y yo, nena, y yo. Pero no voy a responder a esa pregunta, así que tendrás que esperar a que tenga el anillo. De todos modos, aunque no me hace gracia cargarme el momento, parece que algo está quemándose.

—Mierda. —Me zafé de sus brazos y corrí hacia el horno—. Mierda. Soy un desastre. No sirvo para esto de la repostería.

Dylan me pasó una mano por la cintura y apagó el horno con la otra. Miré sus ojos color índigo.

—Eres perfecta, para mí —dijo, besándome el cuello—. No tienes por qué hacerlo todo bien a la primera. Aprendemos más de nuestros errores que de nuestras victorias.

Sonreí, agradecida de tener a Dylan para recordarme que no debía ser demasiado dura conmigo misma ni con él cada vez que lo olvidaba. Ninguno de los dos era perfecto, pero éramos perfectos el uno para el otro.

AGRADECIMIENTOS

No puedo creer que acabe de escribir «2016» en la página de créditos. Llevo menos de dos años publicando libros y me parece que llevo haciéndolo toda la vida. Me encanta crear personajes y que mis lectores se enamoren de ellos. Espero seguir haciéndolo durante este año y muchos más.

Gracias por leer la historia de Beth y Dylan. En muchos sentidos, fue difícil escribirla. He conocido a algunos alcohólicos y entiendo que recuperarse no es tan fácil como Beth hace que parezca. Conozco el dolor que sufren los afectados y también sus amigos y familiares como consecuencia de la adicción. Por suerte para mí, puedo escribir lo que quiero. Sé que Beth y su familia tuvieron que luchar contra su alcoholismo más de lo que hemos podido ver en este libro o en el resto de la saga. Pero como ya sabéis, me gusta escribir historias de amor y eso es lo que quería para Beth: que su próximo capítulo tratara sobre el amor, no sobre su adicción. Espero que lo entendáis.

Gracias a todos los que me habéis animado. Espero poder devolveros el favor.

Elizabeth, me pasa con frecuencia que, en diez minutos, paso de querer darte un puñetazo en la cara a desear besarte en la boca. Menos mal que vivimos a miles de kilómetros la una de la otra. Gracias, gracias, gracias.

Karen Booth, gracias por estar ahí. Este va a ser tu año, preciosa.

Jessica Hawkins, gracias por tu apoyo y ayuda. Estoy deseando leer tu próximo libro.

Jules Rapley Collins, siento que este sea un libro tan *hot* (aunque en realidad no lo siento). Megan Fields, creo que encontrarás a tu propio Dylan James. Gracias a las dos por todo vuestro apoyo.

Gracias a Jacquie Jax Denison, Lucy May, Lauren Hutton, Kingston Westmoreland, Lauren Luman, Mimi Pérez Sánchez, Ashton Williams Shone, Tina Haynes Marshall, Susan Ann Whitaker, Vicky Marsh, Sally Ann Cole, Elaine Hudson York, Karen Isopi, Athena Grayson y Colleen Flynn Vermilye. Chicas, ¡sois lo máximo!

Twirly..., ejem..., no he sabido nada de ti en todo el día. ¿Dónde te has metido?

NOCHES EN ÍNDIGO

SINOPSIS



Dylan James no tiene ninguna expectativa en cuanto a las relaciones sentimentales. De las mujeres solo busca sexo sin ataduras y ellas se relacionan con él por su dinero y su poder. Es un intercambio justo, y él se siente cómodo así. Decididamente funciona.

Beth Harrison está harta del amor. Está cansada de las mentiras y los juegos que se traen los hombres y ha decidido dedicarse por completo a su pasión, la repostería, que es lo que la protege de que le rompan el corazón.

Y más cuando comienza su carrera como repostera televisiva y un nuevo mundo se abre ante ella.

Tanto Dylan como Beth saben que el sexo casual consiste en dar lo que necesitas para conseguir lo que quieres.

Excepto que a veces das más de lo necesario y obtienes todo lo que siempre quisiste.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

LOUISE BAY adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers*.

Noches en indigo es la última novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York*, *Altas esferas*, *Alta sociedad*, *El escándalo*, *Noches en París*, *Noches de promesas* y *Doctor Inalcanzable*, con la serie *Mister* (*Mister Mayfair*, *Mister Knightsbridge*, *Mister Smithfield*, *Mister Park Lane*, *Mister Bloomsbury* y *Mister Notting Hill*), además de la serie *The Royals* (*El rey de Wall Street*, *El príncipe de Park Avenue*, *El duque de Manhattan*, *El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres*) y la bilogía *The Gentlemen* (*El caballero implacable* y *El caballero equivocado*).

louisebay.com

IG: [louisebay](https://www.instagram.com/louisebay)

TW: [@louisebay](https://twitter.com/louisebay)

FB: [@authorlouisebay](https://www.facebook.com/authorlouisebay)

GR: Louise Bay

LOUISE BAY

SEXY, SASSY, ROMANTIC FICTION

*Otros títulos
de la autora en
Phoebe romántica*



NOCHES EN PARÍS

LOUISE BAY



En el momento en que vi al nuevo fotógrafo de *Rallégria*, la revista en la que trabajaba en Londres, supe el tipo de hombre que era: arrogante, impetuoso y muy rico. Las chicas de la revista se lo empezaron a comer con la mirada en cuanto su culo de acero cruzó el umbral de las puertas de nuestras oficinas.

Quando me vi obligada a viajar con él a París para hacer un reportaje, no estaba interesada ni en su sonrisa seductora, ni en su sexy acento norteamericano ni en sus insinuantes palabras. De ninguna manera iba a dejarme seducir por sus encantos.

Hasta que lo hice.

En París.

Hasta que empezó a besarme y yo me pregunté cómo habíamos llegado a eso. Hasta que arrastró sus labios por mi piel y yo solo podía desear más. Hasta que consiguió desnudarme en todos los sentidos.

Es curioso, hay locuras que solo puedes cometer en París...

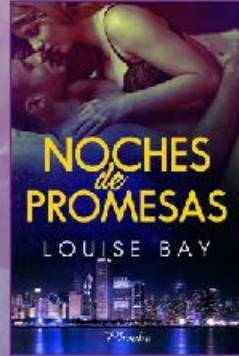
Pero París no puede durar para siempre...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Noches en París



NOCHES DE PROMESAS

LOUISE BAY



He estado enamorada de Luke Daniels desde... bueno, desde siempre.

Pasé más de una década dejando que me viera como la mejor amiga de su hermana, observando desde la distancia con la esperanza de que se fijara en mí, me eligiera, me amara.

Me gustan los cuentos de hadas y Luke es mi príncipe azul. Es alto, con hombros tan anchos que bloquean el sol. Es amable, con una sonrisa tan deslumbrante que me hace olvidar todo lo que está mal. Y es el único hombre que puede hacerme reír hasta que me duelan las mejillas y el estómago.

Pero él nunca será mío. Así que he decidido seguir con mi vida y encontrar la siguiente mejor opción.

Hasta que se han juntado un disfraz de Wonder Woman, una botella de tequila y un juego de *Verdad o reto*: entonces Luke lamé la sal de mi muñeca y me dice que soy hermosa. Luego me empieza a quitarme la ropa lentamente, mientras roza sus labios con los míos.

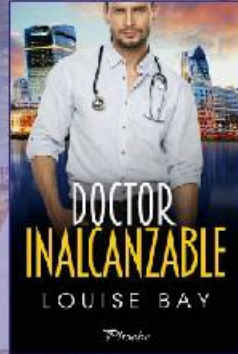
¿Y ahora qué? Estoy hecha un lío, no sé si este es el principio de mi «felicidad para siempre» o el comienzo de una tragedia...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Noches de promesas



DOCTOR INALCANZABLE

LOUISE BAY



He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas.

Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días.

Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura de una noche,

y no siento el más mínimo remordimiento por ello.

El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con... ¿Lo habéis adivinado ya?

Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida.

¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe?

Creo que voy a tener que ir directamente a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Doctor Inalcanzable



MISTER NOTTING HILL

LOUISE BAY



Es la noche más embarazosa de mi vida. No solo me he chocado, literalmente, con el hombre más guapo que he visto nunca en el vestíbulo de un hotel, sino que los bollos de nata montada que llevaba (no se admiten preguntas) han acabado aplastados contra mi cuerpo.

Cusudo por fin consigo cambiarme de ropa, ese mismo tipo —el hombre más sexy de la historia— hace una puja por veinticinco mil libras en una subasta benéfica... ¡para obtener una cita conmigo!

Mi vida debe de estar mejorando, ¿verdad? Después de todo, un tío guapísimo acaba de ofrecer una suma increíble de dinero para

cenar en mi compañía. Pero acto seguido le veo sentarse al lado de mi padre, y sé que no está interesado en mí, sino en hacer negocios con él.

Sin embargo, estoy decidida a conseguir que la situación funcione. Si realmente quiero impresionar a mi padre, ese apuesto desconocido puede casarse conmigo... durante tres meses. Es todo lo que necesito para tener acceso a mi fondo fiduciario y poder dedicar el dinero a la fundación benéfica que presido. Tristan conseguirá lo que quiere de mi padre, y mi padre dejará de agobiarme con el tema del matrimonio. Todos ganamos. Tampoco será demasiado tiempo: hasta entonces, solo tengo que ignorar esos músculos, duros como piedras, que sentí cuando me tropecé con él; esa mirada, que me dice que será tan delicioso como parece, y esa química que chisporrotea entre nosotros siempre que estamos juntos.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mister Notting Hill



EL DUQUE DE MANHATTAN



Soy miembro de la aristocracia británica, pero he hecho mi fortuna en Manhattan. Nueva York es ahora mi reino. En Inglaterra, mi familia se pelea por quién será el próximo duque de Fairfax. La tradición dicta que sería yo... si estuviera casado. Pero el título no compensa el paso por el altar. No soy un hombre de una sola mujer. O eso pensaba hasta que mi mundo se puso patas arriba. Ahora, la única manera de salvar el imperio que he levantado es heredar el título que nunca quise..., así que tengo que encontrar una esposa.

Para olvidarme de todo, solo necesito una noche de placer con una extraña.

La melena de Scarlett King sobre mi cuerpo mientras se inclina sobre mí... El roce de sus uñas en mi pecho mientras grita mi nombre... Sus dientes en mi hombro cuando ambos llegamos al límite del placer...

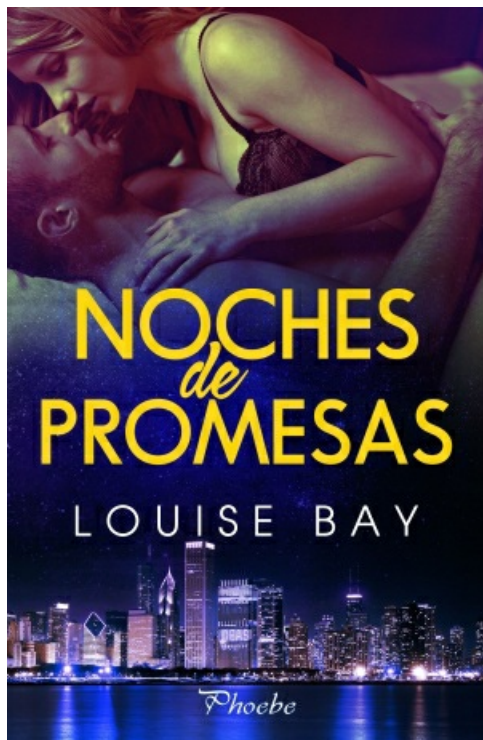
Todo eso me ayuda a olvidar.

Pero no estaba preparado para encontrarme al día siguiente con mi rollo de una noche sentada a la mesa de la sala de juntas.

Puede que sea mi última conquista, pero tengo la sensación de que Scarlett King podría conquistarme a mí.

Captura en el código
los primeros capítulos de
El duque de Manhattan





Noches de promesas

Bay, Louise

9788419301604

310 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

He estado enamorada de Luke Daniels desde..., bueno, desde siempre. Pasé más de una década dejando que me viera como la mejor amiga de su hermana, observando desde la distancia con la esperanza de que se fijara en mí, me eligiera, me amara. Me gustan los cuentos de hadas y Luke es mi príncipe azul. Es alto, con hombros tan anchos que bloquean el sol. Es amable, con una sonrisa tan deslumbrante que me hace olvidar todo lo que está mal. Y es el único hombre que puede hacerme reír hasta que me duelan las mejillas y el estómago. Pero él nunca será mío. Así que he decidido seguir con mi vida y encontrar la siguiente mejor opción. Hasta que se han juntado un disfraz de Wonder Woman, una botella de tequila y un juego de Verdad o reto: entonces Luke lame la sal de mi muñeca y me dice que soy hermosa. Luego me empieza a quitar la ropa lentamente, mientras roza sus labios con los míos. ¿Y ahora

qué? Estoy hecha un lío, no sé si este es el principio de mi «felices para siempre» o el comienzo de una tragedia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Las noches que te debo

Delevigne, Emily

9788419301680

305 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Me llamo Rain Sheridan y he tenido que tragarme mi orgullo y regresar a Nantucket, mi hogar, después de diez años sin pisar la isla. Me hice la promesa de no volver tras la muerte de mi padre, pero la salud de mi madre ha empeorado y sé que mi hermana no puede encargarse de todo. Sin embargo, nada me había preparado para que en mi primera noche en la isla me encontrase con Zack Levine, un empresario alto y de ojos azules con el que he terminado pasando una ardiente noche de pasión. A pesar de que ambos deseamos más, me he intentado hacer a la idea de que esto ha sido solo una aventura. Pero ahora no puedo dejar de pensar en él... Me llamo Zack Levine y soy uno de los empresarios más ricos de Nantucket. Soy dueño de varios restaurantes y del mejor hotel de la isla. Las mujeres han dejado de ser importantes en mi vida y solo me centro en mi trabajo. O eso pensaba hasta que hace nada coincidí con Rain Sheridan.

Sabía que había estado fuera más de diez años y que no debía liarme con ella, pero la química sexual que hay entre nosotros fue incontenible e hizo que pasáramos una noche mágica juntos. Nos dijimos que sería eso, una noche y nada más, pero yo siempre consigo todo lo que quiero, y ahora la quiero a ella.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ganar al límite

Silver, Elsie

9788419301987

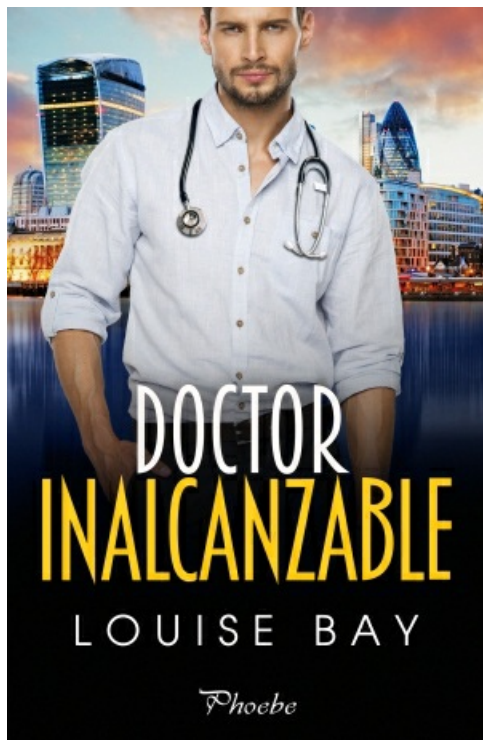
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

He visto cada delicioso milímetro del cuerpo de Violet Eaton, pero ella no tenía ni idea de quién era yo. Hasta ahora. Lo que ocurrió entre nosotros online, en los chats, se suponía que era anónimo y que debía permanecer en el pasado. Hasta que dejó de hacerlo. Este es un mundo muy pequeño, y el pueblo de Ruby Creek lo es aún más. Cuando me he mudado aquí y nos hemos visto obligados a vivir bajo el mismo techo, mi máscara de hombre duro se ha venido abajo sin remedio. Cada vez que se ruboriza, en cada ocasión en que sus ojos brillan con calidez, cada vez que me suplica que no pare, el muro de hielo que he levantado a mi alrededor se derrite un poco más. Ella me hace desear cosas que no pueden ser. Cosas con las que sueño desde que la vi por primera vez hace dos años. Cosas que no merezco. Pero las heridas de mi pasado tienen el poder de destruirnos a los dos. Como exsoldado, debería tener la disciplina

necesaria para alejarme, pero cuanto más me abro a Violet, más quiero permanecer a su lado. Regresé de la guerra como un hombre diferente, pero mis cicatrices eran muy anteriores, y más profundas de lo que nadie podría imaginar. Planeaba que todo siguiera igual y mantener ocultos mis secretos. Hasta que apareció ella...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Doctor inalcanzable

Bay, Louise

9788419301550

295 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas. Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días. Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura-de-una-noche, y no siento el más mínimo remordimiento por ello. El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con... ¿Lo habéis adivinado ya? Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida. ¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe? Creo que voy a tener que ir directamente

a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Por supuesto que no es él

G., Whitney

9788419301376

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Lo único que quería en mi trigésimo cumpleaños era una noche de locura de la que me acordase toda la vida... Y en vez de eso, acabé embarazada de mi jefe. Vale, espera. Antes de que empieces a juzgarme —que te estoy viendo—, la verdad es que no sabía que era mi jefe en esos momentos. Lo único que vi fue al hombre más sexy con el que me había tropezado nunca, con acento británico incluido, y unos labios que me devoraron durante horas en la cama. un así, cuando se comportó como un gilipollas y asumió que iba a haber una segunda ronda después de haber dicho que mi apartamento se parecía a «una caja de cerillas», le di la patada y esperé no volver a verle nunca más. Hasta cuatro semanas más tarde... Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba «tardando», cuando veinte pruebas de embarazo distintas me confirmaron la verdad que no quería reconocer. Y justo cuando pensaba que tendría

que pasarme otras cuatro semanas más buscándole, entró tan tranquilo por las puertas de mi empresa, y mi supervisor nos anunció que era nuestro nuevo director general. Pero es que eso no es ni siquiera lo peor. Ni de lejos. Resulta que ese hombre ocultó un secreto la noche en que nos conocimos, y los siguientes ocho meses iban a ser mucho más complicados de lo que jamás podría haberme imaginado...

[Cómpralo y empieza a leer](#)